INSTINTO MUERTO

VIRGINIA SALAZAR



Instinto Muerto

Virginia Salazar

Copyright © 2025 Virginia Salazar

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Diseño de portada:
Virginia Salazar

Imagen de portada:
Stable Diffusion AI

Maquetación:
Virginia Salazar
@vi.the.designer
@vi.the.writer

No importa si aún no has despertado. Hay almas que no vienen a despertar, sino a cumplir karmas antiguos y a experimentar lo que les toca.

Si despertaste o no, recuerda: cada ser transita su camino en una frecuencia distinta.

Por eso, fluye en la tuya con tu misión de vida. Sé consciente de tu elección… y extiende tu mano a quienes vibran contigo.

NOTA DE LA AUTORA

CUANDO LO VIVIDO EXIGE SER NARRADO

No escribo historias por capricho. Cada una nace de una grieta en el alma, de un momento en el que la realidad dejó de parecer suficiente. Este libro brotó de uno de esos quiebres: un proceso de transformación que reconfiguró no solo mi estilo de vida, sino las estructuras invisibles que sostenían mi mundo. Un cambio así no llega con gentileza: irrumpe, sacude, despierta. Aunque comenzó hace años, apenas hace dos se consolidó como una verdad irrebatible. Al final del libro te compartiré cómo sucedió.

Es importante que sepas que, aunque esta historia se viste de ficción, su esqueleto es real. Nació de mis propias experiencias, y fue reforzado por observación, estudio e investigaciones profundas con médicos, científicos, familiares y amigos. Así que antes de avanzar, te lo pido: haz el ejercicio de vaciarte. Olvida lo que crees saber, porque si este libro cumple su propósito, no serás el mismo al cerrarlo.

INTRODUCCIÓN

Prepárate para un viaje hacia el futuro. Una travesía no solo en el tiempo, sino también a los misterios de la mente y el comportamiento humano.

En ese futuro han ocurrido cambios transcendentales.

Todo comenzó en el año 2032, cuando un meteorito impactó la Tierra desatando un cataclismo de proporciones devastadoras que arrasó continentes y transformó el planeta en un lugar hostil para la vida, donde la supervivencia parecía imposible.

Pero los humanos no se rindieron. En una desesperada carrera contra la extinción, construyeron ciudades inteligentes y subterráneas: auténticas bóvedas autosuficientes que regulaban la temperatura y garantizaban aire puro para sus habitantes, donde podían subsistir milenios de ser necesario. A estas urbes se les dio un nombre: Terranovas.

En el año 3501, cuando inició la historia que voy a contarte, la sociedad había cambiado de forma drástica. La vegetación y los animales dejaron de existir dentro de las Terranovas. Los humanos habitaban una jungla de concreto y metal, dominada por tecnología avanzada, donde la inteligencia artificial suplía casi todas sus necesidades.

Ahora que conoces el mundo en el que transcurre nuestra historia, prepárate. Tal vez te parezca desalentador o incluso similar a otros argumentos, pero te aseguro que aquí te esperan giros inesperados, profundas reflexiones que quizás nunca te habías planteado y, sobre todo, esperanza. Lo que descubrirás será único e inesperado.

CAPÍTULO 1

DISRUPCIÓN EN EL SISTEMA

Hay momentos en que la rutina estalla, y lo ordinario deja de ser seguro.

Viernes 25 de octubre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Pasada la medianoche, el Abisal Bar seguía funcionando, como era costumbre, sin descanso. A cualquier hora del día, siempre había un alma necesitada de dopamina, serotonina y endorfinas, buscando escapar del estrés y la depresión en la nube del placer y la felicidad. Las largas jornadas de trabajo apenas alcanzaban para cubrir lo esencial: comida, refugio, descanso y salud. El ocio, cuando era posible, se volvía un lujo.

El Abisal Bar era un océano de sombras. La única luz provenía de estructuras bioluminiscentes, inspiradas en criaturas de las profundidades del mar. Las mesas, los muebles y cada rincón evocaban la fauna y flora abisal: formas orgánicas, curvas hipnóticas, siluetas tentaculares. El ambiente, íntimo y envuelto en misterio, lo convertía en el refugio perfecto para quienes deseaban consumir libremente los estupefacientes legales.

La música de fondo se matizaba con todo el misticismo marino de la estancia, música electrónica fluctuaba entre tonos suaves y pulsaciones intensas, diseñadas para envolver los sentidos y transformar cada emoción en una experiencia inolvidable.

El podio circular dominaba el centro del lugar, una estructura vibrante donde luces y sonidos se sincronizaban con precisión. Desde allí, la música envolvía el área de consumo de

estupefacientes, siempre en el volumen ideal para conversaciones y disfrute. Allí se presentaban diferentes *disc-jockeys*, todos robots.

Al fondo, un mesón curvo resplandecía con una luz alucinante. Allí, sustancias cuidadosamente dosificadas eran entregadas a los clientes por dos chicas humanas y dos robots, todos ataviados con atuendos formales en tonos rosados.

Los robots tenían una estructura humanoide—dos brazos, dos piernas y una cabeza sobre los hombros—pero conservaban su esencia artificial: cuerpos esbeltos de metal y acabados plásticos. La ley prohibía replicar la fisionomía humana en los droides. Sus rostros, lisos como pantallas, proyectaban expresiones en forma de *emojis* según lo que deseaban comunicar.

Mientras los robots llevaban camisa negra con corbatín y un vibrante traje rosado, las chicas humanas vestían como muñecas de porcelana: atuendos estilo lolita japonesa con falda voluminosa, encajes, medias altas y cinturas ceñidas.

El bar era un ecosistema en constante movimiento. Mesoneros y mesoneras recorrían el lugar, atendiendo pedidos y esquivando clientes absortos en su propio mundo. Algunos preferían acercarse directamente a la barra, evitando la interacción y sumergiéndose en su individual ritual de consumo.

Esa noche, un hombre se instaló en la barra sin hacer pedido alguno. Su rostro, sombrío y desencajado, irradiaba una angustia difícil de ignorar.

Catrina, una de las encargadas de la barra, se acercó a él. Su presencia era magnética: cabello, cejas y pestañas blancas como la nieve, un corte bob afilado hasta el mentón y un mechón rosa peinado de lado. Sus ojos, grandes y azul cielo, relucían bajo un maquillaje impecable en tonos rosa, acentuando su aire enigmático.

—Hola, ¿qué te ofrezco esta noche? —dijo amablemente Catrina.

—Algo que me quite la capacidad de soñar —respondió el hombre agarrándose la cabeza con las manos tensas.

—¿Pesadillas? —preguntó ella mientras preparaba el trago ideal.

—No exactamente. Y ya que lo preguntas, te voy a decir un secreto. —El hombre escaneó el lugar con la mirada, como si temiera que alguien lo escuchara. Luego, con un movimiento sutil de

la mano derecha, invitó a Catrina a acercarse. Cuando sus rostros quedaron a centímetros de distancia, comenzó a susurrar—: Estos sueños no son ficción. Son recuerdos. No pertenezco a esta ciudad. El mundo ya sanó hace tiempo, pero me arrancaron de mi hogar y me encerraron aquí, en este lugar de mierda. Nací en una familia como las de antaño, en una casa preciosa rodeada de ríos y animales —su voz se convirtió en un grito desgarrador. Sus manos se aferraban a su cabeza, como si trataran de contener un dolor insoportable.

—Ok, tómalo con calma, aquí está tu trago… Te ayudará a relajarte, de seguro hoy sueñas algo diferente… Yo también sueño con bosques. Lugares antiguos como los de esos documentales. Pero solo son sueños, ¿no crees? —Catrina le entregó un vaso de gran tamaño con un líquido con los colores del arcoíris.

—¡Esos sueños no son producto de mi imaginación! ¡Coño! ¡Que es verdad! ¡Yo no soy de aquí! —el hombre empezó a gritar mientras lágrimas salían de sus ojos, a su vez golpeaba con los puños sobre el mesón de la barra.

Lucía, la otra chica que atendía el bar, y un robot de servicio reaccionaron al instante, corriendo hacia Catrina para protegerla del hombre, que parecía al borde de perder el control. Era habitual que personas se salieran de control, pues las enfermedades mentales eran muy típicas.

De repente, dos figuras vestidas con armaduras y máscaras negras, lisas y brillantes como obsidiana, se colocaron a los costados del hombre. Sin vacilar, lo sujetaron por los brazos y lo arrastraron fuera del bar, mientras su grito desesperado resonaba: «¡No soy de aquí!».

Catrina sintió un escalofrío recorrerle la piel. La ansiedad le oprimía el pecho, y un nudo de temor se le instaló en la garganta.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Lucía.

—Necesito salir un momento. Siento que me falta el aire. Cúbreme unos minutos, por fis —pidió Catrina tras un largo suspiro.

—Claro que sí, Catri. Ve tranquila. —Lucía se inclinó y le dio un beso en la frente a su amiga.

Catrina salió del local, hiperventilando. Decidió ir al pasillo trasero y externo del edificio, por donde recibían mercancía y sacaban la basura. Ese lugar solía estar desierto. Pero no esta vez. Catrina se detuvo en seco al escuchar la misma voz, el mismo grito obsesivo: «¡Déjenme en paz!». Conteniendo la respiración, se ocultó tras un contenedor de basura y activó el zoom de sus lentes intraoculares con un pensamiento. Sus pupilas se adaptaron al nuevo enfoque, permitiéndole observar cada detalle sin moverse del sitio. Catrina usaba estos lentes desde la adolescencia debido a la mala visión que padecía. Cuando cumplió los veinte años pudo modificar los lentes incluyéndole la opción de hacer acercamientos con solo pensarlo.

Los dos hombres de negro sujetaban al individuo contra la pared. Él forcejeaba, gritando con desesperación, tratando inútilmente de liberarse. Uno de ellos colocó una mano en la frente del sujeto y sonó una detonación cual disparo de arma de fuego. El alarido se apagó de inmediato. La pared se tiñó de rojo, bañada en sangre y fragmentos de hueso.

Un grito amenazó con escapar de la garganta de Catrina, pero se obligó a contenerlo. Su mano temblorosa cubrió su boca, ahogando el pánico y tragándose la voz.

Con movimientos fríos y mecánicos, los hombres sacaron una bolsa sintética para cadáveres. Envolvieron el cuerpo, que, al sellarse, se endureció y comenzó a levitar a la altura de sus cinturas. Sin prisa, caminaron hacia un vehículo de gran tamaño, donde lo depositaron antes de que este se elevara y desapareciera surcando por los aires.

Catrina había salido buscando un momento de calma. En cambio, lo que vio despertó un sentimiento desconocido, una emoción que nunca había sentido; o que, quizás, había olvidado. El miedo se enredó en cada uno de sus nervios, helándole la piel y comprimiéndole el pecho. Entró al bar, tambaleándose, y se dejó caer al suelo. Un sollozo desgarrador brotó de ella. Lloraba sin control, sintiendo el dolor en su garganta y el escozor en su nariz, una reacción física inevitable ante el peso de emociones devastadoras. No lloraba así desde la muerte de su madre, hacía dos años.

—Cat… Catri… ¿Qué pasó? —Ditrox, uno de los robots que atendía la barra, se acercó, su voz estaba cargada de preocupación.

—Vi algo horrible, Di… Me siento extraña. Creo que… que esto es miedo —tartamudeó Catrina.

Ditrox, con esa expresión serena que solo un androide podía tener, se sentó junto a ella, su cuerpo metálico reflejando la tenue luz del depósito del bar.

—Cuéntame, mi niña, ¿Qué fue lo que viste? —dijo amablemente el droide.

—¿Recuerdas el tipo ese que se volvió loco gritando hace un rato? Que decía: ¡No soy de aquí!

—Claro, lo recuerdo, se lo llevaron un par de Umbras —respondió el robot de forma instantánea.

—¿Qué son los Umbras? —preguntó Catrina, curiosa, calmando su llanto.

—Escuadrón Umbra —respondió Ditrox, observando a Catrina con detenimiento—. Se encargan de retirar los cuerpos humanos sin vida y llevarlos a incineración fuera de la Terranova.

—No, Di. No solo los retiran… Los matan. Uno de ellos le destruyó la cabeza al tipo, como las armas que salen en las películas y se usaban hace mil años, pero lo hizo con la palma de su mano. Vi cómo se llevaban el cadáver.

—No comprendo por qué hicieron eso, no es su función. El Escuadrón Umbra se caracteriza por portar una armadura negra, y lo que parece una máscara es su rostro. No son humanos, son como yo. Se identifican por el logo que tienen en la armadura, sobre todo en donde tendrían la frente si la tuvieran. El logotipo es una U. Te lo muestro. —Ditrox reflejó en su rostro la imagen de los sujetos arrastrando al hombre dentro del bar. Hizo un acercamiento en la armadura de uno de ellos, revelando un hundimiento casi imperceptible en forma de U, marcado en lo que sería su frente.

Catrina se quedó observando. El pánico se desvanecía, dejando en su lugar una necesidad apremiante de descubrir la verdad tras el Escuadrón Umbra.

Un temblor irrumpió el momento, haciendo que las botellas apiladas en cajas tintinearan. Parecía que la tierra vibrara al son de

los sentimientos de Catrina, pero los temblores eran normales, cada vez más frecuentes, por lo que las personas se acostumbraron a vivir con ese hecho.

—¿Cómo sabes de los Umbras? —preguntó Catrina, limpiándose las marcas de las lágrimas que habían surcado su rostro.

—Está en mi programación. Si algún día debo interactuar con un Umbra, necesito conocer su función —respondió Ditrox.

Catrina se quedó pensativa por varios minutos, asimilando lo que había pasado y la información que le proporcionó su compañero robótico.

—Di, me puedes decir cómo se llamaba ese hombre que asesinaron los Umbras —probó suerte Catrina, debía aprovecharse de los dotes digitales de su compañero.

—Claro que sí. Se llamaba Igor. Era ingeniero termomecánico y vivía en el bloque 784, piso 30, apartamento 3014.

—Gracias, Di, me ahorraste mucho camino —dijo Catrina.

—Con mucho gusto, mi niña. ¿Qué harás con esa información? ¿A qué camino te refieres? —El robot ladeó la cabeza mientras observaba a la joven.

—Investigaré lo que le pasó y por qué el Escuadrón Umbra decidió eliminarlo —respondió Catrina, decidida.

—Cat, esa no es tu función. No te metas en líos. Vamos, levántate que ya se te pasó el miedo. —Ditrox le ofreció la mano a Catrina y se levantaron juntos.

La palabra «miedo» le erizó la piel, como si despertara algo latente en su interior. Inhaló profundo, tratando de contener la tormenta de sensaciones que se agitaban dentro de ella. Luego caminó firme hasta la barra, donde junto con su compañera Lucía continuó su labor hasta las cinco de la madrugada.

—Catri, ¿estás bien? —preguntó Lucía tras ver la mala cara que mostraba Catrina.

—Sí. Estoy algo cansada, no trabajaré hoy como repartidora. Me voy directo a mi casa. Nos vemos más tarde, Lu. —Catrina le dio un beso en la mejilla y le dedicó una sonrisa fugaz antes de marcharse. Lucía la observó con preocupación, pero no dijo nada. Solo la vio alejarse con paso veloz, envuelta en sus pensamientos.

Catrina surcaba las calles en su moto aerodinámica de acabado blanco mate y detalles plateados, flotando un metro sobre el suelo como una flecha en el viento.

En el cielo brillaba un amanecer engañoso. El sol no era real, sino un astro artificial proyectado en el inmenso domo que cubría la Terranova, su luz fría e implacable iluminando un mundo encerrado a metros bajo tierra. La ciudad, aún silenciosa a esa hora, pronto despertaría. En pocos minutos, las calles estarían congestionadas por la ola de trabajadores que iniciaban su jornada. Los edificios se erguían a su alrededor, bañados por los rayos del falso sol. Altísimos y sobrios, con su arquitectura minimalista, parecían pilares inmaculados emergiendo del suelo, sus cimas casi imposibles de distinguir desde lo más bajo.

Al llegar a la unidad de edificios en donde vivía, guardó su moto en el parqueadero y subió en el ascensor hasta el piso de su casa, el cual estaba en el nivel cuarenta y tres. Accedió a su vivienda luego de ser escaneada por unos minúsculos rayos que salieron de la mirilla de la puerta. Su casa era diminuta, diseñada con lo mínimo para ser habitable. Más que un hogar, parecía una cápsula estéril, donde todo estaba hecho de un material similar al plástico blanco. No había esquinas a noventa grados, solo curvas suaves, como si la arquitectura evitara cualquier sensación de rigidez. La única ventana, ubicada en la sala de estar, era un panel de vidrio fijo. No se abría, no permitía el paso del aire, solo ofrecía una visión externa: un recordatorio de la ciudad encerrada bajo el domo.

—Bienvenida, cariño —dijo Aimara, la inteligencia artificial de la vivienda, con una voz que replicaba perfectamente la de la madre fallecida de Catrina.

—Aimara, quiero un bol de Zucaritas con leche… y ponle azúcar extra —solicitó Catrina tras sentarse en la mesa alta del comedor, la cual solo tenía dos puestos.

Mientras esperaba, se miró las manos. Entre sus dedos, manchas violáceas le provocaban una picazón insoportable. Sus uñas, largas y decoradas en un rosa vibrante, rasparon la piel, buscando alivio. Luego, como siempre, la nariz empezó a picarle también, una molestia diaria que nunca desaparecía.

—Enseguida, mi niña —respondió la inteligencia artificial y se escuchó el característico sonido de cereales cayendo en un plato de plástico.

El sonido provenía de un pequeño compartimiento empotrado en la pared, similar a un horno. En esa época, los humanos ya no cocinaban ni lavaban utensilios; la domótica se encargaba de todo, haciendo la vida más sencilla. No existía estufa, ni lavaplatos, ni ningún elemento de una cocina tradicional, todo estaba empotrado en una pared: el generador de alimentos, la nevera y el compartimiento de lavado de utensilios.

Catrina se levantó de la silla y caminó hacia el artefacto que generaba la comida, lo abrió y sacó el plato de Zucaritas con leche, luego regresó al minimalista comedor y se dispuso a degustar su alimento. Al terminar de saciar su estómago, Catrina se hundió en el sofá de su sala de estar y activó el pequeño dispositivo enganchado a su oreja derecha. Al instante, diminutos componentes electrónicos emergieron flotando en el aire, conectándose en una membrana transparente que cubrió sus ojos como una burbuja luminosa.

—Muéstrame todo sobre la sede del Escuadrón Umbra —ordenó Catrina.

En cuestión de segundos, la membrana digital sobre sus ojos proyectó una cascada de datos, envolviéndola en una realidad aumentada más intensa que cualquier simulación convencional.

Con movimientos precisos, Catrina navegaba entre los datos, sus dedos deslizándose por los comandos invisibles en el aire. Se concentró en buscar la ubicación de la sede del Escuadrón Umbra, lo cual no fue complicado. En la web aparecía mucha información, sobre todo en la página destinada a esa compañía. Por suerte, había solo una sede en toda la metrópolis, era un complejo enorme.

La sede del Escuadrón Umbra era un reflejo de sus agentes: imponentes estructuras esbeltas, negras y austeras se alzaban como sombras sobre la ciudad. En su interior, no solo trabajaban robots, sino también humanos en el área administrativa, controlando la logística de los cuerpos. Su única función era retirar los cadáveres y trasladarlos a la zona crematoria, fuera de la Terranova. Ningún humano podía acompañarlos: la superficie del planeta era un

páramo mortal, con una atmósfera irrespirable y niveles de radiación letales.

La pregunta obsesionaba a Catrina: ¿por qué los Umbras habían asesinado a un humano? En su interior, emociones arremolinadas la mantenían en un estado de euforia inquietante. La incertidumbre no la paralizaba, la impulsaba. Necesitaba respuestas.

En la noche revisaría las cámaras de seguridad tras el Abisal Bar, buscando pistas. Iría a la casa de Igor, el hombre asesinado. Y, sobre todo, visitaría en persona la sede del Escuadrón Umbra. La decisión estaba tomada. Ajustó su ruta de trabajo como repartidora para moverse cerca del complejo, incluso si quedaba fuera de su trayecto habitual. La curiosidad podía más que la lógica.

Pasadas las diez de la mañana, se preparó para descansar. Su turno en el Abisal Bar era nocturno, por lo que necesitaba dormir bien. Fue al baño, eliminó los restos de maquillaje con dos cremas limpiadoras y un *sérum* hidratante. Al quedar su piel al descubierto, las pústulas violáceas del acné aparecieron en su rostro. No le dio importancia y se dirigió a su habitación para colocarse su pijama, uno ancho, suave y cómodo. Antes de entregarse al sueño, extrajo una jeringa de uno de los gabinetes que portaba su habitación y se inoculó la dosis diaria en el muslo izquierdo. En esta era, todos los humanos debían hacerlo: una inyección de salud para mantener las enfermedades bajo control.

CAPÍTULO 2

EL UMBRAL DEL SILENCIO

Hay decisiones que no se eligen, pero marcan la línea entre el temor y la obediencia.

Sábado 26 de octubre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Un leve pitido empezó a repicar por toda la habitación. Su volumen iba en aumento según pasaban los minutos.

«Bip, bip, bip».

—Catrina, hija, despierta.

Esas palabras sonaron como un susurro al oído de la joven que dormía acurrucada en posición fetal sobre su diminuta pero reconfortante cama.

—Ya voy, mamá —balbuceó la joven apretando los párpados.

Tras un par de minutos, Catrina decidió abrir los ojos mientras estiraba cada extremidad de su cuerpo. Se sentó al borde de la cama observando los rincones de su habitación, la cual era pequeña, con el espacio necesario, ni más ni menos. No había ventana alguna. La luz del lugar se iba encendiendo de forma gradual gracias a la avanzada tecnología de la domótica.

Suspiró profundo y se levantó de la cama, en ese instante cayó en cuenta de su realidad, lo cual le arrugó el corazón. Su madre murió de cáncer de útero hacía ya dos años. Catrina era una de las pocas afortunadas—casi inexistentes—personas que crecieron al lado de una madre, ella era una rareza en su tiempo, una anomalía en un mundo donde el concepto de familia había sido erradicado. Los humanos eran criados en centros especializados desligados de la

figura materna y paterna. Ser madre o padre no entraba en el estilo de vida de esos tiempos. Las mujeres tenían descendencia solo para venderla, no había otro tipo de interés.

El cáncer, las enfermedades autoinmunes y crónicas eran muy comunes, por eso se crearon las inyecciones de salud diarias, permitiendo a las personas llevar una vida funcional a pesar de sus enfermedades, aunque estas siguieran siendo la principal causa de muerte. Por suerte, Catrina no tenía esa enfermedad en su organismo. Sin embargo, a sus veinticinco años padecía de diabetes tipo 2, pero era delgaducha, en su cuerpo no había indicios de obesidad alguna. Catrina perdió su brazo izquierdo en un accidente. A pesar de la rápida intervención médica, la infección avanzó sin piedad. Cada intento de salvar su extremidad fracasó, hasta que el veredicto final llegó: amputación. Gracias a los avances tecnológicos, Catrina obtuvo un brazo artificial que imitaba casi a la perfección la apariencia de uno humano, aunque en la zona de unión con su cuerpo quedaba la evidencia de lo artificial: un leve destello metálico bajo la piel.

Catrina nació con una condición, era albina, por eso la rareza de su aspecto: cabello y piel blancuzca, ojos de un azul clarísimo, pestañas y cejas níveas como su pelo. También sobrellevaba una dermatitis crónica. El escozor que sufría en su delicada epidermis, sobre todo en la coyuntura de sus extremidades, era insoportable, pero aprendió a vivir con eso. Su piel, marcada por manchas irregulares, daba la impresión de estar siempre al borde de la fragilidad, como si cada roce pudiera quebrarla.

Mientras Catrina caminaba hacia el baño de su departamento, se rascaba con su brazo derecho debajo de las nalgas. El alivio llegaba solo después de que sus uñas rasgaran la piel con furia, como si pudiera arrancar el escozor de raíz.

Al estar al frente del espejo, se miró las grandes ojeras que oscurecían sus ojos azul cielo. Examinó con desagrado los granos violáceos que asediaban su mentón, pómulos y frente, invasores inevitables en su reflejo. Dirigió sus dedos a una de las pústulas que tenía una punta blanca verduzca y la extirpó con ayuda de una aguja hasta que el pus dejó de salir. Sintió dolor, pero una gran satisfacción

al eliminar el purulento y horrendo grano. Luego se lavó la nariz con mucha agua para aliviar la picazón que siempre la acompañaba. Enjuagó sus manos y cuando estuvieron secas pasó los dedos entre sus mechones níveos, buscando señales de que podía postergar el lavado, pero el peso de la grasa le confirmó lo inevitable: debía lavarlo, antes de que el escozor le consumiera el cuero cabelludo. Volvió a abrir el grifo del lavamanos, agarró el vaso que estaba estratégicamente al lado de su cepillo de dientes y lo llenó de agua para luego beberla en dos sorbos. Se relamió los labios, que los tenía rotos de la resequedad y le supo a metal.

Inmediatamente se sentó en el excusado y tras vaciar su vejiga, el agua se bajó de forma automática y al mismo tiempo se desinfectó con un líquido de color púrpura que olía a lavanda. Se despojó del pijama y enfrentó el espejo, donde la luz blanca de la habitación acentuaba cada irregularidad de su piel. Arrugó la nariz ante las manchas que se expandían como sombras violáceas en los pliegues de su cuerpo, debajo de los glúteos y los pechos, los cuales eran grandes a pesar de la delgadez de su complexión.

Hoy su piel parecía una batalla perdida. Suspiró, aceptando que, por más que lo intentara, nunca podría escapar de su propio cuerpo.

No esperó más tiempo y se metió en la ducha. Un nicho diseñado para una sola persona; estirar los brazos a los costados era impensable. El agua caliente empezó a salir justo al instante en el que Catrina posó sus pies desnudos en el suelo de la ducha. La temperatura era la que a ella le gustaba, así estaba programado. Cada detalle estaba automatizado, cada función calculada al milímetro por un sistema que hacía innecesaria cualquier intervención humana.

Catrina salió de la ducha y se secó con una mullida toalla blanca, la cual metió por un agujero en el baño que la envió directo a la secadora, para en segundos regresar doblada, limpia y esponjosa al mismo lugar en el baño.

Miró el reloj, eran las 8:06 de la noche. Aún tenía tiempo para comer algo antes de dirigirse a su segundo trabajo. Por las mañanas se dedicaba a repartir encomiendas por la ciudad y en la noche laboraba en el Abisal Bar, el local de licores y psicodélicos. Se

esforzaba seis días a la semana, no solo para pagar su diminuto hogar, sino para garantizar cada mañana la inyección que la mantenía en pie.

Cubrió su piel con una capa gruesa de crema pastosa, buscando en cada roce un alivio que, aunque efímero, le permitía seguir adelante. Al finalizar, se echó un desodorante en aerosol que olía a rosas. Luego se vistió con el uniforme de turno: vestido de lolita japonesa, esta vez de color violeta. De accesorios se colocó medias altas por encima de las rodillas, de rayas blancas y moradas. Se calzó par de botas, también de color violeta, que hacían juego con el traje de muñequita. Se ajustó vendas blancas en su codo derecho, ocultando las manchas, como si eso pudiera hacerlas desaparecer por completo.

La joven albina se secó con un dispositivo diminuto su corta cabellera, la cual le llegaba a la altura de su mentón. Observó en el espejo el mechón rosa que resaltaba en su flequillo y dijo en voz alta:

—Violeta, por favor.

Al instante el mechón rosa se tornó de color violeta. Luego tocó el espejo en la parte inferior, donde salieron varios íconos de los cuales eligió el de maquillaje. Se miró la cara, donde se materializó el filtro de un maquillaje en tonos rosas. Catrina negó con la cabeza y dijo en voz alta:

—Tonos violetas, por favor.

En segundos se vislumbró en el espejo su cara maquillada con tonos violetas. Sombra de ojos, con un bonito delineado y boca púrpura. Catrina afirmó con la cabeza y, en segundos, salió debajo del espejo lo que parecía una máscara de silicona donde se apreciaba su rostro con el maquillaje en tonos violeta, la cual se colocó en la cara y en un par de segundos fue absorbida por la piel de la joven, quien ahora lucía en su rostro el maquillaje elegido. El acné se había ocultado totalmente tras el perfecto maquillaje.

Cuando estuvo satisfecha con los resultados, abrió un compartimiento en la pared que estaba al lado del espejo, el cual contenía frascos de perfumes y otros implementos. Agarró el de color morado y accionó el atomizador repetidas veces haciendo

círculos a su alrededor, empezando por la cabeza hasta finalizar en los pies. El perfume envolvió su cuerpo con un dulzor ajeno, un vestigio de flores que solo existían en frascos, nunca en sus recuerdos.

Miró sus uñas, las cuales lucía perfectas, largas y pintadas, pero de color rosado, lo que rompía con los tonos que debía llevar ese día. Hurgó en otro compartimiento en la sala de baño, justo debajo del lavamanos y sacó un pequeño objeto, similar a un sacapuntas de lápices. Metió su dedo índice en el agujero y dijo en voz alta:

—Púrpura oscuro con brillantina.

El dispositivo brilló con una luz intensa, liberando un calor sofocante y un olor químico que quemó por un instante el aire. Cuando cesó la luz, Catrina sacó el dedo y su uña mostraba un hermoso acabado de color púrpura que destellaba con escarchas del mismo tono. Repitió el proceso, deslizando cada dedo dentro del dispositivo, incluyendo los de su mano biónica, que reflejaban los destellos de la brillantina con una perfección artificial.

Salió hacia la cocina, llegando en apenas unos pasos. Se detuvo al frente de lo que parecía un horno empotrado en la pared de plástico blanco y habló en voz alta:

—Aimara, quiero dos *ponquesitos* de chocolate y un café con leche con malvaviscos, por favor.

—En segundos, querida niña —le respondió la voz de su madre a través de la inteligencia artificial que laboraba en la casa.

En menos de dos minutos apareció su pedido dentro del curioso horno: dos *cupcakes* de chocolate y una taza humeante con más leche que café y mucha azúcar, pues así le gustaba a Catrina. Saboreó cada bocado con placer, sentada en una mesita minimalista de dos puestos.

Un temblor corto pero intenso hizo presencia en el departamento de Catrina, haciendo que se balancearan todos los objetos. La joven se quedó atenta y cuando todo estuvo en calma, metió la bandeja de comida en el mismo horno para que fuese limpiada y cogió de una pequeña nevera, también empotrada dentro de la piel plastificada del apartamento, una botella de agua. Bebió hasta la última gota, pero la sed seguía ahí, como un vacío imposible de

llenar. Luego buscó una chaqueta, la cual no era de color violeta, sino blanca.

En la parte más alta de las paredes del pequeño apartamento se hallaban unas rendijas que se abrieron, desprendiendo un gas rosado con olor a rosas que perfumó toda la estancia. De esta forma, la vivienda siempre conservaba un aroma agradable.

—Qué tengas una linda noche —murmuró la voz programada de su madre. Un eco de cariño artificial.

—Gracias —respondió la joven y salió de su departamento.

Afuera había un pasillo estrecho que se iluminó apenas tocó el suelo. Caminó hacia la derecha hasta el final donde la esperaba el ascensor. Marcó la planta de parqueadero y bajó a gran velocidad. Al llegar al estacionamiento, caminó entre vehículos aerodinámicos, ninguno tenía ruedas y en su mayoría eran pequeños, hasta que se detuvo al frente de su moto blanca. Apenas la rozó, cobró vida, elevándose con un zumbido mientras luces de neón rosa recorrían su fuselaje en una danza vibrante.

—Violeta, por favor —ordenó Catrina y las luces rosas se tornaron de color morado intenso.

La joven se colocó un casco blanco que desprendía delicadas luces, también en tono violeta, se montó en el vehículo y salió con la velocidad de un rayo.

La iluminación urbana reflejaba el mismo patrón de neón que la moto de Catrina. Las franjas brillaban bajo las aceras, delineaban el pavimento de las carreteras y cubrían las fachadas de los edificios. Todo contrastaba con las enormes pancartas publicitarias, tan luminosas como invasivas, la mayoría de ellas holográficas.

Era un sábado a las nueve de la noche. Las calles rebosaban de vida; humanos y robots de servicio se mezclaban en las aceras de la urbe. Muchas personas se movilizaban con especies de sillas flotantes o exoesqueletos, ya que sus piernas habían perdido la capacidad de moverse, algo muy común en esa época. Por contraste, las autopistas flotaban en un extraño vacío, con apenas unos cuantos vehículos surcando los niveles superiores, envueltos en luces vibrantes.

Catrina portaba un casco que envolvía su cabeza como una burbuja sensorial, filtrando el viento y sumergiéndola en una versión actualizada de «Played-A-Live (The Bongo Song)» del grupo SafriDuo de los años 2000. Los tambores resonaban con más fuerza que nunca, fusionados con sintetizadores futuristas que vibraban a través de su sistema auditivo integrado. Le gustaba la velocidad y la música electrónica mezclada con sonidos tribales.

La joven motorizada estacionó su vehículo dentro de uno de los puestos del parqueadero de un edificio. Se quitó el casco y sacudió su blanca cabellera con su brillante mechón violeta.

—¡Catri! —gritó una joven de cabello negro y rizado, con un peinado voluminoso y llamativo agitando los brazos en el aire, a unos cuatro metros de distancia. Era Lucía y vestía idéntico a Catrina, en su mano derecha tenía una botella de agua, la cual vació en segundos mientras Catrina se acercaba a ella.

—¡Lu! ¿Llegando temprano o soy yo la tardona? —bromeó Catrina, revisando la hora en su brazo robótico, que destellaba cifras digitales en la pantalla integrada. Eran las 9:50 de la noche.

—Llegando temprano, mujer… Vamos *pa* dentro. —Lucía encajó su brazo con el de Catrina y caminaron juntas hacia una puerta muy discreta de la cual se escapaban destellos de luces, el Abisal Bar.

El local estaba lleno a todas horas, y a las diez de la noche se cambiaba el turno con el personal de trabajo de la tarde.

Las dos chicas entraron saludando a sus compañeros y compañeras de trabajo, saludando y despidiéndose al mismo tiempo. Luego se ubicaron en la barra de estupefacientes para poner manos a la obra y trabajar en conjunto con los dos robots de servicio. El Abisal Bar pulsaba con una energía única. Licores fluorescentes reflejaban el resplandor de las luces, mientras sustancias alucinógenas flotaban en pequeños viales de cristal. Los robots de servicio se desplazaban con precisión mecánica, entregando pedidos con la eficiencia fría de la automatización. Sonaba música de fondo, electrónica, no tan alta, puesto que el área del bar estaba dispuesta para que las personas se relajaran hablando y consumiendo las sustancias de forma tranquila. Los que querían bailar se debían ir a la pista donde la música sonaba en altos decibeles.

—Catri, cariño, dame un *Lolilove* doble—pidió un joven de piel pálida, cara alargada y cabello negro.

—¡Manu! —dijo Catrina, sorprendida—. Supongo que no es para compartir conmigo, ¿cierto? Ya pensaba que te estabas enamorando de mí y pedirías que fuésemos novios, como en la época de antaño. —Sonrió Catrina de forma sarcástica.

—Yo encantado de compartir solo contigo el placer del sexo. Pero no siempre estás disponible, mi preciosa Catri. —El joven acarició la mejilla maquillada de Catrina y ambos sonrieron.

—Toma, pillo, que disfrutes esta noche… Pero el lunes nos vemos en mi casa. —Catrina le colocó en la palma de la mano una pipeta doble de vidrio con contenido fucsia fosforescente. El joven se guardó la sustancia en el pantalón y se estiró para darle un delicado beso en los labios a Catrina—. Ya, desaparece. —Hizo un gesto con la mano para ahuyentar a Manuel.

El *Lolilove* era una droga cargada de feromonas y otros químicos que aumentaban de forma súbita la libido de quien lo consumiera, ayudaba con la disfunción eréctil que sufrían todos los varones en esa época. Esta sustancia era necesaria para que las personas disfrutaran de una sesión de sexo de muchas horas. El producto venía en varias presentaciones: en pares y tríos, una ampolla para cada miembro del grupo que quería recrearse de los placeres carnales, pues el acto sexual no solo se realizaba entre parejas, sino también entre muchos participantes. Para que la droga diera efecto, cada individuo debía consumir una ampolla, si solo uno lo hacía, no surtía efecto. La substancia era un gas que se suministraba por las fosas nasales.

—Vaya, parece que tú eres la que estás de lleno en un noviazgo, como lo hacían nuestros ancestros, porque solo con Manuel es que tienes sexo desde hace mucho tiempo. ¿Te estás enamorando? Cuéntame, ¿qué se siente? Voy a empezar a sentir eso que llaman celos —bromeó Lucía y le dio una nalgada a su compañera, luego se carcajeó.

—Ja, ja, ja… —Catrina se rio con sarcasmo—. Qué dices, Lu. Obviamente solo con él libero el estrés últimamente y a veces contigo. ¿Pero es que acaso tenemos tiempo de conocer a otras

personas? Si quieres nos acompañas el lunes. —Catrina se acercó a Lucía, intentando moverse de forma sensual y fallando en el intento.

—Me encantaría, pero tengo planes ese día. Y no digas bobadas, que te he visto entrar a los cuartos del amor con otros chicos. —Lucía arqueó las cejas y torció la boca mientras colocaba las manos en su cintura—. Bueno, toma para que agarres energía, que ahora es que comienza lo bueno. —La joven morena portaba dos pipetas con humo verde fluorescente en su interior, le entregó una a Catrina y la otra se la colocó en una de sus fosas nasales, la accionó y aspiró el contenido.

—Bueno, sí. Pero últimamente solo dejo espacio para el *Lolilove* una vez por semana y lo hago con Manu, que es de confianza —respondió Catrina encogiéndose de hombros, luego aspiró el contenido verde de la pipeta que le entregó Lucía.

—Ummm… Ya… Voy buscando vestido para la boda de ustedes dos. Será apoteósico, la primera boda en más de mil años. —Lucía hizo un ademán con sus manos, representando lo grande que sería ese fantasioso evento.

—No tienes remedio, Lu. Deja de estar viendo películas de la prehistoria. Te están dañando la cabeza. —Catrina tocó repetidamente con su dedo índice sobre la frente de su amiga y ambas se desternillaron de la risa.

Las horas pasaron volando. Los sábados eran de los días más movidos en el Abisal bar y en todos los locales que hacían vida en las Terranovas. Catrina y Lucía, junto a Ditrox y Deimos, el otro droide, no tuvieron respiro alguno, apenas unos minutos para ir al baño a vaciar la vejiga. Cuando faltaban cinco minutos para terminar la jornada, Catrina se dirigió hacia Ditrox y le preguntó:

—Di, ¿puedes darme acceso a las cámaras de seguridad de la parte trasera, para ver lo que sucedió la noche del viernes?

—Claro que sí, mi niña. —Ditrox se quedó mirando a Catrina y en su rostro liso de robot empezó el video de la noche del día viernes.

Lucía y Catrina fijaron la vista en la pantalla del rostro de Ditrox. La imagen mostraba a los droides cumpliendo su rutina: entrando y saliendo, arrojando basura en los contenedores clasificados. Nada fuera de lo común. Nada extraño… hasta que la figura de Catrina

apareció en la grabación. Se le notaba inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. De repente, su expresión cambió; su mano cubrió su boca, los ojos se abrieron en un rictus de terror. En un instante, giró sobre sus talones y corrió al interior del local.

Lucía no entendía lo que estaba viendo. ¿Por qué Catrina actuaba así? Miró a su amiga que tenía la boca entreabierta y ojos como platos.

—Di, retrocede la escena —pidió Catrina tras reaccionar.

El video volvió a correr y se vio lo mismo.

Catrina no podía creerlo. Lo que había presenciado, lo que la había aterrorizado, no estaba en el video. Como si la noche anterior nunca hubiera sucedido… Como si todo hubiera sido un espejismo.

«¿Fue solo mi imaginación?», pensó, pero la inquietud se instaló en su pecho, pesada, irrefutable, como un eco de algo que no debía haber olvidado.

CAPÍTULO 3

FRACTURA SILENTE

Algunas misiones no buscan respuestas, sino quiebres invisibles en el alma.

—No puede ser, no estoy loca, sé lo que vi —comentó Catrina, desanimada y un poco asustada.

—No entiendo, Catri, ¿qué quieres ver allí? —preguntó Lucía, muy confundida, poniendo una mano en el hombro de su amiga.

—Cat, tengo una respuesta. —Ditrox hizo aparecer de nuevo el video, lo puso en cámara lenta y lo detuvo minutos antes de que Catrina hiciera presencia en escena—. Mira allí justo encima del contenedor de basura.

Catrina y Lucía entrecerraron los ojos para afinar la vista.

—Una interferencia… ¡El video está editado! —dijo Catrina, triunfante, mientras Ditrox afirmaba con su cabeza robótica.

—Borraron algo del video —comentó Ditrox, haciendo aparecer el mismo instante desde diferentes ángulos, donde la interferencia era evidente—. Alguien no quiere que se sepa lo que pasó. Y si es así, debes cuidarte, Cat. Todo esto no me huele bien. —El rostro de Ditrox volvió a la normalidad, mostrando una expresión amable pero pixelada.

—No, Di, debemos averiguar qué está pasando —insistió Catrina con una mezcla de euforia e impotencia.

—No, mi niña, olvida que todo esto pasó. Por tu bien y el de todos nosotros —advirtió Ditrox.

Lucía miraba a Ditrox y a Catrina, mordiéndose el labio. Se sentía en medio de una película de misterio. Catrina botó todo el aire contenido en sus pulmones y dijo:

—Gracias, Di. Nos vemos luego —zanjó el tema, sin querer mostrar sus verdaderas intenciones.

—Siempre a tu orden, mi niña. Que la pases bonito —respondió Ditrox, llevándose una mano al pecho en señal de reverencia.

Catrina se quedó absorta, tratando de asimilar el torbellino de emociones que la azotaba. Por un lado, el deseo ardiente de descubrir la verdad detrás de todo este misterio. Pero por otro, un miedo visceral le erizaba la piel, advirtiéndole que tal vez era mejor dejar las cosas así. Un temblor, cotidiano, la sacó de sus cavilaciones.

—Lu, ¿te puedes quedar en mi casa hoy? —pidió Catrina.

—¿No vas a trabajar como repartidora otra vez? —preguntó Lucía, tras beberse una botella de agua entera.

—No tengo ganas. Lo que me pasó está a otro nivel y no quiero estar sola… Sé que es extraño, pero necesito compañía —confesó Catrina.

Lucía la miró curiosa, esa petición era muy extraña. La única forma de que dos personas o más compartieran un día o una noche en la misma casa, era para tener sexo inducido bajo los efectos de *Lolilove*. Sin embargo, sabía que Catrina era diferente: era la única persona que conocía que había crecido con la compañía de una madre. Su relación de amistad era sólida, y Lucía estaba dispuesta a ayudarla incondicionalmente en cualquier situación. Se conocían desde pequeñas, pues estudiaron juntas en el mismo instituto.

—Está bien, Catri, iré a tu casa. Espero que tengas llena la despensa, porque muero de hambre.

Ambas amigas subieron a sus respectivas motos y se dirigieron a la casa de Catrina.

—Bienvenida, Catri. Me alegra que trajeras compañía —dijo la voz de la madre fallecida de Catrina a través de la IA de la casa.

—Hola, Aimara. Por fa, prepáranos dos sopas de fideos con sabor a camarón.

—Entendido, querida niña —respondió la inteligencia artificial, mientras se escuchaba el líquido hirviendo dentro del curioso horno empotrado en la domótica de la casa.

—¿Aún no has podido pagar para que la IA de tu casa se materialice como holograma? —preguntó Lucía, tras beberse otra botella de agua entera. Estaba sentada en la pequeña mesa del comedor.

—No quiero que se materialice y ya —respondió Catrina.

Aquella pregunta le causó molestia, pues no estaba preparada para ver el holograma de su madre fallecida en cada rincón de la casa, y mucho menos para escuchar a otra persona imitando su voz. Por otro lado, tampoco quería dejar de oír la voz de su madre.

Sacudió aquellos pensamientos, sacó la bandeja del horno empotrado y colocó un par de platos hondos humeantes sobre la mesa.

Ambas chicas comieron en silencio la sopa instantánea de fideos con sabor a camarón.

—Lu, voy a darme una ducha. Agarra cualquier pijama de los míos y ponte cómoda, estás en tu casa.

—Gracias, Catri. También quiero ducharme, voy después de ti —respondió Lucía, caminando hacia la diminuta sala de estar de la casa. Se sentó en el sofá empotrado en la pared plastificada, activó su dispositivo de membrana digital visual y se dispuso a navegar por sus redes sociales.

A los minutos, salió Catrina del baño, totalmente desnuda y con la cara libre de maquillaje, lo cual fue posible tras aplicarse al menos tres productos químicos. Fue directo a la habitación y se embadurnó de crema todo el cuerpo para luego colocarse el pijama. Ya eran las seis de la mañana.

Apenas salió Catrina del baño, entró Lucía y se despojó de su uniforme de muñequita dejando al descubierto una piel morena con una dermatitis similar a la de Catrina. La joven se rascó la comezón que tenía en casi todo el cuerpo. Lucía era de contextura gruesa y flácida, la celulitis invadía la piel de sus muslos, caderas y glúteos. Pero a pesar de todo ello, tenía una bonita figura en forma de guitarra que la hacía muy atractiva. No obstante, muchas veces su ánimo bajaba por su aspecto y su meta era ahorrar dinero para hacerse cirugía estética. Tras terminar de limpiar su cuerpo y quitarse el maquillaje de la cara salió sin ropa alguna hacia la

habitación de Catrina. Allí hurgó en el closet empotrado y escogió un camisón ancho.

—¿Me prestas tu crema hidratante? —pidió Lucía, mientras Catrina navegaba por la web en su dispositivo visual.

—Claro, está allá —Catrina señaló un frasco esbelto colocado sobre una curiosa mesita que sobresalía de la pared.

Lucía cogió la crema y la aplicó con delicadeza en cada rincón de su cuerpo antes de vestirse con el camisón.

—Qué extraña me siento —comentó Lucía.

—¿Por qué? —preguntó Catrina.

—Porque estamos pasando este momento juntas, pero sin *Lolilove*.

Catrina suspiró, conteniendo el mal humor que la invadía. Al final de cada jornada, la irritación se alojaba en su interior.

—No quiero estar sola hoy en mi casa. Me pasó algo muy raro —comentó mientras rebuscaba su armario. A simple vista, parecía que no existía, pues se camuflaba con el diseño de las paredes blancas y plastificadas de la vivienda. De allí sacó una jeringa, que se inyectó en el muslo izquierdo.

Al instante, sintió alivio: la rinitis cesó, el mal humor desapareció, el picor de la dermatitis se aplacó e incluso las manchas se desvanecieron. Se había administrado su dosis diaria de salud. Aquella jeringa contenía los anticuerpos necesarios para regular su insulina y controlar la dermatitis. También mejoraba su estado de ánimo.

Lucía hizo lo mismo, sacó su jeringa de emergencia del bolso y, en cuestión de segundos, sus males corporales se disiparon.

—Lu, ayer presencié el asesinato de una persona —confesó Catrina, recostándose en el espaldar de la cama.

—¿De quién? ¿Dónde? —preguntó Lucía, sorprendida, llevándose una mano a la boca.

—¿Recuerdas al tipo que gritó en el bar? —Catrina se mordió el labio inferior.

—Sí, lo recuerdo. Ditrox y yo fuimos a tu auxilio —respondió Lucía, sentada con las piernas cruzadas frente a ella.

—Bueno, lo mataron detrás del edificio. Por eso revisé los videos de seguridad hoy —resopló Catrina.

—¿Quién lo asesinó? ¿Fue un atraco? —preguntó Lucía, con los ojos abiertos como platos.

—Lo mataron los tipos de negro que se lo llevaron. No le robaron nada. Le destrozaron la cabeza, lo metieron en una bolsa negra y se lo llevaron —describió Catrina antes de suspirar profundamente.

Lucía se llevó una mano a la boca y luego dijo:

—¿Qué me estás contando?

—Así mismo, Lu. Luego Ditrox me dijo que esas personas son del Escuadrón Umbra.

—¿Unos Umbras? Pero ellos no matan a nadie, solo se llevan los cadáveres —añadió Lucía, confundida.

—Eso mismo dijo Ditrox. Pero yo lo vi con mis propios ojos. Ni siquiera sabía que existía ese escuadrón —comentó Catrina, apretando los labios.

—Cuando murió tu madre, ¿no viste a los Umbras llevándose el cuerpo?

—No. No quise verlo. Me fui antes.

—Es extraño. ¿Estás segura de que fue el Escuadrón Umbra? —Lucía dudaba de las palabras de su amiga.

—Sí, Lu. Ditrox me lo confirmó y me contó sobre el escuadrón. Por eso quería revisar las cámaras de seguridad. Todo esto me dejó un mal sabor de boca. Sentí algo… extraño. Creo que fue miedo —confesó Catrina.

—¿Miedo? ¿Cómo cuando ves una película de terror? —Lucía seguía mirando a su amiga con los ojos muy abiertos.

—No, Lu. Fue algo diferente, más intenso —Catrina bajó la mirada y se quedó viendo al vacío.

—Bueno, cuenta conmigo, yo te ayudo a investigar. ¿Cómo te sientes ahora? —comentó Lucía, tratando de animar a su amiga. Se sentía entusiasmada. Era la primera vez que era parte de algo fuera de lo común en la Terranova 322.

—Con ganas de no estar sola. Gracias por quedarte conmigo hoy, Lu. Lo aprecio mucho —Catrina fue honesta.

—Cuenta conmigo siempre, Catri.

Las chicas se abrazaron y siguieron conversando sobre el asunto. Catrina le relató cada detalle, hasta cómo los sesos ensangrentados quedaron estampados en la pared. Al desahogarse, su corazón encontró calma y, en su interior, creció una euforia inesperada. Sentía una necesidad inmensa de descubrir la verdad tras aquel asesinato tan extraño, aunque no fuera una experta en el tema.

Gracias a la inyección de salud y a la charla, el ánimo y la energía de ambas estaban renovados. Lucía insistió en la rareza de ese momento —que estuvieran compartiendo la cama solo para hablar —, lo que hizo que Catrina normalizara la situación. Sacó de su armario un par de ampollas de *Lolilove* y se dejaron llevar por las ganas inmensas de besarse y acariciarse hasta alcanzar varios orgasmos. Cuando el efecto del frenesí sexual pasó, ambas chicas quedaron abrazadas recostadas sobre la cama.

—Catri, ¿qué se siente crecer con una madre? —Era una pregunta que Lucía había querido hacer desde hacía mucho tiempo.

—Nunca te sientes sola —respondió Catrina, recordando las atenciones de su madre.

—Como una amiga que te espera siempre en casa. ¿Es parecido a lo que compartimos hoy? —preguntó Lucía, tratando de imaginar la sensación.

—No, es diferente. Con una madre no compartes el *Lolilove*, sería muy incómodo. Lo que sentía por ella se puede describir como amor a la antigua… pero no amor de pareja, de ese que ya no existe. Era amor de familia. No sabría explicártelo bien. —Catrina hizo una pausa, buscando las palabras—. Su compañía me daba seguridad. A veces no estábamos de acuerdo, peleábamos, pero luego, como si nada, nos volvíamos a querer. Me llenaba, sentía algo dentro de mí… pero ahora quedó un vacío que duele.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro. Lucía la observó conmovida, intentando comprender lo que su amiga estaba sintiendo.

Lucía creció en un criadero de humanos, como era común en las Terranovas. En estos lugares, los bebés eran cuidados por nanas robots bajo la supervisión de seres humanos. Los robots tenían una apariencia amable y casi humana, pero su función se limitaba a

satisfacer las necesidades básicas de los pequeños: alimentación, cobijo y aseo.

El cariño de una madre o un padre era inexistente. Solo el 60% de los bebés llegaban a la infancia; muchos morían sin una causa aparente, a pesar de que sus necesidades fisiológicas estaban cubiertas. Los niños crecían con el vacío emocional que conlleva la ausencia de padres. Sin embargo, con el tiempo, ese vacío se llenaba con la convivencia entre ellos. Criados juntos como una gran familia, desarrollaban lazos empáticos desde temprana edad, aunque programados para ser individuos independientes.

Las crías humanas aprendían rápidamente a valerse por sí mismas. Desde recién nacidos, cada individuo tenía su propia habitación con baño. Vestían ropas idénticas, siempre de color blanco. Los criaderos contaban con sus propias escuelas y hospitales, asegurando que los niños crecieran dentro del mismo complejo.

Catrina, al no haber crecido en un criadero, debía asistir al colegio de uno de estos centros. Fue allí donde conoció a Lucía y a Manuel, quienes habían pasado su infancia en aquel lugar.

Lucía, a sus veinticinco años, no conocía ni el nombre de su madre ni el de su padre. Nunca le había interesado, aunque la curiosidad comenzó a invadirla tras escuchar a Catrina hablar sobre su madre. Hasta la fecha, había conocido a tres de sus hermanos, todos mayores que ella. No guardaba ninguna relación con ellos; simplemente eran conocidos, como cualquier otra persona. Tampoco sabía si compartían progenitores por parte de madre o padre. Sin embargo, había dos datos que sí conocía: ella era la última descendencia de su madre, es decir, la tercera cría, por lo que su madre dejó de tener hijos tras su nacimiento. Además, sabía que el nombre de su madre comenzaba con «Lu», razón por la cual Lucía recibió ese nombre.

¿Cómo supo quiénes eran sus parientes?

A cada ser humano, al nacer, se le instalaba un chip de control detrás de la oreja, bajo la piel. Aquel dispositivo almacenaba toda la información del individuo: composición genética, datos de identidad, información bancaria, historial de salud… Solo bastaba pasar un

escáner especial por detrás de la oreja para acceder a esos datos. Cuando dos personas con parentesco genético se cruzaban, un aviso llegaba a sus redes sociales. Este sistema se implementó para evitar relaciones entre parientes, ya que estaba prohibido tener descendencia con familiares, evitando así deformaciones en el ADN.

Ambas amigas se quedaron dormidas abrazadas y desnudas en la cama. La inteligencia artificial de la casa adecuó la temperatura para que no sufrieran ni frío ni calor y pudieran descansar en paz.

ΔΔΔ

Catrina salió a la parte trasera del edificio del bar donde trabajaba, buscando relajarse un poco mientras fumaba un cigarrillo electrónico con esencia de cannabis.

De pronto, escuchó voces. Reconoció la misma voz del hombre asesinado la noche anterior. Se asomó con cuidado, camuflándose detrás del contenedor de basura, y observó la escena.

—¡Déjenme en paz! ¡No estoy loco! ¡Yo no soy de aquí! —gritaba el hombre, enloquecido, tratando de zafarse de los brazos de los dos individuos del escuadrón Umbra que lo sujetaban con fuerza.

Y volvió a suceder.

Uno de los Umbras colocó su mano en la frente de Igor y una detonación salió de la palma de su extremidad. Pedazos de cerebro, hueso y sangre se esparcieron sobre la pared.

Catrina dejó escapar un grito ahogado, lo que delató su ubicación.

El robot negro se movilizó de forma veloz hacia donde estaba ella, le colocó la mano en la frente y disparó sin piedad.

Una sacudida violenta hizo que Catrina despertara, jadeando y sudando. El departamento estaba temblando, como era común. A su lado, Lucía dormía plácidamente.

«Fue un sueño», se dijo en su interior.

Se levantó y se colocó el pijama, pues estaba desnuda. Miró la hora en el reloj digital que parecía un cuadro en la pared: eran las cinco de la tarde.

Suspiró y fue a la cocina a tomar un poco de agua.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó la inteligencia artificial de su casa.

La domótica tenía como función medir los niveles anímicos y de salud de los habitantes del lugar, y había percibido una fuerte fluctuación de ansiedad y miedo en Catrina.

—Estoy bien —respondió ella, sin ánimos. Su estómago rugió de hambre—. Aimara, sírveme cereal achocolatado con leche, por favor.

—De inmediato, cariño —contestó la inteligencia artificial.

Desde el horno de comidas —la cocina de esa época— se escuchó cómo los cereales caían en un plato hondo de plástico, seguidos por el líquido de la leche.

El compartimiento de acrílico se abrió, y Catrina tomó su comida. Se sentó en la mesa y comenzó a degustarla.

—Catri, no sentí cuando te levantaste —comentó Lucía, vestida con el camisón. Caminó hacia el comedor, rascándose la cabeza y sacudiendo la frondosa cabellera que cubría su cuero cabelludo—. ¡Qué rico! Yo quiero —exclamó tras ver el plato de cereal con leche que degustaba su amiga.

—Aimara, prepara otro cereal con leche —ordenó Catrina—. ¿Cómo dormiste?

—Bien, mejor que en mi casa, donde me cuesta agarrar el sueño —respondió Lucía mientras abría la nevera embutida en la coraza de la vivienda. Sacó un envase de agua y lo vació en segundos. Luego se sentó en la mesa a degustar su desayuno—. Catri, ¿no te has preguntado de dónde sacan la leche? Las vacas se extinguieron hace miles de años.

Catrina la observó, pensativa. Nunca se había hecho esa pregunta.

—La verdad es que no, y no me importa. Es rica, me encanta y es nutritiva. Si hemos sobrevivido mil años después del último cataclismo, es gracias a la tecnología que tenemos y creamos. Por eso no me interesa saber de dónde vienen las cosas, mientras tengamos todo lo necesario —respondió tras comer su último bocado.

—Tienes razón —dijo Lucía, restando importancia al asunto. Luego sintió mucha comezón en el pliegue de uno de sus codos y se rascó con fuerza—. Últimamente, mi inyección solo alivia la dermatitis por unas pocas horas.

—La mía también. ¿Habrá que ir al médico para que nos ajusten la dosis? —añadió Catrina.

—Pues será —contestó Lucía y se dispuso a terminar su comida —. Catri, me voy a casa a organizarme para esta noche. Me voy así, con esta cara lavada… ¡Qué vergüenza! Menos mal uso casco en la moto.

Se carcajeó y fue a cambiarse de ropa para colocarse el uniforme de la noche anterior, que estaba limpio y seco gracias a los servicios de lavado y secado que ofrecía la domótica de la casa de Catrina. Sin embargo, cada día debían usar un uniforme diferente. Aquel día tocaba un atuendo completamente negro.

—Vale, Lu, gracias por acompañarme hoy —dijo Catrina con una sonrisa.

—Cuenta conmigo siempre —respondió Lucía, acercándose a Catrina para darle un beso de pico en los labios—. Chao, preciosa.

Lucía se marchó con premura.

Catrina se instaló a revisar, una vez más, sus redes sociales con el dispositivo de membrana visual que envolvía sus ojos. Eran las seis de la tarde. Tenía tiempo de sobra antes de empezar su turno a las diez de la noche.

CAPÍTULO 4

SUSURROS DE OTRAS VIDAS

A veces lo que sueñas no viene de ti, sino de alguien que ya ha vivido dentro de ti.

Domingo 27 de octubre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Era un domingo por la noche, normal y corriente en el Abisal Bar, un lugar que ofrecía un ambiente acogedor, íntimo y enérgico, adaptándose a las necesidades de cada cliente. El juego de luces de neón era la única iluminación del lugar, salvo en las salas de baño, donde la luz, aunque más convencional, seguía siendo tenue. El mobiliario y la decoración evocaban el misterioso mundo de las profundidades marinas: cada elemento parecía emitir un resplandor bioluminiscente, como criaturas abisales desplegando su luminiscencia en la oscuridad del océano.

En cada estancia, los clientes disfrutaban de diversas experiencias sensoriales, algunos sumergidos en conversaciones relajadas con música suave, otros entregados al frenesí de la zona de baile, donde el volumen atronador envolvía los sentidos. Estupefacientes de múltiples colores y efectos circulaban con naturalidad, mientras los *Lolilove* se vendían en grandes cantidades. Un par de temblores balancearon lámparas y mobiliarios.

Para quienes buscaban un encuentro más íntimo, las habitaciones especiales del Abisal Bar ofrecían una experiencia incomparable, aunque algunos preferían retirarse a sus propios aposentos. Sin embargo, compartir el efecto del *Lolilove* en aquellas habitaciones era algo único, una vivencia que no podía replicarse en otro lugar.

—Guapa, ¿compartimos un *Lolilove* después de tu jornada laboral? —preguntó un joven rubio, sentado en la barra donde trabajaba Catrina. La miraba con deseo, pero incapaz de hacer que su miembro sexual se pusiera duro y erecto.

Catrina lo observó sin expresión alguna. Era un chico atractivo, pese a las ojeras que ensombrecían sus ojos color miel. Llevaba el cabello peinado de lado, largo únicamente en la parte superior, lo que dejaba los costados rapados, exhibiendo un tatuaje brillante.

No era la primera vez que recibía propuestas así. De vez en cuando aceptaba y disfrutaba de encuentros sin compromisos en las salas del amor del Abisal Bar. Aunque el chico le parecía guapo, tenía otros planes en mente que consideraba prioridad.

—No —respondió Catrina, con frialdad.

—Catrina, así te llamas, ¿cierto? —insistió el joven, intentando sacar conversación. Ella asintió mientras preparaba un cóctel azul cielo.

—Me encanta tu maquillaje de pestañas blancas —comentó él, con tono halagador.

—No es maquillaje. Así soy yo. ¿Qué vas a consumir? —cortó ella el tema.

—A ti —respondió el joven, recorriéndola con la mirada.

—Gracias, pero ya te dije que no estoy disponible hoy. Tengo trabajo luego —Catrina se mantuvo firme.

—Está bien, será en otra ocasión. Quizás podríamos sentarnos un rato y conocernos mejor —insistió él.

—No me interesa conocerte —disparó Catrina, mirándolo con fuego directo a los ojos.

—Me llamo Aldo —dijo sonriente, lanzando un anzuelo para captar su atención—. Como no quieres saber de mí y ya sé a qué te dedicas aquí, me gustaría hablar sobre los sueños.

—¿Los sueños? —repitió Catrina, frunciendo el entrecejo.

—Sí, los sueños. He estado soñando mucho últimamente, sueños muy vívidos sobre mi infancia. Bueno, más bien, sobre una infancia alterna… donde nací en un lugar hermoso, rodeado de árboles, en el campo. Fuera de este sitio, tenía una mamá y un papá. —Aldo se

carcajeó—. Como en la sociedad de antaño… Algo muy loco, *bro*, ¿no crees? —Sonrió con nostalgia, con la mirada perdida.

Su comentario activó algo en la mente de Catrina. Recordó a aquel hombre al que asesinaron. Él hablaba de cosas similares, aunque con un tono de completa locura. Aldo, en cambio, parecía sereno. Ahora, sus prioridades cambiaban: tenía que averiguar más sobre aquel tal Aldo.

—Bueno, Aldo, me convenciste. Salgo a las cinco de la mañana. Si me esperas, conversamos y compartimos un *Lolilove.*

—Hecho, Catri. Nos vemos a las cinco aquí en la barra —respondió Aldo, emocionado por su triunfo. Catrina cerró el trato con una sonrisa discreta.

—¡Waooo! ¿Qué estoy escuchando? —preguntó Lucía, gesticulando con exageración.

—Pues será la música de fondo —replicó Catrina con indiferencia.

—No te hagas la tonta… Vas al *Lolilove* con otro chico que no es Manu, vas a romper la racha —comentó Lucía, emocionada. Catrina puso los ojos en blanco.

—Ayer rompí la racha contigo —respondió, mientras entregaba un par de alucinógenos en gotas a una chica en la barra.

—Eso no cuenta, mujer —replicó Lucía con un gesto de las manos.

—Bueno, ya… Deja el chisme y ve a trabajar —ordenó Catrina, frunciendo el ceño.

—¿Ahora te crees la jefa? Deja el mal humor, que te ves fea —bromeó Lucía, soltando una carcajada. Su risa contagió a Catrina, que sonrió levemente.

El tiempo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos, y llegó la hora más esperada por Catrina. A las cinco de la madrugada en punto, Aldo estaba sentado frente a la barra, observándola con intensidad. Ella cruzó miradas con él, sonrió con amabilidad y le hizo una señal con la mano para que esperara. Aldo respondió con un leve asentimiento.

—Lu, gracias por todo. Nos vemos mañana —dijo Catrina mientras abrazaba a su amiga.

—Que te diviertas, cielo —respondió Lucía antes de marcharse hacia los parqueaderos.

Catrina salió de la barra y caminó hacia Aldo, el enigmático joven que la esperaba con ansias.

—¿Ya tienes el *Lolilove*? —preguntó con una sonrisa traviesa. Su tono provocó un cosquilleo en el estómago de Aldo.

—No, qué descuido el mío. Espera un momento —respondió, haciendo una seña a Ditrox—. ¿Bro, me das un *Lolilove*, por favor?

Ditrox dejó aparecer una gran sonrisa en su rostro digital, tomó una pipeta doble con contenido fucsia fluorescente y dijo:

—Por supuesto, aquí tiene, señor. Que lo disfrute. —Miró a Catrina con complicidad y le guiñó un ojo antes de entregarle el *Lolilove* a Aldo.

—Sígueme —ordenó Catrina.

Aldo la siguió sin dudar, con una sonrisa radiante que dejaba ver su perfecta dentadura blanca.

Caminaron entre las mesas, algunas ya vacías por la hora. Se adentraron en un pasillo que parecía un vórtice de luz, con hologramas de algas flotantes y corazones que se desvanecían en el aire. Llegaron a un corredor con puertas a ambos lados, cada una en forma de concha marina. Catrina se detuvo frente a una que tenía el letrero «disponible». Sin vacilar, la abrió y entró con decisión. Aldo la siguió en silencio, sin decir palabra.

La habitación era impresionante, completamente circular. Cada mueble y elemento decorativo exhibía formas orgánicas de fractales luminosos, evocando la flora y fauna del océano abisal, lo que daba a su vez espacios interesantes para disfrutar de la creatividad en el acto sexual. En el centro del recinto, una cama gigante con forma de concha marina dominaba el espacio. Sobre ella, el techo reflejaba el entorno como un espejo inmenso, donde burbujas y algas holográficas flotaban en un etéreo baile de luces.

Catrina fue despojándose de sus ropas hasta quedar totalmente desnuda.

—Pensé que querías hablar primero. —Aldo la miraba hipnotizado, detallando la sutileza del cuerpo de Catrina, junto con los pocos tatuajes que adornaban su pálida piel.

—Pues no, quiero sexo, luego hablamos —apuró Catrina, quien no estaba de humor para hablar de nada en ese momento. No sería amable y sus planes se irían a la basura. Sabía que después de una buena ronda de sexo, su humor mejoraría.

—Vale, vale. —Aldo se apresuró, dejando sus pertenencias sobre una elegante mesita con forma de coral. Se quitó la ropa con cierta torpeza, revelando un cuerpo pálido y delgado, pero sorprendentemente musculoso. La luz tenue del lugar acentuaba los contornos de su figura, atrapando la atención de Catrina.

La joven alvina, con su característico mechón violeta entre el cabello blanco, se acercó, intrigada, y deslizó sus dedos sobre el torso de Aldo.

—¿Tienes cirugía plástica? —preguntó mientras acariciaba el pecho firme del rubio, decorado con tatuajes que cubrían gran parte de su torso, algo común en aquel mundo. Aldo era considerablemente más alto que ella.

Él se estremeció ante el contacto.

—No, no tengo cirugía —respondió, apretando con fuerza las ampollas de gas rosa que sostenía en su mano derecha.

—¿Entonces cómo es posible que tengas ese cuerpo? —insistió Catrina, con curiosidad.

—No lo sé… Siempre fui así. —Aldo sintió una punzada en la cabeza al intentar recordar.

—Bueno, no importa. Vamos a lo que vinimos —comentó Catrina, no quería perder más tiempo, ya llegaría el momento para hacer preguntas. Agarró la mano de Aldo que tenía las ampollas de *Lolilove,* las separó y cogió una para ella.

La pareja aspiró el contenido con el aplicador que portaban las pipetas. En pocos segundos, la química estaba surtiendo efecto. Sus pupilas se dilataron y empezaron el acto sexual uniendo sus bocas y haciendo danzar sus lenguas húmedas, compartiendo y mezclando sus fluidos salivales. El pene de Aldo por fin se llenó de sangre generando una potente erección. Catrina se agachó para probar con su boca la dureza y el sabor del miembro sexual de su compañero, quien gimió de placer con la cálida sensación que estaba experimentando. Aldo entrelazó sus dedos en los blancos cabellos de

Catrina mientras se dejaba llevar por el placer. Tras varios minutos retiró la cabeza de la chica y la obligó a levantarse sutilmente, luego la elevó por las nalgas y la penetró en el aire, haciendo que gritara de placer. Así iniciaron el baile erótico que duró por varias horas.

La pareja descansaba boca arriba en la cama en forma de concha de perla, recuperando el aliento. El mal genio de Catrina se había desvanecido.

—Aldo, ¿dónde trabajas? —preguntó, mirando el techo. Su reflejo y el de Aldo aparecían desnudos en la superficie espejada, con las extremidades abiertas como si estuvieran haciendo angelitos en la nieve.

—Trabajo en la planta de agua potable de la ciudad —respondió, girando el rostro para observar la singular belleza de Catrina.

—¿Haces trabajo físico? Lo digo por tu cuerpo, nunca me había encontrado con alguien así.

—No, estoy en la sección de programación de la IA de la planta —explicó Aldo, sin quitar la mirada de la joven, mientras ella seguía contemplando el techo.

—¿En qué criadero creciste? —continuó Catrina con su interrogatorio.

Aldo intentó recordar, pero una punzada de dolor le atravesó la cabeza.

—No crecí aquí, vengo de Terranova 255.

Catrina volteó a mirarlo con interés. Era la primera vez que conocía a alguien que no fuera de su ciudad, Terranova 233.

—¿Cómo te trasladaron? —preguntó, incorporándose para observarlo mejor.

—Por los túneles subterráneos. Me trajeron porque necesitaban mis conocimientos para una nueva tecnología en el tratamiento de las aguas.

—Interesante, Aldo… Primera vez que conozco a alguien como tú —comentó Catrina, intrigada.

—Y es la primera vez que conozco a alguien con tu belleza —añadió Aldo, mientras acariciaba el cabello blanco de Catrina. Ella, a su vez, volvió a deslizar los dedos sobre su pecho fornido.

—Soy albina, es una condición genética. Por eso mi cabello es blanco, igual que mi piel. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Aldo?

—Apenas seis meses —respondió, rozando con sus dedos una mancha violácea bajo el pecho de Catrina.

El gesto la incomodó, y apartó su mano de inmediato.

—Tampoco tienes dermatitis. ¿Te acabas de inyectar? —preguntó Catrina, recorriendo nuevamente cada rincón del cuerpo de Aldo con la mirada.

—No, nunca la he padecido. Me pongo la inyección antes de dormir —explicó él, disfrutando la conversación.

—Eres extraño… Supongo que en tu Terranova no sufren de dermatitis —reflexionó Catrina, frunciendo el ceño.

—Seguramente —respondió Aldo con indiferencia.

—Bueno, cuéntame sobre tus sueños… Ya que de eso querías hablar con una extraña —dijo Catrina, cambiando de tema.

Aldo soltó una carcajada.

—Bueno, ¿crees en vidas pasadas? —preguntó antes de comenzar su relato.

Catrina negó con la cabeza.

—Bro, pues yo empecé a creer… Sueño con la vida que tuve hace miles de años, cuando la Tierra era hermosa y habitable. Vivía con una familia, tenía un padre, una madre y hermanos. Mi casa estaba en un campo verde, con un riachuelo corriendo cerca… Todo se siente tan real. No creo que mi mente sea capaz de inventar esa experiencia.

De pronto, su cabeza volvió a dolerle y frunció el rostro con gesto de malestar.

—¿Te duele algo? —preguntó Catrina.

—Sí, la cabeza… Lo normal, como siempre.

—Bien —respondió ella, aliviada. El dolor de cabeza era algo común, pero le pareció curioso, pues después de una buena sesión de sexo solía desaparecer como por arte de magia.

En ese instante, un recuerdo invadió la mente de Aldo. Visualizó a unos hombres de uniforme blanco, los mismos de las fuerzas militares de las Terranovas. Llegaron en vehículos flotantes al poblado campestre de sus sueños, visitando cada familia.

Escaneaban a los niños y niñas por detrás de sus orejas con un aparato alargado y luminoso.

El recuerdo no encajaba con la época en la que Aldo creía estar soñando. Antes del Cataclismo, los vehículos no flotaban y la milicia de las Terranovas no existía. Su ensoñación se interrumpió abruptamente cuando uno de los militares lo escaneó por detrás de la oreja derecha.

—¿Estás bien? —preguntó Catrina, preocupada al notar que Aldo había perdido el conocimiento por un instante.

—Sí… No sé qué pasó. De repente vi mi otra vida, pero se mezcló con estos tiempos. Fue extraño. Aunque, al final, así son los sueños… aunque no estaba durmiendo. —Aldo se sentó en la orilla de la cama, masajeándose las sienes para aliviar el dolor. Se sentía desorientado—. Me voy a casa.

Se levantó con lentitud y comenzó a vestirse, aún mareado. Catrina hizo lo mismo.

—Gracias por haber compartido *Lolilove* conmigo. Me gustaría repetir —comentó Aldo con amabilidad, de pie en el umbral de la puerta, listo para salir.

—Aldo, espera… Yo también quiero repetir. Me gustaría seguir hablando contigo sobre los sueños —dijo Catrina, aún sentada en la cama en forma de ostra.

—Búscame en la red por el nombre de Aldo, el programador de las aguas. —Le guiñó un ojo antes de marcharse.

Aldo se despidió de Ditrox y el otro robot. En la salida, uno de los droides celadores del bar escaneó el chip detrás de su oreja y verificó el consumo de la noche. En la pantalla apareció la cuenta con los detalles del pago. Aldo revisó y asintió.

El vigilante pasó el escáner nuevamente para hacer el cobro, mostrando la transacción. Le pidió que colocara una huella dactilar en el dispositivo para completar el débito. Aldo puso el dedo índice, y en segundos, el dinero se descontó de su cuenta bancaria.

—Que tenga un feliz día, señor Aldo —dijo el robot vigilante.

Aldo sonrió con una leve reverencia y salió del recinto.

Afuera, la luz del sol brillaba con intensidad, lastimando su visión. Pero aquel sol no era real, sino una ilusión óptica, diseñada para

garantizar que nunca faltara la luz del día en las Terranovas, ciudades construidas bajo tierra para proteger a la humanidad del Cataclismo sucedido hacía mil años.

El sueño comenzó a invadir a Catrina. Miró la hora: las nueve de la mañana. No era su momento habitual para dormir. Hoy tampoco trabajaría como repartidora. Lo aplazaría para el martes, ya que el lunes era su día de descanso, un día que dedicaría a investigar sobre Igor, el hombre asesinado por el Escuadrón Umbra. Y, si tenía suerte, se reuniría nuevamente con Aldo.

Recogió sus pertenencias y salió del bar. Al llegar a casa, el hambre la golpeó de inmediato. Le pidió a la inteligencia artificial del sistema domótico que le preparara un perro caliente grande con abundante salsa de tomate y mostaza. Se lo comió con voracidad y, para rematar, bebió una botella grande de Coca-Cola.

Sin perder tiempo, se puso su uniforme de repartidora: un enterizo de licra negra, de manga larga y ceñido al cuerpo, acompañado por botas del mismo color y una chaqueta anaranjada con el logo de la empresa de domicilios. No iba a trabajar, pero el uniforme le serviría como fachada para infiltrarse en la unidad donde había vivido Igor.

Antes de salir, se preparó un café con leche instantáneo con abundante azúcar. Se lo bebió de un solo trago. Luego, con determinación, salió de casa.

CAPÍTULO 5

ECOS DEL BLOQUE 784

Ciertos jardines no florecen para ser admirados, sino para despertar sospechas.

Lunes 28 de octubre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Catrina conducía su moto a toda velocidad, levitando a un metro sobre el suelo, rumbo al bloque 784. Las unidades residenciales se denominaban Bloques, cada una identificada con un número.

La entrada del bloque llamó su atención; nunca había estado en esa zona. Un jardín arbolado—artificial, pero imponente—rompía con la estética habitual de la ciudad. Su diseño era antiguo, pues los árboles naturales habían desaparecido hace más de quinientos años. A pesar de los avances tecnológicos, preservar vegetación viva dentro de las Terranovas había resultado imposible.

La vista de los jardines despertaba en Catrina una sensación embriagadora; una alegría densa en su pecho, entremezclada con la euforia de la misión que estaba a punto de cumplir.

Para ingresar al bloque 784, debía pasar por el filtro de la portería, donde un droide vigilante controlaba el acceso.

—¿Hacia dónde se dirige, señorita? —preguntó el robot celador. Su rostro, gris y humanoide, mostraba una mirada fría.

—Al apartamento 3014 del señor Igor —respondió Catrina. Esperaba con la moto estacionada pero aún encendida, mirando hacia la ventanilla por donde el vigilante le hablaba. Frente a ella, un portón enorme bloqueaba el acceso.

El droide revisó rápidamente la información y respondió:

—El señor Igor no ha regresado a su casa desde el viernes.

—¿Sabe por qué no ha regresado? —preguntó Catrina, fingiendo sorpresa.

—No tengo esa información —respondió el autómata con su característica voz robótica.

—Entiendo. Solo vengo a dejarle un sobre muy importante. Lo dejo en su buzón y me retiro, tengo muchas entregas hoy —comentó Catrina con naturalidad.

—Muy bien, le doy acceso —dijo el robot. Un láser azul escaneó el cuerpo de Catrina y el de la moto.

El portón se abrió al instante, desplazándose suavemente hacia un lado con el mínimo ruido.

—Muchas gracias, no me tardo nada —contestó Catrina antes de acelerar.

El bloque 784 estaba conformado por una sola torre altísima, con numerosos balcones abiertos, lo que no era común en la arquitectura de esa Terranova. Catrina estacionó en el parqueadero de invitados, rodeado de jardines artificiales con flores amarillas.

Cuando se dirigía a la entrada, una voz la llamó por su nombre.

—¡Catrina! ¿Qué haces por aquí? *Bro*, qué grata sorpresa verte de nuevo —dijo Aldo al salir de la torre de apartamentos.

—¡¿Aldo?! —exclamó ella, sorprendida.

El hombre rubio se acercó. La luz del día acentuaba su atractiva fisionomía. Con una mano se apartó el lacio cabello que le caía sobre el rostro.

—Si no estuviera de salida para el trabajo, te invitaría a mi casa. Hoy es mi día libre, pero tengo una reunión importante —comentó.

—Yo sigo trabajando, mi otro empleo es de repartidora, como ves. —Catrina señaló el logo en su chaqueta—. Vengo a entregar un paquete para un tal Igor. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco. Llegó unos meses antes que yo, pero hace tiempo que no lo veo —respondió Aldo, llevándose la mano al mentón.

Esa respuesta estalló como una bomba en el cerebro de Catrina.

—¿Igor no era de aquí? ¿Vino, como tú, de otra Terranova? —preguntó Catrina.

—Así es, pero no recuerdo de cuál —respondió Aldo, frunciendo la nariz mientras trataba de recordar—. Bueno, me gustaría seguir hablando contigo, pero debo irme ya.

El rubio alzó la mano izquierda y miró su reloj digital: eran las doce del mediodía.

—Si llegas a verlo, salúdalo de mi parte.

—Vale, que te vaya bien —dijo Catrina con una sonrisa genuina. Aldo se alejó, moviendo la mano derecha en el aire a modo de despedida.

Catrina lo observó mientras se marchaba, detallando su figura. Aldo tenía el físico de los hombres de antaño, los que solían llamarse «*fitness*»: un trasero firme y voluminoso, cintura estrecha, hombros anchos y una espalda imponente. En esa época, alcanzar un cuerpo así solo era posible mediante cirugía plástica, pero la gente apenas le daba importancia debido a los elevados costos y a la existencia del *Lolilove.* Con aquella droga del amor, la apariencia física de los participantes pasaba a un segundo plano; el deseo y la libido quedaban desligados de la atracción visual. Sin embargo, fuera de sus efectos, las personas volvían a percibir la estética y el atractivo físico. Por eso, Catrina no pudo evitar sentirse atraída por Aldo.

Cuando él se marchó en su moto voladora, ella retomó su misión. Entró al peculiar edificio y se dirigió directamente al ascensor. Marcó el piso treinta y ascendió velozmente. Durante el trayecto, aprovechó para rascarse la molesta comezón debajo de las nalgas.

Al llegar, avanzó por un pasillo singular: las paredes mostraban imágenes en movimiento que simulaban un bosque. El sonido envolvente de la naturaleza acompañaba la ilusión: el canto de los pájaros, el murmullo del viento rozando las hojas…

Catrina se detuvo un instante, maravillada por la experiencia. Jamás había visto algo semejante. La sensación era tan vívida que casi podía imaginarse corriendo entre los árboles.

Un temblor cotidiano hizo que recuperara la compostura, caminó hacia el apartamento 3014 y tocó el timbre. Sabía que nadie abriría, así que esperó unos segundos y pegó la oreja a la puerta de metal, tratando de captar algún sonido. Nada.

Miró a su alrededor, ubicó las cámaras de seguridad y puso en marcha su plan. Extrajo un sobre de su mochila de encomiendas y lo deslizó en el buzón, ubicado en la parte inferior de la puerta.

Luego, sacó su dispositivo móvil: un pequeño cilindro del tamaño de un cigarrillo, pero más plano y rectangular. Con ambas manos lo dividió en dos, desplegando una membrana transparente ultradelgada, formada por diminutos nódulos electrónicos, similar a la que cubría sus ojos. La membrana se transformó en una pantalla rectangular, iluminándose con un protector de colores vibrantes.

Catrina simuló enviar un mensaje, pero en realidad había activado un diminuto objeto volador: una esfera translúcida que emergió del sobre depositado en el buzón y recorrió el departamento a gran velocidad.

Cuando el video estuvo listo, el mini dron salió por la rendija del buzón y fue absorbido por la pantalla de su dispositivo. La pequeña esfera se desintegró en partículas electrónicas diminutas que se fusionaron con la membrana digital.

Catrina volvió al ascensor y salió del edificio. Antes de abandonar la unidad, el robot celador la detuvo.

—Tardaste más de lo esperado —dijo el droide, mirándola sin expresión alguna.

—Lo sé, me encontré con alguien que me pidió información sobre las encomiendas, costos y esas cosas —respondió Catrina con una sonrisa.

El robot revisó las cámaras de seguridad y confirmó que era cierto; las imágenes mostraban a Catrina hablando con Aldo.

—Muy bien, que tenga una feliz tarde —contestó el autómata y la dejó continuar.

Satisfecha con lo que había logrado, Catrina sintió cómo el sueño comenzaba a pesarle. Su horario de trabajo la obligaba a dormir desde el mediodía hasta el atardecer, y el cansancio ya hacía estragos.

Aceleró para llegar cuanto antes a descansar. Decidió no ducharse, pues el agotamiento pudo más. Se tomó un vaso de agua en cuestión de segundos, fue al baño a atender sus necesidades fisiológicas y luego se ocupó de quitarse el maquillaje con una serie

de cremas y aceites que removían las innumerables capas de cosméticos de su rostro.

A pesar de que la curiosidad por ver el video le carcomía la mente, optó por dormir y darle un respiro a su cerebro sobrecargado.

Se puso el pijama y se aplicó su inyección diaria, lo que alivió las molestias que aquejaban su organismo. Fue entonces cuando se sumergió en un sueño profundo y reparador. Por suerte, ella no sufría de insomnio como muchas personas en esa época.

ΔΔΔ

El pitido del despertador resonó con fuerza, martilleando la cabeza de Catrina de forma desagradable. Se incorporó con un gesto malhumorado; había programado su alarma para que no sonara los lunes.

—Catrina, cariño, tienes una llamada urgente —anunció la voz de su madre.

—¿Una llamada urgente? ¡Manu! —recordó de golpe que tenía su sesión semanal de *Lolilove* con Manuel—. Aimara, pon la llamada en altavoz.

—Con gusto, mi niña —respondió la inteligencia artificial.

—Aló —dijo Catrina, frotándose los ojos aún acostada en la cama.

—Catri, soy Manuel.

—Hola, Manu. ¿Dónde estás?

—Saliendo del trabajo. ¿Dónde nos vemos?

Catrina miró la hora: eran las seis de la tarde. Aunque había descansado, no tenía ganas de salir. Solía quedarse en casa los días libres, disfrutando de películas, videojuegos o creando música. La producción de música electrónica era una de sus pasiones; soñaba con hacerse famosa y presentarse en eventos de gran magnitud, solo que era algo destinado a los droides artistas. Afortunadamente, podía obtener ingresos por sus melodías, ya que estaba inscrita en varias plataformas digitales.

—Manu, ven a mi casa. Te espero en una hora, voy a darme una ducha —respondió, y Manuel aceptó.

Catrina se dio un baño relajante con agua caliente y luego se vistió con un camisón holgado y medias largas hasta las pantorrillas, todo en tonos azules. Para completar el conjunto, cambió su mechón violeta por uno azul mediante el comando de voz de su injerto de cabello inteligente. Ese mechón crecía al mismo ritmo que su cabello natural y podía cortarlo sin problemas.

Los lunes, Catrina dejaba descansar su rostro del maquillaje, mostrando su tez natural. Odiaba exhibir su piel sin cosméticos, pero con Manuel y Lucía no tenía inconveniente; eran de total confianza.

Mientras esperaba a su amigo, se preparó una sopa instantánea de fideos con sabor a pollo.

Exactamente una hora después, Manuel llegó a su casa con un par de botellas de gaseosa roja y una caja de donas de colores y sabores variados. Al encontrarse, ambos se saludaron con un beso de pico en los labios.

—¿Lista para un *Lolilove*? —preguntó Manuel, sonriente, mientras agitaba una pipeta doble con contenido rosa fluorescente.

Catrina recordó que el fin de semana tuvo dos sesiones de sexo sin haberlo planificado.

—Pues vamos a ello —dijo Catrina, animada.

—¿Qué es lo que ven mis ojos? ¿Estás de buen humor? —bromeó Manuel, abriendo mucho los ojos.

—Deja la tontería y hagamos lo que viniste a hacer, antes de que me arrepienta —contestó Catrina, frunciendo el ceño y apretando los labios.

—Esa es mi chica, pensé que te habían cambiado —rio Manuel, justo antes de recibir un golpe con la mano biónica de Catrina, lo suficientemente fuerte para que le doliera de verdad.

—¡Auch! —se quejó, aunque la sonrisa seguía dibujada en su rostro.

Catrina caminó hasta la pequeña sala de estar de su casa y se despojó del camisón para dejar al descubierto su cuerpo desnudo, lo que generó morbo en Manuel y lo incitó a quitarse la ropa y acercarse a ella.

El cuerpo de Manuel era delgado y flácido, con músculos apenas perceptibles, aunque presentes, pues de lo contrario no podría moverse. Sus brazos, piernas, espalda y pecho estaban ligeramente tatuados, formando patrones dispersos sobre su piel. En la fosa del codo, mostraba la típica dermatitis que afectaba a la mayoría de las personas, aunque en los hombres solía ser menos notoria.

Ambos, desnudos, frente a frente, cada uno aspiró la pipeta de gas rosa para que en segundos empezara la magia de la química sexual. El pene de Manuel se elevó endurecido. Los pezones de Catrina se hincharon y se pusieron en punta. Sus genitales palpitaban hambrientos de placer. Los jóvenes unieron sus cuerpos y disfrutaron horas de orgasmos explosivos entre temblores de tierra que para ellos pasaron desapercibidos.

ΔΔΔ

Ya era medianoche. Manuel, agotado tras la larga sesión de sexo, cayó rendido en la cama, profundamente dormido. Mientras tanto, Catrina, llena de energía, se acomodaba en el sofá, disfrutando de donas y gaseosa. A la par, revisaba, a través de su membrana digital visual, el video capturado por el mini dron que había comprado aquel mismo lunes, cuando se dirigía al bloque donde había vivido Igor.

Era la quinta vez que veía la grabación, deteniéndola y ampliando detalles en busca de alguna pista. Lo único relevante que logró identificar fueron dos cosas:

1. El nombre de la empresa donde trabajaba Igor, visible en una carpeta sobre el comedor.
2. El número de su Terranova de origen, gracias a una postal decorativa que reposaba en el mismo lugar. La tarjeta decía: «Para que no nos olvides, te mandamos recuerdos desde Terranova 202».

Por lo demás, el apartamento estaba impecable, mantenido por el sistema de domótica que se encargaba de la limpieza.

La red digital permitía comunicación entre las distintas Terranovas, por lo que era posible conectarse con personas de otras metrópolis a través de redes sociales. Catrina comenzó a investigar Terranova 202, pero no encontró nada fuera de lo común: la ciudad era similar a la suya, con las mismas enfermedades, la misma arquitectura y las mismas tendencias en moda.

Intentó buscar a Igor en las redes, pero no halló rastro alguno. Solo aparecieron perfiles de otras personas con su mismo nombre, aunque ninguna coincidía con su físico ni su profesión.

Se dio por vencida con Igor; quizás podía visitar la empresa donde trabajaba, pero probablemente el resultado sería el mismo. Sin embargo, aún le quedaban dos cosas por hacer: contactar a Aldo e ir a la sede del Escuadrón Umbra.

Mientras saboreaba la última dona de la caja—una rellena de mermelada de fresa—Catrina buscó a Aldo en las redes sociales. Lo encontró de inmediato bajo el nombre que él mismo le había dado: Aldo, el programador de las aguas. Su cuenta en Pictopia (lo que antes fue Instagram) parecía reciente, con pocas fotos y videos que había comenzado a subir seis meses atrás, cuando llegó a Terranova 233, la ciudad donde residía Catrina.

Sin embargo, algo llamaba la atención: a pesar de su corto tiempo en la plataforma, acumulaba cuatro millones de seguidores, una cifra casi imposible de alcanzar en solo medio año. En su primera publicación aparecía sin camisa, mostrando un cuerpo musculoso y libre de tatuajes. La imagen contrastaba con el recuerdo que tenía Catrina: Aldo estaba tonificado, sí, pero su piel solía estar cubierta de tatuajes. Además, a medida que avanzaban sus publicaciones, la definición de su cuerpo disminuía de forma gradual.

Por su parte, la cuenta de Pictopia de Catrina, @catrina_music33, tenía cuatro años de existencia y acumulaba un millón de seguidores. Su aspecto albino la hacía destacar, atrayendo la atención de muchos usuarios.

Catrina le envió un mensaje privado a Aldo, proponiéndole verse en Abisal Bar y especificándole su horario de trabajo. No recibió respuesta; Aldo dormía profundamente.

Ya era la una de la madrugada. Manuel continuaba sumergido en un sueño plácido, pues su rutina era muy distinta a la de Catrina, quien aún tenía energía de sobra.

La joven ordenó a la inteligencia artificial de la casa transformar la sala de estar en un estudio de sonido. De inmediato, una consola musical emergió del suelo, justo frente al sofá donde estaba sentada. Desde su dispositivo visual, cientos de diminutos nódulos se desprendieron y se ajustaron a sus orejas, formando una membrana transparente, cual burbuja, que emitía sonido.

Dejándose llevar por la inspiración, Catrina comenzó a crear una pista musical. A través de la realidad aumentada de su dispositivo, controlaba los parámetros del programa que usaba para generar música. Mientras tanto, en la sala de estar del departamento, empezaron a aparecer hologramas con imágenes vibrantes, creados por la inteligencia artificial en sincronía con las melodías y efectos de sonido que ella añadía.

Así, Catrina se perdió en el tiempo y el espacio, navegando entre las notas que moldeaba con su creatividad.

A las seis de la mañana, Manuel se levantó, se vistió y observó con admiración a su amiga, inmersa en su propia música. Se acercó y la tocó suavemente en el hombro, sacándola de la ilusión sonora en la que estaba sumergida.

—¡Manu! —exclamó Catrina, haciendo desaparecer la membrana digital que cubría casi toda su cabeza.

—Ya me voy a casa, debo organizarme para ir al trabajo. La pasé genial, como siempre cuando estoy contigo. ¿Nos vemos el próximo lunes? —preguntó Manuel con su característica sonrisa.

—Te aviso —respondió Catrina, como era habitual en ella.

Manuel se inclinó hasta colocar su rostro frente al de Catrina y le dio un beso de pico como despedida. Sin perder tiempo, se marchó de la estancia. Manuel padecía insomnio, y lo único que lograba aliviar su malestar era el sexo antes de dormir. Por ello, solía tener encuentros diarios, ya fuera con diferentes chicas o tríos en los que participaban otros jóvenes.

Catrina terminó de componer música y decidió relajarse jugando su videojuego de aventuras favorito: The Legend of Zelda Origins, la

más reciente entrega de ese legendario y milenario videojuego.

A las diez de la mañana, se aplicó su dosis de salud diaria. Su dermatitis estaba menos brotada, no sentía dolor de cabeza y su rinitis alérgica parecía ausente. De esta forma, se fundió en el mundo de los sueños, durmiendo plácidamente en la comodidad de su cama.

A las seis de la tarde, se despertó renovada y fresca, lista para comenzar su rutina. De martes a domingo, cumplía con sus dos trabajos: en las noches y madrugadas en Abisal Bar y por las mañanas como repartidora.

El miércoles haría su ruta de encomiendas por el área donde se encontraba la única sede del Escuadrón Umbra. Ese plan la mantenía con una energía que nunca antes había experimentado estando sobria, sin los efectos de ningún estupefaciente.

CAPÍTULO 6

LOS PLIEGUES DEL SISTEMA

La monotonía puede anestesiar el cuerpo, pero no los impulsos que piden sentido.

Entre la noche del martes y la madrugada del miércoles, el Abisal Bar tuvo un movimiento bajo de clientes, pero nunca estuvo vacío. Siempre llegaba alguien en busca de una dosis de felicidad y placer, emociones cada vez más escasas en la rutina diaria.

En esa sociedad, todos, sin excepción, trabajaban día y noche en una jungla de concreto y metal, rodeados de autómatas. El objetivo era costear sus medicinas, cubrir sus necesidades básicas, pagar por un poco de ocio y asegurar un espacio donde vivir. Aunque, en realidad, los departamentos apenas se habitaban; la mayoría los utilizaba únicamente para asearse, dormir y, en ocasiones, comer, pues muchos preferían hacerlo en la calle. Por ello, las viviendas eran reducidas al mínimo indispensable.

Para el año 3501 d. C., toda persona mayor de dieciocho años era independiente, pero atrapada en una rutina laboral interminable, un ciclo que solo se rompía cuando el cuerpo colapsaba, víctima de enfermedades autoinmunes y crónicas que llevaban a una muerte prematura, nadie llegaba a los cincuenta años.

Sin embargo, existían ciertos períodos de descanso laboral, con las mujeres como las más privilegiadas. Además de los quince días libres anuales que se otorgaban a cualquier trabajador, aquellas que decidían tener hijos—principalmente para venderlos—recibían dos meses de descanso antes del parto y quince días de postparto. Este beneficio podía disfrutarse solo tres veces en la vida, pues cada

mujer tenía permitido dar a luz únicamente tres crías antes de ser sometida a una esterilización definitiva.

—Catri, ¿cómo te fue con el rubio del otro día? Me olvidaste por completo, ni un mensaje, ni nada —comentó Lucía, fingiendo estar molesta mientras organizaban los últimos implementos del bar antes de salir a descansar.

—Lu… —suspiró Catrina, aburrida, poniendo los ojos en blanco.

—Ya sé que eres así. Pero cuéntame, mujer, ese chico se veía diferente. ¿Tenía cirugía? —insistió Lucía, sacudiéndose la nariz con una servilleta, que quedó impregnada de sangre. Algo común, considerando la irritación que causaba el uso constante de sustancias por las fosas nasales.

—Sí que es diferente, está buenísimo. Y me dijo que no tenía cirugías —respondió Catrina, dejándose caer en una de las sillas para descansar sus piernas.

—¿Y le creíste? —preguntó Lucía, entrecerrando los ojos y apretando los labios.

—Sí, y ya te digo por qué. Me dijo que no era de este distrito, viene de otra Terranova.

—He conocido a muchos de otras Terranovas y no tienen nada diferente —dijo Lucía, chasqueando la lengua.

—Aldo sí. Te muestro —insistió Catrina, sacando su dispositivo móvil y abriendo su cuenta de Pictopia—. Mira, este video es de hace seis meses, cuando llegó.

Lucía lo observó, sorprendida.

—Madre mía, estaba más grueso y sin tatuajes —murmuró, con los ojos muy abiertos.

—Sí, y eso no es todo. Aldo tiene los mismos sueños que Igor —continuó Catrina.

—El tipo que mataron —exclamó Lucía.

—¡Chito, Lu! No digas eso en voz alta —susurró Catrina, bajando la voz—. Resulta que Aldo vive en el mismo bloque que Igor, y el lugar es impresionante.

—¿Qué me estás contando? —Lucía también redujo su tono de voz.

—Lu, había árboles por todos lados, flores… Claro, todo artificial. Pero se sentía diferente.

—¿Fuiste a casa de Aldo? —preguntó Lucía, incrédula.

—No exactamente. Fui a entregar un paquete para Igor y me encontré con Aldo.

—Madre mía, Catri, esto es más emocionante que un *Lolilove.*

Ambas amigas se carcajearon.

—Le escribí para vernos aquí en el bar —agregó Catrina, con una sonrisa picarona.

—No, no, no… Pero esto cada vez se pone mejor. ¿Vas a repetir con alguien que no sea Manu? —Lucía la miró con picardía.

—Lu, necesito descubrir qué le pasó a Igor y por qué Aldo es tan diferente. Tú harías lo mismo en mi situación —resopló Catrina.

Lucía afirmó imaginándose en el escenario de su amiga.

—¿Te estás enamorando? —bromeó.

—Lu, no digas tonterías. El amor no existe. No volvamos con ese tema —Catrina frunció el ceño.

—Existió. Y tú eres diferente, creciste con una madre y viviste ese tipo de amor —insistió Lucía.

—Tienes razón, pero mi atracción por Aldo no tiene nada que ver con amor, de eso estoy segurísima —concedió Catrina, encogiéndose de hombros—. Bueno, me voy ya. Hoy pasaré por la sede del Escuadrón Umbra.

—¿Qué acabo de escuchar? —preguntó Ditrox, entrecerrando los ojos de su rostro digital—. Cat, cariño, te dije que dejaras ese asunto… Mi instinto robótico detecta peligro.

—Di, no haré nada arriesgado. Solo quiero ver la sede de los Umbras, tengo mucha curiosidad —respondió Catrina, con una sonrisa inocente.

—La curiosidad mató al gato —murmuró Ditrox.

—Bueno, yo no soy un gato, y tampoco me voy a extinguir como uno. Gracias por preocuparte, Di… Ditrox tiene el chip de madre —bromeó Catrina.

—Yo también me preocupo por ti. ¿Eso significa que soy una madre? —preguntó Lucía, confundida.

—Es parte de la naturaleza humana. Que pasen un lindo día, mis niñas —se despidió Ditrox antes de marcharse a sacar la basura restante.

Catrina se despidió de Lucía y se dirigió a los vestidores para ponerse el uniforme de repartidora. Se tomó un energizante para disipar el cansancio que empezaba a pesarle.

Al salir del bar, el vigilante la escaneó detrás de la oreja, verificando que no hubiese consumido sustancias fuera de lo permitido. Cada empleado humano tenía derecho a recibir una dosis diaria de las sustancias suministradas por el bar, diseñadas para mantener la energía y el estado de ánimo.

—Todo en orden, que tenga un bonito día, señorita Catrina —comentó el droide celador antes de dejarla salir.

Catrina se dirigió rápidamente al parqueadero, su mente arremolinada por la intensidad de las emociones que experimentaba. Quería comerse el mundo en un par de pasos; la paciencia nunca había sido su fuerte.

Cuando su moto se elevó en el aire, lista para iniciar el recorrido, activó la aplicación de encomiendas en busca de un trabajo cerca de la sede del Escuadrón Umbra. Apreciaba el privilegio de seguir trabajando como repartidora, en una industria donde la mayoría de las empresas habían reemplazado la mano de obra humana por robots.

A las siete de la mañana, recibió su primera solicitud: un pequeño mercado solicitado por un usuario en la zona. Catrina recogió el paquete herméticamente sellado en un supermercado cercano y lo entregó en menos de cinco minutos en un bloque de edificios similares a la mayoría: una torre altísima de estética industrial y futurista, con cientos de pequeñas ventanas.

Tras la entrega, se detuvo en un pequeño local de comida para desayunar. Se pidió un café con leche bien dulce y unos churros cubiertos de chocolate, disfrutando del momento, junto con un temblor que hizo vibrar toda la ciudad, antes de continuar.

Realizó al menos diez entregas más hasta que, finalmente, llegó la hora de retirarse. A las once y media de la mañana, debía

regresar a casa para descansar antes de su turno nocturno en el Abisal Bar.

Pero antes, decidió aprovechar esos minutos para visitar las instalaciones del Escuadrón Umbra, la verdadera misión de ese día.

El complejo se alzaba imponente, distinto al resto del paisaje de hormigón y metal. Su infraestructura estaba conformada por pilares negros, diseñados únicamente para albergar robots en grandes cantidades. La urbanización se asemejaba más a una enorme granja de dispositivos electrónicos que a una zona residencial. Solo una pequeña casilla, ubicada en la parte baja del complejo y más cercana a la entrada, parecía el único espacio diseñado para humanos.

Catrina estacionó su moto en el parqueadero de un McDonald's justo al frente de la sede. Con el rugido de su estómago demandando alimento, entró al establecimiento y pidió el menú del día: una hamburguesa con doble carne y extra de queso, papas clásicas y una Coca-Cola extragrande.

El restaurante estaba prácticamente vacío. Salió de nuevo y se acomodó en una de las mesas de la terraza al aire libre, desde donde podía observar con total claridad el complejo del Escuadrón Umbra.

Mientras degustaba su almuerzo, ajustó el zoom de sus lentes intraoculares para examinar mejor la caseta que parecía albergar humanos. Y sí, había personas allí: menos de diez, que salieron en grupo exactamente a las doce en punto y se dirigieron hacia el McDonald's para almorzar.

En ese mismo instante, el enorme portón del complejo se abrió, dando acceso a su interior. Catrina afinó la vista, tratando de captar más detalles. Lo único que logró vislumbrar fue un par de camiones negros que salían del recinto con destino a recoger cuerpos de personas fallecidas.

Los empleados humanos del Escuadrón Umbra entraron al restaurante. Todos llevaban uniformes negros, de pantalón y camisa.

Catrina se levantó, arrojó los restos de su almuerzo a la basura y se colocó en la fila detrás de los uniformados, con la intención de escuchar sus conversaciones. Ya había comido suficiente, pero debía

pedir algo para justificar su presencia en la fila. La charla entre ellos era completamente ordinaria. Todos pidieron el menú del día. Para mantener la apariencia, Catrina solicitó un helado *sundae* con salsa de fresa.

Los empleados del Escuadrón Umbra ocuparon un par de mesas mientras revisaban sus dispositivos móviles. Por un momento, ninguno pronunció palabra, sumidos en el mundo digital.

Con su helado en mano, Catrina caminó hasta ubicarse cerca de ellos. Los observó con atención: se veían completamente comunes.

A los pocos minutos, un par de drones voladores llevaron las bandejas con los menús del día a las mesas de los uniformados.

Sin embargo, entre ellos, una chica de cabello rojo permanecía inmóvil. No tocaba su comida. Su mirada perdida en el horizonte sugería que su mente estaba en otro lugar.

—Irina, come, que no tenemos mucho tiempo para el almuerzo —dijo un chico de piel oscura y cuerpo robusto y redondeado.

La joven suspiró, mirando su comida con desagrado.

—Nena, sube los ánimos, que no queremos más suicidios —comentó una mujer de rostro agraciado, también de contextura gruesa.

—Uno más, uno menos… Es lo normal —murmuró finalmente Irina, agarrando un par de papas fritas y masticándolas con desgana.

En esa metrópolis, la estadística diaria marcaba un promedio de seis suicidios.

Catrina escuchaba atentamente. Las conversaciones de ese grupo eran extrañas: hablaban de la muerte como algo cotidiano, incluso bromeaban sobre los decesos más absurdos. A pesar de ello, no daban ninguna pista sobre un funcionamiento diferente entre los robots del Escuadrón Umbra.

El cansancio la golpeó con un peso abrumador. Ya casi era la una de la tarde; a esa hora, su cuerpo solía estar descansando, preparándose para la siguiente jornada laboral.

Sin pensarlo más, abandonó su misión y emprendió el regreso a casa a toda velocidad. Su moto surcó el pavimento como un rayo, dejando una estela tras de sí.

Al llegar, se limitó a lavarse los dientes y la cara, atender sus necesidades fisiológicas, aplicarse su inyección de salud y acostarse. Pasadas las dos de la tarde, se sumergió en el sueño, pero su descanso fue turbulento.

Otra vez tuvo la misma pesadilla.

El asesinato de Igor se repetía con una brutalidad inquietante, y los Umbras la descubrían, destrozándole la cabeza. Solo que esta vez, Aldo estaba con ella, y recibía el mismo fatídico destino.

Catrina se despertó a las siete de la noche con el cuerpo pesado y espeso. La dermatitis le ardía en la piel y su zona íntima, mientras la rinitis crónica le provocaba una picazón insoportable en la nariz. La incomodidad se agravó con un ataque de estornudos que parecía interminable.

Se lavó la nariz con agua, intentando aliviar el malestar, y luego se sentó a comer algo. Degustó un plato de cereal de aros de colores con leche antes de prepararse para el trabajo.

Tras una ducha caliente y reparadora, se vistió con el uniforme del turno: un vestido de lolita japonesa en un azul turquesa vibrante. Luego, se maquilló como de costumbre, cubriendo el acné más brotado de lo habitual y ocultando las profundas ojeras que enmarcaban su mirada.

El agotamiento seguía pesándole. Sus ojos ardían de sueño y su cuerpo se sentía tan denso como si la sangre en sus venas fuera plomo líquido. No le preocupó. Sabía que, al llegar al bar, tomaría un energético potente que le devolvería la vitalidad suficiente para terminar su jornada.

Mientras conducía a alta velocidad por las luminosas calles de Terranova 233, dejó que su música favorita—de uno de sus grupos predilectos—llenara la atmosfera de su casco inteligente. Fue en ese recorrido que tomó una decisión: no volvería a vigilar la sede del Escuadrón Umbra. Aquello era una misión imposible.

Incluso, por un momento, consideró olvidar por completo el asunto que la llevó hasta allí. Tal vez Ditrox tenía razón. Lo mejor era seguir con su vida, como siempre lo había hecho.

No obstante, haber salido de la rutina, aunque fuera solo por un instante, le dejó una euforia que nunca antes había sentido, ni

siquiera con el alucinógeno más potente. Pero ese día no tenía fuerzas para seguir con esa misión imposible.

Lo único que mantenía encendida una chispa dentro de ella era Aldo, quien le había respondido por Pictopia, aceptando su invitación para verse nuevamente en el Abisal Bar.

Los días pasaron con la monotonía inherente de la ciudad, con sus temblores diarios, hasta que llegó el viernes, y Aldo apareció en el bar. Su presencia fue el carbón que avivó el fuego apagado dentro de Catrina.

Animada, lo saludó con una gran sonrisa, mostrando una emoción casi inexistente en ella.

—Ayyy, mi querida Catri, ¿cómo que sí te me estás enamorando? Es lógico, no eres como el resto —comentó Lucía, divertida, al notar el brillo en los ojos de Catrina cuando miraba a Aldo.

—Ay, Lu, no empieces —se quejó Catrina, volviendo a su expresión habitual—. Entonces tú debes estar enamorada todo el tiempo, porque siempre andas feliz y brincando de aquí para allá.

—No, amiga mía, eso se llama *Lolilove*. Hay que hacerlo todos los días, pero tú te limitas a una vez por semana. Hoy me voy con esa chica hermosa de allá —Lucía señaló a una joven de complexión gruesa y redonda, de rostro hermoso y pálido, con una brillante melena negra y lacia que caía sobre sus hombros.

—No lo creo. Es la forma de ser de cada quien. Yo soy amargada como un limón, y tú, dulce como un hada madrina. Fin. A seguir trabajando, que es viernes por la noche.

La jornada laboral continúo muy movida entre alucinógenos y estupefacientes fluorescentes. Los viernes era de alta demanda. A las cinco de la mañana Lucía se fue a una sesión de *Lolilove* en uno de los cuartos privados.

—¿Cómo estuvo tu semana? —preguntó Aldo, observando a Catrina con un brillo especial en la mirada.

—Bien —respondió ella con su tono habitual, seco, pero sin apartar los ojos de Aldo. Notaba algo diferente en él. Estaba más delgado.

—Tus ojos hablan por ti, son muy expresivos. ¿Qué buscas en mi cuerpo? —bromeó Aldo con una sonrisa de medio lado.

—Estás más delgado —sentenció Catrina sin rodeos.

—Sí, no he dormido bien, y el apetito se me ha ido un poco. Pero sigo siendo fuerte. —Aldo flexionó el brazo, mostrando la dureza de sus bíceps.

—¿Sigues soñando con tus vidas pasadas? —preguntó Catrina, sin apartarle la mirada. Ambos estaban sentados en la barra del bar.

—Sí, a veces es confuso. Se mezclan las realidades. Tuve que ir al médico para que me ajustaran la inyección de salud. Creo que estaba teniendo problemas mentales —comentó Aldo con naturalidad.

—Pero sigues sin dormir bien —añadió Catrina.

—Sí, pero ahora al menos sé qué es real y qué no. —Aldo se encogió de hombros, haciendo una ligera mueca.

—Me gustaría que me contaras más sobre esos sueños… ¡Ah! Por cierto, ¿has sabido algo de tu vecino Igor? —preguntó Catrina, aunque ya conocía la respuesta.

—La verdad no lo he visto más, y me parece extraño. Quizás cambió de domicilio o algo —contestó Aldo, entrecerrando los ojos y torciendo la boca.

—Aldo, dime algo. ¿Las personas en tu domicilio vienen todas de otras Terranovas? —preguntó Catrina, clavando la mirada en él.

—Así parece. Todos los vecinos que conozco son de otras Terranovas —respondió Aldo.

Catrina miró la hora en su brazo biónico.

—Oh, ¿tienes un brazo robótico? —Aldo se sorprendió.

—Sí, lo obtuve tras un accidente en moto. —Catrina sonrió, encogiéndose de hombros.

—Lo siento mucho —dijo Aldo, con expresión compasiva.

—No, en realidad es algo bueno. Me da más fuerza y además es un dispositivo electrónico que va siempre conmigo —respondió Catrina, con una sonrisa.

—Tienes razón, no hay mal que por bien no venga.

Ambos se miraron y estallaron en carcajadas.

—Bueno, Aldo, el tiempo vale oro. ¿Una ronda de *Lolilove*? —ofreció Catrina, entusiasmada—. Mi mejor amiga dice que debo practicarlo más seguido para dejar de ser amargada.

—¿Y no lo practicas a menudo? —preguntó Aldo observándola con atención.

—La verdad es que no, solo saco un tiempo los lunes que es mi día de descanso —se sinceró ella.

—Bueno, eso cambiará desde hoy. ¿Quieres hacerlo conmigo todos los días? —propuso Aldo con ojos soñadores.

Catrina se sintió extrañísima con esa petición, se imaginó a su amiga Lucía bromeando con el asunto: «Te lo dije, ya son novios, como en la época de antaño». Catrina agitó la cabeza para sacudirse ese pensamiento, haciendo como si negara la petición.

—¡¿No?! —preguntó Aldo con cara de pocos amigos.

—No, quise decir, sí…

Ambos sonrieron y sellaron el pacto con un beso húmedo y caliente. Catrina sentía su corazón repiquetear dentro de su pecho. Decidida, agarró de la mano a Aldo y juntos fueron a unir sus cuerpos bajo los efectos del *Lolilove* en uno de los cuartos temáticos e íntimos del lugar.

Desde ese día, Aldo y Catrina iniciaron una relación muy especial. Organizaron sus horarios para tener de forma diaria una sesión de *Lolilove* antes de la hora de dormir de Catrina, entre las once y las doce del mediodía, momento en el que Aldo debía ir a trabajar. Los lunes eran los días libres de ambos y lo dedicaban a más horas de *Lolilove.* Cuando no tenían relaciones sexuales, Aldo se deleitaba con ver a Catrina hacer música. Era su espectador en primera fila. Al principio, la joven se sentía incómoda con la constante mirada de Aldo mientras ella creaba melodías. Aldo lo sabía, pues la mirada de Catrina era muy expresiva, hablaba por los ojos. Un lunes, Aldo le dijo:

—Debes acostumbrarte al público. Si no, ¿cómo harás cuando te presentes en un concierto? —preguntó Aldo, con una sonrisa tranquila.

—No creo que eso llegue a pasar. La música es solo obra de robots —respondió Catrina, cortante, como si quisiera enterrar la idea antes de que germinara.

—¿Cómo que no? Si haces música estupenda, diría que hasta mejor que los droides. Estás a la altura de cualquier artista musical.

Ese comentario la tomó por sorpresa. Nadie le había dicho algo así antes. Sintió cómo el calor subía a sus pálidas mejillas.

—¿Tú crees? —murmuró, dudosa.

—Por supuesto. No dejes que tus sueños mueran.

Aldo se acercó a ella, su mirada reflejando una mezcla de determinación y ternura. Catrina apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Aldo la besara. No fue solo un gesto—fue una combinación perfecta de suavidad e intensidad, un roce que aceleró el latido en su pecho.

CAPÍTULO 7

FALLAS EN EL TEJIDO EMOCIONAL

Hay despedidas que ocurren mucho antes de que alguien se marche.

Domingo 29 de diciembre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Un par de meses después, Catrina y Aldo continuaban con su rutina, pero ahora Catrina visitaba la casa de Aldo. Allí conoció a personas de otras Terranovas, cada una distinta de los habitantes normales de Terranova 233. Con el tiempo, todos comenzaron a desmejorar físicamente tras llegar a esa metrópolis.

Para añadir más intriga al asunto, ocurrió algo misterioso: los registros de Igor desaparecieron, como si jamás hubiese existido. El robot vigilante del bloque solo repetía:

—Aquí nunca habitó alguien con el nombre de Igor, no está en nuestros registros.

Tras ese descubrimiento, Aldo empezó a desvariar nuevamente con los sueños; solo encontraba paz en la presencia de Catrina. Su inyección de salud fue reprogramada otra vez, pero los síntomas empeoraban, lo que mantenía a Catrina en constante preocupación, sobre todo cuando no estaban juntos. No sabía de lo que Aldo podía ser capaz, pues el recuerdo de Igor y su convulsa conducta, que lo llevó a una muerte inaudita, no abandonaban su mente. Sospechaba que Aldo terminaría igual, y solo pensar en ello la destrozaba. No quería revivir otra pérdida cercana. Aldo se había convertido en alguien importante para ella, como lo eran Lucía, Manuel y lo fue madre.

Desesperada por saber qué hacía Aldo, Catrina dejó su mini cámara oculta estratégicamente en su departamento para vigilarlo siempre que lo deseara.

—Vaya, vaya… Catri, ahora sí que cruzaste la línea. Definitivamente vienes del pasado. Lo que estás haciendo con Aldo ya parece una relación tóxica de antaño, y por eso las relaciones amorosas murieron hace cientos de años —dijo Lucía, negando con la cabeza y agitando los brazos en alto en señal de desaprobación.

Lucía estaba curioseando el video que Catrina veía en la pantalla que se materializaba en su brazo robótico. En él, Aldo aparecía comiendo en su pequeño comedor. Ambas estaban en el depósito de estupefacientes, fumando un cigarrillo electrónico.

—Lu, no es lo que piensas… Estoy preocupada por Aldo —confesó Catrina, con la congoja reflejada en sus ojos.

—Lo sé, Catri, ya me contaste lo de Aldo y sus problemas mentales con los sueños. Pero, cariño, ¿vigilarlo con una cámara? Me parece demasiado. ¿Será algo legal? —preguntó Lucía, mientras acariciaba el rostro de Catrina y colocaba el mechón violeta de su cabello detrás de la oreja.

—Verlo me deja más tranquila —respondió Catrina sin apartar la vista del video en vivo.

—Bueno, como quieras, Catri… Pero no te obsesiones. Vamos a seguir trabajando —dijo Lucía, guardando su *vaper* antes de dirigirse nuevamente al bar.

Catrina suspiró y apartó la mirada del video de Aldo, aunque un mal presentimiento se instaló en su interior. Caminó detrás de su amiga y compañera de trabajo, sumergiéndose en otra jornada laboral en el Abisal Bar. Era domingo por la noche.

Todo el mes de diciembre, el personal de trabajo vestía atuendos navideños y el bar se envolvía con adornos alusivo a esa festividad.

A las cinco de la mañana, tras finalizar su turno, se marchó directo a casa de Aldo. Ya era lunes, su día libre. Por esta vez, dejaría de lado su pasión por la música y se dedicaría a estar únicamente con él.

En media hora llegó al bloque 784. Como de costumbre, saludó al robot celador, quien le permitió el paso gracias a la autorización de

Aldo. Sin perder tiempo, avanzó con prisa hasta el departamento de su amigo, tocó el timbre y la puerta se abrió al instante. La domótica también estaba programada para permitirle el acceso.

La joven entró en silencio. La casa de Aldo estaba en penumbra y las cortinas de la única ventana permanecían cerradas. Dejó su bolso sobre la mesa del comedor y, de repente, Aldo la sorprendió: la tomó por la cintura y la levantó entre sus brazos. Su boca atrapó los labios de Catrina y los devoró, hambriento de su sabor. La joven se quedó inmóvil, sorprendida por la efusividad de su recibimiento. Pero lo que realmente le llamó la atención, fue la dura erección que Aldo afincaba sobre su sexo.

«¿Cómo es posible esto?», se preguntó Catrina y despegó los labios del intenso beso que le proporcionaba su compañero.

—Aldo… —intentó hablar Catrina, pero el joven y excitado hombre volvió a capturar la boca de Catrina, entrelazando su lengua con la de ella mientras le quitaba la ropa con euforia—. Aldo, espera. —Catrina logró zafarse de su amante con la ayuda de un temblor de tierra que hizo vibrar el suelo, estaba totalmente desnuda.

Aldo la miraba con ojos oscurecidos por el deseo y la excitación sexual.

—*Lolilove.* Aunque tú ya estás listo. —Catrina miró la visible erección de su compañero que amenazaba con romper la tela del pantalón—. Pero yo no… Espera, por favor —pidió Catrina, jadeando.

Aldo se detuvo con un gruñido gutural y esperó por Catrina, quien buscó las pipetas dobles del *Lolilove,* Le dio una a su compañero y ella tomó la suya. El efecto surtió efecto de inmediato en Catrina y en Aldo solo lo hizo más fuerte e intenso. Ambos unieron sus cuerpos en una danza salvaje y carnal, que los dejó bañados en sudor y faltos de aire tras un par de horas cuando llegaron al último clímax que concedía los efectos del *Lolilove.*

Catrina se levantó a buscar un par de botellas de agua. Le entregó una a Aldo, que estaba aún recostado en la cama, y se sentó a su lado. Tras beber todo el contenido en casi un solo trago, estaba sedienta, preguntó:

—¿Cómo tuviste una erección sin el *Lolilove*?

—No lo sé. Apenas percibí tu olor, me dieron ganas de tenerte —respondió Aldo acariciando una de las mejillas de Catrina—. Hoy me siento más extraño de lo normal, Catri. Creo que mis sueños son reales. Yo tenía otra vida… El planeta se recuperó hace mucho, vivía en un campo hermoso con mi familia y me quitaron todo eso para traerme aquí.

Esas palabras helaron la sangre de Catrina; eran similares a las que Igor había dicho antes de ser asesinado.

—Aldo, escúchame, no digas eso en público ni a tu médico —advirtió Catrina, sin apartar la mirada de los ojos de Aldo.

—No volveré a ir al médico. Llevo semanas sin ponerme la inyección de salud —confesó él.

Catrina se llevó las manos a la boca en un gesto de preocupación, como si esas palabras fueran una herejía.

—¿Por qué no puedo hablar de mis cosas con otros? —preguntó Aldo entrecerrando los ojos.

—Así murió Igor —respondió Catrina, con la voz entrecortada. Las lágrimas escaparon sin permiso de sus ojos.

—¿Igor murió? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cuándo ocurrió? —Aldo se sentó, mirando a Catrina con desconcierto.

—Hace mucho, Aldo. Cuando vine por primera vez a este bloque, Igor ya estaba muerto —reveló Catrina, secándose las lágrimas que recorrían su rostro.

—¡¿Cómo?! ¿Por qué me mentiste? —Aldo se levantó de la cama, molesto. En su interior bullía una furia incontrolable.

—No era fácil contártelo —sollozó Catrina.

—Pues cuéntamelo —exigió Aldo en voz alta.

—Conocí a Igor un día en el bar. Estaba muy alterado, diciendo lo mismo que me estás contando tú ahora.

—¿Qué cosa? —interrumpió Aldo, visiblemente enojado, con las manos en puños a sus costados.

—Que no era de aquí. Que el planeta se había sanado. Que vivía en una casa rodeada de naturaleza y animales. Que le habían quitado ese privilegio y lo trajeron a este lugar de mierda. Luego vinieron… —Catrina dudó un instante antes de continuar— dos robots del escuadrón Umbra y se lo llevaron.

—¡¿Vivo?! —volvió a interrumpir Aldo.

Catrina negó con la cabeza.

—Bueno, se lo llevaron vivo, pero luego lo mataron. Yo lo vi… Ocurrió detrás del edificio donde está el Abisal bar —la voz de Catrina estaba ahogada por el llanto.

—¿El escuadrón Umbra? —preguntó Aldo, alarmado—. Eso es imposible, *bro.*

—Lo sé, pero ocurrió… Debes creerme. Yo no quiero que lo hagan contigo.

Catrina hundió su rostro entre sus manos y se desplomó a llorar. Aldo se acercó a ella y la abrazó para consolarla.

—Eso no pasará —susurró mientras acariciaba los blancos cabellos de Catrina.

—Por eso vine aquel día a este bloque. Quería averiguar más sobre Igor. Después llegaste tú, contándome sobre tus sueños, y supe que debía seguir investigando. No podía decirte la verdad hasta ahora —confesó Catrina, limpiándose la nariz, irritada por el llanto y los estupefacientes inhalados.

—Me engañaste, Catrina. Pensé que teníamos algo especial —la mirada de Aldo se oscureció.

—Así es, Aldo, te considero uno de mis amigos. Eres especial y cercano para mí. No te engañé, simplemente no podía decirte la verdad cuando nos conocimos —respondió Catrina con pesar en la mirada.

—¿Solo un amigo? —Aldo abrió los ojos con incredulidad—. Catrina, somos más que amigos. Somos pareja, tenemos una relación amorosa.

—Aldo, eso no existe. Estás enloqueciendo —replicó Catrina, alarmada por la mirada intensa de Aldo.

—¡No! —gritó Aldo con furia, provocando el pavor de Catrina—. Lo que pasa es que tú y todos los que viven encerrados aquí están enfermos, viven una locura constante… Y lo veo en tus ojos. Tú crees que yo estoy loco, pero no es así. Son ustedes los que viven en un infierno y han perdido la razón.

—Cálmate, Aldo —susurró Catrina, intentando detenerlo mientras él avanzaba hacia ella de forma amenazante.

—No me voy a calmar. ¿Con cuántos hombres y mujeres te has acostado mientras estabas conmigo? —preguntó Aldo, sus ojos ardiendo de ira.

—Con nadie, solo contigo. No tengo tiempo para nadie más. ¿Lo recuerdas? Fue nuestro acuerdo —respondió Catrina, esta vez enfurecida. El miedo y la tristeza se habían esfumado.

—¡Mentirosa! —gritó Aldo.

—Es la verdad. Además, ¿cuál es el problema con eso? Así es la vida que conozco desde que nací. Nadie pelea por esas cosas, somos felices así —discutió Catrina, con el entrecejo fruncido.

—Cierto, así te lo hicieron creer. —Aldo sonrió con sarcasmo—. ¡Vete! Quiero estar solo —bramó, señalando la puerta de su casa.

Catrina sintió la ofensa clavarse en su pecho.

—Está bien, me voy —dijo, levantando las manos en son de paz —. Lo siento mucho por no haberte contado antes lo de Igor.

Esperó una respuesta, pero Aldo permaneció en silencio, mirando hacia la nada.

Catrina caminó cabizbaja hacia la puerta y se marchó. Al llegar a su casa, sintió un peso titánico sobre sus hombros. Tenía el estómago cerrado, aunque el hambre la atormentaba y sus tripas lo recordaban con un crujido sonoro. Se comió media sopa de fideos con sabor a pollo y luego se preparó para dormir. La experiencia con Aldo le había drenado casi toda su energía; se sentía desarmada. Se dio un baño rápido y caliente, siguiendo su ritual de aseo.

Después de aplicarse la crema hidratante, que ya no aliviaba el picor de su dermatitis, observó con atención la jeringa que contenía su dosis diaria de salud. Leyó las letras pequeñas con los ingredientes y advertencias. La más notoria decía:

«No dejar de aplicarla. Es una dosis diaria y obligatoria. Cesar su uso podría traer graves problemas de salud, incluso la muerte».

Catrina pensó en lo que le había dicho Aldo: llevaba semanas sin aplicarse la inyección. Quizás por eso había empezado a delirar mentalmente, hasta el colapso de ese día. Tal vez lo mismo le ocurrió a Igor… ¿Podría la falta de estas inyecciones provocar alucinaciones y demencia?

Pero la erección voluntaria de Aldo, sin la necesidad de drogas, era lo que se salía de todo ese análisis. Pensó que quizás era parte de todo el proceso.

Sin prestar más atención al asunto, Catrina se durmió, agotada. A las ocho de la noche despertó con síntomas de gripe: la rinitis le impedía respirar, la nariz le goteaba sin control y su cabeza palpitaba de dolor. Sentía los huesos entumecidos y, como si fuera poco, su dermatitis la irritaba sobremanera; incluso tenía comezón entre los dedos.

Buscó en su botiquín de primeros auxilios y se aplicó una inyección para los resfriados. No tenía idea de por qué había enfermado. Lo que ignoraba era que el mal rato vivido con Aldo le había debilitado las defensas, somatizando sus emociones.

Mientras degustaba su comida favorita—cereal con leche, uno de formas de estrellas y colores casi fluorescentes—el recuerdo de Aldo volvió a su mente. Sintió una urgencia incontenible de ver lo que había capturado la cámara que había dejado semanas atrás en su casa.

Terminó su alimento y se sentó en la sala de estar. A través de la ventana, el cielo estrellado se extendía hermoso y despejado; la cúpula de la ciudad proyectaba esa imagen falsa de tranquilidad.

Catrina activó el dispositivo en su oreja derecha y la membrana orgánica, pero electrónica, envolvió sus ojos. Una vez dentro de la visión virtual, solicitó ver las imágenes en tiempo real de la diminuta cámara estratégicamente colocada en la casa de Aldo.

Un mensaje apareció en la pantalla: «No hay conexión con el dispositivo».

«¿Se habrá enterado de que lo estaba vigilando?», pensó Catrina, pero un extraño presentimiento empezó a germinar en su interior.

Con el pecho apretado por la incertidumbre, ordenó a la inteligencia artificial de su casa revisar el video del día antes de la desconexión. La cámara registraba absolutamente todo lo que sucedía en la casa de Aldo y almacenaba los archivos en la nube digital de Catrina.

Catrina comenzó a revisar el video desde el momento en que llegó a la casa de Aldo y fue recibida con efusividad. Luego adelantó

la grabación hasta el instante en que se marchó.

Después de su partida, Aldo empezó a caminar de un lado a otro, moviendo los brazos como si hablara con alguien. Se sentaba en el mueble de manera intermitente y se cubría el rostro con las manos. Así pasó horas, sin comer ni beber nada, hasta que la calma se rompió: alguien entró en su casa sin permiso.

Era un par de agentes del Escuadrón Umbra.

Catrina detuvo el video. Su estómago se encogió por el miedo, y unas ganas irrefrenables de vomitar la invadieron. Sabía lo que estaba a punto de ver, pero su mente no podía asimilarlo. Aun así, se armó de valor y continuó observando.

En la grabación, Aldo discutía con los agentes. Uno de ellos le colocó la mano en la frente. Un instante después, la detonación. El cuerpo de Aldo se desplomó en el suelo, bañándolo todo en sangre.

Los Umbra lo metieron en una bolsa negra para cadáveres y, antes de marcharse, uno de los robots se acercó al dispositivo de video de Catrina, estiró un dedo hacia él…

La imagen se cortó.

Catrina sintió que algo se rompía dentro de ella. Apenas reaccionó después de vomitar todo el contenido de su estómago.

«Otra vez no», gritaba en su interior mientras se desplomaba en el suelo. Se acurrucó en posición fetal y soltó el llanto que había estado reprimiendo. Lloró con fuerza, abrazándose a sí misma. Permaneció así por al menos una hora.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó la inteligencia artificial con la voz de su madre fallecida.

—No sé —respondió Catrina y, tras unos minutos de silencio, murmuró—: ¿Por qué está pasando esto?

—Tu cuerpo liberó grandes cantidades de cortisol debido a la angustia y ansiedad que estabas padeciendo. A su vez, tu ritmo cardíaco aumentó súbitamente. Llorar te ayudó a estabilizar tu organismo —explicó la IA, a quien Catrina llamaba Aimara.

—No me refería a eso… ¿Viste el video? —preguntó, como si la IA fuera una persona o un droide.

—Sí, lo vi. Los Umbra le quitaron la vida a una persona de nombre Aldo —respondió Aimara.

—¿Te parece eso normal? ¿Por qué lo hicieron? —insistió Catrina con voz pausada y cansada. Pero la IA no respondió—. Aimara, ¿por qué el escuadrón Umbra asesinó a Aldo?

—Cariño, el escuadrón Umbra no tiene esa función. Te recomiendo que no sigas investigando el asunto. Es peligroso.

—¡Demonios! —gritó Catrina, consumida por la impotencia y una furia que bullía en lo más recóndito de su ser.

—Te preparé algo que te ayudará a subir los ánimos. Come, mi niña —ofreció Aimara con voz maternal.

Catrina se levantó del suelo y caminó con desgana hasta el generador de comida de su casa. Abrió el compartimiento y sacó un plato con un *croissant* y una taza humeante de chocolate con leche, donde flotaban malvaviscos.

—Gracias, mamá… digo, Aimara —murmuró Catrina y mordisqueó el pan, relleno de chocolate cremoso y dulce.

—Puedes llamarme mamá —respondió Aimara—. Tengo su voz, su nombre y me pediste que me comportara como ella.

—Prefiero decirte Aimara —dijo Catrina, sacando un malvavisco con la cucharilla antes de llevárselo a la boca—. Gracias por la comida.

—El chocolate eleva los niveles de serotonina y ayuda a mejorar el ánimo —contestó Aimara.

Catrina terminó su *croissant* relleno de chocolate y bebió todo el contenido de la taza. Se sintió un poco mejor, tal como le había sugerido la inteligencia artificial. Pero la inquietud seguía presente. Caminó de un lado a otro dentro de su hogar, dándole vueltas al asunto. Finalmente, activó de nuevo la membrana digital que envolvía sus ojos y envió una nota de voz a Lucía.

—Lu, sucedió lo que temía —dijo sin dar muchos detalles.

En segundos, su amiga le contestó, pues estaba igual que ella, navegando en la red digital.

—¿Qué cosa? —preguntó Lucía en otra nota de voz.

—Aldo… Lo mataron —respondió Catrina, con un tono mecánico, como si se hubiese convertido en un autómata.

—¡¿Qué?! ¿Estás bien? ¿Cómo pasó?

—No lo sé… No sé si estoy bien. Vi a través de la cámara cuando lo asesinaron.

Las notas de voz pronto se convirtieron en una llamada normal.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó Lucía, sabiendo que esa era una propuesta inusual.

—Tranquila, Lu, no es necesario.

—Tengo que mostrarte algo —dijo Lucía y le envió un enlace a Catrina.

El video comenzó a reproducirse al instante, sumergiendo a Catrina como si estuviera dentro de la escena.

—Bienvenidos a otro episodio de Misterios del mundo —saludó una joven de cabello largo y rojo intenso. Lo llevaba peinado de lado, con mechones que reposaban sobre uno de sus hombros. Vestía un atuendo gótico, similar al de una vampiresa: indumentaria negra, uñas oscuras, labios y delineado del mismo color.

Estaba sentada en un sillón mullido de tono vino tinto. A sus espaldas, una estantería oscura con detalles en rojo y negro contenía una colección de decoraciones que desprendían un aire místico y tenebroso: velas, calaveras, naves espaciales, cabezas reducidas, cruces, miembros amputados.

Toda una parafernalia de misterios esotéricos, religiosos, paranormales y científicos.

—Hoy hablaremos de los sueños y el peligro que conlleva contarlos.

Esa frase encendió una alarma dentro de Catrina. Sus sentidos se agudizaron y permaneció completamente atenta.

CAPÍTULO 8

EL QUINTO MUNDO

Tal vez no sea el fin del mundo… tal vez solo sea el final del mundo que conocíamos.

Lunes 30 de diciembre del 3501 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

—Se han registrado múltiples desapariciones bajo condiciones muy extrañas. Todas estas personas compartían algo en común: contaron sus sueños, sueños inquietantemente similares.

»Decían que les arrebataron sus vidas. Afirmaban que el mundo ya se había sanado y que antes vivían en campos rebosantes de naturaleza, conviviendo con animales.

La joven de estilo gótico abrió mucho los ojos, enfatizando la gravedad del asunto.

—Estas personas empezaron a quejarse de su nueva vida en la Terranova… y enloquecieron. Luego de eso, desaparecieron de la faz de la Tierra. Borraron todo rastro de ellas: sus archivos, sus redes sociales, cualquier evidencia de que alguna vez existieron en esta metrópolis… o en cualquier otra.

»Lo más inquietante es que todos soñaban lo mismo. Además, venían de otras Terranovas, todos eran científicos y eran muy diferentes a lo que estamos acostumbrados.

»Chicos, esto no es ciencia ficción ni un cuento de terror. Está ocurriendo de verdad. He recibido más de treinta casos que sé que son verídicos. ¿Por qué todos compartían los mismos sueños? ¿Nos están ocultando una verdad? ¿Acaso el mundo se ha sanado y seguimos bajo tierra sin saberlo?

»Me gustaría conocer vuestras opiniones. Si conocisteis a alguien con estas características y ha desaparecido, contádmelo. Debemos desentrañar este misterio.

»Cuidaos, chicos. Si tenéis estos sueños o conocéis a alguien que los tenga, cerrad la boca. Vuestra vida depende de ello.

»Os habló Avaya, vuestra servidora del misterio. Nos vemos en otra ocasión.

El video llegó a su fin.

Catrina se quedó muda y petrificada por varios segundos.

—Lu, ¿de dónde sacaste ese video? —preguntó Catrina por nota de voz.

—Sigo a Avaya desde hace años. Ese es el video de esta semana. Lo subió apenas unas horas atrás —respondió Lucía de inmediato, esperando la reacción de Catrina.

—¿Vive en esta Terranova?

—No, es de una Terranova en Europa.

—Lu, esto es demasiado… No solo está pasando aquí.

—Catri, todo esto es muy extraño, y me da escalofríos. Prométeme que no harás nada más al respecto. Siento mucho lo de Aldo, sé cuánto significaba para ti. Lleva tu duelo, pero deja este asunto como está. Sigamos el consejo de Ditrox y lo que dice Avaya —comentó Lucía, lamentando haberle mostrado el video a su amiga, sobre todo después de lo que había ocurrido.

—Lo intentaré, Lu. Gracias por responderme y mostrarme el video —agradeció Catrina, mintiéndole. Ahora más que nunca, no dejaría ese asunto en el aire.

Su cabeza parecía a punto de explotar si no resolvía el enigma que estaba viviendo en carne propia. Buscó en la web un documental sobre todo lo que ocurrió tras el cataclismo que obligó a los humanos a vivir bajo tierra, con la esperanza de encontrar alguna pista.

El documental constaba de ocho capítulos de una hora cada uno. Eran las diez de la noche; tenía tiempo de sobra, pues su vida transcurría en la madrugada debido a su empleo nocturno. Agradeció estar en su día libre, ya que debía volver al trabajo la siguiente noche.

La joven, con las emociones revueltas, se acomodó en el sofá de su departamento y se dispuso a ver el documental con la visión hiperrealista que le proporcionaba la membrana digital que envolvía sus ojos.

El primer capítulo iniciaba narrando el descubrimiento del asteroide que causó el cataclismo que cambió la faz de la Tierra y la vida de todos los seres vivos que la habitaban. El meteorito, llamado 2024 YR4, fue detectado en el año 2024. En ese entonces, aún no se tenía certeza de si impactaría contra la Tierra, aunque se estimaba su llegada en el año 2032.

Este capítulo presentaba de manera cronológica los meteoritos que habían golpeado el planeta a lo largo de la historia, causando grandes estragos. El último impacto catastrófico ocurrió hace aproximadamente sesenta y seis millones de años y es conocido como el evento del cráter de Chicxulub, ubicado en la península de Yucatán, México. Se asoció con la extinción masiva de los dinosaurios, marcando el final del período Cretácico.

Más recientemente, en 2013, el meteorito de Cheliábinsk explotó sobre Rusia, liberando una energía equivalente a treinta bombas de Hiroshima. Aunque no representó una amenaza global, causó daños significativos en la región y dejó una huella en la historia moderna. Alrededor de 1,500 personas resultaron heridas (más de cien fueron trasladadas a hospitales), la mayoría debido a la onda expansiva generada por la explosión al romper la barrera del sonido, lo que provocó la destrucción de ventanales, cristales y daños estructurales en edificios. Según el portavoz del Ministerio del Interior, nadie sufrió heridas graves.

El asteroide 2024 YR4 se percibía como apenas un poco más grande que el bólido de Cheliábinsk, sin representar una amenaza de gran escala para el planeta. Sin embargo, esta información era falsa. La supuesta tranquilidad era una medida para evitar un colapso mundial antes de tiempo.

En realidad, el 2024 YR4 tenía dimensiones colosales, posiblemente similares a las del asteroide que impactó la Tierra hace sesenta y seis millones de años. Se estimaba que su tamaño rondaba entre diez y doce kilómetros.

Este capítulo, titulado «Los meteoritos en la historia», era altamente informativo y educativo, aunque mantenía un aire de misterio para despertar la curiosidad del espectador.

El segundo capítulo, titulado «Crisis económica mundial», comenzaba con la guerra económica que estalló entre China y Estados Unidos en el año 2025, dos de las potencias más influyentes de los años dos mil.

La nación americana impuso grandes aranceles y medidas coercitivas contra China y cualquier país que estableciera relaciones comerciales con ellos. Como consecuencia, la crisis económica se tornó notoria a nivel mundial.

Catrina, aunque encontró el capítulo algo tedioso, lo consumió de principio a fin por si algo importante se le escapaba.

El tercer capítulo, en cambio, captó por completo su atención. Se titulaba «La salvación del mundo».

Mientras la crisis económica se profundizaba—con la clase rica haciéndose más rica, la pobre volviéndose aún más pobre y la media deslizándose hacia la pobreza—China avanzaba rápidamente en el desarrollo de la inteligencia artificial.

Ese fue el punto de inflexión que permitió la resolución de la guerra económica, la cual afectaba a todas las naciones.

China construyó un centro nuclear de alta tecnología para alimentar la creación de inteligencias artificiales avanzadas. Fue así como entrenaron una IA que superó con creces a todas las existentes hasta el momento. Su nombre era Etherea.

Etherea presentó cálculos exactos sobre lo que ocurriría en 2032 y diseñó un proyecto de vida para garantizar la supervivencia de los humanos y otras especies. China, gracias a su visión estratégica, se convirtió en la potencia mundial más poderosa, viendo finalmente los frutos de las raíces que había sembrado alrededor del mundo durante siglos.

Con este panorama, Estados Unidos y China llegaron a un acuerdo de paz y, unidos, trabajaron para proteger la vida en el planeta. Más países se sumaron a la causa, especialmente aquellos con tecnología nuclear y estaciones espaciales.

El cuarto capítulo, titulado «Bajo tierra», abordaba el proyecto de supervivencia, basado en la construcción de ciudades inteligentes subterráneas diseñadas para proteger a la población de cualquier cambio en la faz de la Tierra.

Cada ciudad sería un domo ambiental, capaz de mantener con vida a los humanos y demás seres vivos durante miles de años, si fuera necesario. La idea de abandonar el planeta y conquistar otros mundos seguía siendo una fantasía lejana.

En el documental se mostraban videos sobre el diseño de estas metrópolis: microclimas vegetales repletos de fauna y flora, áreas de esparcimiento, edificios futuristas… Estas ciudades recibirían el nombre de Terranovas. La primera en construirse e inaugurarse fue Terranova-01, en China.

En ese punto, Catrina arrugó la nariz. La Terranova donde ella vivía no lucía así. Aun así, prosiguió con el documental. Tomó una pausa para comer algo: optó por una sopa instantánea de fideos y una gaseosa.

Desde el año 2026, las Terranovas comenzaron a funcionar. A la par de este histórico suceso, la ciencia médica dio un salto tecnológico impresionante, gracias a Etherea, la inteligencia artificial que había llegado para salvar el mundo. Fue entonces cuando se desarrollaron las primeras inyecciones de salud, capaces de inhibir casi por completo las enfermedades crónicas y autoinmunes, permitiendo que los humanos que padecían estas afecciones pudieran llevar una vida normal.

Cada población admitida en una Terranova debía comenzar su terapia diaria de inyección de salud.

No era la primera vez que la humanidad buscaba refugio en las profundidades de la tierra. Con la construcción de las Terranovas, se revelaron miles de ciudades ancestrales, atrapadas en el tiempo como vestigios de un pasado insondable. Esas urbes subterráneas podrían haber sido erigidas hace más de veinte mil años, o quizás hace cincuenta mil, su origen perdido en la bruma de la historia. A lo largo de los siglos, los humanos habían sobrevivido a incontables apocalipsis, hallando protección bajo la superficie terrestre. Según los estudios arqueológicos de diversas civilizaciones antiguas, este

sería el quinto cataclismo que afrontaba la humanidad… el quinto mundo.

El quinto capítulo, titulado «Apocalipsis», mostraba todo lo sucedido con la llegada del meteorito 2024 YR4.

Para el año 2032, los países cercanos al lugar del impacto fueron prácticamente desalojados. No fue un procedimiento sencillo: muchos gobiernos eran escépticos con el tema, creyendo que se trataba de una artimaña del imperio estadounidense para adueñarse de las riquezas de esas naciones.

Para esa fecha, el 60% de las ciudades inteligentes ya estaba en funcionamiento. Se habían construido doscientas ciudades inteligentes, distribuidas entre todos los continentes, excepto en América del Sur y Central, regiones que serían las más afectadas por el impacto. Más adelante, se levantaron Terranovas en el continente americano tras la devastación del meteorito, cuando los estragos del cataclismo comenzaron a ceder.

Las agencias espaciales se unieron en un intento por desviar el asteroide. El esfuerzo resultó infructuoso, aunque lograron reducir su tamaño, pues hasta entonces se pensaba que el objeto estaba compuesto únicamente de roca y hielo.

El 30 de diciembre de 2032, el meteorito impactó en la selva amazónica, entre Colombia y Venezuela. La historia se repetía.

Tal como hace millones de años, cuando el cataclismo de Chicxulub marcó la extinción masiva de los dinosaurios, el 2024 YR4 trajo consigo una devastación inimaginable. El titánico objeto liberó una cantidad de energía equivalente a millones de bombas nucleares.

Los países que una vez conformaron América del Sur y Central fueron arrasados. Las poblaciones que se negaron a emigrar fueron destruidas al instante. El impacto desencadenó tsunamis en todas las costas marítimas. Dentro de las Terranovas, el miedo se apoderó de sus habitantes. Se pensó que los edificios se derrumbarían y que las ciudades desaparecerían tragadas por la misma Tierra. Pero las estructuras permanecieron intactas, tal como lo habían garantizado los arquitectos e ingenieros de aquel magno proyecto.

Sin embargo, el cataclismo levantó grandes cantidades de polvo y escombros a la atmósfera, bloqueando la luz solar durante más de una década. Como resultado, el clima global sufrió un enfriamiento temporal.

Millardos de humanos perecieron. Así como innumerables seres vivos que no lograron refugiarse en alguna Terranova.

Pasadas las cuatro de la madrugada, Catrina ya estaba viendo el sexto capítulo, titulado «El nuevo mundo».

En este capítulo se mostraba la conexión subterránea que mantenía unidas las Terranovas en el planeta Tierra. Todas estaban interconectadas por un sistema de trenes de alta velocidad, el equivalente moderno de los viajes aéreos del pasado.

La energía utilizada para alimentar las Terranovas era, principalmente, geotérmica. Salir al exterior estaba prohibido, al menos hasta que la atmósfera y el ambiente del planeta se estabilizaran y fueran habitables para los humanos. El aire era irrespirable. La Tierra se había convertido en un desierto helado e inhóspito.

El avance en la robótica también dio pasos agigantados: los humanos empezaron a convivir con droides, reduciendo el esfuerzo y la carga de trabajo. En la medicina, los avances permitieron el uso de tecnología robótica para sustituir miembros dañados en los humanos.

Así transcurrieron cientos de años. La humanidad sobrevivía dentro de las Terranovas, las cuales crecían poco a poco expandiendo sus límites. Cada vez se hacían más extensas. Las clases sociales con mayor poder adquisitivo vivían en los pisos más elevados, donde el aire estaba menos contaminado y se podía observar el cielo falso proyectado por la cúpula protectora, que ahora hacía las veces de atmósfera vital.

El séptimo capítulo, titulado «La sociedad del tercer milenio», exploraba los drásticos cambios que transformaron la humanidad.

Los jóvenes ya no querían traer hijos al mundo. Se habían vuelto más independientes y productivos. Las relaciones amorosas eran abiertas y, con el tiempo, desapareció la figura del noviazgo y la

familia. Los lazos de pareja se volvieron obsoletos, reliquias de siglos pasados. El amor romántico y el compromiso ya no existían.

Ahora, toda la población se había convertido en una gran familia. Los humanos eran más empáticos y menos violentos. En las Terranovas, la delincuencia era casi inexistente. No había guerras absurdas por religión o poder. La sociedad estaba evolucionando hacia una versión mucho mejor.

Cada persona vivía su vida de manera independiente, estableciendo relaciones amistosas en las que, ocasionalmente y por mutuo acuerdo, surgían encuentros sexuales. Sin embargo, el acto íntimo ya no ocurría de forma natural. Las relaciones sexuales eran inducidas por una droga en particular—en la Terranova donde vivía Catrina, se llamaba *Lolilove.*

Se manejaban dos teorías sobre esta transformación: Una sugería que los humanos habían evolucionado. La otra, aún en estudio, planteaba que la constante inhibición de la fertilidad para evitar descendencia podría haber provocado disfunción eréctil en los hombres y la falta de libido en las mujeres. A pesar de ello, la nueva sociedad era extremadamente sexual. Todos mantenían relaciones de manera frecuente, no solo por el placer que les brindaban, sino porque ayudaban a reducir el estrés por unas cuantas horas, un problema que seguía muy presente.

Para garantizar la continuación de la especie humana, el proceso de reproducción había cambiado por completo. A las mujeres que deseaban traer hijos al mundo, se les ofrecían grandes sumas de dinero.

En ese punto del documental, aparecía una mujer llevando su embarazo con felicidad mientras trabajaba. Luego, al dar a luz, entregaba a su hijo a una nana robot, ambas sonriendo. Al final, la misma mujer se mostraba sola y sonriente, disfrutando unas maravillosas vacaciones, explorando otras culturas en distintas Terranovas.

Ninguna mujer se quedaba con sus hijos, pues la maternidad no formaba parte de su estilo de vida. La mujer de esa época era empoderada, profesional, independiente y con mucho amor propio.

Solo se permitía vender tres crías por mujer. Al tercer parto, se le aplicaba una esterilización permanente. Los padres de las crías recibían un porcentaje de la venta, quedando totalmente desligados del asunto.

Así, la humanidad aseguraba su supervivencia, mientras todos vivían alegres, sin la infelicidad que implicaba criar un hijo.

En esa nueva sociedad, ya no hacía falta un padre o una madre para formar a un nuevo humano. Existían criaderos de humanos que producían personas íntegras, profesionales, felices e independientes.

En ese capítulo se resaltaba la maravilla de la nueva sociedad. Pero para Catrina, no era nada nuevo. El episodio le pareció aburrido. Tenía la esperanza de que mencionaran algún caso excepcional, como el de su madre: La mujer que decidió quedarse con su primera y última cría. La mujer que eligió criar a Catrina.

El octavo y último capítulo se titulaba «¿Esperanza de vida?».

Para el año 3025, las Terranovas ya no podían sustentar los biomas vegetales, lo que llevó a la desaparición de la fauna y la flora en menos de un siglo. La ciudad experimentó un cambio drástico: donde antes había bosques arbolados, ahora predominaban bloques de viviendas, centros recreativos y espacios financieros.

Algunos cultivos transgénicos lograron preservarse, como maíz, trigo, arroz, soya, avena y cacao. La leche de vaca comenzó a producirse de forma artificial, utilizando técnicas de fermentación y biotecnología. Los sabores afrutados también eran completamente sintéticos. La proteína animal fue desarrollada en laboratorios, cultivada a partir de células madre extraídas de animales vivos. Estas células se multiplicaban en un medio especial, formando tejidos musculares similares a la carne tradicional, sin necesidad de sacrificar animales, lo que se consideraba una solución ideal.

En esta parte del documental, se mostraba el área agrícola y de producción de alimentos dentro de las Terranovas, un lugar que Catrina jamás había visto.

La alimentación de los humanos evolucionó hasta ser completamente artificial. Por suerte, la humanidad seguía en pie, demostrando que no era imprescindible una dieta basada en productos naturales y frescos.

Alrededor de los años 3400, leves temblores empezaron a retumbar dentro de las Terranovas. Eran inofensivos. Las Terranovas estaban diseñadas para resistir grandes Terremotos.

Las mascotas desaparecieron. En su lugar, surgieron robots diseñados para asemejarlas, aunque sus costos eran exorbitantes.

No obstante, los índices de depresión y suicidio alcanzaron niveles preocupantes. Por ello, el consumo de todo tipo de estupefacientes era legal, con el propósito de combatir el desánimo y activar las hormonas del placer y la felicidad.

Por otro lado, la esperanza de vida era extremadamente baja. La mayoría de las personas fallecía entre los cuarenta y cincuenta años.

A la fecha, aún se llevaban a cabo estudios científicos para tratar de solucionar estos problemas. La humanidad continuaba a la espera de que la Tierra se sanara y pudieran salir a la superficie a respirar un nuevo aire. Ya habían pasado más de mil cuatrocientos años desde el cataclismo.

El documental finalizaba con una cinemática fascinante, mostrando cómo sería el regreso de los humanos a la superficie y el inicio de una nueva era. Se desplegaban paisajes majestuosos, rebosantes de animales y vegetación, ríos caudalosos y mares cristalinos, donde los humanos se abrazaban y sonreían ante un nuevo amanecer.

Ya eran las siete de la mañana, y Catrina sentía presión en los ojos y la cabeza. Había estado más de ocho horas recostada, sumergida en el documental a través de la realidad aumentada que le proporcionaba su membrana digital de visión.

Sus emociones seguían revueltas. La muerte de Igor le provocaba un pellizco en el corazón. El video de la misteriosa Avaya mantenía su intriga encendida, como una llama dentro de un fogón.

Y ahora, este documental, que, en lugar de resolver sus dudas, le generó aún más preguntas. Una idea se alojó en su mente con fuerza: visitar la zona agrícola y alimenticia de la Terranova en la que vivía.

Debía ir a trabajar como repartidora de encomiendas, pero el deseo de ejercer ese cargo era casi nulo. Aun así, necesitaba hacer algo.

Todavía faltaban muchas horas para su turno en el Abisal Bar. Por ahora, no tenía sueño, aunque su cuerpo se sentía agotado, pero su mente bullía como un motor de fusión.

CAPÍTULO 9

EL PROTOCOLO DEL SILENCIO

En las esferas del poder, las órdenes que matan son las que se susurran.

Miércoles 1 de enero del 3502 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Una melodía acampanada resonaba en el aire de una sofisticada oficina. La superficie del escritorio, una amplia losa de mármol negro brillaba con el reflejo de la intensa luz que se filtraba por un enorme ventanal, revelando una vista relajante y cautivadora: un jardín arbolado con arbustos floridos, vegetación auténtica.

Un hombre de cabello negro y porte regio entró en la estancia y se acomodó en la reconfortante silla de cuero, cuya tonalidad armonizaba con el mármol del escritorio. Con un leve toque sobre una luz verde palpitante en una de las esquinas del escritorio, activó un mecanismo.

En segundos, una pantalla emergió sobre la superficie, formada por diminutos nódulos electrónicos conectados por una membrana delgada, viscosa y transparente. La vista al jardín quedó eclipsada, y en la pantalla apareció la silueta de una persona.

La melodía acampanada se disipó cuando la silueta en la pantalla habló.

—Buenas tardes, William —dijo con voz grave y masculina. Apenas se distinguían sus facciones bajo la capucha oscura que reforzaba la penumbra de la imagen.

—Buenas tardes, Emperador —respondió William, de tez clara, ojos y cabellos negros como la noche.

—¿Cómo va el experimento 99? —preguntó la figura oscura en la pantalla.

—Dio los resultados esperados. Los sujetos no deben tener contacto con nada que les haga recordar sus vidas pasadas —resumió William, sin dar más detalles.

—¿Te hiciste cargo de los sujetos? —insistió el hombre en la pantalla.

—Sí, Emperador. El Escuadrón Umbra hizo el trabajo, impecable como siempre —aseguró William.

—En todas las Terranovas el resultado ha sido el mismo. Quiero que eliminen a todos los sujetos expuestos al experimento, junto con cualquier testigo. Borren también la memoria de los droides que estuvieron presentes. No debe quedar ningún registro —ordenó el Emperador.

—Así lo haré —afirmó William. Se aclaró la garganta justo cuando un temblor sacudió el edificio—. Señor, sobre mi petición… Me gustaría volver antes de que termine mi periodo. Mi esposa espera nuestro segundo hijo, queremos que nazca fuera de este lugar. Además, nuestro primogénito lleva demasiado tiempo sin socializar con otros niños. Y los temblores son cada vez más frecuentes.

—William, conocías las condiciones de este trabajo cuando aceptaste —sentenció el Emperador.

—Lo sé, señor —admitió William, cabizbajo.

—Sin embargo, tu petición ha sido aprobada. Recibirás tu recompensa al regresar. Pero debes cumplir tu misión primero. Cuanto más rápido hagas la limpieza, podrás volver a tu Elysium cuanto antes. Y referente a los temblores, son comunes en todas las Terranovas. Estamos investigándolos, pero no representan peligro alguno.

—Gracias, Emperador. Iniciaremos el protocolo de limpieza de inmediato —prometió William.

—Muy bien. Nos vemos luego.

La figura del hombre desapareció junto con la pantalla nanotecnológica.

William suspiró profundamente, aliviado por lo que acababa de escuchar. Se levantó de su escritorio y caminó hacia el jardín que

tenía al frente. Alzó la vista y contempló las nubes que pintaban figuras en un cielo azul intenso, un firmamento artificial. Avanzó hasta el borde del jardín, donde un antepecho de cristal protegía la exuberante terraza. Desde lo más alto del edificio, observó los picos de cada torre en la Terranova 233, una vista impresionante.

Unos pasos suaves y la risa cristalina de un niño rompieron la quietud. William se giró y vio a su esposa acariciando su abultado vientre con una mano, mientras sostenía con la otra a su hijo de seis años. El niño se soltó de inmediato y corrió detrás de un gato cibernético de color azul que desprendía luminiscencia en la coyuntura de sus extremidades.

Un leve temblor movió el suelo e hizo que los arbustos del jardín se sacudieran.

—Amor, pronto regresaremos a casa. Ya no tendremos que soportar estos temblores a diario —dijo William con una gran sonrisa. Se acercó a su esposa, la abrazó y besó con ternura. Una discreta lágrima resbaló por la mejilla de ella—. Nuestro segundo hijo nacerá en Elysium y Christian volverá a ser un niño normal. Pero antes debo ocuparme de un asunto.

—Así será. Vamos dentro, preparé un delicioso pavo en salsa de arándanos —indicó ella con una cálida sonrisa—. Chris, ven a almorzar.

El niño miró a su madre, recogió al gato azul que se restregaba en el suelo y corrió hacia sus padres.

La casa de William era inmensa y lujosa. Ocupaba todo el último piso del bloque que habitaba. Su diseño interior, minimalista, combinaba acabados en piedra blanca y negra con detalles metálicos y cristalinos que aportaban sofisticación. Contaba con un gimnasio, una terraza arbolada, una piscina, una sala de cine, una oficina, una habitación matrimonial, una habitación para su hijo, un cuarto de juegos, una espaciosa sala de estar y una cocina generosa con comedor integrado.

La familia se acomodó en la amplia mesa del comedor, una gruesa losa de cristal suspendida sobre una imponente escultura de piedra.

Un droide de cuerpo plateado se desplazó desde la cocina con una bandeja en las manos. Sirvió cada plato con precisión: pavo en salsa de arándanos acompañado de ensalada de espinacas, tomate, nueces y aderezo de aceite de oliva con vinagre de sidra de manzana. Luego, regresó con una botella de vino tinto y dos copas para William y su esposa.

—Te quedó delicioso el pavo —comentó William con la boca llena.

—Gracias, amor, cada vez perfecciono más mi técnica. Esta vez, Elvira me dio algunos trucos —respondió su esposa, mirando al droide, quien le sonrió con su rostro metálico de perfecta apariencia humana—. Chris, come la carne también, no solo la ensalada.

El niño disfrutaba de la ensalada con tanto entusiasmo como si fuese un dulce, ignorando la sugerencia de su madre.

—Si te comes toda la carne, iremos un rato a la piscina —insistió ella.

—Sí, mami. Primero la ensalada, luego la carnita —dijo el niño, asintiendo con determinación.

Al finalizar el almuerzo, Elvira, la robot, recogió los platos sucios y los colocó en el lavavajillas.

La familia se dispuso a disfrutar de la piscina. William descansaría un rato antes de iniciar la misión que le había encomendado su superior.

Mientras su esposa enseñaba a su hijo a nadar en la extensa piscina cristalina rodeada de jardines verdes, William se recostó en una silla reclinable para reposar después de la comida. El gato cibernético se arrimó a él y se acomodó en su regazo, ronroneando como un felino real. Aunque su pelaje azul era artificial, su suavidad sedosa imitaba la perfección de un verdadero gato. William lo acarició, disfrutando de la sensación.

Habían pasado cuatro años desde que llegó con su familia a Terranova 233 como gobernante. Un trabajo que, si lo desempeñaba correctamente, garantizaría su bienestar y el de sus hijos para toda la vida.

Ser gobernante traía consigo grandes beneficios: una casa con todos los lujos, un estilo de vida saludable y dinero ilimitado. Sin embargo, el precio era alto. Vivir en una Terranova era muy distinto

a lo que estaban acostumbrados, un sacrificio con una recompensa sustancial. Debían mantener un perfil bajo, ocultar que eran distintos de los habitantes del lugar: que vivían en familia, que disfrutaban de alimentos diferentes y tenían privilegios exclusivos. Era un palacio subterráneo, pero también una prisión dorada.

Christian, su hijo, llegó con apenas dos años y, desde entonces, no había interactuado con ningún niño. Sus únicos vínculos eran sus padres, el gato cibernético y Elvira, la droide. William y Alicia sabían que aquello no era lo mejor para su hijo, pero decidieron continuar por la promesa de una gran recompensa.

No esperaban la llegada de otro bebé, pero sabían que podía ocurrir en cualquier momento debido a los métodos anticonceptivos naturales que utilizaban. Se regían por el método del ritmo y estaban exentos de la inyección de salud. De hecho, evitaban cualquier fármaco en sus cuerpos. No padecían enfermedades autoinmunes ni crónicas, estaban libres de alergias y otras afecciones.

Alicia, feliz en su rol de ama de casa, no realizaba las labores domésticas tradicionales de hace mil años, pues contaba con la asistencia de un droide. Su única tarea en el hogar era cocinar, algo que disfrutaba inmensamente. Cada día inventaba nuevas recetas, horneaba dulces con harina de almendras, yogur griego y cacao endulzado con estevia, y preparaba comidas proteicas con bajo contenido de carbohidratos. Después de cocinar, dedicaba su tiempo a esculpir su cuerpo en el gimnasio, meditar, leer libros de entretenimiento, ver películas con William o aprender una nueva profesión. También compartía largas horas con su hijo, disfrutando su rol de madre. Ver a Christian crecer le llenaba de una felicidad sin límites y soñaba con tener muchos hijos. Por las noches, tras arrullarlo con cuentos y mimos, compartía momentos de intimidad con su esposo William.

A pesar de todo, la vida en confinamiento comenzaba a afectarla. Su ánimo decaía al pensar en el futuro de sus hijos. Quería volver a su verdadero hogar, para que creciesen en un ambiente más sano y real. Extrañaba su vida anterior, sus amigas de alta sociedad, el mundo del que había salido y que ahora anhelaba regresar.

El sistema de gobierno en las Terranovas era radicalmente distinto al de los años dos mil. No existían votaciones para los habitantes. De hecho, ni siquiera lo consideraban, inmersos en una vida donde prácticamente nada les faltaba. Se conformaban con tener un techo, comida, un trabajo estable y espacio para el ocio. No había problemas públicos: los servicios básicos funcionaban, las calles estaban limpias, la delincuencia era inexistente. Todo estaba controlado. Los gobernantes eran elegidos por la élite que movía los hilos del mundo desde tiempos inmemorables.

Así fue como William a sus cuarenta y cinco años llegó a ser gobernante de una Terranova. Heredero de la influyente Familia Slim, gozaba de una privilegiada posición social. Desde pequeño había sido preparado en las finanzas, la economía y la política. Soñaba con dirigir una Terranova, y cumplió su sueño, aunque no imaginó que aún allí se llevaban a cabo extraños experimentos sociales. Sin embargo, su personalidad ambiciosa, fría y calculadora lo convirtió en el líder perfecto. Si debía mancharse las manos de sangre para proteger la seguridad y la riqueza de su familia, lo haría sin vacilar. Como pasatiempo, practicaba artes marciales y entrenamiento militar. Manipulaba armas blancas y de fuego con gran destreza, disfrutando de demostrar su superioridad en las fuerzas armadas, poder que había obtenido gracias a su privilegiada posición social.

Mientras William dormía una siesta junto a la piscina, sintió unas manitas mojadas en el rostro. Era Christian, quien intentaba asegurarse de que su padre realmente estuviera dormido.

—¿Papi, estabas dormido? —preguntó el niño con voz angelical.

—Sí, mi amor, estaba descansando —respondió William, tomándolo en brazos. Le dio un beso en la mejilla y se levantó con él para entrar a la casa.

Alicia venía detrás, secándose el cuerpo con una mullida toalla rosa.

William dejó a su hijo en el suelo y se volvió hacia su esposa.

—Estaré en la oficina un rato. No quiero interrupciones —advirtió.

Alicia asintió y se agachó para ayudar a Christian a secarse la piel.

Ya en la oficina, William cerró la puerta con seguro y se sentó en su escritorio. Abrió una gaveta lateral y sacó una libreta de cuero sellada con una delicada lámina dorada. Colocó su pulgar sobre el metal dorado, que desbloqueó el cerrojo con un leve chasquido. Dentro, había un compartimiento con una elegante pluma de tinta. La tomó, la dejó sobre la mesa y abrió la libreta en una página en blanco.

No confiaba en la información almacenada por la inteligencia artificial en su nube personal; prefería anotarlo todo a mano.

Desplegó la pantalla de nanotecnología en el escritorio de mármol y habló en voz baja, apenas perceptible para la domótica de la casa:

—Terra, reproduce mi lista de música clásica y pásame el listado con fotos de todos los sujetos del experimento 99 que siguen con vida, junto con las personas que fueron testigos de alguna anomalía relacionada con el caso.

—Hola, William. Aquí tienes el listado —respondió la inteligencia artificial con voz femenina en menos de dos segundos. La melodía de The Four Seasons: Spring de Vivaldi comenzó a sonar.

En la pantalla aparecieron las fotos y la información de más de cien personas. La última de la lista: Catrina.

Con caligrafía pulcra, William anotó cada nombre y característica física en su libreta. Le llevó más de media hora.

—Terra, da la orden al Escuadrón Umbra de eliminar a estas personas. Una vez hecho, borra digitalmente todo registro de su existencia.

—A sus órdenes, señor William.

No hay estruendo en las ejecuciones de los dioses modernos: solo gestos que deciden quién sigue existiendo.

CAPÍTULO 10

UN SALTO FUERA DEL SISTEMA

El sistema borra con silencio; los que sobreviven se escriben con ruido.

Lunes 6 de enero del 3502 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

Había pasado una semana desde la muerte de Aldo. Catrina intentaba retomar su vida normal, tratando de apaciguar sus emociones, aunque su mente seguía siendo un torbellino de pensamientos confusos.

Lucía estaba experimentando un cambio. Si antes apreciaba a Catrina por ser su amiga, ahora sentía la necesidad de protegerla. Siempre había sentido curiosidad por la sociedad del pasado, aquella que existía antes del cataclismo; le encantaba ver películas de esa época, especialmente románticas. Para ella, el romance era un misterio fascinante, lo que la llevó a descubrir las redes sociales de Avaya, una influencer que hablaba sobre los enigmas del mundo, en particular del mundo antiguo.

Era lunes, cinco de la mañana. Catrina y Lucía finalizaban su jornada laboral y se disponían a descansar hasta la noche del martes.

—¿Te verás hoy con Manu? —preguntó Lucía con esperanza.

—No lo sé —respondió Catrina con sequedad.

—Te recomiendo que lo hagas. Una sesión de *Lolilove* te hará muy bien —insistió Lucía.

—No sé, Lu. No tengo ganas de eso. Sé que me hará bien… —Catrina dudaba, sus ánimos estaban por el suelo—. Además, hace

una semana pasó lo de Aldo. —Se llevó una mano al pecho, tratando de aliviar el vacío que sentía.

—Lo siento mucho, Catri. Anda a descansar, pero te recomiendo que te veas con Manu. Te hará bien. —Lucía abrazó a su amiga para reconfortarla.

—Lo pensaré —mintió Catrina para tranquilizarla.

—Te quiero mucho, Catri.

—Y yo a ti, Lu.

Las amigas se despidieron y se marcharon a sus respectivas casas.

Catrina surcaba las calles volando con su moto. Había más vehículos de lo habitual, la mayoría conducidos por inteligencia artificial. Pocos se aventuraban a manejar sus propios vehículos, como lo hacía ella con su moto. Le encantaba la sensación de dominar las calles. Además, los carros tripulados eran costosos; había que trabajar mucho para obtener uno.

—Hola, cariño, tienes un mensaje importante —anunció Aimara, la IA de la casa de Catrina.

—Hola, Aimara, muéstramelo.

—El mensaje dice: Le saludamos cordialmente desde el Ministerio de Salud. El motivo de este mensaje es recordarle que ha alcanzado la edad ideal para traer una cría a este mundo, una gran oportunidad para su futuro y el de la humanidad. Su contribución es de suma importancia, pues garantiza la continuidad de nuestra especie y le otorga grandes beneficios monetarios.

»Podrá comprarse ese vehículo que tanto sueña, un apartamento en un piso más alto con mejor vista, una mascota cibernética para que nunca se sienta sola, hacerse esa cirugía estética que siempre ha querido, o incluso viajar y conocer otras culturas en otras Terranovas.

»Si está interesada, no dude en contactarnos. Contamos con su valiosa participación.

Catrina resopló.

—Gracias, Aimara, por leer el mensaje.

—¿Y bien? —preguntó la IA.

—¿Qué? —respondió Catrina con desgana.

—¿No vas a contestar nada?

—Pues no.

—¿No quieres tener una cría?

Catrina se quedó en silencio varios segundos. Con tanto revuelo en su cabeza, esto era lo último que necesitaba.

—No —respondió con sequedad.

—Está bien, cariño. Ya llegará el momento —comentó Aimara con ternura en su tono de voz.

Catrina avanzó con desgana, casi arrastrando los pies, hasta la sala de estar y se dejó caer en el sofá. Necesitaba ordenar sus ideas.

—Aimara, ¿hay pastel de chocolate?

—Sí. ¿Quieres uno con café con leche? —ofreció Aimara.

—Por favor —aceptó Catrina.

Mientras la inteligencia artificial doméstica preparaba los aperitivos, ella se sumergió en la realidad virtual de su membrana visual. Lo primero que buscó fue el video de Avaya sobre los desaparecidos.

«Video no disponible».

Era el mensaje que aparecía cada vez que intentaba reproducirlo. Entró a las redes sociales de Avaya y descubrió que no había nada sobre ella, como si nunca hubiese existido. Su corazón se detuvo por un instante y, como un ave fénix emergiendo de las cenizas, la necesidad incontrolable de averiguar lo que estaba sucediendo resurgió con fuerza.

—Lu, borraron a Avaya de la red —Catrina envió una nota de voz a su amiga.

Lucía respondió en segundos.

—¿Qué? ¡Imposible!

Recostada en su cama, navegaba por la red digital mientras comía nachos con queso. Al intentar buscar a su influencer favorita, se encontró con el mismo vacío que Catrina: Avaya había desaparecido.

—Catri, esto es muy extraño… Por favor, ya no sigas buscando respuestas. Esto no me gusta nada.

Catrina no respondió. Salió de la realidad aumentada en la que estaba sumergida y se sentó en la mesa del comedor. Quiso disfrutar

su pastel de chocolate con café con leche, pero el estómago se le había cerrado por el torbellino de emociones.

Miró la hora en el reloj digital que titilaba en la pared de su apartamento: siete de la mañana. Se quitó el uniforme de trabajo y se vistió completamente de negro: ropa ajustada, botas altas y una chaqueta que asemejaba el cuero. Salió con premura de su casa. Había tomado la decisión de visitar dos lugares aquel día. Necesitaba averiguar qué estaba pasando con las desapariciones y con la construcción de las Terranovas.

Montó su moto blanca y salió disparada rumbo al bloque 784, donde habían vivido Aldo e Igor.

Dentro de su pecho bullía una euforia irrefrenable. Era complicado definir lo que sentía: impotencia, tristeza, desesperación, valentía. Todas esas emociones la impulsaban a moverse, a descubrir la verdad. Su corazón latía acelerado.

Al llegar al bloque 784, se detuvo en seco. Los árboles artificiales habían desaparecido y la residencia tenía el mismo aspecto frío que cualquier bloque de la Terranova 233.

Se acercó a la casilla del droide celador y lo saludó como solía hacerlo cuando visitaba a Aldo, pero esta vez, el robot la miró como si no la reconociera.

—¿Qué desea, señorita? —respondió el droide.

Catrina frunció el ceño. Antes, él siempre se dirigía a ella por su nombre.

—Vengo a visitar a Aldo, como siempre —dijo con seriedad.

El droide tardó un par de segundos en responder:

—Aquí no vive ninguna persona con ese nombre.

—Pero Aldo vivía aquí —insistió Catrina.

—Lo siento, señorita. Aquí no vive ni ha vivido nadie con ese nombre.

Catrina suspiró, conteniendo la explosión de frustración ante aquella nueva realidad. Aunque ya se hacía una idea de que borrarían el registro de Aldo, verlo confirmado era un golpe difícil de asimilar. Pero ¿y los árboles artificiales que daban calidez al bloque? Todo rastro estaba siendo eliminado.

Se preguntó si las demás personas que habían vivido con Aldo seguían allí, así que probó suerte. Comenzó a preguntarle al robot vigilante por cada individuo que recordaba haber conocido en ese lugar, pero, igual que con Igor y Aldo, el droide respondió que allí no vivían ni habían vivido nunca esas personas.

El pánico se apoderó de ella. Activó la membrana visual y buscó las redes sociales de Aldo.

No había rastro alguno de su existencia.

Sin perder tiempo, aceleró su moto y se alejó de aquel sitio. Su nuevo destino: la zona agrícola de la Terranova 233. El lugar estaba bastante alejado, lo que convirtió el trayecto en un disfrute inesperado. Catrina adoraba recorrer grandes distancias con su moto; la adrenalina le hacía sentir viva.

Al llegar al área agrícola, se preguntó por qué nunca antes había estado allí. Durante tanto tiempo se había sumergido en su burbuja de trabajo y descanso en casa que jamás se le ocurrió explorar la Terranova en la que vivía.

El área agrícola estaba delimitada por un enorme muro que impedía ver su interior. Catrina se dirigió hacia la única entrada visible, la cual, como era habitual, estaba custodiada por un robot celador.

—Buen día. Quisiera saber si es posible visitar la zona agrícola de mi Terranova. Debo presentar un proyecto sobre la reactivación de la producción de alimentos vegetales en las Terranovas —comentó Catrina con una sonrisa amable.

El droide pareció emocionarse con la petición.

—¡Oh! Qué grata sorpresa. Nadie había venido con esa misión antes. Por supuesto, puedo darte acceso, y uno de mis compañeros te guiará por todo el lugar.

El corazón de Catrina dio un vuelco: por fin una puerta se abría en medio de todo este misterio.

El robot la condujo hasta la entrada y le otorgó acceso. El portón rechinó al abrirse con dificultad. A Catrina le sorprendió el deterioro de la puerta; en general, todo en las Terranovas estaba en perfecto estado.

Al cruzar el enorme portón, un paisaje desolador se desplegó ante sus ojos. Extensos terrenos de tierra seca y estéril se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Algunas áreas estaban cubiertas por ramas muertas. A lo lejos, se erigían silos enormes y construcciones de baja altura.

Otro robot, similar al vigilante, se acercó con paso lento.

—Yo seré tu guía por la zona agrícola de Terranova 233. ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Me llamo Catrina.

—Muy bien, Catrina. Comencemos nuestro recorrido.

Catrina sentía que había viajado a otro mundo, uno abandonado, reflejo de desolación y tristeza. Lo único que le hacía recordar que estaba en Terranova 233, fue un temblor que sacudió las matas secas en la tierra estéril.

El robot comenzó a guiarla por cada rincón, relatándole cómo fue en otro tiempo aquel vasto lugar y por qué no se pudo sostener la producción.

—¿Por qué sigue existiendo este sitio? ¿Por qué no lo reutilizan para construir otra cosa? —preguntó Catrina.

—Porque seguimos con la esperanza de que algún día podamos volver a sembrar alimentos aquí. ¿No es ese el objetivo de tu proyecto para restablecer la agricultura en las Terranovas?

El droide celador le había pasado la información a su compañero guía.

Catrina tardó unos segundos en recordar que ese había sido el pretexto que usó para ingresar al lugar.

—Ah, claro, claro. Por eso vine. Pero verlo en persona me ha impresionado tanto que casi olvido mi misión.

El droide la observó con una sonrisa dibujada en su rostro liso y brillante, y continuaron con el recorrido.

Cuando finalizaron el recorrido y regresaron a la entrada del recinto, Catrina vio algo que le heló la sangre: un vehículo negro flotaba junto a su moto blanca. Uno de los coches del Escuadrón Umbra.

—Hemos terminado el recorrido, espero que haya sido de su agrado —dijo el droide.

Catrina no le prestó atención. Su mirada estaba fija en el vehículo de los Umbras.

—¿Se siente bien, señorita Catrina? —insistió el robot.

—Eh… sí. Gracias por el recorrido.

—Muy bien, fue un placer. Me retiro.

El droide hizo una reverencia antes de volver a la zona agrícola. En cuanto cruzó el umbral, el portón chirriante se cerró de golpe.

Catrina permaneció petrificada en su sitio. Su corazón repicaba como un caballo desbocado. No sabía qué hacer: entrar de nuevo, correr hacia su moto y salir disparada… Pero los Umbras estaban demasiado cerca.

El robot celador permanecía dentro de la caseta de vigilancia, inmóvil, ignorando la situación.

El vértigo empezó a invadirla.

De pronto, una llamada entró sin que ella la aceptara. El dispositivo que siempre llevaba en la oreja, del cual se desprendía la membrana digital, se activó automáticamente en modo auricular.

—Hola, Catrina —susurró una voz melodiosa de mujer en su oído.

—¿Quién llama? —preguntó Catrina, con la voz entrecortada

—Me llamo Azaria y voy a ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Por qué? —Catrina habló en un tono casi inaudible.

—Tu vida corre peligro. El Escuadrón Umbra tiene la misión de eliminarte.

Catrina tragó saliva, sintiendo que el aire empezaba a faltarle.

—¿Por qué quieren eliminarme?

—Luego responderé a tus preguntas. No hay tiempo que perder. Escucha con atención.

Catrina no respondió, solo asintió con la cabeza.

—Camina con calma hasta tu moto. Sube y sal de allí de inmediato.

—Pero mientras se enciende, ya me habrán atrapado —replicó Catrina.

—Déjame eso a mí.

La moto aerodinámica de Catrina se encendió al instante.

—Camina. ¡Ya! —ordenó Azaria.

Sin dudarlo, Catrina obedeció la orden de la misteriosa voz. Respiró profundo, se dirigió a su moto, se colocó el casco y se subió con rapidez antes de emprender una marcha veloz como un rayo.

De inmediato, dos motos negras tripuladas por agentes del Escuadrón Umbra emergieron detrás del vehículo negro y comenzaron a perseguirla. Al darse cuenta de ello, Catrina aceleró a la máxima velocidad, zigzagueando entre los vehículos que circulaban por las vías.

—No te detengas, sigue derecho hasta tu casa —ordenó Azaria.

La persecución se tornó violenta. Catrina zigzagueaba entre las vías aéreas de varios niveles, tratando de dejar atrás al Escuadrón Umbra. Algunos vehículos chocaron entre sí ante la inusual situación. A su paso, Catrina y los Umbras dejaban una estela de destrozos en la calle.

Por un momento, logró perder de vista a sus perseguidores. Sin mirar atrás, aceleró hasta llegar a su casa. Detuvo la moto, respiró con dificultad y se llevó las manos al pecho, intentando calmar el repiqueteo frenético de su corazón.

—Catrina, no subas a tu apartamento. Allí te esperan un par de Umbras. Escóndete en uno de los depósitos del estacionamiento —indicó Azaria.

El aire pareció faltarle. Suspiró profundo y corrió hacia el cuarto útil que le pertenecía. Allí, se resguardó en absoluto silencio.

A los pocos minutos, los agentes Umbra llegaron al lugar: dos motos y el vehículo negro que transportaba cadáveres. Los sujetos descendieron de las motos, y estas se unieron al vehículo más grande, como si fueran atraídas por imanes. Luego, comenzaron a recorrer con sigilo el estacionamiento, moviéndose entre las motos y los carros voladores allí estacionados.

—No hagas ruido alguno. Voy a distraerlos. Cuando te lo indique, sal y corre hacia el coche negro de los Umbras.

—¿Qué? —susurró Catrina, mirando a través de la pequeña rendija de la puerta del depósito. Desde allí, alcanzaba a ver su moto.

—Haz lo que te digo, es tu única salvación —insistió la voz de Azaria.

—¿Cómo sé que no es una trampa? No te conozco —preguntó Catrina.

Uno de los Umbras posó su mano sobre la moto de Catrina y, con un solo toque, la destruyó por completo.

Catrina contuvo un grito desesperado.

—Debes dar un salto de fe. Estoy de tu lado. La única forma de que salgas con vida es metiéndote en el coche del Escuadrón Umbra. Allí no te buscarán. Si te quedas aquí, tarde o temprano te encontrarán.

Catrina resopló. Sus manos y todo su cuerpo sudaban. Estaba aterrada. Iban a matarla.

Solo le quedaba confiar en aquella desconocida que seguía guiándola a través del auricular.

—Está bien, no tengo nada que perder… Ya estoy muerta, prácticamente —susurró. Su cuerpo empezó a temblar de miedo.

—Saldrás viva, te lo prometo. Mantente atenta.

Catrina ya no veía a los Umbras por ningún lado, pero el vehículo negro seguía cerca de ella.

Los agentes recorrían el estacionamiento, agudizando su vista robótica, escaneando cada rincón en busca de calor humano.

De repente, como de costumbre, un temblor irrumpió en el lugar. Y entonces, una joven apareció en el estacionamiento y caminó hacia los ascensores.

Era la viva imagen de Catrina.

Los Umbras corrieron hacia ella, esforzándose por mantener el equilibrio mientras la sacudida del suelo dificultaba su avance. La figura, igual a Catrina, también emprendió carrera.

—Ahora —ordenó Azaria.

Catrina reaccionó de inmediato, saliendo en silencio, pero veloz como una liebre. El temblor había cesado.

Apenas estuvo a un metro del vehículo de los Umbras, la puerta trasera se abrió, y sin pensarlo, saltó al interior.

El vehículo se cerró de golpe, sumiéndola en una oscuridad total.

Agachada, empezó a tantear el espacio con su mano derecha hasta que su piel chocó contra una pierna dentro de una bolsa de tela.

Un cadáver.

Catrina ahogó un grito.

—Tranquila, Catrina —susurró Azaria—. Sí, estás en compañía de cadáveres. Lo que te voy a pedir no te va a gustar.

El estómago de Catrina se revolvió. Sabía exactamente lo que debía hacer.

—Abre una de las bolsas de cadáveres y métete dentro.

—No puede ser… —murmuró Catrina, su voz apenas un hilo.

—Es la única forma. No hay tiempo.

Tomó aire, intentando apaciguar el terror que se expandía por su cuerpo. Con su mano derecha—la real—buscó la cremallera y abrió la bolsa por completo.

El escalofrío que recorrió su piel fue inmediato. El cuerpo dentro estaba rígido y helado.

Se acomodó junto al cadáver y cerró la bolsa, esta vez usando su mano biónica, más fuerte y firme, pues su mano humana temblaba sin control. Cerró los ojos y permaneció inmóvil, como su silencioso acompañante.

El olor a formol y carne en descomposición golpeó su nariz, revolviendo su estómago.

—Aguanta, Catrina. Debes permanecer varias horas en esa posición. Si escuchas algo, no te muevas. Yo te avisaré cuándo salir.

Catrina se resignó.

Ya no había vuelta atrás.

El Escuadrón Umbra revisó todo el edificio, pero no encontraron rastros de Catrina. La joven idéntica a ella se había esfumado; solo había sido un holograma diseñado para despistar.

Pasaron más de tres horas antes de que el vehículo que transportaba cadáveres comenzara a movilizarse.

El corazón de Catrina dio un vuelco.

El tiempo transcurrió, pero para ella fue una eternidad. Sentía cómo el vehículo se detenía y volvía a rodar, hasta que finalmente se detuvo por completo.

Nada se escuchaba, solo el silencio ensordecedor de los cadáveres que la rodeaban. Luego, el leve chirriar de las puertas traseras rompiendo la quietud.

El envoltorio en el que estaba inmersa se tensó repentinamente, elevándose por los aires. Catrina se sintió transportada hacia el exterior del vehículo. Permaneció inmóvil, fingiendo ser solo otra masa sin vida.

Los Umbras apilaban los cuerpos junto a la entrada de un inmenso horno crematorio. Cuando vaciaron los cuatro vehículos, encendieron el interior de la hoguera, que estalló en llamas infernales.

Uno de los Umbras escuchó movimiento entre los cuerpos apilados. Activó su visión térmica y apuntó hacia uno de ellos. El visor detectó una zona roja.

Un cuerpo con vida.

Se acercó con paso firme, pero al inspeccionar el origen del calor, encontró una rata de gran tamaño husmeando entre los cadáveres. No le dio importancia y continuó con su labor.

Catrina sentía el peso de un cuerpo helado sobre ella. La falta de aire comenzaba a invadirla.

—Catrina, debes salir en este instante —susurró Azaria.

El pánico recorrió el cuerpo de Catrina.

Usando su mano biónica, logró apartar el bulto que la aplastaba. Luego, con extremo cuidado, abrió la cremallera y se asomó. Se encontraba en una habitación de paredes de hormigón. Desde su posición, podía oír el gruñido del fuego dentro del enorme horno.

Salió de la bolsa y, al girarse, se encontró cara a cara con el cadáver que la acompañó durante horas. Era un hombre extremadamente delgado, de piel pálida y verduzca. Tenía la boca y los ojos cosidos, y los orificios nasales taponados con objetos blancos.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Miró a su alrededor. No había Umbras, pero sí una única puerta de salida.

—Sal por allí, no hay peligro —ordenó Azaria a través del auricular.

Sin pensarlo, Catrina corrió fuera de aquel lugar.

Al llegar al exterior del crematorio, vio el cielo iluminado por una media luna y miles de estrellas. El suelo se sentía blando bajo sus

pies. Un olor diferente la envolvió.

Bajó la mirada y se encontró pisando césped verde sobre tierra húmeda.

Un siseo extraño llegó a sus oídos: grillos. No los reconoció. Nunca los había escuchado.

Era como despertar dentro de un sueño.

—No te detengas, corre hacia los árboles —ordenó Azaria.

Catrina reaccionó. Divisó un muro de árboles frente a ella. A su izquierda, los vehículos de los Umbras seguían estacionados.

—¡Corre! —gritó Azaria.

Sin dudarlo, Catrina corrió con todas sus fuerzas. El aire diferente rozaba su piel y el olor a naturaleza la envolvía como una droga embriagadora.

Estaba fuera de la Terranova.

En la superficie de la Tierra.

CAPÍTULO 11

EL OTRO MUNDO

Nada desaparece realmente: solo se mueve fuera del alcance de los que vigilan.

Lucía leía con atención a través de la membrana digital que cubría sus ojos, un mensaje del Ministerio de Salud, el mismo que le había llegado a Catrina sobre traer crías al mundo. En ese instante, su auricular vibró con una llamada entrante.

—Hola, Lucía —dijo una melodiosa voz.

Lucía dio un respingo de sorpresa.

—¿Quién… quién habla? —tartamudeó.

—Me llamo Azaria y tengo un anuncio importante. Presta atención, porque después de esta llamada, toda la información será borrada.

—Está bien, escucho —respondió Lucía, atenta y curiosa.

—La vida de Catrina corre peligro. Yo me he encargado de protegerla. No la verás por un tiempo indefinido; ya no está en Terranova 233.

—¿Ella está bien? —preguntó Lucía, preocupada. Sintió un puño en el pecho.

—Ella está bien y lo estará. Escucha bien, Lucía, debes guardar silencio. No hables con nadie de este asunto, porque tu vida depende de ello. Se eliminará todo rastro de Catrina, como si nunca hubiera existido. Mañana tendrás una nueva compañera de trabajo. En la programación de Ditrox y Deimos, su existencia ha sido borrada. Le dirás a Manuel que Catrina está de viaje y que se comunicará con ustedes en cualquier momento.

Lucía dejó escapar un leve gemido al asimilar la impactante información.

—¿Harás lo que te pido? —dijo Azaria con voz fuerte.

—Sí, si eso salvará la vida de Catrina y la mía. Yo seré una tumba —respondió Lucía con la voz entrecortada.

—Muy bien, Lucía. Se vienen muchos cambios. Catrina necesitará de tu apoyo en el futuro. Hasta pronto.

La llamada cesó.

Lucía buscó rápidamente información en la visualización virtual de su dispositivo. No había rastro de llamada alguna. Buscó a Catrina entre sus contactos y había desaparecido, al igual que sus redes sociales.

«¿Tan rápido fue borrada? ¿Quién es esa tal Azaria? ¿Realmente estará bien mi amiga?», se preguntó en su interior. Estaba muy preocupada y asustada, pero seguiría al pie de la letra lo que esa extraña mujer le había indicado.

Continuó leyendo el mensaje del Ministerio de Salud:

«… Si está interesada, no dude en contactarnos. Contamos con su importante contribución.»

Suspiró profundamente. Eran muchas las emociones que sentía en ese momento. Pero de algo sí estaba segura: toda su vida había esperado ese mensaje y, sin pensarlo dos veces, respondió:

«Sí, estoy interesada.»

Al instante, un segundo mensaje le llegó:

«Nos alegra que haya tomado esa decisión tan importante para la humanidad. Agendaremos una cita con su doctor para que empiece el tratamiento de fertilidad…»

ΔΔΔ

Catrina se detuvo a tomar aire. Era como si respirara por primera vez. Estaba abrumada por todo lo que percibía: olores, sonidos, temperatura, humedad. Volteó hacia atrás y vio cómo el humo emergía del crematorio del cual había escapado con éxito. Era una

edificación baja para lo que acostumbraba a ver, parecía una pirámide truncada hecha de hormigón.

Estaba rodeada de árboles en una leve penumbra, pues la luz de la luna se filtraba entre las cortezas.

Sintió curiosidad por la textura de los árboles. Se acercó con sigilo al más próximo y posó la palma de su mano sobre el tronco. La rugosidad y sequedad la sorprendieron, pero aun así disfrutó la sensación.

—Azaria, ¿estás ahí? —preguntó Catrina, tocando el dispositivo que portaba en su oreja derecha.

—Sí, estoy contigo. Felicidades, lo lograste —dijo la melodiosa voz de Azaria.

—¿Dónde estoy? —preguntó Catrina, sospechando la respuesta, pero sin poder creerlo del todo.

—Estás en la superficie del planeta, fuera de la Terranova.

—No entiendo. ¿El planeta ya es habitable en su superficie? ¿Por qué no lo sabíamos?

—La respuesta es compleja y no puedo dártela todavía. Lo importante era salvar tu vida.

—¿Quién eres tú, Azaria? —siguió Catrina disparando preguntas.

—Una aliada. Solo puedo decirte eso por ahora. Pronto tendrás todas las respuestas, pero primero debemos ponerte a salvo.

Catrina tocó el dispositivo en su oreja derecha para activar la membrana digital visual. En la pantalla de realidad aumentada apareció un mensaje:

«No hay conexión».

—No tengo conexión. ¿Cómo es posible que hable contigo, Azaria? Tampoco veo tu llamada ni el canal por donde estamos conectadas.

—Tengo mis trucos —respondió Azaria de forma escueta.

—¿Qué pasará con Lucía? ¿Su vida corre peligro también?

—He eliminado todo lo que pudiera poner en riesgo a Lucía. Incluso, borré tu existencia. Ya le avisé de tu situación.

La membrana digital se resguardó de nuevo en el dispositivo auricular. Catrina se quedó pensativa. ¿Cómo una persona podía hacer tantas cosas al mismo tiempo?

En ese instante, su estómago rugió por el hambre. Ya era de noche y la única comida que había probado fue muy temprano en la mañana.

—¿Me borraste como a Aldo y a Igor? ¿Eres quien está detrás de todo esto? —Catrina empezó a dudar.

—Sí, pero yo no fui quien borró a Aldo, a Igor y a todos los que han desaparecido. Te prometo respuestas, pero por ahora no estás lista para tanta información. Sigue caminando, debes llegar al río para hidratarte —ordenó amablemente la voz de Azaria.

Catrina resopló. Se sentía impotente y sin opciones que no fueran aceptar la ayuda de la extraña de Azaria.

—¿Hacia dónde voy? —preguntó mirando a su alrededor.

—Escucha el sonido del agua —sugirió Azaria.

Catrina agudizó sus oídos y prestó atención a cada eco de la naturaleza. Eran similares a los que había escuchado en el bloque donde vivió Aldo, pero no se comparaban en absoluto con aquel momento. Respiró profundo y aspiró el aire puro con su característico aroma a naturaleza. Era algo único e inigualable.

A lo lejos percibió un eco familiar, como si una ducha de agua estuviera abierta. Entonces caminó en esa dirección, tocando los troncos de los árboles y las hojas de los arbustos al pasar. A medida que se acercaba al río, el sonido se intensificaba. Salió de la espesura del bosque y se encontró con un paisaje de ensueño. Un manso arroyo serpenteaba entre enormes piedras. El agua era cristalina y reflejaba la luna y las estrellas en su superficie.

—Bebe agua, debes estar sedienta —sugirió Azaria.

Catrina caminó, ojiplática, hacia la orilla del río. Vio su reflejo en el agua y hundió su mano derecha. El frío líquido le erizó los vellos de la piel. Luego, con ambas manos, recogió agua y se la llevó a la boca. Bebió hasta saciarse.

—No sé si es la mejor agua que he bebido en la vida, o si simplemente tenía demasiada sed —dijo y luego se echó agua en la cara y en el cabello—. Daría todo por un bol de cereales con leche en este momento.

—Por ahora deberás encontrar alguna fruta comestible.

—¿Fruta? ¿Cómo sabré si se puede comer?

—Yo seré tu guía.

Esa noche, Catrina no encontró fruta alguna, pero sí muchos insectos. Algunos le causaron pavor, como las arañas, pero las luciérnagas fueron su consuelo. Caminó siguiendo las directrices de Azaria. Se refugió a la sombra de un árbol para descansar. El sueño y el cansancio pudieron más que el hambre.

A la mañana siguiente, un leve temblor hizo que abriera los ojos, quedó atrapada por los colores de la naturaleza, el vuelo de los pájaros y el danzar de algunas mariposas. Lo que la hizo olvidarse de que en la superficie también se sentían temblores de tierra. Ver a un ser vivo que no fuera un humano era una experiencia indescriptible. Sintió el calor de los rayos del sol en su piel y como si la energía de su cuerpo aumentara súbitamente. Sin embargo, Azaria le recomendó no exponerse demasiado al sol, pues, debido a su condición de albina, su piel era delicada y podía lesionarse.

Siguió caminando, acompañada del sonido hambriento de su estómago y de la guía de Azaria, que aún no se despegaba de ella, aunque fuera de forma virtual. Finalmente, encontraron un árbol cargado de fruta comestible: un árbol de mangos. Azaria le indicó a Catrina que tomara un fruto y lo comiera con confianza, preferiblemente uno de concha naranja o amarilla, pues estarían maduros.

Catrina se las arregló para agarrar un puñado de mangos. Tuvo que lanzar un par de piedras para hacer caer algunos. Cuando sostuvo uno en sus manos, lo olfateó y quedó embriagada por su aroma. Pero nada se comparó a la sensación al probarlo: lo mordió con todo y concha.

—Es dulce —celebró Catrina con lágrimas en los ojos y con la comisura de la boca chorreando néctar naranja. Guardó en el bolsillo de su chaqueta todos los mangos que pudo.

—Esa fruta se llama mango —informó Azaria.

—Es deliciosa —dijo relamiéndose—. Azaria, ¿desde cuándo el planeta se volvió habitable? —preguntó Catrina mientras caminaba por la orilla del río que parecía no tener fin.

—Desde hace quinientos años aproximadamente —respondió Azaria.

—¿Hace tanto tiempo? —Catrina estaba impresionada.

—Sí —contestó Azaria.

—¿Qué haré ahora? —preguntó Catrina, ya había llegado a la pepa velluda del mango, la cual chupaba con gusto, ensuciándose manos, cachetes y labios.

—Debes llegar a Econova 233.

—¿Es como una Terranova, pero en el exterior? —indagó Catrina.

—Es una ciudad, pero no es como una Terranova.

Catrina se quedó pensativa; su corazón empezó a repiquetear de emoción. ¿Cómo sería esa ciudad? ¿Cómo sería la gente que allí habitaba?

Se agachó en la orilla del río y se lavó la cara y las manos. Se sorprendió al ver peces de colores en el agua.

—¡Peces! —exclamó, alegre, como una chiquilla—. ¿Desde cuándo existe esa ciudad? ¿Viven humanos allí? —preguntó, curiosa.

—Existe desde que la superficie del planeta se tornó habitable.

—¿Por qué siguieron existiendo las Terranovas? —Catrina probó suerte con esa pregunta, ya que Azaria estaba más abierta a responder.

—Porque es parte de un sistema que se creó antes del cataclismo. Por ahora, responderé solo eso.

Catrina resopló y continuó su travesía.

Entre mangos y agua de río, Catrina deambuló por más de dos días por un bosque húmedo y frondoso que parecía no tener fin. Hasta que empezó a sentirse mal: el mareo y el mal humor se convirtieron en sus acompañantes inseparables. La piel le ardía y le picaba. Recordó que no se había aplicado la inyección de salud, lo que avivó su temor por su vida. Ya no le quedaban mangos ni fuerzas, así que decidió ir al río a beber agua y refrescarse un poco.

—Azaria, ¿estás ahí? —preguntó Catrina con las manos en la cabeza, intentando contener el dolor que le palpitaba.

No obtuvo respuesta.

—¿Azaria? —intentó otra vez, pero nada.

Catrina sintió que el mundo se apagaba. Le faltaban pocos pasos para llegar a la orilla del río cuando, de repente, su cuerpo se desplomó en el suelo y perdió la conciencia.

ΔΔΔ

Viernes 10 de enero del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Recuerdos efímeros destellaban en la mente de Catrina, sumida en una profunda oscuridad: la dulce mirada de Aldo, el momento en que fue asesinado. La persecución del escuadrón Umbra en la Terranova, el compartir una bolsa de cadáveres con una persona muerta, la huida del crematorio mientras corría por el césped bajo la luna. La entrada a la masa de árboles y naturaleza, la sensación fría del río, el dulce sabor del mango. El rostro de un joven apuesto y moreno de ojos color miel que la elevaba por el aire. Su madre, Aimara, diciéndole: «Todo saldrá bien, cariño».

Un molesto pitido, apenas perceptible, se repetía constantemente hasta que Catrina abrió los ojos. Al principio, veía borroso y percibía que estaba acostada. Cuando su vista se afinó, se dio cuenta de que estaba en una habitación médica. Había equipos para monitorear sus signos vitales y una vía conectada a su brazo derecho que le suministraba suero. Por un instante pensó que había vuelto a Terranova 233, pero cuando volteó hacia su izquierda, se encontró con una ventana que daba a un hermoso jardín donde mariposas revoloteaban.

Pocos minutos después, un hombre joven y robusto, vestido de blanco, entró en la habitación.

—Buenos días, señorita —dijo con voz amable.

Se acercó a Catrina y le revisó los ojos con una linterna diminuta. La piel bronceada del médico llamó la atención de Catrina; nunca había visto ese tono de piel.

—¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó Catrina con voz ronca.

—Estás en el centro médico de Econova 233. Ingresaste ayer por la mañana —El joven médico miró el reloj digital incrustado en la pared y añadió—: Son las diez de la mañana, por lo que ya

cumpliste veinticuatro horas aquí. ¿Sientes algún dolor? ¿Algún malestar?

—No —respondió tras mover levemente cada parte de su cuerpo —. ¿Cómo llegué aquí?

—En unos minutos vendrá el doctor Aurelio y responderá todas tus preguntas. No te levantes —indicó el médico antes de marcharse sin esperar respuesta.

Catrina observó todo con curiosidad. La última vez que estuvo hospitalizada fue cuando perdió su brazo izquierdo, y la habitación donde fue alojada era similar, solo que no tenía una ventana con jardín. Revisó sus piernas bajo las sábanas y comprobó que estaba entera.

El edificio se sacudió de un lado a otro haciendo que algunos elementos y maquinarias médicas de la habitación chocaran levemente. El temblor fue tenue.

—¿Azaria? —probó suerte, pero nadie respondió.

«¿Será que Azaria nunca existió? No, imposible. Debe ser que perdió la conexión de comunicación», pensó.

—Buenos días —dijo un droide de aspecto amable, con cuerpo blanco y reluciente. Portaba un carrito de comidas que levitaba a pocos centímetros del suelo—. Me alegra verla despierta. Aquí le dejo su desayuno.

El robot cogió con delicadeza una bandeja sellada de acero, un par de cubiertos y un vaso metálico, y los colocó en la mesa junto a la cama donde reposaba Catrina.

—Gracias —dijo ella.

—Con mucho gusto. Que lo disfrute —respondió el robot antes de marcharse.

Catrina se acomodó, quedando reclinada, con los pies aún sobre la cama y cubiertos por la sábana. Agarró la bandeja y el vaso, y una mesa flotante apareció frente a ella para mayor comodidad.

En el vaso había un líquido con aroma a limón. Dio un sorbo y el sabor ácido le retumbó en la garganta. No tenía azúcar. Sacó la lengua en un gesto de desaprobación y devolvió el vaso a la mesa de al lado. Prosiguió a revisar la bandeja, que se abrió fácilmente por una pestaña en uno de los bordes, dejando al descubierto una

comida humeante que jamás había visto, olido ni probado. El olor no le pareció tan agradable.

La bandeja tenía tres compartimientos: en uno había tres huevos fritos y un filete de pollo; en el segundo, una ensalada de tomates, pepinos y aguacates; y en el tercero, un cremoso yogur.

Catrina no tenía idea de lo que tenía frente a ella. Miraba incrédula hasta que escuchó el carraspeo de alguien. Alzó la mirada y se encontró con un hombre de cabello grisáceo y rostro maduro que le regalaba una sonrisa tierna, lo que la sorprendió aún más. Nunca había visto a una persona tan mayor.

Era el doctor Aurelio. Debajo de su bata médica vestía una camisa de manga larga y cuello de tortuga, también de color blanco. Su fisionomía mostraba buena musculatura. Un collar en su cuello llamó la atención de Catrina, pues el primer doctor que vio, también lo portaba. Era un collar negro en su totalidad del cual colgaba una piedra plana y brillante, oscura como la obsidiana.

—¿Dudosa de la comida? Apuesto a que nunca habías visto algo así —dijo el doctor, aún sonriendo. Catrina lo miraba con los ojos como platos—. Soy el doctor Aurelio, un gusto conocerte. ¿Sabes cómo te llamas?

—Claro que sé cómo me llamo. Soy Catrina.

—Me alegra que lo recuerdes. Lo pregunté de esa forma porque existe la posibilidad de que despertaras sin memoria, pero no ha sido tu caso.

Aurelio caminó hasta los equipos médicos, tocó la pantalla más grande y leyó con atención.

—Ya veo por qué tanto revuelo contigo. Voy a hacer una revisión rápida para comprobar algo.

El doctor se acercó a Catrina, retiró la mesa flotante con la comida, le tomó la muñeca derecha por unos segundos y pasó los dedos sobre los tatuajes que decoraban su brazo. Examinó las quemaduras que tenía en la piel y revisó su brazo robótico.

—Una prótesis impresionante —comentó, alejándose para sentarse en la silla de la habitación—. ¿En qué fecha naciste? ¿De cuál Terranova vienes?

Catrina se quedó pensativa ante la pregunta, pues con cualquier escáner de chip personal podrían acceder a esa información.

—Tu chip no tiene datos. Está vacío, como si acabaras de nacer —afirmó el doctor, respondiendo como si le hubiera leído la mente.

Tras un largo silencio entre ambos, Catrina contestó:

—Vengo de Terranova 233 y nací en agosto del año 3476. ¿El revuelo que mencionas se debe a que mi chip está vacío? —se animó a preguntar. La mirada del doctor le transmitía paz, aunque dudaba sobre hasta dónde debía contar su situación.

—No. El revuelo fue porque padeces de diabetes tipo 2, aunque lo del chip también nos tiene desconcertados —respondió Aurelio con serenidad, observándola detenidamente.

—¿Qué pasa con mi enfermedad? Es algo común. La mayoría vivimos con eso —replicó Catrina con su característico gesto antipático.

—Aquí no. Esa enfermedad nunca ha existido. La diabetes fue erradicada después del cataclismo… hace mil años.

—Imposible —replicó Catrina.

—¿Cómo saliste de tu Terranova? —inquirió Aurelio.

Catrina guardó silencio. No sabía si responder con la verdad o con una mentira. No tenía idea de dónde estaba, y las palabras del doctor no tenían sentido para ella. Su pulso comenzó a acelerarse.

—Aquí no. Esa enfermedad nunca ha existido. La diabetes fue erradicada después del cataclismo… hace mil años.

—Imposible —replicó Catrina.

—¿Cómo saliste de tu Terranova? —inquirió Aurelio.

Catrina guardó silencio. No sabía si responder con la verdad o con una mentira. No tenía idea de dónde estaba, y las palabras del doctor no tenían sentido para ella. Su pulso comenzó a acelerarse.

Aurelio miró la pantalla del equipo médico y suspiró.

—Entiendo si no quieres responder. Supongo que tienes tantas preguntas como yo —dijo, acercándose hasta quedar frente a su rostro y añadiendo—: Los habitantes de Econova piensan que las Terranovas ya no existen.

Luego, volvió a su asiento.

Catrina seguía muda, con miles de preguntas invadiendo su cabeza. Nunca imaginó estar en una situación así.

CAPÍTULO 12

LA TEXTURA DE LA VERDAD

La verdad no siempre se revela en palabras; a veces se esconde en lo que el cuerpo recuerda al tocar, al saborear, al respirar.

Aurelio observaba a Catrina con la certeza de quien ya la conoce. Mientras, ella dudaba sobre qué información revelarle. No podía desaprovechar la oportunidad de preguntar. Respiró hondo y reunió la valentía que siempre la había guiado.

—Entonces, ¿cómo sabes que las Terranovas aún existen? —preguntó desafiante.

Aurelio sonrió de medio lado.

—Es una larga historia que quizá algún día te cuente. Por ahora, necesitamos conocerte. Estás en un lugar desconocido, sin identificación, y queremos entender tus intenciones. Además, protegerte y atender tus afecciones. No tenemos albinos en esta ciudad, por lo que también eres una rareza por eso.

—¿Qué hay con mi albinismo? ¿Erradicarán mi diabetes? —preguntó Catrina, soltando una risita; sabía que era imposible.

—Tu piel es extremadamente delicada, al igual que tu vista. Al menos tienes las lentes intraoculares que te ayudan con eso, pero debemos revisarlas bien. Quizás haya que hacer ajustes.

—Si lo dices por la dermatitis, solo necesito una buena crema lubricante y mi inyección de salud —interrumpió Catrina.

—Aquí no existen las inyecciones de salud —contestó Aurelio con una sonrisa de suficiencia, observando su reacción.

Catrina sintió que le quitaban el aire. Para ella, esas inyecciones eran la vida misma.

—¿Cómo no van a existir? ¿Y cómo se protegen? —preguntó, incrédula.

—En esta ciudad no existen las enfermedades —respondió Aurelio con arrogancia. Catrina arrugó el entrecejo; se sentía en un sueño—. Tu piel no es delicada solo por la dermatitis, hay otra razón. Aquí afuera estás expuesta al verdadero sol, lo cual puede afectarte más que a cualquier persona.

—Si van a curar mi diabetes, mi dermatitis y mi albinismo, ¿cómo lo harán sin las inyecciones de salud? —Catrina cruzó los brazos, desafiante.

Aurelio se levantó de la silla, movió la mesa flotante con la comida y la colocó frente a ella.

—Qué bien acostumbrados están los Terranovianos con las inyecciones. Con esto vas a sanar. —Señaló el plato de comida.

—¿Esa comida tiene la cura? —Catrina lo miró, confundida.

—La alimentación es fundamental para sanar. No lo harás con un solo plato, pero si empiezas a comer alimentos de verdad, con el tiempo verás los cambios. Lo que ingerías en Terranova te estaba matando. ¿Por qué crees que nadie vive más de cincuenta años allí? —Aurelio la miró fijamente.

Catrina se quedó pensativa. Lo que decía Aurelio le parecía absurdo.

—Esa bebida está horrible —comentó, señalando el vaso.

—¿Esperabas un refresco de color rosa fluorescente? —preguntó Aurelio, sarcástico.

—Pues sí, amaría tomarme una botella entera —respondió Catrina, imaginando la dulce efervescencia de una gaseosa azucarada en su boca.

—Pues eso no existe aquí —comentó Aurelio, con malicia.

—¿Cómo? —exclamó Catrina, horrorizada—. Estoy en una pesadilla, seguramente.

Aurelio se carcajeó.

—Come, prueba el pollo y los huevos fritos —sugirió.

—¿Esto es pollo? —preguntó sorprendida.

—Así es, anda, pruébalo.

Catrina suspiró, tomó los cubiertos y cortó un trozo de carne blanca. Lo olfateó, dudó por unos segundos y finalmente lo llevó a su boca. Sus ojos se abrieron como platos al saborear el bocado. Masticó con rapidez y, presa de una urgencia repentina, cortó más trozos, llevándoselos a la boca con desesperación. Hacía mucho que no comía, y jamás había probado algo así. El sabor le pareció exquisito.

—Te gustó, ¿verdad? —comentó Aurelio, observando la expresión satisfecha de Catrina. Pero ella no respondió—. Tu cuerpo necesita proteínas. El pollo es proteína, y los huevos también. Me sorprende que seas tan delgada. En las Terranovas la mayoría tiene sobrepeso —añadió Aurelio.

—En la escuela nos enseñaron que no hacían falta las proteínas —dijo Catrina con la boca llena.

—Ufff… Sí, el adoctrinamiento en las Terranovas —resopló Aurelio. Catrina lo miró con los ojos entrecerrados, pero no le dio importancia.

—Supongo que esto son los huevos fritos, pero huelen muy mal. No sé si comerlos. Me gustaría un pan de chocolate o unos *ponquesitos* —comentó Catrina, tras devorar todo el pollo.

—Los huevos son una de las fuentes de proteínas más beneficiosas para el cuerpo —explicó Aurelio.

Catrina torció la boca, no estaba dispuesta a probarlos.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando el alimento verde con rojo.

—Es una ensalada de vegetales. Lo rojo es tomate, las ruedas verdes son pepino y lo otro es aguacate. También son importantes para el organismo —respondió el doctor de cabellos canos.

Catrina probó la ensalada. No le fascinó, pero tampoco le pareció desagradable. Se obligó a comer algunos trozos.

—¿Qué edad tiene, doctor Aurelio? —preguntó.

—Setenta y dos. Sí, al menos veinte años más de lo que se vive en las Terranovas.

Catrina se sorprendió. Su estómago estaba satisfecho, pero aún quedaba algo por probar: una crema blanca cuya identidad desconocía. Miró el recipiente con curiosidad.

—¿Aún tienes apetito? —preguntó Aurelio, disfrutando de la situación.

—Me siento satisfecha, pero quiero probar esa crema blanca —señaló Catrina.

—Es yogur. Probablemente no te guste tal como está, por eso tengo un regalo para ti.

Aurelio hurgó en el bolsillo de su bata médica y sacó un par de sobres con un contenido viscoso y de color caramelo. Los abrió y vertió el contenido sobre el yogur.

—Esto es miel, un endulzante natural. No se debe consumir con frecuencia, algunos ni siquiera la comemos, pero en tu caso la utilizaremos hasta que te restablezcas.

El aroma dulce de la miel despertó el interés de Catrina. Cogió la cucharilla, mezcló el yogur y lo probó. Una nueva explosión de sabor invadió su boca.

—Olvídate del cereal con leche, ahora comerás esto —susurró Aurelio. Catrina lo miró con desasosiego—. Puedo adivinar que era uno de tus platos favoritos, pero aquí no existen cereales procesados como los que consumías en las Terranovas. La leche la consumimos fermentada a través del yogur y los quesos.

Catrina suspiró con tristeza. Al menos podía comer yogur con miel.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Catrina tras terminar el yogur y notar que Aurelio no apartaba la mirada.

—Me recuerdas a alguien.

—Si no hay enfermedades en esta ciudad, ¿por qué existen hospitales como este? —Catrina entrecerró los ojos con malicia.

—Chica lista. Porque los accidentes ocurren y los pacientes deben ser atendidos a tiempo. También asistimos a las mujeres embarazadas durante la gestación hasta el parto, y hacemos un seguimiento a los bebés. Aquí, los habitantes cuidamos nuestra salud más allá de la alimentación. Debemos preservar la salud dental, por lo que visitamos al odontólogo cada tres meses. También nos preocupamos por la columna, algo que inculcamos desde pequeños. Mensualmente realizamos ajustes vertebrales para liberar la tensión causada por malas posturas, ya sea al sentarnos o al

caminar. Además, nos hacemos chequeos médicos al menos una vez al año para asegurarnos de que todo marche bien. Los hospitales en esta ciudad son distintos; reciben personas diariamente en el gimnasio, pues ejercitar el cuerpo es esencial para la salud.

—Entiendo. ¿Y usted qué clase de doctor es? En las Terranovas, cada médico se especializa en una parte del cuerpo.

—Aquí también funciona así. Soy médico científico, obstetra e instructor de entrenamiento físico. Trabajaré junto a mi equipo para ayudarte con el albinismo, es fundamental que puedas exponerte al sol sin dañar tu piel.

»Bueno, Catrina, fue un placer hablar contigo. Descansa, sigue comiendo todo lo que te traigan hoy. Nos vemos más tarde. —Aurelio caminó hacia la salida de la habitación.

—¡Espere, doctor! Tengo muchas preguntas —insistió Catrina.

—Tranquila, ya se te irán respondiendo, ten paciencia —replicó Aurelio, despidiéndose con la mano.

—¿Dónde están mis cosas? Mi ropa, mis dispositivos… —preguntó con rapidez.

—Te los entregaremos cuando te den de alta.

—¿Y cómo llegué aquí? —Catrina lo miró con incertidumbre.

—¡Ah! Se me había olvidado. Te trajo un joven llamado Eliot. Ya le avisamos que despertaste y vendrá a visitarte. Le hará mucha ilusión —Aurelio dio un paso fuera de la habitación.

—Espere, ¿a dónde iré cuando salga de aquí?

—A mi casa. Yo me encargaré de ti. —Aurelio le guiñó un ojo y se marchó.

Catrina se quedó pensativa, dudando de si estaba sumida en un sueño. Aunque eso sería imposible; sabía que su subconsciente no sería capaz de inventar tanto. ¿Curar enfermedades con la comida? ¿Una ciudad sin enfermedades? ¿Un mundo donde los refrescos y el cereal con leche no existieran?

Activó la pantalla de su brazo biónico y apareció un mensaje:

«No hay conexión».

—¿Y ahora qué hago para pasar el tiempo? —resopló Catrina.

Una voz resonó por toda la habitación.

—Hola, mi nombre es Eco. Si quieres entretenerte, solo pídemelo. Te recomiendo ver una película o un documental que sea de tu interés.

El tono era masculino y agradable.

—Hola, Eco. Muy bien. Muéstrame cómo ver una película sin mi dispositivo visual —respondió Catrina.

—Entendido —dijo Eco.

La pared frente a Catrina comenzó a proyectar imágenes, mientras una melodía inundaba la estancia.

—¿Qué película te gustaría ver?

—No tengo idea de qué películas pasan en este lugar. Recomiéndame una —pidió Catrina.

—Está bien. ¿Qué género te gusta? Romance, acción, fantasía, terror, histórica…

—Fantasía —respondió Catrina.

—Muy bien. ¿Qué temática prefieres? Brujas, épica, urbana…

—Eco, pon la que quieras. Sorpréndeme —interrumpió Catrina, abrumada por las preguntas.

—Está bien. Iniciando *El despertar de la magia* —anunció la inteligencia artificial.

La película comenzó. Trataba sobre el resurgimiento de humanos con poderes mágicos tras el cataclismo, en una Tierra donde el realismo mágico dominaba la existencia.

Cuando el filme estaba a punto de terminar, un droide médico entró a la habitación.

—Señorita, tiene visita —anunció.

Catrina asintió con la cabeza.

Un joven apuesto, de contextura musculosa y piel besada por el sol, entró con paso lento. Su mirada era tímida, pero sus ojos, grandes y de color miel, destacaban bajo un marco de pestañas largas y rizadas. Catrina sintió que aquella mirada le resultaba familiar. También portaba el extraño collar de piedra negra.

El joven se pasó la mano por sus negros cabellos y dijo:

—Hola, soy Eliot. ¿Cómo te sientes?

Su voz era grave y tan atrayente como su físico.

Catrina se quedó muda, observándolo. Además de ser atractivo, irradiaba una energía cálida, llena de calma e inocencia.

Se sintió apenada de que la viera en ese estado. Llevó una mano a su mejilla y percibió la textura irregular que dejaban los granos de acné en su piel. Lamentó no tener maquillaje en ese momento.

—Hola, me siento bien. Gracias por haberme ayudado. Mi nombre es Catrina —dijo con una media sonrisa que apenas duró unos segundos.

Eliot la observaba con curiosidad, como si nunca hubiese visto a alguien como ella.

El silencio se extendió entre ambos hasta que un joven médico irrumpió en la estancia. Era el mismo que había atendido a Catrina al despertar.

—La veo mucho mejor, eso me alegra —comentó el médico—. Con permiso.

Tras dirigir una mirada a Eliot, se acercó a Catrina para examinarla. Con sumo cuidado, retiró la vía que le suministraba suero y otros medicamentos.

—Voy a extraerte un poco de sangre —advirtió antes de iniciar el procedimiento.

Cuando la vena brotó tras el torniquete en su brazo, el médico introdujo el dispositivo con aguja para recolectar la muestra de su brazo derecho. Observó con sorpresa la reacción de Catrina, quien ni siquiera se inmutó.

—Muy bien, señorita, tiene una gran tolerancia a las agujas —dijo el médico tras retirar la aguja y desinfectar el área.

Catrina le regaló una sonrisa amable.

—Bueno, los dejo solos. Que pasen un lindo día.

El joven médico se marchó rápidamente.

Eliot seguía observando a Catrina en silencio. Trataba de mirarla con discreción, detallando su cabello, sus tatuajes, sus ojos. Catrina lo notó.

—Supongo que no habías visto a nadie como yo. Soy una rareza, ¿verdad? —rompió el hielo.

—¿Te sientes bien? —preguntó el chico.

—Sí. Pero acabo de darme cuenta de que me duele el costado izquierdo. Debe ser por la caída cuando me desmayé.

—Sí, te encontré en el suelo. Espero que te recuperes pronto —contestó, desviando la mirada con incomodidad.

—¿Conoces al doctor Aurelio? —preguntó Catrina.

—Sí, es mi entrenador y fue mi tutor de tesis —respondió.

—Voy a quedarme en su casa, ya que no tengo a dónde ir —añadió Catrina, apretando los labios.

—Qué bien —respondió Eliot con una sonrisa amable, lo que hizo que Catrina recordara a Aldo—. Bueno, no te quito más tiempo. Me alegra verte despierta y sana…

—¿Ya te vas? —Catrina lo miró, levantando las cejas.

—Sí, bueno, yo… —balbuceó Eliot.

—Tranquilo, si debes irte, no soy quién para impedírtelo. Gracias por ayudarme y por venir a verme —soltó Catrina, liberándolo de la incomodidad.

—Fue con mucho gusto. Podemos vernos en otra ocasión —dijo Eliot con más seguridad.

—Me gustaría. Ya sabes dónde voy a estar —respondió Catrina, sonriendo más de lo habitual.

Eliot se marchó con un gesto tímido que contrastaba con su físico imponente.

Catrina se quedó pensativa. Eliot le parecía un hombre hecho y derecho, con un cuerpo y una presencia impactante. Pero su timidez lo hacía ver como un chiquillo.

Catrina se levantó de la cama sin dificultad, recorrió la habitación y se dirigió al baño para atender sus necesidades. Al observar su reflejo en el espejo, resopló al verse sin maquillaje. Al menos el mechón de color violeta que decoraba la parte delantera de su blanca cabellera seguía allí, aportándole un toque de estilo. Sin embargo, notó algo inusual: sus ojeras, que casi siempre acompañaban su mirada, apenas eran visibles, algo que solo lograba con maquillaje.

A las tres de la tarde le llevaron el almuerzo. Esta vez, un caldo de costillas de res, acompañado de una ensalada de espinaca con aguacate y queso. De postre, nuevamente yogur con fresas y un par

de sobres de miel, cortesía del doctor Aurelio. La bebida, otra vez agua con limón, lo único que le parecía desagradable.

El caldo de costilla estaba exquisito, incomparable con las sopas instantáneas de fideos que solía comer.

Catrina se acercó a la ventana y observó con deleite cada flor, cada hoja, cada arbusto, y los insectos revoloteando a su alrededor. La brisa era distinta, al igual que el aroma de la ciudad.

El jardín era enorme, con caminerías por donde transitaban los habitantes. Catrina se sorprendió al notar que la mayoría tenía cuerpos definidos y esculturales. No había personas de contextura rechoncha, aunque sí algunas delgadas sin músculos marcados. Y todos tenían el mismo collar con la gema negra y brillante.

Le llamó la atención la naturalidad física de los ciudadanos. No había cabellos de colores extravagantes ni mujeres con maquillajes llamativos. La mayoría vestía con ropa ligera, dejando brazos y escotes al descubierto, con pantalones cortos y faldas.

Pero lo que realmente la sorprendió fue ver niños y niñas caminando de la mano de mujeres y hombres.

En las Terranovas, los niños estaban resguardados en criaderos y solo salían cuando cumplían la mayoría de edad para iniciar sus vidas individuales. En el caso de Catrina, que no creció en un criadero, su madre nunca la dejaba estar en la calle. La transportaba en su vehículo hermético de la casa al criadero y viceversa.

A lo lejos, divisó parte de la ciudad. Había zonas arboladas en cada esquina y las edificaciones eran bajas, sin superar los diez pisos de altura. La arquitectura era completamente distinta a la de las Terranovas.

Aunque los edificios eran minimalistas y sobrios, diferían mucho en estilo. En Econova predominaban las construcciones de piedra o materiales similares, con vegetación cubriendo parte de sus cerramientos.

Catrina definió la ciudad como un lugar verde y fresco.

Se quedó mirando por la ventana hasta que el sol comenzó a descender, tiñendo el cielo con los tonos cálidos del atardecer.

—¿Cómo ha sido su día, señorita Catrina?

La voz grave y familiar hizo que Catrina se volteara, apartando la vista de la ventana. Aurelio la observaba con ternura.

—Bien —respondió Catrina escuetamente.

—Te gusta la vista, ¿no? —preguntó Aurelio.

Catrina asintió.

—Bueno, es hora de irnos. Ya te han dado de alta. Pese a todos tus males, has respondido bien a los tratamientos.

—¿Todos mis males? —Catrina arqueó las cejas.

Aurelio le entregó un bolso blanco.

—Toma, tus pertenencias. Vístete y nos vamos. Te espero afuera.

Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Catrina husmeó dentro del bolso. Su ropa estaba limpia y doblada. En un empaque de tela encontró su dispositivo auricular y manual, un cilindro pequeño y metálico. Sus botas también estaban resguardadas en tela. Nada estaba envuelto en plástico, un material reservado para maquinaria y algunos acabados de diseño interior.

Se vistió y salió de la habitación.

—Bien, sígueme —indicó Aurelio, caminando por el pasillo de habitaciones hospitalarias.

El centro médico era similar a los de las Terranovas, por lo que Catrina no se sintió fuera de lugar. Todo era de un blanco inmaculado, con los mismos diseños interiores, como si estuviera dentro de una cápsula estéril donde las esquinas a noventa grados no existían.

El personal médico se despidió del doctor Aurelio, y todos miraban a Catrina con curiosidad, lo que la hizo sentir incómoda.

Fuera del edificio, caminaron hacia los parqueaderos a cielo abierto, rodeados de árboles altísimos y vehículos aerodinámicos, de los cuales quedaban pocos.

Subieron al coche volador de Aurelio, de fuselaje plateado, y se marcharon, levitando por los aires.

CAPÍTULO 13

MUNDOS DESIGUALES

Dos ciudades. Un mismo planeta. Dos formas de negar el pasado.

La ciudad, aunque altamente tecnológica, distaba mucho de lo que Catrina conocía. La fusión entre naturaleza y arquitectura era evidente, transformando cada edificio, plaza y esquina en un paisaje ecléctico y armonioso.

La iluminación urbana recordaba a la de las Terranovas, pero aquí predominaba un único tono: amarillo. La luz se proyectaba de forma indirecta sobre los muros de los edificios, los árboles y jardines, bajo las aceras y en elementos esbeltos que iluminaban autopistas y carreteras.

La casa de Aurelio estaba rodeada de árboles y arbustos, integrándose perfectamente con el entorno natural. Parecía una serie de cuevas de piedra, ligeramente rectangulares, emergiendo del suelo cubierto de césped. La estructura era amplia y habitable, con cerramientos de madera y vidrio que aportaban calidez.

—Bienvenida a mi hogar, que ahora también es el tuyo —dijo Aurelio al entrar en la imponente casa.

—¿Vives solo aquí? Porque esto es demasiado grande para una sola persona —comentó Catrina, boquiabierta ante el interior de la vivienda. La iluminación tenue y amarillenta transmitía una calidez impresionante.

—No, conmigo vive también Alina.

Aurelio señaló a un droide de cuerpo femenino, de color bronce, que se aproximaba a ellos.

—Buenas noches, Aurelio. ¿Cómo estuvo tu día hoy? —saludó la robot.

—Muy bien, bastante interesante. Te presento a Catrina, nuestra invitada. Se quedará un tiempo con nosotros —indicó Aurelio.

—Un gusto conocerte, Catrina —saludó amablemente la droide.

—Hola —respondió ella de forma escueta.

—Catrina, cuando necesites algo, no dudes en pedírselo a Alina —informó Aurelio—. Voy a ducharme. Alina, indícale a Catrina dónde está su cuarto.

—Por supuesto. Señorita Catrina, sígame —ordenó la droide, caminando hacia la zona de las habitaciones.

Catrina seguía embelesada con la exuberante casa. La altura de los techos transmitía una sensación de grandeza y paz, mientras que el verdor de la naturaleza se asomaba por cada ventanal.

—Su habitación, señorita Catrina —indicó la droide, señalando el interior de un enorme cuarto.

La morada era tan espaciosa que duplicaba el tamaño del departamento que Catrina habitaba en Terranova 233. En el centro, una cama doble reposaba adosada a una pared de hormigón pulido. Del techo colgaba una lámpara de gran tamaño, con esferas flotantes que desprendían una luminiscencia cálida y dorada.

Un extenso escritorio, integrado al acabado de madera que cubría gran parte del recinto, complementaba el espacio. Había un juego de sofás color crema, pero lo más impresionante era el gran ventanal corredizo que se abría hacia un hermoso jardín con una pequeña laguna.

La habitación contaba con un cuarto de ropas y una sala de baño equipada con una tina que parecía un jacuzzi natural de piedra.

—En el cuarto de ropas encontrará algo cómodo para pasar la noche. Si necesita algo, solo llámeme por mi nombre —indicó Alina.

—Muchas gracias —respondió Catrina, aún embobada por la sensación que le producía aquel lugar.

—Con mucho gusto. Le dejo su espacio —dijo la droide antes de marcharse, cerrando la puerta.

Catrina permaneció en el centro de la habitación, asimilando sus emociones. No podía creer la enorme diferencia entre Econova y

Terranova.

«¿Cómo podían existir dos mundos tan desiguales?»

Caminó con detenimiento por cada rincón, tocando las texturas de los objetos. Exploró el cuarto de ropas y se sorprendió al ver atuendos femeninos. Luego se dirigió al baño, justo al frente.

Nunca había visto una tina de baño, mucho menos una con un diseño natural.

—Aimara… —susurró con nostalgia, quedándose pensativa—. Digo, Alina, ¿cómo se usa esta ducha?

—Activando la ducha. ¿Qué temperatura prefiere? —preguntó la inteligencia artificial.

—Caliente, cuarenta grados —respondió Catrina.

—Muy bien —dijo Alina.

Al instante, un frondoso chorro de agua comenzó a caer desde el techo hacia la tina de piedra.

—Que lo disfrute.

—Gracias —dijo Catrina, mientras se quitaba la ropa.

Catrina se metió con cuidado en la exótica bañera. La piedra del fondo era lisa, pero no resbaladiza. Se colocó bajo la cascada de agua que caía del techo, dejando que el calor relajara cada uno de sus músculos.

Se sentía extraña bañándose en un espacio tan amplio. Por un momento, experimentó una sensación de vulnerabilidad, pues no tenía el hermetismo que le ofrecía la cercanía de las cuatro paredes de la ducha en su antigua casa.

La tina tenía un delicado compartimiento donde reposaban un jabón traslúcido de color miel y dos frascos de vidrio. Los ojeó: uno decía «aceite de coco» y el otro «champú».

Vertió el champú en la palma de su mano, un líquido viscoso e incoloro, y comenzó a lavarse el pelo. Luego se enjabonó el cuerpo con el delicado jabón.

Cuando la espuma se deslizó por el desagüe de la tina, el nivel del agua empezó a subir rápidamente hasta alcanzar sus pantorrillas. Catrina se quedó dubitativa ante la sensación y, por inercia, se agachó, sumergiéndose en la calidez del agua.

Finalmente, se acomodó sobre la piedra lisa, esculpida anatómicamente para brindar comodidad. Se relajó tanto que por un momento creyó quedarse dormida. Dejó que sus pensamientos fluyeran como el agua de un río manso: tranquilos y en paz.

Cuando los dedos de sus manos y pies estaban arrugados como ciruelas pasas, se sorprendió y decidió salir de la bañera. Se secó con una mullida toalla color crema y se miró en el espejo, donde, extrañamente, notó la desaparición total de sus ojeras.

Se dirigió al cuarto de ropas y escogió un conjunto holgado de pantalón y camisa rosa. Frente al espejo de piso a techo que adornaba el cuarto repleto de armarios, pronunció:

—Mechón rosa, por favor.

Su cabello biónico pasó del violeta al rosa.

Sin embargo, sentía que algo le faltaba. Debía hidratarse la piel. La dermatitis seguía invadiendo su cuerpo, y rascó con ahínco para aliviar la comezón.

Se miró las uñas. Estaban de color violeta, lo que rompía con el tono rosa de su atuendo, pero no le dio importancia.

También necesitaba desodorante. No vio nada parecido. Se sintió desprotegida sin él, temiendo que en cualquier momento sus axilas empezaran a apestar.

La joven albina se lanzó sobre la cama, admirando las lámparas que flotaban en el techo. Mientras descansaba, hizo un recuento de las cosas que había dejado de hacer desde su llegada a ese lugar. Entre ellas, recordó que ya no bebía agua con la misma frecuencia. Antes, cada media hora debía tomar un sorbo para calmar una sed que nunca cesaba. Ahora, en cambio, no sentía esa necesidad constante, lo cual le resultaba extraño.

—Señorita Catrina, ¿está a gusto en su habitación? ¿Necesita algo más? —la voz de Alina resonó en la estancia.

—Estoy bien… Ah, aunque hay algo que me gustaría. ¿Tienen alguna crema hidratante para el cuerpo? ¿Y desodorante?

—Para hidratar la piel, le recomiendo aceite de coco. Debe aplicarlo después de la ducha. No tenemos desodorante —indicó Alina.

—Entiendo, gracias, Alina —resopló Catrina, levantándose en busca del aceite de coco.

—Con mucho gusto —respondió la inteligencia artificial.

Catrina regresó al baño y tomó el frasco etiquetado «aceite de coco». Al abrirlo, encontró una masa blancuzca y grasosa con un aroma agradable. Hundió los dedos, tomó una porción y la aplicó directamente sobre la dermatitis en la coyuntura de su codo. La sensación fue reconfortante. Entonces, se desvistió y embadurnó todo su cuerpo con el aceite.

Cuando su piel lo absorbió, adquirió una apariencia brillante y tersa.

Se vistió nuevamente y regresó a la cama, donde, en cuestión de minutos, cayó en un profundo sueño. Era una hora inusual para ella, pues generalmente a esas alturas de la noche aún estaba activa y trabajando.

ΔΔΔ

Sábado 11 de enero del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Un sonido extraño pero agradable hizo que Catrina abriera los ojos. Pájaros revoloteaban fuera de su habitación. Observó, anonadada, el paisaje que se desplegaba a través del amplio ventanal.

En uno de los árboles, notó un movimiento rápido y peludo. La curiosidad la impulsó a levantarse súbitamente de la cama. Se pegó al cristal y detalló al pequeño animal que corría de arriba abajo por el tronco: una ardilla rojiza.

Era la primera vez que veía una en vivo y en directo. Hasta ahora, solo había visto pájaros, peces, ranas y algunos lagartos pequeños.

—Buenos días, señorita Catrina. Aurelio la espera en el comedor de la casa —se escuchó la voz de Alina.

—Vale, ya voy —respondió, despegándose del vidrio.

Fue al baño, vació la vejiga y se echó agua en la cara. Luego salió de la habitación y comenzó a recorrer la casa en busca del comedor.

No fue difícil encontrarlo. Era un espacio amplio y de fácil acceso dentro del diseño de la vivienda.

Una enorme mesa, con la forma en bruto del tronco diseccionado de un árbol de gran tamaño, servía como comedor para ocho o diez puestos.

—Buenos días, Catrina. ¿Cómo dormiste? —saludó Aurelio, sentado en uno de los extremos de la mesa.

Vestía una camisa de manga larga y cuello alto, ceñida al cuerpo, resaltando su torso definido y fuerte.

—Dormí bien —respondió Catrina, como siempre, de forma escueta, aunque con ganas de compartir la gran experiencia vivida hasta ahora.

Un gato de pelo mullido se subió a la mesa. Su pelaje era de rayas grises y blancas. Catrina dio un respingo al verlo. Ahora no sabía qué era más hermoso: si ese gato o la ardilla rojiza que acababa de ver.

—Dilan, bájate de la mesa. —Aurelio se levantó de la silla y, al tomar al gato con ambas manos, este maulló con un tono grueso. Luego lo colocó en el suelo.

El felino caminó con la cola en alto hacia los pies de Catrina, quien, petrificada, lo observaba con adoración. El gato se restregó entre sus piernas mientras maullaba.

—Acarícialo, te está saludando y le caes bien —sugirió Aurelio, ya sentado nuevamente en el comedor.

Catrina, con la emoción contenida, se agachó a la altura del gato, quien la observaba con los ojos muy abiertos, de un amarillo verdoso intenso.

Dudó en tocarlo, pero el gato tomó la iniciativa y se restregó contra su mano derecha, invitándola a acariciarlo. Catrina se dejó llevar y hundió los dedos en el suave pelaje del felino.

Alina apareció con un carrito flotante y sirvió la comida y las bebidas en la mesa.

—Catrina, siéntate a comer —invitó Aurelio.

Ella obedeció. El gato ya se había marchado del comedor.

Catrina tomó asiento en la silla más cercana a Aurelio, donde Alina había dispuesto su comida. Frente a ella había un plato hondo con un caldo humeante, medio aguacate, dos filetes de carne de res y tres huevos fritos. También se hallaba una cajita negra y alargada con un extraño símbolo dorado.

—¿Y esa caja? —preguntó Catrina.

—Un obsequio —respondió Aurelio tras limpiarse la boca con una servilleta de tela.

Catrina abrió la caja y se encontró con el collar de piedra negra. Observó que Aurelio portaba el suyo.

—¿Por qué todos usan esta piedra? —preguntó tras sentir el tacto frio y liso de la gema oscura.

—Es protección —respondió Aurelio y le dio un sorbo a su vaso de agua con limón.

—¿Contra qué? ¿Malos espíritus? ¿Mal de ojo? —preguntó Catrina arrugando el entrecejo.

Aurelio soltó una risotada.

—¡Qué va! Es para protegerte de las ondas satelitales y de radio.

Catrina se colocó el collar. Tenía su encanto, por lo que le agradó verlo colgando sobre su pecho.

—Ese pollo se ve raro —comentó, aunque el aroma era agradable.

—No es pollo, es carne de vaca. El caldo sí es de pollo.

Catrina probó el caldo, disfrutando los trozos de pollo que flotaban en él. Luego degustó los filetes de carne. Cada bocado se disolvía en su boca mientras se mezclaban los nuevos sabores, combinándolos con el aguacate.

Aurelio la observaba comer con ternura.

—¿De nuevo no te comerás los huevos? —preguntó.

Catrina negó con la cabeza.

—¿Qué te pareció la carne? ¿Quieres postre?

—Me siento llenísima. Todo estuvo bueno. Pensé que la carne me sabría como las hamburguesas de McDonald, pero no tienen comparación. Esta carne es mil veces mejor.

Aurelio soltó una carcajada.

—Vaya comparación —dijo, aún sonriente—. Bueno, supongo que no tienes espacio para el yogur con miel y fresas, ya que dejaste los huevos.

Catrina abrió mucho los ojos. Quería comer nuevamente yogur, pero su estómago estaba saciado. Sin embargo, podía hacerle un espacio.

—Espero por el yogur —dijo, dejando escapar una sonrisa.

—Te ves muy bien cuando sonríes, deberías hacerlo más a menudo —comentó Aurelio.

—Lo mismo decía Lucía, mi mejor amiga —respondió Catrina con un suspiro, preguntándose cómo estaría su amiga.

—Seguro me caería muy bien. Bueno, hoy vendrás conmigo al centro médico. Debemos hacerte unos exámenes para estudiar tu condición de albina y empezar a tratarla. —Aurelio miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las diez de la mañana—. Come el yogur y ve a vestirte. En un par de horas nos vamos. Llené el closet con ropa de variados estilos, no sé qué te gusta, pero espero que haya algo de tu agrado.

—Gracias por la comida. —dijo Catrina tras degustar el yogur con miel y fresas que le había servido Alina.

Luego se levantó para cambiarse el pijama.

Mientras recorría la casa hasta la habitación que le habían prestado, Catrina reflexionaba sobre lo inmensa que era. Podría albergar al menos a una docena de personas, aunque para ella era normal que cada individuo viviera solo. Así había crecido, bajo ese modelo social.

Al llegar al vestidor, ojeó el clóset repleto de ropa. Se probó varios atuendos, todos ajustándose perfectamente a su medida. Finalmente, eligió un vestido azul eléctrico de falda suelta, con los brazos y el escote al descubierto. Lo acompañó con sus botas negras.

Se miró al espejo y pidió que su mechón de cabello adoptara un tono azul, haciendo juego con sus ojos celestes.

Buscó algún botón que activara una aplicación de maquillaje, pero no encontró nada. Tras aplicarse aceite de coco en piernas y brazos, preguntó:

—Alina, ¿cómo accedo a la aplicación de maquillaje?

—Lo siento, señorita Catrina, no tenemos esa aplicación —respondió la inteligencia artificial.

—¿Y cómo puedo maquillarme? —insistió, observando los molestos granos violáceos que invadían parte de su rostro.

—Lo siento, señorita Catrina, no puedo ayudarla con esa petición.

Catrina resopló, resignada. Se sentía desnuda sin maquillaje.

Se peinó de manera que su cabello cubriera parcialmente el acné en los laterales de su rostro. Luego hurgó en los compartimientos del vestidor en busca de un perfume.

—Alina, ¿hay perfumes? Preferiblemente de mujer.

—Lo siento, señorita Catrina, no tenemos perfumes en esta casa.

Catrina soltó un leve gruñido y se rindió. Olfateó sus axilas, ya empezaban a apestar. Salió de la habitación y, mientras buscaba a Aurelio, se topó con cinco gatos de pelajes distintos.

Acarició a cada uno, pero solo uno la saludó con un mordisco en la mano: un gato de pelo anaranjado.

Se recuperó del susto. No había sido un mordisco fuerte, pero sí inesperado.

Entonces, escuchó a Aurelio hablar con alguien.

Catrina siguió el sonido de las voces hasta llegar a una enorme sala de estar con techo a doble altura. Los muebles sofisticados de color crema daban un aire elegante, y en el centro relucía una mesa baja de vidrio sobre un tronco rústico.

Allí estaba Aurelio, conversando con un hombre cuya vestimenta le resultaba familiar. Era un militante de las fuerzas armadas, portaba el característico uniforme blanco. Se le notaba maduro, de la misma edad que Aurelio. Su piel era más clara y su cabello plateado. Su rostro varonil y atractivo lucía una barba bien acomodada, con mechones blancos y grises.

Ambos hombres voltearon al sentir la presencia de Catrina.

—Catrina, acércate —ordenó Aurelio.

Ella se aproximó al par de hombres.

—Te presento a Soren, él va a programar tu chip vacío.

—Un gusto conocerte, Catrina —saludó Soren, inclinando levemente la cabeza.

—Hola —respondió ella, replicando el gesto.

Soren rebuscó en un maletín minimalista hasta sacar un pequeño aparato metálico. Luego se acercó a Catrina.

—Con permiso —dijo y rozó el objeto detrás de su oreja derecha.

Después, colocó el dispositivo sobre la mesa de centro, y este desplegó un sinnúmero de diminutos objetos voladores que formaron una membrana traslúcida, convirtiéndose en una pantalla.

Soren observó la información que apareció, asintió con la cabeza y preguntó:

—Catrina, ¿naciste en qué día de agosto del 3476?

—El dieciséis —respondió ella.

Soren tecleó sobre la pantalla.

—Veinticinco años. Pondremos que naciste en esta Econova. De apellido el de Aurelio.

«¿Apellido? ¿Qué era eso?», se preguntó Catrina.

—Ajá, ahora estoy adosando la información médica que me suministró Aurelio y… Ya está.

Soren dio un último toque a la pantalla, que desapareció de la misma forma en la que había aparecido.

—Bueno, ya eres una econoviana, hija de Aurelio, Catrina Olivares.

—Muchas gracias, Soren —dijo Aurelio, poniendo una mano en su hombro y mirándolo con admiración.

—Siempre a tu orden. Sabes que estaré aquí para lo que necesites —respondió Soren, posando una de sus manos sobre la de Aurelio.

Ambos hombres se miraron sonrientes. Había una fuerte conexión entre ellos.

—Esos tatuajes serán un problema. Y el mechón de pelo azul —añadió Soren, detallando el lienzo pintado en la piel de Catrina.

Ella arrugó el entrecejo.

—Debería ponerse camisas como tú, Aurelio.

—No sería conveniente, le daría calor en este clima —respondió Aurelio, mirando a Catrina—. Pero hoy debes llevar un abrigo. En el laboratorio hace frío.

—Puedo poner el mechón blanco, como mi pelo —sugirió Catrina.

Al instante, el mechón azul se tornó blanco.

—Genial —asintió Soren—. Sin embargo, sigues siendo muy llamativa y diferente.

Guardó el dispositivo en su maletín y se puso de pie.

—Bueno, debo irme ya.

—Me saludas a Mandy —agregó Aurelio.

—Con mucho gusto —respondió Soren, haciendo una leve reverencia—. Que pases un lindo día, Catrina.

—Muchas gracias, señor Soren —dijo ella, replicando el gesto.

—Uy no, no me digas «señor», dime Soren a secas —le guiñó un ojo y se marchó.

Catrina regresó al cuarto de ropas y tomó su chaqueta negra de cuero sintético, la misma que llevaba puesta cuando llegó a Econova 233. Luego se marchó con Aurelio en su coche aerodinámico, el cual podía albergar más de cuatro personas.

CAPÍTULO 14

LA BIOLOGÍA DEL CAMBIO

Las enfermedades no vienen del cuerpo, sino de lo que nos enseñaron a ponerle encima y adentro.

Econova 233 parecía una ciudad diferente durante el día. La fusión entre naturaleza, tecnología y arquitectura se volvía más difusa. Las edificaciones parecían emerger directamente de la tierra, sus techos verdes cubiertos de césped aún conectados con el suelo.

—¡Un perro! —gritó Catrina, asombrada, intentando sacar la cabeza por la ventana hermética del vehículo.

Una pareja caminaba por la acera acompañada de un *golden retriever* de pelo corto.

—Hay muchos —comentó Aurelio, con la vista fija en la carretera.

Catrina recorrió con detalle cada rincón del vehículo. En Terranova existía el mismo modelo, pero su precio era considerablemente alto.

—¿Por qué manejas este carro? Tiene piloto automático —preguntó Catrina.

—Me gusta conducirlo yo, tener el control —respondió Aurelio.

—Te entiendo, yo también manejaba mi moto. Me encanta la velocidad y sentir el dominio de la vía —dijo Catrina con una leve sonrisa, evocando su vida anterior.

Aurelio la miró y sonrió; compartían el mismo sentimiento.

—No sé qué será de mi vida en esta ciudad, todo es muy diferente. Me gustaría trabajar y ganar dinero para comprar mis cosas —afirmó Catrina con determinación, pues había sido independiente desde los dieciocho años.

—¿Qué cosas necesitas? —preguntó Aurelio, arqueando las cejas. Aunque ya imaginaba la respuesta.

—Primero que nada, la aplicación de maquillaje en el espejo, suavizante para el cabello, desodorante, perfume… —enumeró Catrina, contando con los dedos.

—Bueno, te cuento: aquí no existe la aplicación de maquillaje en espejo… —dijo Aurelio, pero Catrina lo interrumpió.

—Espera… ¿Las mujeres no se maquillan? —preguntó indignada.

—No es lo común, pero algunas lo hacen con productos manuales y naturales, como tintes para los labios y mejillas, o un discreto delineado. Por otro lado, aquí no hay suavizante para el cabello, ni desodorante y mucho menos perfumes —explicó Aurelio, conteniendo la risa, anticipando la reacción de Catrina.

—No puede ser… ¿Cómo haré con mi acné, con mi cabello para que quede suave, y el mal olor en las axilas? —Catrina frunció el ceño, sintiéndose atrapada en una pesadilla.

—Tu acné desaparecerá y, para las axilas, te daré una solución. No necesitarás desodorante. ¿Tu cabello no quedó suave con el champú que te dejé en el baño? —comentó Aurelio, levantando una ceja.

Catrina pasó los dedos por su cabello blanco y notó que estaba suave.

—Bueno, mi cabello está bien… Espero que todo lo que dices sea verdad —afirmó, cruzando los brazos.

Aurelio sonrió.

—Pero ¿qué voy a hacer en esta ciudad? ¿Habrá trabajo para mí?

—No te preocupes por eso. Piensa que estás de vacaciones por ahora; primero quiero ayudarte a sanar. Mi casa es tu casa. ¿De qué trabajabas en Terranova? —preguntó Aurelio, aprovechando que Catrina estaba elocuente.

—Trabajaba en un bar y como repartidora.

—Bueno, podrías trabajar como repartidora, porque los bares como los conoces no existen. Aquí nadie consume alcohol ni sustancias alucinógenas o energizantes —explicó Aurelio con sinceridad.

—¿Qué? Este lugar es muy extraño… —murmuró Catrina con el rostro desencajado.

—Aquí no necesitamos drogas para ser felices ni para aliviar el estrés del día. Puedes aspirar a un mejor trabajo.

Catrina suspiró profundamente. Decidió no hablar más, pues cada vez sentía que estaba en otro mundo, y se limitó a observar el paisaje peculiar que pasaba por la ventana del vehículo.

Aurelio estacionó su coche aerodinámico en el parqueadero a cielo abierto del centro médico donde trabajaba. Tras bajar del vehículo, caminaron en dirección al edificio. Con carisma, Aurelio saludó a todo el personal médico, quienes le respondieron con afecto y efusividad.

Luego, junto a Catrina, descendió en un ascensor de grandes dimensiones hasta el último sótano del edificio, situado a muchos metros bajo tierra.

Al llegar al nivel indicado, las puertas se abrieron, revelando un escenario completamente diferente. Para Catrina, sin embargo, resultaba familiar; era como ingresar a una cápsula estéril de paredes plastificadas y blancas, pero diez veces más grande de lo que acostumbraba ver en Terranova. No había esquinas rectas de noventa grados. Las habitaciones estaban delimitadas por grandes cristales que dejaban al descubierto complejas maquinarias científicas y médicas de alta tecnología. En ese lugar trabajaban más robots que humanos. La temperatura descendió súbitamente.

Entraron en una habitación de amplias proporciones, en cuyo centro había una mesa ovalada, blanca y brillante. Alrededor, diversas máquinas científicas emitían luces intermitentes.

—Buenos días, doctor —saludó un joven sentado en un escritorio, observando una pantalla delgada como una hoja.

—Buenos días, Emil. Te presento a Catrina, nuestro sujeto de prueba… digo, el reto del día de hoy, ella es mi hija —bromeó Aurelio, soltando una carcajada.

Catrina lo fulminó con la mirada.

Emil se levantó de la silla y, sorprendido y algo nervioso, se acercó a Catrina, analizándola de arriba abajo.

—Mucho gusto, señorita —saludó con voz temblorosa.

—Hola —respondió ella, seca.

—Hemos logrado avances, doctor —informó Emil a Aurelio.

—Muy bien, muéstrame —pidió Aurelio, sentándose en el escritorio y revisando la información proyectada en la pantalla—. Buen trabajo, Emil, solo faltaron un par de detalles.

Aurelio movió los dedos sobre el teclado digital que apareció sobre la superficie de la mesa.

—Listo. Hoy mismo sales curada del albinismo, Catrina.

—Nunca lo he visto como una enfermedad, solo soy diferente —replicó ella.

—Lo sé, y eso te hace magnífica. Pero, como te dije antes, aquí en la superficie tu piel es demasiado sensible, al igual que tus ojos. Es lo que voy a solucionar. Ya no necesitarás los lentes intraoculares —explicó Aurelio.

Catrina se subió la manga de su chaqueta y observó la quemadura en su brazo derecho, una marca reciente producto de su exposición al sol al salir de Terranova.

—Mis lentes intraoculares me gustan. Puedo hacer zoom a mi antojo, y eso es muy útil.

—Interesante —comentó Aurelio—. Bueno, tengo que revisarte. Quítate toda la ropa y ponte una de las batas que están en ese vestidor. —Señaló hacia una puerta cercana.

Catrina asintió y caminó hasta el vestidor. Estaba acostumbrada a los chequeos médicos; en Terranova acudía al menos una vez al mes. Una vez dentro, se desvistió y se colocó una bata blanca que dejaba al descubierto sus brazos y piernas.

—¿Cómo sé que no vas a desmembrarme y hacer algún experimento extraño conmigo? —preguntó al salir del vestidor.

Emil no podía apartar la mirada de los tatuajes que decoraban el brazo y la pierna derecha de Catrina.

Aurelio se carcajeó con su comentario.

—¿Para qué me serviría hacer eso contigo? ¿Parezco un científico loco? —preguntó, divertido.

—No lo sé —contestó ella, encogiendo los hombros.

—Deja de decir tonterías, esto no es una película de ciencia ficción. Acuéstate allí. —Aurelio señaló la mesa ovalada en el centro

del recinto, brillante como un mineral etéreo.

Catrina obedeció y se acostó, abrazando su cuerpo. La baja temperatura comenzaba a calarle. La superficie de la mesa cambió, adaptándose a su anatomía.

—¿Esto es frío? —preguntó al sentir el hielo calar hasta sus huesos.

—Sí, y también sentirás calor en algunas épocas del año —indicó Aurelio.

En Terranova no se experimentaban cambios de temperatura. El ambiente siempre se mantenía atemperado para evitar molestias.

—Relaja los brazos. —Aurelio tomó las manos de Catrina y las colocó a sus costados. Luego se alejó—. Quédate quieta y mira hacia arriba.

Millones de nano objetos luminosos emergieron de la superficie de la mesa, formando una red de luz que se fusionó en una membrana transparente. La estructura envolvió a Catrina dentro de una cúpula cristalina. Desde la membrana, varios rayos escanearon su cuerpo de pies a cabeza.

Aurelio se sentó junto a Emil en el escritorio, observando la información genética del organismo de Catrina.

—Catrina, ¿quieres conservar el color blanco de tus vellos y cabellos? —preguntó.

—Sí, me gustaría, pero no el de mis cejas y pestañas —respondió, inmóvil sobre la mesa de revisión.

—Muy bien. Vamos a sedarte para realizar la operación —indicó Aurelio.

Catrina se puso nerviosa; su pulso comenzó a acelerarse.

—Relájate, todo saldrá bien, te lo prometo.

Aurelio la miró con afecto. Catrina percibió la sinceridad en sus ojos y se sintió en confianza. Suspiró, tratando de calmarse.

Un gas invadió la membrana estéril que la envolvía. Mientras su mente divagaba sobre el porqué de la ayuda de Aurelio, se hundió en una oscuridad profunda.

—Eco, inicia la modificación del genoma para corregir el albinismo. Mantendremos intacta la coloración del cabello y los vellos corporales, excepto las pestañas y cejas. Los lentes intraoculares

permanecerán en los ojos, pero deberán ser modificados para eliminar su fórmula óptica de visión —ordenó Aurelio a la inteligencia artificial encargada de la operación.

Desde la mesa donde reposaba el cuerpo inconsciente de Catrina, emergieron millones de nano robots, esparciéndose como polvo mágico antes de introducirse por los poros de su piel. Cada grupo cumplió su función dentro del organismo de la joven, editando su genética con precisión. Todo gracias a la programación que Emil y Aurelio habían diseñado junto con la inteligencia artificial, permitiendo que los estudios médicos avanzaran a pasos agigantados.

Así se realizaban las operaciones en esa época: los humanos únicamente establecían las directrices y los nano robots se encargaban de todo. La intervención duró una hora.

La piel de Catrina adquirió una nueva tonalidad; ya no era blanca como la leche, sino ligeramente rosada.

La membrana de protección se disipó, dejando a Catrina al descubierto. Reposaba tranquila, acomodada en la forma anatómica que había tomado la mesa de operaciones. Aurelio cubrió su cuerpo con una manta mullida y blanca para protegerla del frío de la estancia.

—Doctor, ¿cree que realmente se curó? —preguntó Emil, con los ojos como platos mientras observaba a Catrina.

—Por supuesto, nunca hemos fallado —afirmó Aurelio con seguridad—. Mira los resultados del escaneo posterior a la operación.

Emil se concentró en la información proyectada en la pantalla de nanotecnología.

—Es verdad, funcionó… pero sus ojos cambiaron de color —indicó, intrigado.

—¿A qué color? Se me olvidó ese detalle. Espero que no le moleste a Catrina… Aunque podríamos modificarlos nuevamente, pero debemos esperar un tiempo prudencial.

—Ahora son de color violeta —respondió Emil.

—Bueno, con lo excéntrica que es Catrina, dudo que eso le disguste. Aunque seguirá siendo llamativa, pero eso es parte

inevitable de su esencia. Ella es diferente.

Media hora después del procedimiento, Catrina despertó, sintiéndose algo desorientada. La voz de Aurelio la alcanzó.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, pero tengo hambre. Quiero un café con leche y unas donas —respondió Catrina, llevándose una mano al estómago, que gruñía con impaciencia.

Aurelio soltó una carcajada. Esa respuesta le confirmó que Catrina estaba en perfectas condiciones.

—Bueno, ya no tienes albinismo. Pero… ocurrió algo con tus ojos. —Se acercó a examinarla con una pequeña linterna.

—¿Cómo? Yo veo bien —dijo Catrina, alarmada.

—Cambió el color, pero te quedan bien —contestó Aurelio, ayudándola a incorporarse.

—Quiero un espejo —pidió Catrina.

Su petición fue concedida de inmediato. Desde el techo, un espejo ovalado flotó hasta posicionarse frente a su rostro.

—Me gusta. Lo próximo que iba a pagar para mis lentes intraoculares era que pudieran cambiar de color a voluntad —dijo, emocionada. Luego notó la nueva tonalidad de su piel, pestañas y cejas. Se sentía extraña, pero no le desagradaba. Sin embargo, el acné y la dermatitis seguían carcomiendo su cuerpo—. ¿Por qué sigue mi dermatitis y el acné? Pensé que eso también se solucionaría.

—Ese problema no es genético, al igual que tu diabetes. Si fuera diabetes tipo uno, el procedimiento genético lo habría corregido. El resto de tus afecciones ya te dije cómo las resolveremos, y, de hecho, ya empezaste: estás comiendo como se debe… Olvídate del café con leche y las donas. Eso no existe aquí.

Catrina resopló y puso los ojos en blanco.

—Pues tengo hambre —replicó, cruzando los brazos.

—Te llevaré a una de las habitaciones del centro médico. Allí te darán comida, y deberás descansar al menos cuarenta y ocho horas mientras observamos la evolución del procedimiento.

A los pocos minutos, un par de droides médicos llegaron con una camilla levitante. Con delicadeza, acomodaron a Catrina, aún

envuelta en la mullida manta, y la trasladaron a una habitación en los pisos superiores.

Una vez más, Catrina reposaba en una elegante habitación de hospital. Sin embargo, esta vez la vista era diferente: desde un piso más elevado, podía contemplar el cielo y las montañas lejanas que rodeaban el valle de Econova 233.

Le proporcionaban una alimentación basada en proteínas, grasas y vegetales tres veces al día. Siguiendo las instrucciones de Aurelio, evitaban los huevos y acompañaban el yogur con un toque de miel. Los médicos realizaban chequeos periódicos: examinaban sus ojos, monitoreaban sus signos vitales y la exponían al sol para observar la reacción de su piel. Poco a poco, Catrina se acostumbró a beber agua con limón y notó cómo desaparecía la eterna sed que la había acompañado en Terranova.

Se entretenía viendo películas en la pantalla digital de su habitación, intrigada por la marcada diferencia temática entre las producciones de Econova y Terranova. En su antiguo hogar predominaban las películas de ciencia ficción con tintes de terror, donde el acto de salir a la superficie terrestre era retratado como un peligro mortal: mutantes asesinos acechaban o simplemente la exposición al aire tóxico llevaba a muertes espeluznantes. En cambio, las películas de Econova transmitían esperanza, llenas de fantasía y misterios por descubrir. Curiosamente, aunque ambas narrativas giraban en torno a la exploración, su enfoque era opuesto: en Terranova, las historias advertían sobre los peligros de salir al mundo exterior, mientras que en Econova se hablaba de expediciones hacia las profundidades de la Tierra, donde las Terranovas habían sido abandonadas y guardaban tesoros ocultos y antiguas ciudades de más de veinte mil años, descubiertas gracias a la creación de las Terranovas como refugios ante el cataclismo.

Otro aspecto que capturó la atención de Catrina fue la representación de las relaciones interpersonales en las películas de Econova. Las historias mostraban vínculos amorosos monógamos y resaltaban la presencia de la familia como un núcleo fundamental. En las parejas, el acto sexual fluía sin la necesidad del *Lolilove*. Esto

le recordó a su amiga Lucía, apasionada por las relaciones humanas de antaño.

¿Qué habría sido de sus amigos? ¿Qué pasó Azaria? ¿Por qué existían dos mundos tan distintos en un mismo planeta? Estas preguntas se arremolinaban en la mente de Catrina, y, apenas tuviera la oportunidad, intentaría comunicarse con ellos. Sin embargo, su dispositivo de comunicación no funcionaba en la superficie.

—Buenos días, Catrina —saludó Aurelio tras los dos días de cuarentena.

—Hola —respondió ella, con su habitual tono seco.

—Te ves mejor —comentó el doctor, dejando una taza humeante sobre la mesa junto a la camilla.

El dulce aroma invadió las fosas nasales de Catrina, envolviéndola en una sensación reconfortante.

—i¿Chocolate?! —exclamó, abriendo los ojos con asombro. Aurelio asintió con una leve sonrisa.

Sin perder tiempo, la joven tomó la taza caliente entre sus manos. Aspiró el aroma profundo del chocolate caliente, deleitándose con cada nota olfativa. Sopló suavemente el vapor que ascendía del líquido marrón antes de probarlo con un sorbo cauteloso, temiendo quemarse los labios y la lengua. Al sentir el dulce néctar en su boca, la emoción la embargó hasta casi hacerla llorar.

—Chocolate con leche y azúcar… pero me dijiste que aquí no había leche ni azúcar —comentó, todavía incrédula.

—No consumimos leche como la conoces, pero sí tenemos derivados —explicó Aurelio—. El yogur y el queso provienen de leche fermentada, y tu chocolate lleva crema de leche, una opción más saludable para consumir lácteos. La leche de las Terranovas te causaba acné y dolores articulares, porque es un producto que inflama el cuerpo. Aquí no usamos azúcar, aunque algunos endulzan con miel o estevia. Yo, en lo personal, no endulzo nada.

Catrina se llevó instintivamente la mano al rostro, notando cómo las marcas de su acné se habían atenuado. Flexionó los codos para

recordar los dolores articulares que la aquejaban. Aún los sentía, pero con menor intensidad.

—¿La comida de las Econovas tiene ingredientes curativos como las inyecciones de salud? Porque parecen más efectivas —preguntó Catrina.

Aurelio soltó una risa suave.

—La comida que consumimos aquí es la misma que se ha comido durante milenios en todo el planeta. La clave de la salud y la fortaleza de los seres vivos depende en gran parte de lo que ingerimos. Llevas apenas unos días alimentándote correctamente y ya notas los efectos. —De pie junto a la ventana, Aurelio observaba el paisaje mientras hablaba.

—¿Entonces por qué en las Terranovas es todo lo contrario? ¿Por qué allí no curan las enfermedades genéticas y autoinmunes? ¿Por qué no tienen acceso a la tecnología del laboratorio donde me operaron? —Catrina disparó preguntas como una ráfaga, sintiendo que nada tenía sentido.

—La tecnología que usé para tratar tu albinismo no es nueva, es muy antigua. Se implementó hace ochocientos años, mucho antes de la creación de las Econovas. En aquel entonces, los humanos sufrían enfermedades causadas por hábitos perjudiciales que se arrastraban desde antes del cataclismo: alimentos ultraprocesados, excesos de carbohidratos y azúcar, sedentarismo, drogas… En menos de quinientos años conseguimos erradicar las enfermedades genéticas y autoinmunes. Curamos el albinismo, la ceguera, a las personas sordomudas…

Catrina apretó los dientes.

—Pero las Terranovas siguen existiendo, atrapadas en la mentira.

El recuerdo de Igor y Aldo le pesó en el pecho, como un puño cerrado sobre su alma.

Aurelio suspiró, con un dejo de tristeza.

—Así es. Es un hecho que no podemos cambiar.

—Es injusto… —murmuró Catrina, con un nudo en la garganta y los ojos empañados de lágrimas—. Mis amigos siguen allá abajo. Aunque sean pocos, quisiera salvarlos también.

—No te alteres, Catrina, eso puede afectar tu recuperación. Entiendo lo que sientes, pero no está en nuestras manos cambiarlo.

—No lo sé… Yo logré salir, ellos también podrían hacerlo… y todos los que aún viven enfermos bajo tierra.

Señaló el suelo y, de pronto, sus ojos se abrieron de par en par al recordar las palabras de Aldo:

«Lo que pasa es que tú y todos los que viven encerrados aquí están enfermos, viven una locura constante… Y lo veo en tus ojos. Tú crees que yo estoy loco, pero no es así. Son ustedes los que viven en un infierno y han perdido la razón».

—Descansa, Catrina. Las respuestas llegarán a su debido tiempo. —La voz de Aurelio sonó serena, pero definitiva. Luego, sin más, se marchó de la habitación.

Los pensamientos de Catrina se agitaban como una tormenta en su interior. Su único consuelo era el delicioso chocolate con crema de leche que sostenía entre sus manos.

CAPÍTULO 15

LA SOMBRA DEL SISTEMA

Mientras todos creen que todo está resuelto, hay quienes siguen rastreando lo que no debería existir.

Lunes 13 de enero del 3502 d. C.
Terranova 233, América del Sur.

William estaba encerrado en el despacho de su casa, observando la vegetación inmóvil del jardín que se desplegaba tras el amplio ventanal: no había el menor indicio de brisa.

Activó la pantalla de su escritorio, que se materializó de inmediato gracias a la nanotecnología capaz de generar cualquier superficie de visualización digital.

Una vez conectado a la red, tomó su libreta de anotaciones y la abrió con el tacto del pulgar. Buscó entre las páginas hasta detenerse en la lista de individuos del Experimento 99 que debían ser eliminados.

Comenzó a cotejar la información en línea con la que tenía escrita. Uno a uno, verificó que todos estuviesen muertos y que sus datos hubiesen sido borrados de la red. Eran más de cien individuos.

«ELIMINADO».

Esa palabra aparecía bajo cada fotografía.

Pero algo no cuadraba. Ya había revisado por completo el listado del Experimento 99, y todos habían sido eliminados. Sin embargo, en su libreta figuraba una persona más: no estaba en la red, ni en la lista, como si jamás hubiese existido.

William no solía equivocarse. Era meticuloso con sus registros. Sabía que algo había ocurrido con esa persona: una mujer de

veinticinco años llamada Catrina, de aspecto inusualmente peculiar. La recordaba con claridad, era la última de la lista. Y no figuraba como eliminada… ni siquiera como existente.

Y, sin embargo, Terra —la inteligencia artificial madre que regía las Terranovas— era perfecta. No cometía errores. Algo había sucedido, y a William no le gustaba dejar cabos sueltos.

Aunque, para el emperador, la información recolectada por William bastaba para terminar anticipadamente —y por solicitud expresa— su mandato como gobernador de Terranova 233.

Pero William no estaba dispuesto a darlo por concluido. Haría lo que fuera necesario para encontrar a Catrina y completar la misión.

—Emperador, la misión fue cumplida con éxito —informó William a la figura oscura que se vislumbraba en la pantalla—. Le envío el informe completo.

—Buen trabajo, William. El miércoles podrás regresar. Un equipo de las fuerzas armadas irá a buscarte para sacarte de la metrópolis. Gracias por tu gran labor en Terranova 233.

—Con mucho gusto, Emperador. Siempre estaré dispuesto a servir por el bien del mundo y continuar con el legado de mi familia —dijo William, inclinando la cabeza con el puño sobre el corazón.

—No esperaría menos. Nos veremos pronto, William Slim.

La llamada virtual cesó y William suspiró hondo. Se sentía triunfador: pronto regresaría a casa con una gran recompensa. Pero no dejaría cabos sueltos. Por eso, comenzó a investigar a la desaparecida de la lista.

Entre sus anotaciones tenía todo lo relacionado con Catrina desde su nacimiento. Sabía que había crecido con su madre, que tenía un vehículo aerodinámico individual, dónde había trabajado y dónde había vivido.

La delgada pantalla se desvaneció como polvo absorbido por la losa de mármol negro del escritorio. William se levantó con la libreta en mano y salió del despacho en dirección al dormitorio. Allí, entró al vestidor, tomó una chaqueta negra y se la colocó. Guardó la libreta en el interior de su abrigo.

—Amor, ya somos libres. El miércoles regresamos a casa —dijo William, abrazando a su esposa por la espalda. Le besó la mejilla

mientras le acariciaba el abultado vientre.

Alicia estaba de pie, observando a su hijo jugar en el patio con el gato cibernético de pelaje azul. Se volteó, emocionada, y unió sus labios con los de su marido.

—Voy a preparar todo para la mudanza —dijo Alicia, con brillo en la mirada.

—No es necesario. Al llegar, compraremos todo nuevo —propuso William.

—Me gustaría llevarme algunas cositas —insistió ella.

—Bueno, pídele ayuda a Elvira. Debo salir un momento a finiquitar algunos asuntos —comentó William, y volvió a besarla.

Salió con determinación. Bajó en el ascensor privado que lo condujo al hangar donde lo aguardaba su vehículo aerodinámico: negro, de fuselaje blindado. Subió a la parte trasera del coche.

—Terra, por favor llévame a esta dirección —dijo, ingresando las coordenadas en su dispositivo móvil.

—Entendido, señor William —respondió una voz femenina. El automóvil se elevó y emprendió la marcha.

Mientras la inteligencia artificial pilotaba el trayecto, William se colocó su dispositivo de membrana visual y se dispuso a navegar por la red, buscando noticias donde se hablara de su gestión como gobernador.

El vehículo se detuvo. Terra le anunció que habían llegado al destino solicitado.

William descendió con la elegancia y sobriedad que siempre lo caracterizaban. Frente a él, se alzaba un edificio altísimo, minimalista, como sacado de una película de ciencia ficción, acorde al estilo habitual de las Terranovas.

Ya habían pasado la caseta de vigilancia.

Se dirigió hacia la entrada del edificio y avanzó hasta la zona de ascensores. Se cruzó con un par de personas, pero no lo reconocieron. Era usual en las Terranovas: nadie prestaba atención a sus dirigentes. Todo funcionaba correctamente, y cada quien vivía absorto en su propio mundo.

Dentro del ascensor, marcó el nivel cuarenta y tres: el piso donde vivía Catrina. Al llegar, caminó con paso firme hasta el apartamento

indicado. Tocó el timbre, pero no obtuvo respuesta.

Entonces sacó un dispositivo de uno de sus bolsillos, similar a los teléfonos celulares, aunque no lo era. Acercó el pequeño cilindro metálico al sensor de reconocimiento de la puerta. Un láser salió del dispositivo e impactó en la placa plateada del sensor.

En segundos, la puerta que bloqueaba el acceso al departamento se abrió por completo.

El recinto permanecía en total silencio, con la hermeticidad propia de la ausencia absoluta de sonidos externos. Todo estaba en orden y flotaba en el aire una fragancia floral.

—Activando inteligencia artificial —ordenó William. Nadie respondió.

Siguió caminando hasta el dormitorio. La cama estaba tendida y también allí persistía el perfume de flores. Abrió uno de los compartimientos del cuarto y encontró las pertenencias de Catrina: ropa, cremas e inyecciones de uso médico.

William tomó una de las ampollas y la guardó en el bolsillo.

Husmeó en cada rincón, buscando alguna pista: fotografías, notas escritas, mensajes. No halló nada.

Se dirigió al baño, donde había perfumes y una infinidad de productos para el cuidado de la piel, sobre todo del rostro.

Era evidente que allí vivía —o había vivido— alguien. William estaba seguro: Catrina había hecho vida en ese lugar.

Revisó sus bolsillos y sacó nuevamente el dispositivo que le había permitido abrir la puerta. Lo colocó sobre el suelo de la sala de estar y dijo:

—Terra, escanea todas las superficies del departamento en busca de huellas dactilares.

Del dispositivo emergió una ráfaga de polvo formada por diminutos drones que se esparcieron por cada rincón, proyectando haces de luz azul sobre paredes, muebles y suelos. Tras completar el escaneo, regresaron al aparato, que los absorbió en silencio.

—No se encontraron huellas dactilares. Todo está absolutamente limpio, gracias a la domótica de la casa, la cual no se encuentra activa en estos momentos —informó Terra, la inteligencia artificial.

—¿Puedes calcular cuándo fue desactivada? —preguntó William.

—El siete de enero, la inteligencia artificial de la domótica de este departamento fue borrada —respondió Terra.

—¿Sabes quién lo hizo? —probó suerte William.

—No hay registros.

El hombre se sentó en el pequeño sofá de la sala de estar y se quedó contemplando la vista que se desplegaba tras la ventana hermética. Permaneció allí hasta que cayó la noche, esperando que alguien regresara al apartamento. Para pasar el tiempo, se dispuso a leer un libro digital sobre las finanzas del nuevo mundo.

Las horas transcurrieron y William se quedó dormido.

Un pitido constante susurraba en su oído derecho, lo que lo hizo despertar de golpe.

La membrana visual cubrió sus ojos y apareció la imagen de su esposa, Alicia.

—Will, ¿dónde estás? Ya es casi medianoche.

—Amor, disculpa, se me pasó la hora. Sigo cerrando unos asuntos políticos. Espero llegar a casa en una hora. Dale un beso a Chris.

—Ya está dormido —respondió Alicia.

—Bueno, en breve estaré en casa. No me esperes despierta, amor. Descansa. Te amo —dijo William, lanzándole un beso.

—También te amo —respondió ella con un bostezo—. Me voy a dormir.

William se despidió y se incorporó del sofá. Nadie había llegado al apartamento, como ya sospechaba.

Salió del lugar y descendió hasta el nivel de parqueaderos, específicamente al espacio donde Catrina solía estacionar su moto aerodinámica. Se detuvo frente al puesto vacío. Miró a su alrededor y se agachó para examinar unas manchas de quemadura en el pavimento.

Luego se dirigió al cuarto útil asignado al apartamento de Catrina. Lo abrió con su dispositivo especial y comenzó a husmear su interior. Distinguió un par de huellas de calzado impresas en el polvo del suelo; les tomó una fotografía con su dispositivo móvil y solicitó a la IA que analizara el modelo correspondiente.

Al instante, la inteligencia artificial le proporcionó la información: marca, talla e incluso el posible color de unas botas de mujer.

William escaneó el cuarto con su artefacto especial y detectó múltiples huellas de una misma persona. Supuso que eran de Catrina. Con esa información, consideró que tenía lo suficiente, así que se marchó a su casa.

ΔΔΔ

La mañana del martes, tras desayunar con su familia, William se encerró en el despacho de su casa. Desde la pantalla de su computador digital, navegó por la red exclusiva para dirigentes mundiales.

—Terra, revisa estas huellas dactilares y dime a quién pertenecen —ordenó William, compartiendo la imagen capturada por su dispositivo de escaneo.

—Esas huellas no pertenecen a ningún habitante de las Terranovas —respondió la IA.

—Revisa en las ciudades de la superficie —indicó William.

—No se encontraron coincidencias con ningún habitante vivo —respondió Terra.

—¿Y con alguno fallecido?

—Tampoco. Esas huellas no coinciden con ningún registro dactilar.

William se quedó pensativo, hasta que una idea le cruzó la mente.

—Terra, muéstrame los videos de seguridad del bloque 675, entre los días uno y siete de enero, donde intervenga el Escuadrón Umbra.

Al instante, varios videos aparecieron en la pantalla, organizados en mosaico. Todos correspondían al cuatro de enero.

En ellos, se veía a una unidad de los Umbras retirando un cuerpo de uno de los departamentos y depositándolo en un vehículo negro.

—Terra, ignora la condición sobre el Escuadrón Umbra. Muéstrame todos los videos del bloque durante ese periodo.

Los mosaicos se actualizaron y William comenzó a revisarlos uno por uno, en busca de anomalías. Las encontró en las grabaciones del seis de enero: había interferencia justo en el pasillo que conducía al

apartamento donde vivió Catrina. También la había en el parqueadero donde estacionaba su moto y en el cuarto útil que le pertenecía.

Ese detalle bastó para que William confirmara sus sospechas: la información había sido borrada el día en que Catrina debió haber sido eliminada.

Solicitó entonces los registros visuales del Abisal Bar, donde supuestamente trabajó Catrina. En todos los videos aparecía una joven de nombre Lucía, acompañada únicamente por dos droides. Pero una leve interferencia —como un espectro persistente— parecía seguir a la joven de tez morena.

La información de Catrina había sido suprimida por completo, tal como debía hacerse con los sujetos eliminados. Sin embargo, al menos un registro debía figurar en el expediente del experimento 99. Pero no existía. Solo quedaban las anotaciones de la libreta de William.

Resopló, inclinándose hacia atrás en su silla ergonómica, con las manos en la cabeza, maquinando qué debía hacer a continuación. Las ideas germinaron en su mente.

—Terra, envía esta orden al Escuadrón Umbra de todas las Terranovas: que inicien la búsqueda de una joven albina, de ojos azul cielo, 1,52 metros de altura, veinticinco años, con cabello blanco y un mechón biónico que cambia de color. —William adjuntó la información—. Es posible que haya cambiado de aspecto. Deben verificar sus huellas dactilares y, aunque improbable, prestar atención al calzado. Podría portar estas botas. —Agregó otro archivo —. Al encontrarla, deben notificarme de inmediato y, si es posible, trasladarla a la unidad militar mundial 233 y retenerla allí. Emite también esta orden al Escuadrón Umbra de las Econovas.

—Entendido, señor William. Sin embargo, no puedo emitir órdenes al Escuadrón Umbra de las Econovas, ya que están bajo la dirección de mi equivalente, Eco —respondió Terra.

—¿Puedes comunicarme con Eco? —preguntó William.

—Le transmitiré la información a Eco —informó la IA.

—Muy bien, gracias. ¿La orden al Escuadrón Umbra de las Terranovas ya fue enviada?

—Sí, señor William.

—Muchas gracias, Terra.

—Siempre a tu orden.

William procedió a formatear toda la información del ordenador de aquel despacho que, al día siguiente, ya no le pertenecería. Se sintió un poco más liviano. Se levantó del escritorio y fue en busca de su esposa e hijo para compartir con ellos un día de piscina: el último en ese lugar. Mañana, volverían al verdadero hogar, en la superficie terrestre.

CAPÍTULO 16

NATURALEZA BAJO LA PIEL

La piel entiende que no todo picor es un fallo, es la memoria saliendo del cuerpo.

Catrina fue dada de alta después de confirmarse que su organismo se encontraba en perfecto estado. Su piel conservaba un tono claro con matices rosados y toleraba la radiación solar con normalidad. La visión de sus ojos había mejorado notablemente. La picazón provocada por la dermatitis apenas se manifestaba unas pocas veces al día, y las manchas violáceas que decoraban su epidermis comenzaban a desvanecerse.

Se sentía llena de energía, aunque también invadida por la ansiedad y el mal humor provocados por todo lo que aún no comprendía y por la revolución interna que experimentaba su cuerpo.

Aurelio le aconsejó no salir de casa durante algunas semanas, y tenía dos razones claras para ello. La primera tenía que ver con el procedimiento de edición genética al que fue sometida, prácticamente un experimento, que requería una vigilancia constante. La segunda, y la que más inquietaba a Aurelio, era la posibilidad de que alguien la estuviera buscando para eliminarla, dado que había escapado de una Terranova y, Catrina se negaba a contarle cómo había logrado salir ni en qué condiciones.

Por todo ello, Aurelio solicitó tres meses de licencia en el centro médico. Podía tomarse incluso un año si lo deseaba, ya que llevaba años sin solicitar un descanso. Para él, su trabajo era casi como unas vacaciones: lo amaba profundamente, dormía bien y siempre encontraba tiempo para atender sus asuntos personales.

Durante esos meses, los dedicaría por completo a Catrina, ayudándola a sanar mediante una alimentación cuidada y entrenamiento físico constante. Además, monitoreaba sus niveles fisiológicos y analizaba su genoma para asegurarse de que todo continuara funcionando correctamente.

La casa de Aurelio estaba equipada con todo lo necesario para evitar salir al exterior. El patio trasero era un oasis de vegetación, con una piscina natural que se fundía armoniosamente con el paisaje. Contaba con un gimnasio completamente equipado, con todas las máquinas e implementos necesarios. En resumen, su hogar ofrecía todas las comodidades y servicios imaginables como para no volver a salir jamás.

La primera vez que Catrina se sumergió en la piscina alimentada por agua de río, sintió como si miles de cuchillas le atravesaran la piel: el agua estaba helada. Sin embargo, con el paso de los días, su cuerpo se fue acostumbrando. Aurelio había comenzado a darle clases de natación. En las Terranovas de aquella época no existían balnearios, por lo que sus habitantes jamás aprendían a nadar.

Catrina se mostraba cada vez más elocuente con Aurelio, aunque seguía negándose a contarle cómo había salido de la Terranova. A veces pasaban días sin hablarle, especialmente cuando su cuerpo clamaba desesperadamente por glucosa y un mal humor irrefrenable se apoderaba de su carácter, tornándola presa de una ira casi incontrolable. La asaltaba la necesidad de fumar cigarrillos electrónicos—preferiblemente con cannabis—o de inhalar alguna sustancia que le brindara calma y la transportara al mundo de las alucinaciones, como solía hacer casi a diario en Terranova 233. También rechazaba las proteínas: la carne y el pollo, y ni hablar de los huevos, le provocaban náuseas. En cambio, ansiaba harinas, frituras, dulces…

Aurelio comprendía el proceso por el que atravesaba el cuerpo de Catrina: una lucha interna contra la diabetes—que la hacía desear exclusivamente azúcares y carbohidratos—y un síndrome de abstinencia provocado por la ausencia de estupefacientes. Solo en esos momentos críticos le ofrecía un chocolate con crema de leche

endulzado con estevia, o un yogur con miel y algunas frutas «prohibidas» como el mango, la favorita de Catrina.

Catrina comenzó a tener pesadillas cada vez más frecuentes, en las que revivía la muerte de Igor y la de Aldo. También soñaba en un bucle angustiante con la travesía que representó escapar de la Terranova, aunque en sus pesadillas jamás lo conseguía: era descubierta por los Umbras y arrojada al fuego. Poco a poco, el insomnio comenzó a apoderarse de ella.

Ante estos síntomas que amenazaban con frenar su recuperación, Aurelio comenzó a instruirla en meditación y yoga, prácticas que redujeron significativamente su ansiedad y la ayudaron a conciliar el sueño, haciendo que las pesadillas se volvieran menos frecuentes. Catrina aprendió a manipular sus pesadillas y a transformarlas a su favor. Eso le confería una sensación de poder insospechado.

Con el paso del tiempo, Catrina comenzó a comer huevos, pero solo si estaban revueltos con vegetales y queso holandés. Le encantaban los que llevaban cebollín, o una mezcla de tomate y cebolla, que le dejaba un regusto dulzón en el paladar. Su cuerpo comenzó a demandar más proteínas, lo que en muchas ocasiones la hacía olvidarse por completo de los postres dulces. La dieta que Aurelio le proporcionaba se basaba en proteínas, grasas saludables, lácteos fermentados y una amplia variedad de vegetales. De tanto en tanto, la recompensaba con chocolate acompañado de crema de leche, nueces y algunas frutas seleccionadas, dejando atrás las de alto índice de fructosa.

Comenzó a realizar ejercicio físico guiado por las instrucciones y el apoyo constante de Aurelio. Al principio le resultó extenuante, pero tras cada sesión sentía una energía vibrante recorrer su cuerpo, acompañada de un placer inexplicable. Su humor se transformaba por completo: se sentía feliz, libre de ansiedad y con un impulso irrefrenable de comerse el mundo, una sensación comparable a la que experimentaba tras una sesión de sexo bajo los efectos del *Lolilove.* Correr en la caminadora se convirtió en una de sus actividades favoritas; le proporcionaba una sensación de liberación profundamente placentera.

También comenzó a exponer su piel al sol, vestida con traje de baño, durante el mediodía, hasta que su cuerpo le advirtiera que empezaba a quemarse. Con cada jornada, soportaba mayor exposición, y su tono de piel comenzó a tornarse dorado, semejante al de Aurelio. Mientras absorbía la energía solar, también se nutría de la energía terrestre al apoyar sus pies desnudos sobre el césped. Aurelio la acompañaba descalzo, con los pies sobre la tierra, pero nunca se quitaba su atuendo: una camisa de mangas largas y cuello alto, ceñida al cuerpo, al igual que sus pantalones. Parecía una segunda piel, pues incluso nadaba vestido con ella, eso sí, cada día con un color diferente. Ese detalle llamó la atención de Catrina, quien un día, mientras absorbía la energía de la madre tierra y el rey sol, le preguntó:

—¿Cuándo recibes el sol? Me dijiste que debía ser de cuerpo completo, y tú solo expones la cara, las manos y los pies.

—Lo hago con el sol de la mañana, cuando tú aún duermes como un oso invernando —respondió Aurelio.

La piel de Catrina comenzó a mejorar notablemente. Apenas se vislumbraban algunos granos violáceos en su rostro, y la dermatitis era casi inexistente; la comezón solo aparecía de forma esporádica.

Para su edad, Aurelio tenía un cutis envidiable: solo unas ligeras arrugas en los laterales de los ojos, las clásicas patas de gallo que se revelaban al reír. Catrina le pidió consejos para cuidar la piel del rostro, y él le recomendó lavarse la cara con agua muy caliente para eliminar impurezas de los poros, estimular el flujo sanguíneo, favorecer la renovación celular y promover una mayor circulación y oxigenación de los tejidos. Luego, tras esperar al menos diez minutos, debía enjuagarse con agua muy fría—helada, si era posible —para cerrar los poros, impedir la entrada de impurezas, reducir la inflamación causada por el agua caliente, activar el sistema nervioso simpático y lograr una contracción de vasos y tejidos que dejaba una apariencia más firme. El resultado: una piel del rostro tersa y suave. No era recomendable hacerlo a diario, porque antes de mejorar la piel, podría empeorarla, pero sí debía finalizar el lavado con agua fría cada día. Catrina adoptó esa técnica dos veces por semana, siempre

por las noches, fascinada con los resultados que obtuvo en tan poco tiempo.

Como desodorante, Catrina comenzó a usar piedra de alumbre: un cristal translúcido y levemente blanquecino que se aplicaba frotándolo sobre las axilas húmedas después de la ducha. El mal olor desapareció como por arte de magia. Más adelante, ya no necesitaría utilizarlo, una vez que su cuerpo expulsara por completo las toxinas responsables del mal olor—residuos acumulados durante años de malos hábitos en la Terranova y una alimentación carente de productos naturales y saludables.

En lugar de perfume, se conformaba con el aroma suave del aceite de coco. Extrañaba profundamente oler a distintas fragancias cada día, pero por ahora no era algo que le preocupara demasiado.

Sus uñas habían perdido el esmalte casi permanente con el que llegó, de un tono rosado. Ahora las lucía al natural: un poco amarillentas, sí, pero largas y fuertes, a pesar de los químicos agresivos a los que estuvieron expuestas diariamente durante tantos años.

Catrina se sentía impresionada con los resultados. ¿Cómo era posible que con tan poco su piel estuviera sanando? ¿Sin inyecciones ni medicamentos?

Al cumplirse seis meses del procedimiento genético, Aurelio le ofreció eliminar los tatuajes de su piel, pero Catrina se negó: eran parte de su historia, y cada uno guardaba un significado especial. Llevaba tatuajes en el brazo y la pierna derecha, así como en la espalda. No eran numerosos, pero sí muy notorios y delicadamente trazados. Algunos eran coloridos, otros en tinta negra, todos llamativos y estéticamente hermosos.

La menstruación de Catrina reapareció casi al término de su segundo mes en Econova 233. El susto fue impactante: creyó que se estaba muriendo, debido al sangrado abundante y el dolor punzante en el vientre que la obligaba a doblarse. Su primera menstruación llegó a los doce años, pero nunca volvió a menstruar debido a las constantes dosis de hormonas anticonceptivas que recibía. Así ocurría con todas las mujeres que habitaban las Terranovas.

Aurelio acudió de inmediato, temiendo que se tratara de un efecto secundario del procedimiento genético, pero pronto comprendió que era el cuerpo de Catrina recuperando su ciclo femenino natural. Desde entonces, Catrina aprendió a utilizar la copa menstrual, y con el paso del tiempo, el dolor abdominal fue disminuyendo hasta volverse inexistente. Notó también un cambio repentino en su olor vaginal: aquel molesto tufo a pescado había desaparecido, reemplazado por un aroma suave, con un matiz agridulce.

Catrina ya había explorado cada rincón de la casa de Aurelio. El espacio que más le intrigaba era la cocina, donde encontraba artefactos desconocidos para ella, como la estufa, el lavaplatos y el lavavajillas. Le fascinaba observar cómo Alina preparaba los alimentos, y esta, a su vez, le explicaba cada paso como si se tratara de una clase de cocina. Los aromas, los sonidos y los colores de los alimentos hechizaban a Catrina.

Cada día, Aurelio escarbaba un poco más en la vida que Catrina había dejado atrás. Así descubrió su talento como artista musical, una cualidad que la hacía aún más singular frente al resto de los habitantes de las Terranovas, quienes no eran más que autómatas programados para trabajar, drogarse y vivir en soledad.

Le prometió conseguirle una consola para crear música electrónica, ya que en esa Econova no existía nada parecido. Allí la música era tribal, interpretada con instrumentos de cuerda, viento y percusión—algunos con elementos electrónicos—, lo que despertó la fascinación de Catrina, al punto de rogarle a Aurelio que la llevara a un concierto. Pero Aurelio le explicó que, por el momento, asistir a un concierto era demasiado peligroso.

Cada noche, Catrina se colocaba su dispositivo de conexión e intentaba comunicarse con Azaria, pero no obtenía respuesta alguna. La red de su dispositivo aparecía desconectada. En esos días, su único vínculo con la visión digital se limitaba a películas, series y documentales, que disfrutaba junto a Aurelio en una pantalla gigante ubicada en la sala de cine de la casa. Una experiencia única para Catrina. Entre ella y Aurelio se estaba

forjando un vínculo difícil de definir, una conexión que jamás había experimentado: el lazo entre un padre y una hija.

—Aurelio, ¿ustedes no usan móviles? —preguntó Catrina durante el desayuno, mientras degustaban una sopa de mariscos y pescados, una de sus favoritas.

Jamás lo había visto utilizar un móvil, solo su ordenador en la oficina de la casa.

—Claro, nos comunicamos por ese medio —respondió Aurelio, extrayendo de su bolsillo un diminuto cilindro, muy similar al de Catrina.

—¿Y no usan el visor de realidad virtual? —insistió Catrina.

—Sí, aunque no le damos tanto uso. Así es como atendemos llamadas —respondió Aurelio, tocándose detrás de la oreja derecha, donde se ocultaba un dispositivo casi imperceptible, distinto al de Catrina. Entonces apareció una membrana digital que le cubrió los ojos—. En Econova preferimos observar el mundo real y compartir en persona.

—Entiendo… ¿Mi dispositivo funcionará con la red de esta ciudad? —preguntó Catrina, tanteando la posibilidad.

—El tuyo es un modelo antiguo; podría hacerlo funcionar, pero sería mejor que tuvieras uno nuevo —sugirió Aurelio tras sorber la última cucharada de caldo—. De todos modos, no lo has necesitado aquí… y no podrías comunicarte con tus amigos de la Terranova: usan frecuencias distintas.

Catrina bajó la mirada, entristecida. A pesar de que su cuerpo irradiaba más energía y se sentía cada vez mejor.

—Bueno, hoy tenemos visita —dijo Aurelio, cambiando de tema al notar la angustia reflejada en los ojos de Catrina. Ella lo miró, desconcertada—. Vendrán Eliot y otro joven a entrenar con nosotros. Ambos son alumnos míos, y hace casi tres meses que no los veo. Por cierto, me contactaron hace un par de días por el dispositivo móvil.

Catrina recordó a Eliot: el chico con cuerpo y voz de hombre, pero mirada de niño. Aquel que le había salvado la vida. El corazón le dio un vuelco, sin que comprendiera del todo el porqué.

Era martes primero de abril. Luego de recibir el sol del mediodía junto a la piscina natural alimentada por agua de río, Catrina se vistió con ropa ajustada y cómoda para entrenar en el gimnasio de la casa. Se puso una malla negra y un top violeta de manga larga que combinaban con sus zapatos deportivos. Estuvo a punto de matizar su mechón de cabello biónico de violeta, pero recordó la advertencia de Aurelio: «trata de no llamar mucho la atención».

A la una en punto llegaron los invitados. Catrina se sentía nerviosa, y al mismo tiempo extrañamente alterada. Rara vez se había sentido nerviosa por conocer gente. Comenzó a calentar los músculos como le había enseñado Aurelio: sentadillas y balanceos con cada pierna, hacia adelante y hacia atrás.

Al percibir la presencia de Aurelio y los demás chicos, respiró hondo y continuó con sus ejercicios de calentamiento.

—¿Y este huesito de pollo blanco quién es? —gritó el joven que acompañaba a Eliot.

Llevaba únicamente un pantalón corto de tela liviana y andaba descalzo. Su cabello castaño claro, con reflejos rubios, enmarcaba un rostro joven; la piel dorada de su fornido torso brillaba al sol, al igual que el collar con una gema negra que colgaba de su cuello.

Catrina lo recorrió de arriba abajo, sorprendida por la belleza de su fisonomía, pero el comentario le resultó desagradable, así que le lanzó una mirada fulminante.

—Lobo, sé decente con la chica. Es mi hija y acaba de comenzar su entrenamiento. En unos meses, su musculatura te va a impresionar —lo reprendió Aurelio, vestido, como de costumbre, con una camiseta ajustada de manga larga y cuello de tortuga. Esta vez, negra, a juego con su pantalón deportivo.

Lobo y Piero abrieron los ojos con asombro al oír aquello.

—No sabía que tenías una hija. Ja, buena suerte con el entrenamiento… Va a estar difícil engordar ese huesito de pollo —añadió Lobo, con tono engreído.

—Hola, Eliot —dijo Catrina, acercándose con paso firme hacia él, que parecía haberse quedado sin palabras al verla.

—¿La conoces? —preguntó el joven al que llamaban Lobo.

—Sí, sí… La conozco. Es la chica que encontré desmayada en la orilla del río. No sabía que era hija de Aurelio —respondió Eliot, y luego la miró directamente—. Hola… qué gusto verte de nuevo. Estás… —tragó saliva— estás diferente.

Eliot la recorrió con la mirada de arriba abajo. Notó un cambio evidente en la coloración de su piel y de sus ojos. Aunque seguía siendo delgada, la veía más tonificada que la última vez que la había visto en el hospital, hacía ya casi tres meses.

Catrina conservaba una figura marcadamente femenina, acentuada por el escote de su top que realzaba el busto. Sus cuádriceps estaban definidos y tonificados, y su abdomen se mostraba firme y trabajado.

—También me alegra verte —respondió Catrina con una leve sonrisa en los labios. Los nervios que bullían en su interior hicieron que el mechón de su cabello se tornara violeta, lo que sorprendió a Eliot.

—Sí que eres extraña —comentó Lobo, rodeándola como un animal al acecho. Observaba el mechón morado y la tonalidad blanquecina del resto de su cabellera.

Catrina lo miraba con desafío, lista para lanzar una respuesta mordaz.

Aurelio resopló. Sabía que sería difícil disimular la rareza de Catrina, pero también que no necesitaba que nadie la defendiera: era una fiera cuando su temperamento salía a flote. Lo había presenciado más veces de las que quisiera recordar, especialmente cuando el hambre y el bajo nivel de azúcar la volvían irritable.

Para evitar una confrontación innecesaria, decidió intervenir.

—Bueno, empecemos con el entrenamiento —intervino Aurelio, colocándose entre Lobo y Catrina, que intercambiaban miradas desafiantes—. Hoy trabajaremos piernas, después de las barras paralelas.

—Veamos si rompes mi récord, Eliotsito —dijo Lobo antes de correr hacia las barras paralelas del área de entrenamiento.

Eliot soltó el aire que retenía en los pulmones y miró a Catrina negando con la cabeza. Ella le devolvió una sonrisa auténtica.

—¿Se llama Lobo? —preguntó Catrina en voz baja, acercándose a Eliot.

—No, se llama Piero, pero le gusta que le digan «El Lobo» —respondió Eliot en el mismo tono. Se quedó mirándola a los ojos; no recordaba que fueran violetas. Luego se fijó en el mechón morado, tragó saliva y murmuró—: Te queda bien el violeta.

—Ya… bueno, gracias. Vamos a entrenar —respondió Catrina, guiñándole un ojo antes de caminar con la frente en alto hacia donde Aurelio le hacía señas.

Se empinaba sutilmente, buscando ganar estatura, pero su metro cincuenta era un límite que no podía alterar.

Al pasar junto a Lobo—que estaba concentrado haciendo barras y comenzaba a sudar—lo miró con aire de suficiencia y siguió su camino.

El Lobo esbozó una sonrisa ante el gesto, y continuó contando en voz alta con cada impulso sobre las barras paralelas: «40, 41, 42, 43…»

Catrina no solía entrenar en las barras paralelas debido a su brazo robótico, que iniciaba desde el hombro: todo su brazo izquierdo era biónico. Esa condición le otorgaba gran fuerza en ese brazo, pero era una desventaja para ese ejercicio, que exigía equilibrio y fuerza simétrica en ambas extremidades. Por eso, entrenaba los brazos de forma individual, centrando el esfuerzo en el derecho. Aurelio le indicó que se dirigiera directamente a los ejercicios de piernas.

Desde lejos, Catrina los observaba entrenar. Quedó impresionada por la fuerza y resistencia de Eliot y Lobo, enfrascados en una competencia sobre las barras que parecía no tener fin. Sudaban a chorros, y solo se detenían por unos segundos, recostándose sobre un brazo aún apoyado en el tubo, con el cuerpo suspendido en el aire. Quien soltara los tubos, perdía el desafío.

CAPÍTULO 17

EL PULSO DE LA MANADA

Cuando los cuerpos entrenan juntos, los instintos comienzan a sincronizarse. Y el corazón reconoce dónde pertenece.

—Vamos, chiquilla, deja a esos dos con su competencia sin fin. No te distraigas, continúa con tu entrenamiento —indicó Aurelio, negando con la cabeza al verlos competir.

Catrina hacía avanzadas con barra de apoyo. Ese duro ejercicio que con una pierna adelante y otra atrás, se debe bajar hasta tocar el suelo con la rodilla. Así con cada pierna. Ese día había incrementado el peso a cuarenta kilos. Se sentía orgullosa: ya notaba los frutos del entrenamiento constante tras tres meses de disciplina. Cada vez que se impulsaba, sus piernas temblaban, y gotas de sudor le surcaban el rostro.

—¡Sí! ¡Soy el vencedor! —gritó Lobo, levantando los brazos en señal de triunfo.

Y como si de un superpoder se tratara, un leve temblor sacudió el suelo. Los movimientos de tierra que ahora eran comunes en el planeta.

Eliot, agotado, soltó finalmente las barras paralelas.

—Bueno, muchachos, a lo que vinimos… ¡A mover esas piernas y activar la circulación! —exclamó Aurelio, dando fuertes palmadas para animarlos.

Lobo levantaba peso de forma descomunal en cada ejercicio de piernas. No perdía oportunidad de alardear, mirando de reojo a Catrina, quien respondía torciendo los ojos cada vez que se cruzaban.

Pero Eliot no se quedaba atrás: igualaba a su compañero en cada levantamiento.

—Buen trabajo, muchachos. Ahora vamos por una comida deliciosa: tengo costillas listas para ahumar —los felicitó Aurelio antes de salir del gimnasio.

Los jóvenes se dirigieron al área de baños del gimnasio para ducharse y cambiarse la ropa sudada.

Catrina fue al baño de su habitación y se dio una ducha con agua tibia. Intentó disminuir un poco la temperatura, siguiendo la recomendación de Aurelio de ducharse con agua fría tras el entrenamiento. Pero aún no llegaba a ese punto: para ella, era una tortura que solo soportaba al sumergirse en la piscina de agua de río, cuando el sol la calentaba lo suficiente.

Después de asearse y secarse, se aplicó su desodorante de alumbre. Luego embadurnó su piel con aceite de coco, contemplando con orgullo cómo las manchas de la dermatitis habían desaparecido. Se examinó el rostro en el espejo y resopló: aún quedaban un par de granitos diminutos que asomaban sobre su cutis. Le agradaba ver color en sus labios y mejillas; ya no tenía esa palidez que solía caracterizarla.

Mientras revolvía entre la ropa buscando qué ponerse, un hormigueo en el estómago la sorprendió al pensar en Eliot. Sacudió la cabeza, se sujetó el vientre y quedó pensativa frente al espejo del vestidor, completamente desnuda.

Un torbellino de emociones giraba dentro de ella. Suspiró y escogió un vestido de tela fresca y color rosa. Era ajustado en la parte superior, dejando ver su escote prominente, y tenía una falda suelta que llegaba a mitad del muslo. Los tatuajes de su pierna derecha quedaban expuestos. No tenía ninguno en su brazo ni pierna izquierda, donde se encontraba la prótesis robótica. Su mechón de cabello lo tiñó de rosa, a juego con el vestido. Se calzó sus botas negras, que seguían siendo sus favoritas.

Luego caminó hasta el comedor de la casa. Solo encontró a Alina, que sacudía el polvo con ayuda de unos drones asistentes.

—Alina, ¿dónde están Aurelio y los demás? —preguntó Catrina.

—Están en el comedor al aire libre —respondió la droide.

Catrina agradeció y se dirigió con paso rápido hacia esa zona. Inspiraba bocanadas de aire mientras avanzaba. Hacía mucho que no compartía un almuerzo en grupo; la última vez había sido en su adolescencia, en el comedor del colegio. Recordó a los empleados del Escuadrón Umbra comiendo juntos en el McDonald, y supuso que la experiencia sería parecida.

A medida que se acercaba, oía la voz estruendosa de Piero y las risas de Aurelio y Eliot. Aquello le apretaba el estómago y le provocaba un cosquilleo extraño en el vientre.

Suspiró e hizo una entrada casi triunfal. La brisa levantó la falda de su vestido, a punto de elevarla por completo, pero Catrina la contuvo al instante con las manos, al estilo Marilyn Monroe.

Eliot la observaba, hipnotizado.

Catrina sintió la intensidad de su mirada, y el cosquilleo en el estómago se volvió más fuerte, obligándola a sujetarse el vientre con ambas manos. El gesto pareció de dolor, lo que alarmó a Aurelio, siempre atento a cualquier reacción física de Catrina.

—¿Te duele la barriga? —preguntó Aurelio, mientras dejaba sobre la mesa un costillar sazonado que pensaba colgar en el ahumador: un enorme barril con brasas encendidas en su interior.

—No —respondió ella, tras suspirar y caminar hacia la mesa rústica de madera que yacía bajo una pérgola de formas curvas y orgánicas.

Aurelio la observó con detenimiento: el tono de su piel, cualquier movimiento inusual… pero todo parecía marchar bien. Ni se le cruzó por la mente que Catrina pudiera estar experimentando las llamadas «mariposas en el estómago».

Al verla sonreír al notar a los chicos, se tranquilizó. Volvió a tomar el costillar de cerdo, le clavó un gancho metálico en un extremo y lo llevó al asador. Abrió la compuerta lateral del barril ahumador, que despidió calor como aliento de dragón, y colgó la pieza junto a otras costillas que ya reposaban sobre brasas al rojo vivo. Luego cerró el ahumador y caminó hacia la mesa para unirse al grupo de jóvenes.

—¿Y este huesito de pollo de dónde viene? —soltó Lobo, alegre, mientras la miraba de pies a cabeza. Una vez más, iba con el torso

desnudo, pantalones cortos negros y sin calzado: completamente descalzo.

A Piero le atraían las mujeres voluptuosas, de curvas marcadas, por eso percibía a Catrina como un huesito de pollo. Sin embargo, al recorrerla con la mirada —del rostro al cuello, y de ahí al escote— notó que, pese a su figura delgada, había curvas que le agradaban. Después se fijó en los tatuajes que adornaban su brazo y pierna derecha.

—Me llamo Catrina, y sí, no soy de aquí… y no me da la gana contarte de dónde vengo —respondió, seca, con su humor habitual.

—Bueno, lo que sí es evidente es que donde vivías te estabas muriendo de hambre —se burló Lobo entre risotadas. Catrina puso los ojos en blanco.

Aunque Lobo decía la verdad, algo que Catrina comenzaba a comprender poco a poco. En las Terranovas, la alimentación era pésima: sabores dulces y atractivos, sí, pero sin valor nutricional, elaborados con ingredientes ultraprocesados y artificiales.

—¿Cómo es posible que seas amigo de este esperpento? —le preguntó Catrina a Eliot, señalando a Lobo, que seguía sonriendo con un ego inflado.

—Nos conocemos desde niños. Es buen amigo… solo que, ya sabes cómo es, habla sin filtro —respondió Eliot en voz baja.

—Claro que soy buen amigo. Un buen tipo —alardeó Piero, antes de soltar un aullido como un lobo.

Catrina volvió a poner los ojos en blanco. Le parecía ridículo y asfixiante, y eso que en Terranova 233 abundaban los desequilibrados.

—Bueno, huesito de pollo… digo, Catrina, hagamos las paces. Empecemos a conocernos —insistió Piero.

—¿Quién te dijo que quiero conocerte? —respondió Catrina, con una sonrisa maliciosa.

—Lástima que seas tan flaquita… me gustan las mujeres como tú, difíciles, pero con carne de donde agarrar —comentó Piero, relamiéndose mientras le echaba una mirada al escote de Catrina.

—Ay, Lobo… con razón estás soltero. Esa lengua tuya espanta a cualquier mujer —dijo Aurelio, soltando una carcajada.

—¡Qué va! Si hacen fila para estar conmigo —añadió Lobo, cruzándose de brazos.

—Pobres mujeres —bromeó Aurelio, negando con la cabeza—. Y a mi Catrina ni la toques… Aleja tus manos… aunque ella se defiende solita.

Aurelio miró a Catrina con complicidad y le guiñó un ojo. Ella sonreía al seguir la conversación, aunque con cierta duda sobre lo que ocurría. Para ella, era una experiencia completamente nueva: no tenía idea de lo que implicaba encontrar pareja o establecer una relación amorosa. Aurelio le había explicado cómo funcionaba la sociedad en las Econovas: allí la figura de la familia sí existía, los niños crecían bajo el cuidado de sus padres, y las relaciones amorosas solían comenzar en la adolescencia, bajo un esquema monógamo.

Catrina recordó la extraña relación que había tenido con Aldo—lo más cercano a una pareja estable—seguida por lo que vivió con Manuel.

—Catrina, mi hija, vivía con su madre en otra Econova, lejos de aquí, y estará un tiempo en Econova 233. Vino a realizarse un tratamiento bajo mi supervisión —agregó Aurelio, cortando la curiosidad de Piero.

Eliot y Piero se sorprendieron de nuevo: no sabían que Aurelio tenía una hija, ya que siempre lo habían conocido como un hombre solitario.

—¿Y por qué tiene el pelo blanco? —preguntó El Lobo con su forma indiscreta de hablar.

—Es por la condición que vino a tratar aquí. Es albina, lo que provoca pérdida de pigmentación en la piel y el cabello —informó Aurelio con tono neutral, casi de locutor.

Eliot miró a Catrina, sorprendido por lo que acababa de oír. Sus manos ansiaban tocar su cabello blanco, y mientras sus ojos recorrían la tersa piel de la joven, notó algo extraño en la unión de su hombro con el torso.

Catrina se percató y, en un susurro, le dijo:

—Perdí mi brazo en un accidente de tránsito. Este es robótico.

Eliot abrió los ojos como platos y murmuró:

—He oído que los brazos biónicos tienen muchísima fuerza.

—Así es —respondió Catrina con una sonrisa dulce, mientras sus mejillas se teñían de color.

Al otro lado de la mesa, Aurelio y Lobo seguían hablando de Catrina, esta vez del tono de sus ojos.

—Ya ves, Lobo. Soy única y magnífica, aunque no sea tu tipo —alardeó Catrina en voz alta, sumándose a la conversación.

En ese instante, a Catrina se le ocurrió una idea descabellada. Algo que había visto en una película junto a Aurelio, donde jóvenes militares rivales competían en un pulso de fuerza.

—Lobo, te reto a una competencia de pulso —dijo Catrina, guiñándole un ojo a Eliot.

—¿Qué dices, huesito de pollo? ¿Te volviste loca? —se carcajeó Piero.

—Lo digo en serio. Solo pido una condición: que sea con la mano izquierda —indicó Catrina.

—Hecho, así te doy ventaja… La izquierda no es mi mano fuerte —volvió a carcajearse, escandalosamente.

—Empecemos —dijo Catrina, colocándose frente a Piero con el codo de su brazo robótico apoyado en la mesa y la palma abierta, invitándolo. En esa posición, su escote se hacía más pronunciado y la gema negra quedaba incrustada entre sus pechos, atrayendo la mirada descarada del Lobo—. Grandullón, mírame a los ojos… y dame tu mano izquierda.

Piero reaccionó con una sonrisa de suficiencia, apoyó su codo en la mesa y estrechó la mano biónica de Catrina.

Eliot, divertido, presenciaba la escena junto a Aurelio, quien negaba con la cabeza, aunque disfrutaba el momento.

—Adelante, huesito de pollo, primero las damas —dijo el Lobo con voz calmada. Catrina ejerció apenas un poco de fuerza.

Piero soltó una carcajada y aplicó toda su fuerza, intentando volcarle el brazo en un segundo. No lo logró. Ni un centímetro se movió el brazo de Catrina.

—Mi turno —dijo ella, y con fuerza descomunal, estampó la mano de Piero contra la mesa de madera—. Gané —susurró al oído de Piero, que aún no comprendía lo que acababa de suceder.

Aurelio y Eliot estallaron en carcajadas y aplaudieron con entusiasmo.

—C-co… ¿Cómo es posible? —balbuceó el Lobo, incrédulo.

—Soy más fuerte que tú, Lobito —se carcajeó Catrina.

—Bueno, prepárense para comer —anunció Aurelio, levantándose para sacar las costillas ahumadas, ya listas.

Los costillares dorados desprendían un aroma exquisito desde la bandeja colocada en el centro de la mesa.

Alina llegó con un gran plato de ensalada —rúcula, tomate, cebolla y aguacate— junto a una jarra de agua con limón y otro plato con queso blanco a la plancha.

Aurelio cortó las costillas y las repartió en los platos. Catrina y Eliot se sirvieron ensalada y queso, y comenzaron a comer con apetito.

Piero seguía inmóvil en su sitio, sin probar bocado.

—Lobito, come algo… Te vas a quedar como un huesito de pollo. ¿Quieres que te cuente mi secreto? —dijo Catrina, limpiándose la grasa de los labios. Todos voltearon a verla—. Te gané porque tengo algo que tú no.

—Humildad —soltó Aurelio entre risas.

Piero permanecía inexpresivo, observando a Catrina con los ojos desorbitados. Por dentro, sintió una punzada de temor.

—Tengo un brazo robótico —dijo Catrina, soltando una risotada.

—¡No se lo hubieras dicho! Podríamos haberle sacado más provecho a la situación —comentó Eliot entre carcajadas, dando un manotazo en la mesa.

El comentario le devolvió el alma al cuerpo a Piero, quien reaccionó con una sonrisa tímida y comenzó a degustar, por fin, las costillas que decoraban su plato.

—Alina, ¿puedes traerme un aguacate? —pidió Piero, tras servirse dos trozos de queso a la plancha.

—Sí, señor —respondió la droide, y se marchó a buscar el alimento solicitado.

—No sabía que los lobos comieran aguacate —comentó Catrina, elocuente. Había notado que Piero solo comía carne y queso: la ensalada, ni la había tocado.

—Qué observadora, huesito de pollo. A veces los lobos tenemos que comer algo de vegetal, por los beneficios. Pero esa ensalada ni la toco: no soy una tortuga, soy un lobo —dijo Piero, mordiéndole un trozo a la costilla del plato y aullando como un lobezno—. ¡Diviiiinoooo! Mira, los depredadores comemos carne. ¿Tú crees que un gato se comería una lechuga? Pues no.

Piero le lanzó una hoja de lechuga a uno de los gatos de Aurelio que merodeaban por la zona. El felino se acercó, la olfateó y, con una de sus patas delanteras, rascó el suelo como si limpiara la arena de su caja sanitaria.

—¿Ves? Come carne, no vegetales… ¡Diviiiinoooo! —comentó Piero, y esta vez le lanzó un trozo de carne de cerdo, que el gato devoró al instante.

—Pero tú no eres un gato. Ni un lobo —replicó Catrina.

—No, pero el humano evolucionó cuando empezó a comer carne. No necesitamos nada más… —dijo Piero, dando pie a una conversación sobre los inicios de la humanidad y la evolución de la alimentación en las sociedades.

Cada uno aportaba algo valioso, con Aurelio al frente por su sabiduría: sus conocimientos científicos sobre la anatomía humana eran sobresalientes. Catrina escuchaba maravillada la conversación. No intervenía demasiado: sabía poco sobre el tema. Sin embargo, cada teoría sobre evolución y comportamiento humano la analizaba con atención, atando cabos en silencio. Ese conocimiento se agitaba en su mente, evocando lo que ocurría en las Terranovas, donde la sociedad se alejaba radicalmente de lo que debía ser por naturaleza.

Pensaba en el rol de la madre y el padre, en cómo la humanidad había resurgido en manadas, donde cada integrante cumplía una función instintiva para la supervivencia.

El cuerpo de la mujer, diseñado para gestar vida a partir de la semilla del hombre, daba origen a la procreación mediante el acto sexual. Al nacer la cría, el instinto materno la impulsaba a cuidarla incondicionalmente, pues llegaba indefensa al mundo. Está en su química, en sus genes, en la programación inscrita por la naturaleza. El olor de la cría sellaba el vínculo más puro y poderoso que existe: el lazo madre-hijo.

Mientras la mujer cuidaba a la cría dentro de la cueva, el hombre —padre de esa vida—protegía el hogar de depredadores, garantizaba su seguridad y salía a cazar para alimentarlos. Así fue evolucionando la humanidad, desde hace más de trescientos mil años, almacenando en su memoria genética roles instintivos para la continuidad de la especie, no como invención social, sino como legado biológico.

La naturaleza no se equivocó; las sociedades, en su afán de controlarlo todo, olvidaron cómo escucharla.

Desde entonces, Catrina se dedicó a estudiar la evolución humana y las dinámicas sociales.

Aurelio se sentía complacido al ver cómo Catrina se adaptaba y se desenvolvía con soltura entre otros, con Eliot y Piero. La joven se movía como pez en el agua.

Cuando los niveles fisiológicos del cuerpo se estabilizan, la salud física y mental fluyen con naturalidad.

En los días siguientes, Eliot y Piero continuaron entrenando en casa de Aurelio junto a su nueva compañera: Catrina.

El Lobo seguía obsesionado con retar al brazo robótico de Catrina. Hacían competencias de pulso, de levantamiento de pesas y de suspensión: una prueba que consistía en colgarse con una sola mano de una barra alta: quien aguantara más tiempo, ganaba.

Siempre ganaba Catrina, aunque aquella prueba le provocaba molestias en el hueso y los tendones donde conectaba su brazo biónico.

La amistad entre los tres creció con rapidez.

Aurelio retomó su trabajo en el centro médico, donde entrenaba a diario a distintas personas en rutinas físicas y terapéuticas. Al mismo tiempo, realizaba chequeos médicos—principalmente a mujeres embarazadas—incluyendo pruebas genéticas para asegurarse de que el feto se desarrollaba sin anomalías.

CAPÍTULO 18

EL ROCE DE LOS VÍNCULOS

Al principio, no eran amigos ni aliados. Solo cuerpos en fricción.
Pero el roce empezó a revelar lo que aún no sabían que necesitaban.

Viernes 9 de mayo del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Catrina abrió los ojos tras un sueño reparador. Se estiró aún acostada en la cama y sintió un bulto cálido a la altura de los pies: era Tina, una de las gatas blancas de Aurelio, que había decidido mudarse al cuarto de Catrina junto con Dilan y Orangel, el gato naranja que la recibió el primer día con un cálido mordisco, costumbre que nunca abandonó y que, de algún modo, parecía inherente a su singular personalidad felina.

Cada noche, ese trío gatuno dormía con ella. Aquella compañía la colmaba de ternura y amor, haciéndola sentir protegida y en paz.

Catrina miró la hora en el reloj: eran las seis de la mañana. Se sorprendió, pues no solía despertarse tan temprano. Se levantó con rapidez y, en absoluto silencio, salió por la puerta corrediza de cristal que daba a su habitación. Avanzó con pasos casi imperceptibles, como un ninja en plena misión, hasta llegar a la piscina natural que reposaba en el patio de la casa de Aurelio.

Y allí lo encontró, sentado en el césped, bañándose en los primeros rayos del sol. Entonces vio algo que no se esperaba: el cuerpo escultural de Aurelio revelaba un secreto silente. Su espalda, torso y piernas eran una obra de arte; el lienzo de su piel estaba

cubierto por tatuajes impresionantes, como historias grabadas en carne viva.

Catrina se quedó inmóvil ante aquella visión, como hechizada, hasta que un maullido sonoro rompió el encanto. Laica, la hermana de Tina, maullaba a sus pies mientras se restregaba con ternura entre sus piernas.

Aurelio se giró al escuchar el llamado de una de sus felinas, y se sorprendió al ver a Catrina de pie, petrificada. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo: había sido descubierto.

—Buenos días —saludó Aurelio al levantarse. Su semblante era serio, casi taciturno.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó ella, apenas reaccionando al verlo pasar a su lado en silencio, rumbo al interior de la casa.

Catrina corrió tras él.

—¿Aurelio? —insistió, con una marea de emociones comenzando a revolverse en su interior.

—Sí. Tengo tatuajes en el cuerpo —fue su única respuesta.

—Aurelio, sabes que eso no existe en esta ciudad… Por eso me mantienes oculta aquí. Tú vienes de una Terranova, como yo. Por eso entiendes tantas cosas.

—No —dijo Aurelio, seco—. No soy como tú. Pero sí estuve en una Terranova.

Aquella confesión detonó algo profundo en Catrina. Los sentimientos se arremolinaron, hambrientos por alcanzar una verdad que siempre estuvo suspendida en el aire. A pesar de todo lo que había recorrido en su proceso de sanación física y mental, aún había días en que recordaba Terranova 233, a Lucía y a Manuel. Recordaba lo ocurrido con Igor y Aldo, y cómo logró escapar apenas con vida. Esos recuerdos le provocaban ansiedad, impotencia y tristeza. Cada noche intentaba contactar con Azaria, sin éxito. Era como si la hubiesen arrojado a una dimensión lejana e incomprensible, desde la cual jamás podría regresar. Y ahora, con esa revelación de Aurelio, todo volvía a su memoria con fuerza implacable, como un vendaval dispuesto a arrasarlo todo.

—¿Cómo que no eres como yo? —preguntó Catrina, llevándose una mano al pecho, tratando de contener el desborde de sus emociones.

—Yo sí crecí con una familia… en esta Econova.

Solo esa frase bastó para que Catrina empezara a encajar las piezas del rompecabezas. Aurelio era como Igor y Aldo: una persona insertada en las Terranovas. Pero ¿cómo logró salir con vida de allí?, se preguntó, sin apartar la vista de él. Quería penetrar su mente, desentrañar todo lo que ocultaba.

Sin embargo, al ver la expresión de congoja y sufrimiento en su rostro, se contuvo. Ella tampoco le había contado la verdad, y él nunca la había presionado. Ya llegaría el momento de confesarse.

Catrina cerró los ojos y suspiró, aplicando todo lo que había aprendido en sus prácticas de yoga y meditación. Cuando logró aquietar sus emociones, abrió los párpados y actuó con sabiduría.

—Ya podemos recibir el sol juntos al mediodía. Me dijiste que es la mejor hora para absorber sus rayos —dijo, apoyando una mano sobre el hombro de Aurelio.

Él suspiró, y la sombra de tristeza que lo había invadido desde su descubrimiento por parte de Catrina, se desvaneció lentamente dando paso a una sonrisa.

—Seguro. Mañana recibiremos el sol juntos… y nadaremos en la piscina.

—Espero que algún día me cuentes tu historia. Gracias por acogerme en tu casa y tratarme así… como a tu hija —añadió ella, mirándolo a los ojos.

—No podía dejarte a la deriva. Tenía que protegerte, como lo hicieron conmigo. También espero que tú me cuentes tu historia algún día.

Catrina asintió y se dejó guiar por lo que sentía en ese instante. Se acercó a Aurelio y lo abrazó, recostando la cabeza en su pecho fornido y tatuado. Escuchó el latido acelerado de su corazón mientras él la rodeaba con sus brazos musculosos.

—Te quiero, chiquilla —dijo Aurelio por primera vez, posando una mano sobre su melena blanca y acariciándola con ternura.

—Y yo a ti —respondió Catrina, aún envuelta en el cálido refugio de ese abrazo.

—Bueno… hagamos yoga juntos. Es la hora ideal —sugirió Aurelio. Y Catrina aceptó, alegre.

Ese día, Aurelio se fue a trabajar, como era habitual de lunes a viernes, después de desayunar a las once de la mañana. Catrina, por su parte, entrenaría en el gimnasio a las dos de la tarde junto a Eliot y Piero. Todas las semanas compartía con ellos los lunes, miércoles y viernes.

La relación que mantenía con Eliot y Piero la reconfortaba, al igual que su contacto con la naturaleza. Piero tenía un perro que parecía un lobo siberiano y lo llevaba los viernes a casa de Aurelio. A Catrina le encantaba acariciar su pelaje y jugar con él. Nunca imaginó que los animales pudieran transmitir emociones tan intensas y gratificantes.

Catrina se sentía más cercana a Eliot. La inteligencia y personalidad misteriosa del joven la habían ido atrapando poco a poco. A diferencia de Piero —un libro abierto, escandaloso y extrovertido—, Eliot era reservado y silente; había que escarbar con delicadeza cada capa de su vida. Ya no lo veía como un chiquillo ingenuo, y seguía sintiendo mariposas en el estómago con solo pensar en él. Aún no comprendía qué significaba aquello, pero sin saberlo, se estaba enamorando.

Piero y Eliot tenían apenas un par de años más que Catrina, y ya eran dueños de sus propios negocios. Cada uno gestionaba la empresa familiar que les fue heredada. Gracias a la implementación de robótica e inteligencia artificial, ambos tenían la libertad de elegir sus horarios. Su rutina comenzaba muy temprano en la mañana, lo que les dejaba las tardes libres para entrenar y compartir con sus seres queridos. Piero, el Lobo, era prácticamente el dueño de una empresa ganadera especializada en reses y cerdos para la producción de carne.

Eliot, por su parte, administraba junto a sus padres el negocio de productos lácteos. Eran los principales productores de quesos, cremas de leche, mantequillas y yogures de la ciudad, y el treinta por ciento de su producción se exportaba a otras ciudades. Además,

Eliot era veterinario, y le apasionaba estudiar animales salvajes. Con frecuencia se internaba en los bosques para realizar sus investigaciones. Fue en una de esas excursiones cuando encontró a Catrina, desfallecida, cerca del río.

—Max, ¿cómo estás, hermoso? —dijo Catrina, agachándose para acariciar el espeso pelaje gris del majestuoso perro, mientras este le lamía la cara con su enorme y húmeda lengua.

—Huesito de pollo —la saludó Piero, alborotándole la melena blanca que ya le caía sobre los hombros.

—Lobito —respondió Catrina, arrugando el entrecejo, y se incorporó del suelo.

Al levantarse, se topó de frente con Eliot, quien la observaba con su intensidad habitual. Las mejillas de Catrina ardieron de inmediato, y se apartó con rapidez.

—Hola, Catri —dijo Eliot, con una sonrisa seductora que desató una estampida de mariposas en el estómago de Catrina. Su corazón comenzó a repiquetear a toda velocidad.

—Hola, Eliot… ¿cómo estás? —murmuró, evitando mirarlo a los ojos.

—Muy bien. Listo para entrenar a tu lado.

Ambos se miraron de nuevo… y sonrieron.

Eliot aprovechaba cada oportunidad para rozar la piel de Catrina: cuando le entregaba algún objeto, al ayudarla con los ejercicios… Siempre encontraba una forma de deslizar sus dedos con suavidad sobre ella, ya fuera acariciando sus manos o rozando, casi por accidente, alguna parte expuesta de su piel. Todo con una decencia intachable, pero cargado de intención silente.

A Catrina se le erizaban los vellos con cada roce; un cosquilleo cálido se alojaba en la base de su vientre. Era una sensación nueva, única, que no lograba comparar con nada que hubiese sentido antes.

Tras terminar el entrenamiento del día, el trío de jóvenes decidió sumergirse en la piscina de agua cristalina que nacía del río, mientras esperaban a Aurelio para almorzar juntos. Era un momento que Catrina disfrutaba con intensidad, especialmente por el contacto físico espontáneo con ambos chicos. Piero, con su habitual

arrogancia y brusquedad juguetona, la alzaba como si fuera una muñeca de trapo y la lanzaba por los aires, provocando un estruendoso chapuzón al caer. Eliot, en cambio, más delicado y atento, se unía al juego con la única intención de protegerla: nadaba cerca de ella, listo para asistirla si alguno de los «inventos» de Lobo se salía de control.

Catrina salió del agua y se recostó en una de las tumbonas, justo al lado de Max, el perro de Piero, que dormitaba plácidamente en el suelo. Se envolvió en una toalla mullida para secarse y regular el frío que aún sentía sobre la piel. Mientras observaba a Eliot y Piero jugar como dos niños grandes —haciendo competencias, riendo y salpicándose—, una fantasía inesperada se deslizó en su mente. No podía evitar imaginarse compartiendo algo íntimo y especial con ambos, algo tan impensable como cargado de deseo. La idea la estremeció, y decidió mantenerla donde estaba: en el cálido rincón de sus pensamientos que nadie más podía alcanzar. Compartir un *Lolilove* tripe sería una experiencia interesante y placentera. Catrina devorando esos cuerpos esculturales, las caricias de Eliot recorriendo todo su cuerpo, Piero con su rudeza embistiéndola.

Llevaba tanto tiempo sin sentir el placer del sexo, que aquella necesidad, hasta entonces dormida, la tomaba por sorpresa. Solo pensar en ello hacía que las mariposas en su vientre revolotearan con una fuerza nueva, anidándose justo en su zona intima.

Sintió como sus labios vaginales se hincharon y su cavidad se expandía a la vez que se humedecía. Sus pezones se endurecieron poniéndose en punta como solían hacerlo con el contacto frío del agua. Pero en esos momentos, su temperatura corporal estaba más bien en aumento; la excitación llenando su cuerpo.

Llevó una de sus manos a uno de sus pechos, mientras que la otra la hundió dentro de la humedad de su vagina. Lo hacía por inercia dejándose llevar por sus deseos.

Un leve jadeo escapó de sus labios.

—¿Estás bien? —preguntó Eliot, al verla con los ojos cerrados y retorciéndose suavemente dentro de la toalla que la envolvía.

Catrina abrió los ojos y dejó escapar otro suspiro entrecortado. Un súbito sentimiento de vergüenza la invadió, otra emoción extraña

y ajena que apenas comenzaba a reconocer.

—Sí —respondió rápidamente, acalorada, saliendo del mullido envoltorio con torpeza.

—Hola, muchachos —saludó Aurelio, entrando en escena con un enorme pescado colgando de uno de sus brazos—. Comeremos pescado ahumado.

—Espero que tengas más que solo ese pescado. Yo me lo comería entero —alardeó Piero con su típica exageración.

—Claro que hay más… Pónganse ropa seca y vamos a comer.

—¡Diviiinoooo! —gritó Piero con su grito emblemático, desatando risas a su alrededor.

Catrina se levantó de la tumbona y corrió hacia la sala de baño de su habitación para darse una ducha rápida. El calor del agua recorriendo su piel le recordó su fantasía sexual con Eliot y Piero. Nuevamente, su cuerpo reaccionó con una excitación que no pudo contener.

Con ambas manos acarició la dureza de sus pezones, deslizando los dedos con la suavidad que le otorgaba el jabón. Bajó la mano derecha hasta la humedad de su vagina y hundió un par de dedos, los cuales movió de adentro hacia afuera hasta que sintió la explosión del orgasmo. Dejó escapar un leve gemido, no quería ser escuchada por nadie, ni siquiera por la domótica de la casa.

Se quedó inmóvil bajo la ducha tras el clímax. Era la primera vez que llegaba a un orgasmo por sus propios medios y fuera de los efectos del *Lolilove*. Se sintió extremadamente rara, pero ligera, como si hubiese soltado una carga muy pesada.

Sonrió tras esa experiencia que le resultó tan increíble. Estaba experimentando tantas cosas nuevas. Eso avivaba la llama de su existencia.

Catrina salió de la ducha e hizo su ritual de acicalamiento. Tras vestirse con una malla negra de cuerpo entero —manga larga y espalda descubierta— salió descalza en dirección al comedor al aire libre. Desde que había comenzado a sentir el contacto directo con la naturaleza bajo sus pies, se acostumbró a caminar sin calzado por toda la casa. Solo usaba zapatos para entrenar, algo que Piero

siempre celebraba con una ovación espontánea cada vez que la veía sin ellos.

Aurelio ya servía trozos de pescado cuando Catrina hizo su aparición.

—Huesito de pollo, pensamos que te habías quedado dormida —dijo Piero en voz alta, con la boca medio llena.

Catrina le respondió con una sonrisa y se sentó frente a su plato de cerámica, donde humeaba un trozo generoso de pescado recién ahumado. Al probarlo, una explosión de sabores le inundó la boca como una fiesta inesperada.

Piero, ajeno al pudor gastronómico, masticaba con deleite la cabeza de uno de los pescados. A Catrina aquella escena le resultó grotesca. Algo en su interior se contrajo y sintió una punzada de compasión hacia el animal. No podía evitarlo: aunque su cuerpo agradecía la comida, su mente aún renegociaba su lugar en ese ciclo de vida y muerte.

—¿Es posible alimentarse con cosas que no provengan de los animales? Me encanta la carne, pero me duele pensar en los animales —preguntó Catrina, con el ceño fruncido y la voz cargada de aflicción.

—En el pasado existieron los vegetarianos —respondió Aurelio—. Se alimentaban de vegetales y de productos derivados de animales como huevos, leche o mantequilla. Luego estaban los veganos, que solo consumían alimentos del reino vegetal.

—¿Y qué pasó? —insistió Catrina, movida por una curiosidad genuina.

—Aunque eran dietas consideradas saludables, muchas veces llevaban a deficiencias nutricionales —explicó Aurelio—. Y cuando esas carencias se mezclaban con alimentos ultraprocesados y artificiales, la situación empeoraba. Muchos veganos comenzaron a enfermar gravemente, lo que les causó la muerte.

—Ya veo… —comentó Catrina con pesar.

—Somos carnívoros. Ahí está todo lo que necesitamos para vivir fuertes y sanos. Un león necesita cazar para sobrevivir; si lo alimentas solo con vegetales, muere —intervino Piero con firmeza.

—No solo somos carnívoros, Lobo —le corrigió Aurelio—. Somos omnívoros. Nuestro cuerpo necesita de ambos mundos. Tú también comes vegetales y frutas, aunque lo niegues. Incluso los felinos comen hierbas de vez en cuando para ayudar a su digestión.

—Bueno… lo mínimo y necesario —concedió Piero, echando la silla hacia atrás con despreocupación.

—Aun así, me parece terrible tener que quitarle la vida a un ser vivo para alimentarnos —murmuró Catrina, incapaz de apartar la idea de su cabeza.

—Huesito de pollo —dijo Piero, con su tono más serio—, mi familia se dedica a la ganadería. Sí, sacrificamos animales para alimentar a las ciudades, pero lo hacemos de forma consciente. Nuestras reses y cerdos viven libres, tranquilos, y no sufren en el proceso. Es parte del ciclo.

Catrina resopló, imaginando esa realidad. Algo en su interior se revolvía entre la lógica y la compasión.

—La ingesta de proteína es fundamental. Se dice que fue clave en la evolución del cerebro humano. Para mantenerlo sano, debemos consumir proteína animal… y no solo carne, también vísceras —continuó Piero, con tono didáctico.

—Por ahora, solo me gusta el corazón. ¡Amo los corazones de pollo… lo siento, lindos pollitos! —gritó Catrina al aire, provocando las carcajadas de todos.

—Me gustaría que conocieras las instalaciones de mi empresa —sugirió Eliot—. Nuestras vacas mueren de viejitas, porque están destinadas a la producción de leche y sus derivados.

—Me encantaría —respondió Catrina con entusiasmo.

—Pero aún no puedes salir —intervino Aurelio, disfrazando la verdad con un gesto sereno—. Recuerda que tuviste un procedimiento delicado.

Catrina resopló, frustrada.

Se abrió entonces un animado debate sobre la alimentación. Aurelio seguía una dieta cetogénica estricta: no consumía yogur ni semillas, solo carnes, grasas, quesos y vegetales. De frutas, apenas aguacate y limón. Piero llevaba una alimentación aún más radical: se limitaba a carnes, vísceras, grasas, quesos, limón, café, aguacate y,

muy ocasionalmente, tomate o cebolla. Eliot, en cambio, incluía más variedad en su dieta. Añadía algunos tubérculos y nueces, lo que para Aurelio y Piero era poco menos que un sacrilegio. Catrina, con su curiosidad en plena efervescencia, se inclinaba por un enfoque más cercano al de Eliot.

Mientras el grupo seguía discutiendo animadamente sobre los distintos tipos de alimentación, Eliot se levantó en silencio y se alejó con pasos sigilosos hacia un arbusto cercano.

—¿Qué haces? —preguntó Piero, frunciendo el entrecejo.

Eliot levantó un dedo en señal de silencio. Se agachó con rapidez, y hundió las manos entre las ramas hasta atrapar algo peludo y marrón. Al regresar hacia la mesa, Max se le acercó con curiosidad, intentando olfatear el contenido de sus manos.

—Fuera, Max —lo apartó Eliot con firmeza, sin levantar la voz.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Catrina, con los ojos iluminados.

—Una ardilla —dijo, apenas conteniendo una sonrisa.

A Catrina se le encendió el rostro: adoraba a esos pequeños animales que solían corretear entre las ramas cada mañana. Eliot se acercó y, con extrema delicadeza, abrió las manos frente a ella. En su interior, una ardilla joven de pelaje castaño lo observaba con ojos inquietos.

—¿Puedo tocarla? —susurró Catrina, como si temiera romper el momento.

—Claro. Ya está en edad de separarse de su madre —explicó Eliot, permitiendo que Catrina acariciara el lomo suave de la criatura, inusualmente dócil.

—Cuidado y te muerde, Huesito de pollo —advirtió Piero con tono burlón.

—Vamos a llevarla a una zona más alta. Los gatos de Aurelio podrían hacerle daño —propuso Eliot.

—¿Hacerle daño? ¡La matarían sin pensarlo! Es la naturaleza —añadió Piero entre risas.

Catrina y Eliot caminaron en dirección al anillo de árboles que rodeaba el patio trasero.

—Aquí está bien —indicó Eliot, señalando un árbol delgado cuyas ramas se estiraban como dedos hacia el cielo.

Catrina no apartaba la vista de las manos de Eliot que aún resguardaban al animalito. Él alzó los brazos, apoyó las manos sobre una rama firme, y abrió los dedos lentamente. La ardilla permaneció unos segundos quieta, mirando de reojo a los dos humanos, y luego, con un movimiento ágil, trepó veloz hacia la copa del árbol, perdiéndose entre las hojas.

Catrina se quedó quieta, envuelta en ese instante. Eliot la observó, y al ver la expresión de asombro puro en su rostro, comprendió que algo profundo se había despertado en ella. Era como ver a una niña fascinada por un milagro silencioso.

Eliot se había enamorado de Catrina, aunque su situación era complicada. Llevaba dos años en pareja con una joven que, en los últimos tiempos, se había distanciado de él. Prefería pasar largas temporadas viajando con sus amigas, y los pocos días que compartían juntos, él la sentía distraída, como si estuviera siempre en otro lugar. Solo conectaban en el plano sexual, vínculo que, a pesar de todo, lo mantenía atrapado.

Piero sabía bien lo que Eliot sentía por Catrina. Intentaba abrirle los ojos cada vez que podía, convenciéndolo de que rompiera con una relación que, a todas luces, se estaba apagando. Pero cuando Eliot lograba reunir fuerzas para soltar ese lazo agotador, su novia regresaba como una ráfaga arrolladora de erotismo, envolviéndolo en una lujuria hipnótica de la que no conseguía desprenderse.

CAPÍTULO 19

INSTINTO MUSICAL

Hay sonidos que no se aprenden, solo se recuerdan. El cuerpo los reconoce como si siempre hubieran vivido allí, esperando a ser liberados.

Sábado 14 de junio del año 3507.
Econova 233. América del Sur.

Pasó un mes. Catrina recibió una sorpresa largamente esperada: por fin llegaron la consola y los equipos de música electrónica que Aurelio había solicitado. El pedido había demorado tanto que él mismo ya había presentado múltiples quejas a la empresa proveedora.

Ese día, Catrina no pudo contener la emoción. Parecía otra persona: vibrante, efusiva, transformada por una felicidad auténtica. Aurelio le había acondicionado un cuarto con acústica especializada para que pudiera liberar su imaginación y sumergirse en la creación de melodías sin límites.

Pasó horas navegando en ese universo sonoro, acompañada de su nueva membrana de realidad aumentada, que le envolvía la cabeza como una burbuja translúcida. Aurelio la observaba a lo lejos, sereno. Verla tan llena de vida —lejos de las Terranovas— lo colmaba de alivio y alegría.

Crear música la transportaba a un lugar de felicidad infinita. Pero, inevitablemente, también la conectaba con su pasado en Terranova 233, donde cada lunes se empapaba de notas musicales como si fueran aire. Ese recuerdo le oprimió suavemente el pecho: sabía que nunca podría olvidar sus raíces.

Un par de semanas después, Catrina organizó un concierto privado en el salón acústico de la casa de Aurelio e invitó a Eliot y Piero. Se vistió como siempre había soñado para una presentación de gran magnitud: llevaba un atuendo plateado con acentos violeta, ceñido al cuerpo como una segunda piel sintética, como salida de una epopeya espacial. Lamentó no poder maquillarse; se había imaginado un look deslumbrante, en tonos brillantes y púrpura, digno de un escenario estelar.

Eliot y Piero quedaron boquiabiertos. A lo largo de la presentación, no solo admiraron su talento: también fueron testigos de una Catrina en pleno renacimiento. Eliot, especialmente, sentía que su pecho iba a estallar. La adoración que le inspiraba crecía con una intensidad que apenas podía contener.

Apenas terminó el último acorde, Catrina se quedó en silencio. Respiraba con profundidad, como si su cuerpo aún vibrara al compás de las frecuencias. Se acercó a la consola y deslizó los dedos sobre la superficie iluminada.

—¿Escucharon eso? —preguntó, sin mirar a nadie—. No hablo de las notas… hablo de lo que provocó en ustedes.

Piero aún estaba absorto. Eliot, por su parte, asintió, incapaz de poner en palabras lo que había sentido.

—Fue como si me abrieras el pecho —dijo finalmente—. Como si algo quisiera salir.

Catrina sonrió.

—La música electrónica… es algo más que ritmo. Las frecuencias que usamos tocan estructuras primarias en el cuerpo. Vibran con el sistema nervioso, alteran el pulso cardíaco, despiertan recuerdos que ni sabías que tenías. Es casi como hackear la biología emocional.

Piero frunció el ceño, intrigado.

—¿Estás diciendo que lo que sentimos tiene una base genética?

—Sí, en parte —respondió ella—. Lo aprendí en un documental que vi hace poco. Hay estudios que sugieren que el instinto musical está codificado en nuestro ADN. Una sombra evolutiva, quizás. Como si la música hubiese sido nuestra primera forma de lenguaje, antes que las palabras.

Eliot la miraba embelesado, no solo por lo que decía, sino por cómo lo decía: con convicción, como quien ha viajado al núcleo de algo invisible.

—Y no solo eso —continuó Catrina—. Algunos teóricos creen que ciertas secuencias sonoras pueden activar zonas del cerebro que están dormidas. Que podemos expandir estados mentales, acercarnos a experiencias que antes llamábamos «espirituales», pero que podrían ser simplemente estructuras cerebrales todavía inexploradas.

Se acercó a ellos, bajando el volumen ambiente a un murmullo casi imperceptible.

—Lo que yo hago no es solo música… es programación emocional. Cuando compongo, no solo pienso en notas, pienso en reacciones, en pulsos, en memorias dormidas. Cada patrón que genero podría ser una llave que abre algo en ustedes.

Piero se acomodó en el sillón, aún impactado.

—Entonces… ¿la música revela lo que somos?

—O lo que aún no sabemos que podemos ser —dijo Catrina, con una dulzura enigmática.

Aurelio permanecía en la penumbra del salón, apartado a propósito, como si no quisiera interferir con la energía que Catrina había despertado. Sus ojos brillaban con una mezcla de ternura y admiración. No solo estaba orgulloso del espectáculo, sino de cada paso que la había traído hasta allí.

Recordaba con nitidez el primer día en que Catrina cruzó el umbral de su casa, temblorosa, derrotada, cargando un cuerpo agotado por la adicción y una mirada rota por el exilio interior. Sus palabras eran escasas, su presencia como una sombra que apenas tocaba el suelo.

Pero Aurelio no la juzgó. La arropó con paciencia, como quien cuida una semilla herida que aún guarda promesas. Durante semanas, se dedicó a reconstruirla en silencio: le ofreció alimentos naturales, ejercicios para el cuerpo y el espíritu, y un espacio libre de juicios. Cada día trazaban rutinas pequeñas, tan simples como aprender a respirar sin miedo. Poco a poco, el cuerpo de Catrina

dejó de temblar, su piel recuperó el color, y su mente… ah, su mente floreció.

Porque lo que más conmovía a Aurelio no era su talento musical, sino la curiosidad que había despertado en ella. Cada noche, la encontraba sumergida en textos sobre neuroacústica, diseño de sonidos, teoría cuántica aplicada al arte. Como si una parte dormida de su cerebro hubiese despertado solo con la promesa de crear.

Observándola ahora, con ese traje plateado que abrazaba su cuerpo como armadura cósmica, Aurelio sintió una punzada de orgullo paternal. No por haberla «rescatado», sino por haber creído en lo que aún no se veía. El sonido la había curado. Pero fue su voluntad —su fuego interno— lo que la había transformado.

Aurelio mantenía la vista fija en ella, pero su mente viajaba atrás, a aquellos días agónicos donde la música aún no existía en su mundo. Lo único que resonaba entonces era el sonido áspero de la lucha interna: las puertas cerradas con furia, los gritos que raspaban la calma, y los silencios cargados de sufrimiento.

Recordaba una madrugada en particular. Catrina había despertado empapada en sudor, con los músculos rígidos como piedra y los ojos dilatados de pánico. Gritaba que todo ardía, que su piel no era suya, que quería escapar. Se negaba a comer, insultaba a Aurelio con palabras cargadas de desesperación, lo empujaba, lo acusaba de robarle su libertad.

Pero Aurelio no se movía. No respondía con enojo, solo con una quietud compasiva. Le hablaba con tono sereno, le ofrecía agua, le repetía que no estaba sola. Que cada demonio que la visitara, él lo enfrentaría con ella.

Después de cada tormenta, llegaba el susurro. A veces al día siguiente, a veces esa misma noche, Catrina se acercaba en silencio, con los ojos enrojecidos y la voz quebrada.

—Lo siento… no quería decir eso. No sé por qué lo hago.

Aurelio nunca pidió explicaciones. Solo le respondía:

—Yo sí sé por qué. Porque estás peleando con algo que quiere apagarte… pero tú sigues aquí.

Esas palabras se clavaron en ella. Como un ancla en medio del naufragio.

Ese día, mientras las frecuencias dibujaban constelaciones invisibles en el aire, Aurelio veía cómo esa misma mujer que había rasgado las paredes con rabia ahora tejía realidades con sonido. Y no con fragilidad, sino con fuerza.

Para él, no era solo música. Era prueba viviente de que incluso las almas en llamas pueden aprender a danzar con la luz.

La casa había vuelto al sosiego. Eliot y Piero se marcharon con palabras efusivas, dejando atrás un aire suspendido en gratitud. Catrina se sentó en el borde del escenario, despojándose lentamente de la membrana de realidad aumentada que aún palpitaba con luces tenues. Aurelio se acercó con paso tranquilo, llevando una infusión cálida entre las manos.

—Para que bajes del cosmos con algo suave —dijo, sonriendo.

Catrina lo aceptó sin decir nada. Se veían en silencio por unos segundos. La luz de la consola reflejaba sombras violetas en su rostro.

—No sé cómo agradecerte —susurró ella—. Me ayudaste a reconstruirme cuando ni yo sabía cómo juntar mis pedazos.

Aurelio negó con suavidad.

—Tú los juntaste. Yo solo te di una mesa en donde pudieras armarte sin miedo.

Ella bajó la mirada. Algo se removía en su pecho, como una ola vieja que regresa al origen.

—¿Recuerdas cuando rompí aquel espejo y te grité que eras un tirano por no dejarme escapar? —preguntó, con una mezcla de vergüenza y dolor.

—Lo recuerdo —respondió con serenidad—. Y también recuerdo que esa noche volviste, con las manos temblando, solo para susurrar «lo siento».

—Lo decía de verdad —dijo ella, apretando la taza—. Cada vez que te gritaba algo horrible, sentía que el monstruo hablaba por mí. Como si no tuviera control… y tú seguías allí. No entiendo cómo no te fuiste, cómo no me votaste de tu casa.

Aurelio se acomodó a su lado, sin invadir el espacio.

—No me fui porque tu rabia no era maldad. Era dolor. Un cuerpo acostumbrado al castigo grita cuando empieza a sanar. No eras

cruel, estabas herida… y yo sabía que debajo de todo eso había música. Y mira ahora… la estás soltando al mundo.

Ella tragó con dificultad. Las lágrimas no eran de tristeza, eran de revelación.

—Siempre pensé que, si lograba dejar las drogas, sería menos interesante… menos intensa. Como si ese fuego me definiera.

Aurelio la miró con ternura.

—Y ahora sabes que no eras fuego… eras sonido esperando ser liberado.

Catrina sostuvo la taza tibia entre sus manos como si quisiera absorber algo más que calor. Su mirada se había perdido sobre una consola apagada. Parecía reflexionar con cada latido.

—¿Sabes? —dijo en voz baja— Cuando estaba en la peor parte… cuando el síndrome de abstinencia me hacía odiarme, yo pensaba que era irrecuperable. Que había algo roto y que nada podía con eso. Lo pensé muchas veces… que no tenía salvación.

Aurelio permaneció en silencio, sin romper la cadencia de sus palabras. Sabía que no todos los silencios son ausencia.

—Pero un día empecé a experimentar con frecuencias. Solo por curiosidad. Y descubrí que, si modulaba ciertos pulsos, sentía que mi cuerpo se calmaba. Que mi mente dejaba de pelear. Fue algo mínimo al principio, como una grieta por donde entraba la luz. La música… empezó a enseñarme a volver a mi esencia.

Aurelio se permitió una sonrisa, discreta pero profunda.

—Transformaste tu tormenta en lenguaje.

—Sí —dijo Catrina, con una emoción quebrada—. Porque entendí que la música no solo sirve para crear belleza… también sirve para redimir. Para devolverle al cuerpo lo que alguna vez perdió: ritmo, orden, sentido. Es como si cada sonido que genero fuera una palabra que no pude decir cuando estaba rota.

Guardó silencio unos segundos. Luego la miró directamente.

—¿Sabes qué creo ahora? Que cada composición que hago es un pacto. Un pacto con mi pasado, diciéndole: no te niego, pero ya no eres quien manda. Y con mi futuro, diciéndole: te espero con la mente abierta y el pulso firme.

Aurelio apretó suavemente su hombro, sin decir más. Ella había dicho todo.

La música no solo se escucha: se habita. Se desliza por los pliegues del cuerpo, activando memorias, despertando emociones que ni la conciencia reconoce del todo. En su forma más pura, no es entretenimiento, es alquimia. Una vibración organizada que transforma el caos en orden, el dolor en expresión, el vacío en posibilidad.

Cada frecuencia, cada pulso, cada textura sonora tiene el poder de dialogar con las células, de alterar ritmos internos, de reconfigurar patrones mentales. La música es, en muchos sentidos, una tecnología ancestral del alma.

Transforma porque toca lo intocable. Porque no necesita que la mente lo comprenda para que el cuerpo lo sienta. Es puente entre lo que fuimos y lo que estamos dispuestos a ser. Y como Catrina descubrió, componer no es solo crear… es reconstruir. Es decirle al universo: aquí estoy, vibro, y soy.

A veces, lo que sana no tiene forma. No se toca ni se explica del todo. La música, en su misterio más profundo, transforma porque no pide permiso: simplemente entra. Vibra. Reconecta.

Para Catrina, la música no fue solo refugio, fue revelación. Siempre lo había sido. Un código íntimo que tradujo lo que el dolor nunca supo decir. Al crear, dejó de huir de sí misma. Cada frecuencia que diseñó, cada pulso que tejió, fue una conversación con su propia historia. Un reencuentro con partes olvidadas. Una afirmación silenciosa: existo, sin fragmentarme.

La música no cura como lo haría un medicamento. Cura como lo hace un abrazo en el momento exacto. Como una nota sostenida justo antes de romperse. Porque al final, no se trata solo de lo que se oye… sino de lo que se despierta.

Y esa noche, mientras las frecuencias aún flotaban en el aire de Econova 233, Catrina lo entendió sin necesidad de palabras: su cuerpo ya no era campo de batalla, era instrumento. Su mente, antes caos, ahora era partitura. Y su alma… por fin, melodía.

Y así pasaron seis meses. El cuerpo de Catrina había cambiado notablemente, estaba más voluptuosa y curvilínea, aunque para

Piero seguía teniendo poca carne, pero ya reconocía que se veía diferente.

Catrina se había acostumbrado a la alimentación libre de carbohidratos procesados, la que una vez se llamó dieta Keto en los años dos mil. Aunque no era una dieta cetogénica estricta, Catrina no extrañaba ni las donas, ni los cereales con leche ni las gaseosas azucaradas. Su cuerpo le pedía otros alimentos, los que de verdad la nutrían y la mantenían equilibrada física y mentalmente. Ya no padecía de diabetes tipo dos, ni de dermatitis, ni de rinitis; su salud estaba en perfectas condiciones, ni siquiera un dolor de cabeza o de estómago hacían presencia. Su menstruación ya llegaba de forma regular e indolora. Las ganas por estupefacientes se habían esfumado, solo quedaron en los recuerdos más recónditos. Había sanado su cuerpo, su mente y su espíritu.

Siguió practicando la masturbación casi a diario como desahogo al deseo reprimido que sentía principalmente por Eliot, con quien continuaba en un juego de miradas y roces que erizaban la piel. A veces le llegaba a su mente la fantasía de hacer un trío junto con Piero, a quien también apreciaba y que de alguna forma le atraía, aún con la arrogancia que lo definía.

CAPÍTULO 20

INSTINTO MUERTO

La naturaleza no olvida su diseño… pero a veces, la memoria instintiva queda sepultada bajo capas de dolor químico y social.

Sábado 5 de julio del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Eliot fue temprano por la mañana a visitar a Catrina con la idea, algo descabellada, de invitarla a su casa. Vestía de manera distinta a como lo hacía habitualmente: ese día llevaba un conjunto casual de pantalón crema y camisa blanca, evocando el estilo de un príncipe egipcio del año tres mil.

Mientras Catrina nadaba en la piscina natural, Eliot conversaba con Aurelio, ambos recostados en las sillas tumbonas.

—Aurelio, Catrina ya cumplió seis meses desde su procedimiento genético, y la veo en perfectas condiciones —comentó Eliot.

—Ajá, ¿y entonces? —preguntó Aurelio, alzando las cejas.

—Bu-bueno… ya podría salir un poco. No corre riesgos —tartamudeó Eliot ante la mirada afilada de Aurelio.

—¿A dónde exactamente? —Aurelio parecía leerle la mente.

—A mi casa. Me gustaría que conociera a mis padres.

Aurelio se quedó pensativo. Catrina no merecía otro encierro como el que vivió en Terranova 233, pero la seguridad era prioridad.

—Trato hecho, pero solo a tu casa. Se sube en tu coche aquí, va directo a tu casa, y regresa igual —indicó Aurelio con tono paternal.

—Vaya, Aurelio, Catrina no es una niña —replicó Eliot, sonriendo.

—No, y es más madura que tú. Seguro ha vivido más que tú también. Pero esto es por su seguridad. Es eso o nada —Aurelio fue

tajante.

—Está bien. Así será. Le diré que se arregle para almorzar con mi familia.

Tras varios minutos en el agua cristalina, cuyo fondo estaba cubierto de piedras de río, Catrina decidió salir. Caminó con el cuerpo mojado hasta las tumbonas donde descansaban Eliot y Aurelio. Tomó una toalla color verde manzana y se secó antes de sentarse en la silla contigua a Eliot.

—Catri, me gustaría que vinieras hoy a almorzar a mi casa —pidió Eliot con valentía.

Catrina miró a Aurelio. Sabía que no podía salir de aquel lugar sin su consentimiento. Aurelio asintió con la cabeza, autorizándola.

—¿A qué hora nos vamos? —preguntó, emocionada. Llevaba ya seis meses sin salir de la casa de Aurelio.

—Por mí, nos vamos ya —respondió Eliot, con una sonrisa radiante.

—Me voy a vestir —dijo ella, levantándose con premura. Luego miró a Aurelio y añadió—: Gracias.

Él respondió con una ligera reverencia y una sonrisa cálida.

Catrina corrió a su habitación. Se duchó rápidamente, y al salir se aplicó aceite de coco por todo el cuerpo. Ya no usaba desodorante: no lo necesitaba. Su olor corporal era suave y agradable. Secó su cabello con un pequeño secador inalámbrico.

Luego empezó su debate mental sobre qué ponerse.

—Alina, ¿qué me recomiendas usar? Iré a casa de la familia de Eliot. Es para un almuerzo.

—Gracias por consultarme, señorita Catrina. Me alegra ayudarla con este asunto. Le aconsejo un atuendo conservador que no exponga en exceso sus atributos, pero que la haga lucir elegante y distinguida. La familia de Eliot tiene un estilo particular. Le recomiendo este conjunto…

En el espejo de piso a techo del vestidor, el atuendo apareció materializado sobre el cuerpo de Catrina: un vestido largo, vaporoso y suelto, color palo de rosa, con reminiscencias de una túnica egipcia. Dejaba al descubierto sus brazos y parte de sus muslos. En la cintura, un cinturón ancho y dorado sostenía un par de trenzas del

mismo color que caían hacia un lado de la cadera. Como accesorios, lucía una gargantilla de cuero dorado que envolvía su cuello, y dos argollas de oro brillaban en sus orejas. En los pies, unas elegantes botas doradas de acabado envejecido le cubrían hasta la pantorrilla.

Catrina se contempló con asombro. Nunca se había vestido así. Se veía elegante e imponente, sin necesidad de excesos.

—Me gusta. ¿Hay un atuendo así en el clóset? —preguntó Catrina, y de nuevo apareció desnuda frente al espejo.

—Sí, en la sección de vestidos —respondió Alina, la inteligencia artificial de la casa.

Catrina se dirigió al clóset y hurgó entre las prendas hasta encontrar el exótico vestido. No podía creer que realmente estuviese allí. Se colocó el atuendo con cuidado, lo notaba tan delicado y sutil que con un movimiento brusco podría romperlo.

—Alina —comentó Catrina mientras se observaba el rostro con cierta desaprobación. Aunque su piel estaba lozana y con buen color, sentía que algo le faltaba—. Necesito maquillarme, hoy es una ocasión especial.

—Señorita Catrina, mire a Dilan —sugirió Alina.

Catrina volteó hacia la entrada del vestidor, donde el gato atigrado de color gris la miraba con indiferencia.

—¿Le parece bonito? —preguntó Alina.

—Claro, es hermoso —respondió Catrina.

—Los gatos no se maquillan para verse más hermosos. Lo son por naturaleza. Usted ya es hermosa, tal como es —agregó Alina. Su voz envolvía con suavidad la intimidad del vestidor.

Catrina resopló.

—Lo sé, pero a lo largo de la historia humana, muchas civilizaciones usaron el maquillaje como símbolo de poder, belleza, valentía —expuso, recordando las lecciones que había aprendido.

—Eso es cierto. ¿Necesita el maquillaje para tomar coraje? ¿Qué desea demostrar? —preguntó Alina.

—Bueno… la verdad, solo quiero verme más bonita —dijo Catrina con sinceridad.

—Ya es hermosa. No necesita nada más. Pero en tal caso… Aurelio dejó un regalo para cuando llegara este momento.

Una de las paredes del vestidor se abrió revelando un compartimiento oculto, del que Catrina no tenía conocimiento. Una pequeña caja blanca con cerrojos dorados flotó suavemente hasta sus manos.

Al abrirla, encontró delicados productos que reconoció al instante: maquillaje elaborado con ingredientes naturales y orgánicos. Había delineador de aceite de almendra, labial de aceite de coco con pigmento de remolacha, rubor de fécula de maíz, agua de rosas y polvo de remolacha…

—No sé usar estas cosas —dijo, emocionada pero confundida mientras observaba los productos.

—Fácil —respondió Alina. En una sección del espejo apareció el video de una mujer aplicándose maquillaje.

Catrina lo miró un par de veces, luego aplicó lo aprendido. Se puso un poco de rubor en las mejillas y en los párpados superiores, que delineó con tinta negra, haciendo que sus ojos resplandecieran como los de un felino. Después dio color a sus labios con el labial de coco. Era un maquillaje sencillo y natural que realzaba sus rasgos. Satisfecha, sonrió ante el espejo.

—Le recomiendo que lo use solo en ocasiones especiales, para cuidar la salud de su hermoso rostro —aconsejó Alina.

—Gracias —dijo Catrina, saliendo triunfante de la habitación.

Eliot y Aurelio la esperaban en el recibidor de la casa, donde una sala con muebles de formas orgánicas se fusionaba con las paredes de acabado en madera, como si fueran parte de ellas. Cuando Catrina entró al lugar, ambos la miraron con sorpresa: estaba preciosa, con un estilo muy distinto al que solía usar que más cercano al ciberpunk que llevaba en Terranova 233. Su mechón biónico se tornó rosa para armonizar con el atuendo.

—Bueno, Eliot, ya sabes las condiciones —recordó Aurelio, acercándose a Catrina para darle un beso en la frente—. Estás preciosa… cuídate mucho.

Catrina asintió con una sonrisa y miró a Eliot, que seguía congelado, observándola.

—¿Nos vamos? —preguntó, rompiendo el hielo.

—Sí, nos vamos. Nos vemos luego, Aurelio, gracias —dijo Eliot al despedirse.

—Ya… no regresen muy tarde —comentó Aurelio, como si se tratara de un par de adolescentes.

Catrina siguió a Eliot hasta su vehículo aerodinámico, parecido al de Aurelio, pero con un elegante acabado en negro mate. Se subieron al coche volador y emprendieron la marcha con velocidad.

Catrina permanecía en silencio, mirando el paisaje por la ventana. Hacía mucho que no contemplaba aquel mundo: parejas caminando con sus hijos, personas paseando mascotas, ancianos sentados en plazas disfrutando de la naturaleza… Un entorno tan distinto del que ella provenía.

El vehículo que conducía Eliot se adentró en un complejo residencial conformado por tres edificaciones monumentales. Parecían pilares de piedra brotando del suelo, distintos en arquitectura a la casa de Aurelio, aunque igual de armoniosos con la naturaleza. Algunas paredes estaban cubiertas de vegetación que contrastaba con las texturas rocosas. Ventanales esbeltos se abrían siguiendo un patrón constante, permitiendo que la luz natural inundara el interior. Las tres construcciones estaban conectadas por una plaza triangular central, repleta de árboles y arbustos que revelaban un paisajismo cuidadoso y exótico.

El coche ingresó al garaje inferior de una de las edificaciones y quedó herméticamente guardado. Eliot y Catrina descendieron del coche y atravesaron una puerta que conducía al recibidor de la casa: un espacio de doble altura donde la claridad del día se filtraba por un inmenso ventanal que también funcionaba como acceso principal. Las paredes culminaban en su parte inferior en un canal de agua que fluía como un espejo hacia el interior de la morada, dando la sensación de que el suelo flotaba sobre una laguna artificial.

—Esta es mi casa. Luego te la muestro con calma. Vamos a casa de mis padres, nos están esperando —indicó Eliot.

Catrina asintió con la cabeza. Estaba impresionada por lo que veían sus ojos. Aquella casa le recordaba los templos egipcios que había visto en documentales sobre la humanidad.

Salieron por la enorme puerta de cristal, que giraba para abrir el paso. Circularon por las caminerías que formaban el triángulo que conectaba las edificaciones, en dirección al edificio más alto de los tres. La entrada era similar a la casa de Eliot. Siguieron el sendero que parecía flotar sobre el agua, cruzaron un impresionante salón social, hasta llegar a un espacio monumental presidido por una mesa de mármol blanco con doce puestos. Un delicado rayo de luz se deslizaba sobre ella, proveniente de una claraboya delgada como una ranura.

—Bienvenido, hijo —dijo una señora de cabello liso y negro que caía sobre sus hombros, con un delicado mechón blanco que iluminaba su rostro. Vestía una túnica larga y suelta en tonos crema y dorado, similar a la de Catrina. Era una mujer madura, pero con una piel envidiable.

—Hola, mamá —contestó Eliot y le dio un beso en la mejilla—. Ella es Catrina, la hija de Aurelio.

La mujer observó a Catrina con atención. Le agradaba lo que veía, incluso con los tatuajes que decoraban su brazo y pierna derecha.

—Un placer, Catrina. Me llamo Elora —dijo con elegancia.

—El placer es mío, señora —respondió Catrina con cortesía.

La joven se sentía dentro de un sueño que jamás se habría atrevido a imaginar: en una casa que parecía un templo real, conociendo a la madre —casi una reina egipcia— de un chico que la atraía de forma inimaginable. Era un mundo completamente ajeno a lo que estaba acostumbrada.

—Tomemos asiento. Aquí en esta esquina, para estar todos juntos —Elora indicó los lugares.

Catrina y Eliot se sentaron uno al lado del otro, frente a Elora, quien dejó vacía la silla de la cabecera.

—¿Y papá? —preguntó Eliot, mirando la silla desocupada.

—Aquí estoy —respondió un señor de la misma altura que Eliot, con piel bronceada y barba canosa bien acicalada. Vestía con elegancia: pantalón y camisa casual con detalles egipcios. Su espalda era ancha y la cintura, delgada.

Caminó con serenidad hacia la mesa y se sentó al lado de su esposa.

—¿Cómo estás, hijo? —saludó a Eliot.

—Bien —contestó Eliot con una sonrisa tímida.

—Tú debes ser Catrina, la hija de Aurelio. Encantado de conocerte. Soy Khalid —dijo dirigiéndose a ella con una sonrisa amable.

—Mucho gusto, señor —respondió Catrina, haciendo una ligera reverencia con la cabeza.

Un par de droides de tez dorada hicieron presencia en el comedor y sirvieron los platos de comida: salmón ahumado con ensalada de rúcula, espinacas, tomates cherry, almendras tostadas y vinagreta de limón con miel. Como bebida, limonada de hierbabuena.

Mientras comían, conversaban para conocer un poco más sobre la especial amiga de Eliot.

—Fue una gran sorpresa enterarme de que Aurelio tenía una hija. ¿A qué se dedica tu madre? —preguntó Khalid.

Catrina se quedó pensativa por unos segundos. Recordó lo que Aurelio le había indicado que debía decir en situaciones como esta.

—Mi madre falleció hace un par de años. Era doctora, como Aurelio… mi papá.

—Lo siento mucho —dijo Elora, conmovida por la situación de Catrina.

En las Econovas, la muerte llegaba con la vejez a edades muy avanzadas: los ancianos alcanzaban hasta los 150 años o más. Cuando una persona joven fallecía, generalmente era por algún accidente. Nadie moría por enfermedades.

—No se preocupe, ya estoy en paz con esa situación. Continué mi vida administrando mi escuela de música, la que abrí con ayuda de mis padres, hasta que Aur… mi papá me llamó para tratar mi condición genética de albinismo. Por eso tengo este cabello blanco —comentó Catrina, tras tragar un bocado de salmón.

—Interesante. Conozco esa condición, pero jamás había visto a alguien con albinismo —dijo Khalid.

—Sí, soy prácticamente única. Mi madre portaba el gen, al igual que Aurelio… bueno, mi papá, pero ninguno lo manifestaba. Y

pues… salí yo —contó Catrina, con alegría.

—Qué bueno que Aurelio pudo ayudarte. Es un médico brillante. Parece una enciclopedia ambulante —agregó Khalid.

La conversación continuó con temas sencillos, como el clima. Luego pasó a la música, donde Catrina se desenvolvía con naturalidad. Finalmente, concluyó con teorías sobre la evolución de la humanidad, un tema que ella ahora dominaba lo suficiente como para participar activamente. Durante esa última parte, Khalid reveló su descendencia egipcia: sus ancestros se habían asentado en Econova 233 hace quinientos años, tras la recuperación del planeta Tierra.

Catrina comprendió entonces el estilo del magnífico complejo de casas.

Tras terminar el banquete, los padres de Eliot la guiaron en un recorrido por toda la vivienda. Catrina esperaba encontrarse en algún momento con una estatua colosal al estilo egipcio, pero sus deseos no se cumplieron. Sin embargo, la casa era un espectáculo: una mezcla de arquitectura egipcia, minimalismo y tecnología. Un estilo ecléctico e impresionante.

Por supuesto, no faltaban las mascotas. Catrina perdió la cuenta de cuántos gatos encontró. También había perros de distintos tamaños, que convivían en armonía con sus compañeros felinos.

—Bueno, no les quitamos más tiempo —dijo Elora, al notar las miradas chispeantes que Eliot y Catrina se lanzaban con discreción… aunque no escapaban al sexto sentido de una madre.

—Un placer, Catrina. Las puertas de nuestro hogar están abiertas para ti —ofreció Khalid, colocando una mano sobre el corazón y haciendo una reverencia.

—Muchas gracias —respondió Catrina, inclinando la cabeza.

Estaban en el exuberante patio trasero de la vivienda, que daba hacia un frondoso bosque.

—Catri, hay algo que quiero mostrarte —dijo Eliot, tomando la mano de Catrina y dirigiéndose con paso veloz hacia los árboles.

Catrina no entendía a dónde se dirigían. Se sujetaba las telas de la falda para evitar que se enredaran en las ramas de los arbustos.

Eliot se detuvo frente al tronco de un árbol grueso. Se subió a la primera rama, robusta, y le tendió la mano a Catrina.

—Ven, súbete conmigo.

Catrina lo miró, intrigada, pero obedeció. Después de todo, deseaba vivir nuevas experiencias. Extendió la mano y, con ayuda de Eliot, se subió a la rama. Escalaron tres más. Eliot se asomó por el único agujero del tronco principal y dijo:

—Mira lo que hay dentro.

Catrina, aún más extrañada, se acercó. Lo que vio la llenó de ternura: una familia de ardillas.

—¡Oh! —exclamó.

—Es una de las familias de ardillas que he estado monitoreando —comentó Eliot.

Se bajaron de las ramas y caminaron hacia la casa. En el trayecto, Catrina observó la tercera vivienda y preguntó:

—¿De quién es esa casa?

—De mi hermano.

«¿Hermano? ¿Qué se sentirá tener un hermano?», pensó Catrina.

La casa de Eliot era similar a la de sus padres, aunque menos extensa. Eliot la condujo hasta su oficina hogareña: un espacio cuatro veces más grande que el departamento que Catrina había habitado en Terranova 233.

Eliot se sentó en un escritorio de mármol color crema e invitó a Catrina a sentarse a su lado. Activó la pantalla nanotecnológica, que emergió en una ráfaga de nanobots unidos por una membrana viscosa y transparente, transformándose en una superficie brillante.

—Alexa, muéstrame el primer video de la familia de ardillas 54 —pidió Eliot a la inteligencia artificial.

—Aquí tiene, joven Eliot —respondió Alexa. En la pantalla apareció la imagen de una cueva dentro del árbol, vacía.

Una ardilla regordeta entró en la cueva; se le notaba agitada. Acomodó, con sus patas delanteras, un lecho de hojas.

—Alexa, aumenta la velocidad un poco —ordenó Eliot, y el video comenzó a correr más rápido.

La ardilla se mostraba incómoda. Abría la boca en respuesta a los jadeos que la estremecían. Dio muchas vueltas sobre el lecho hasta

que se detuvo, lamiéndose sus partes íntimas. Algo comenzó a salir de su orificio vaginal: una cría de ardilla.

—Está teniendo una cría —dijo Catrina, impresionada.

—Sí. Está sola, sin ayuda, pero sabe lo que hace. Es instinto —explicó Eliot.

Una tras otra fueron naciendo las crías, mientras la madre atravesaba el dolor del parto. Las fue limpiando una por una. Cuatro nacieron en total: ciegas, desnudas y de un tono rosado oscuro. Se prendieron de las mamas de su madre para alimentarse. Exhausta, la ardilla se quedó dormida amamantándolas.

El video mostró la evolución de las crías. La madre salía y regresaba para alimentarlas. A las diez semanas ya tenían casi el tamaño de ella, pero seguían mamando de su leche materna. Luego salían junto a su madre y volvían al nido para seguir alimentándose. A las doce semanas, las ardillas abandonaron el refugio.

—Tan grandes esas ardillas, y seguían al cuidado de su mamá —comentó Catrina, analizando la escena.

—Se ven grandes, pero siguen siendo bebés. No pueden valerse por sí mismas. La madre las cuida hasta que están listas para enfrentar el mundo por cuenta propia.

—¿Qué significa si una ardilla tiene a sus bebés y se va? —preguntó Catrina, como una niña curiosa.

—Pues… tiene el instinto muerto —respondió Eliot, tras varios segundos.

—¿Y eso es posible? Es decir, ¿puede ocurrir? —insistió Catrina, llevándolo al plano humano, como lo que ocurría en las Terranovas.

—Nunca me he topado con un caso así. Pero, hipotéticamente, si ocurriera, sería por alguna anomalía cerebral que inhibiera el instinto. Los instintos no mueren realmente, pero pueden alterarse si se manipulan mediante factores genéticos, químicos o externos.

—¿Eso puede suceder en los humanos? —preguntó Catrina, aunque ya intuía la respuesta.

—Tal vez. A lo largo de la historia, los instintos han cambiado según las necesidades y el contexto. Algunos más que otros, pero nunca desaparecen del todo. El instinto sexual, el materno, el de supervivencia… siguen presentes.

Mientras Eliot exponía sus teorías, Catrina se sumió en sus pensamientos. De alguna manera, los humanos de las Terranovas tenían muchos instintos muertos.

El instinto es la firma genética de la supervivencia. Pero incluso las verdades biológicas pueden silenciarse cuando se manipulan los circuitos del deseo.

CAPÍTULO 21

EL DESPERTAR DE LOS INSTINTOS

El deseo no avisa: es la forma más antigua de recordar que aún estamos vivos.

La tarde caía sobre la hermosa vista que se apreciaba a través del vano dejado por las puertas corredizas de la sala de estar en casa de Eliot.

Catrina estaba sentada en un reconfortante sofá negro, disfrutando de un delicioso yogur con nueces pecanas. Ya no usaba miel para endulzar. En su mente, los recuerdos danzaban junto a pensamientos dispersos, como una melodía inquietante que generaba discordia. ¿Cuál era la razón de la existencia de las Terranovas? ¿Por qué se reprimían los instintos humanos? ¿Por qué seguían viviendo alejados de lo natural?

—Catri, ¿te sientes bien? —preguntó Eliot al verla abstraída, con el entrecejo arrugado.

—Sí, estoy bien. Solo un poco nostálgica —respondió ella.

Eliot dio un sorbo a su café negro sin endulzante, sin apartar la mirada de Catrina.

—Debe ser difícil estar lejos de tu hogar. Yo ni siquiera puedo imaginarlo. He salido de Econova 233 por períodos muy cortos, y aunque disfruto los paseos, siempre extraño mi hogar… y a mi familia. Hasta al fastidioso de mi hermano —dijo riendo.

—Sí, extraño lo que fue mi hogar… pero creo que no volveré jamás. La casa de Aurelio se convirtió en mi nuevo hogar, y soy feliz allí.

—Casi nunca le dices «papá» a Aurelio —observó Eliot.

—Eh, sí… es que no me acostumbro. Fueron tantos años sin compartir con él. Es eso —dijo Catrina, inventando, y le sonrió.

—Me encantaría que no volvieras a tu Econova —se le escapó a Eliot, antes de aclararse la garganta—. Bueno, quiero decir… si decides volver, me encantaría ir a visitarte.

—¿Por qué? —preguntó Catrina, curiosa.

—¡Eh! Bueno… déjame llevar tu taza a la cocina —respondió Eliot, entrecortado.

—¿Cómo? Para eso está tu droide —dijo ella, extrañada por su actitud.

Eliot tragó saliva, nervioso, y contrariamente a lo dicho por Catrina, tomó la taza que ella sostenía. Sus dedos se rozaron.

Ese contacto súbito hizo que las mariposas del vientre de Catrina revolotearan con fuerza. Su piel se erizó al instante. Sin pensarlo, colocó la taza sobre la mesa de centro del salón y se lanzó a besar a Eliot, deseosa de conocer el sabor de su boca.

El joven, sorprendido por la reacción impetuosa de Catrina, se dejó llevar. La abrazó por la cintura y la acercó con firmeza hacia su cuerpo.

Sus lenguas se acariciaban en una danza húmeda y caliente. Sus manos surcaban cada rincón de sus cuerpos hasta despojarse de las prendas que se habían convertido en un estorbo. Necesitaban sentir el contacto de sus pieles.

El jardín de vegetación exótica que daba vista hacia el gran salón de estética egipcia, fue testigo de la unión carnal llevada por el deseo que solo el instinto sexual podía activar. Gemidos explosivos resonaron con fervor tras el clímax del salvaje acto íntimo.

Catrina, jadeando encima del regazo de Eliot, no podía creer lo que había sucedido. Había hecho el acto sexual sin la necesidad de un *Lolilove.* Se dejó caer en el pecho sudoroso de Eliot, aún unidos por sus miembros sexuales, y escuchó los fuertes latidos del corazón de su compañero.

Eliot se encontraba emocionalmente revuelto. Habían pasado un par de semanas desde que decidió tomar distancia de Eva, su pareja, para repensar la relación. Aunque no terminaba de verla

como una exnovia, él mismo había solicitado el espacio físico entre ambos, aunque continuaban en contacto de forma virtual.

Eva le escribía con dulzura, casi melosa, mientras él respondía con cierta frialdad, aún herido por el distanciamiento prolongado que ella había ejercido durante más de un año. Un desapego que había, en esencia, desgastado su vínculo.

Y ahora, sin haberlo planeado, había vivido un momento mágico con la chica que, poco a poco, se instaló en su corazón. Catrina le ofrecía algo distinto: no era un torbellino ni una obligación emocional; era una presencia pausada, genuina… inesperadamente significativa.

—Catri, te amo —soltó Eliot sin más.

Ella se incorporó, lo miró sorprendida y sonrió. Sabía que esa palabra significaba mucho más que un simple «te quiero»; lo había visto en las películas que solía ver desde que llegó a Econova 233. Pero dudaba si debía devolverle la frase. No sabía qué era exactamente enamorarse.

Sin embargo, lo que sentía por Eliot era nuevo e intenso. Solo lo sentía hacia él. Sabía que le gustaba muchísimo. A Piero lo apreciaba y le atraía, pero no con la profundidad con la que conectaba con Eliot, quien habitaba en sus pensamientos y le aceleraba el corazón.

Todos esos sentimientos le recordaron a su amiga Lucía, y se la imaginó diciendo: «Ay, mi Catri, ya te enamoraste».

Ese pensamiento hizo que una lágrima se desbordara de uno de sus ojos de iris violeta, ahora visiblemente acuosos.

—¿Te hice daño? ¿Estás bien? —preguntó Eliot, preocupado al verla llorar sin contención.

—No… No sabría cómo explicarlo. No sé expresar lo que estoy sintiendo —respondió Catrina entre sollozos.

Eliot tampoco sabía cómo reaccionar ante aquella situación tan inesperada. Nunca había visto a alguien llorar después de hacer el amor. Se sentía desconcertado. ¿Había hecho algo mal? ¿Tan torpe había sido?

Catrina lo abrazó con fuerza, apoyando de nuevo su cabeza en el pecho desnudo de Eliot. Él la rodeó con sus brazos, en silencio, mientras inhalaba el aroma tenue de su cabello blanco.

Tras varios minutos en aquella posición, Catrina logró calmar la vorágine de emociones que giraban en su interior.

—También te amo —dijo finalmente, en un susurro apenas audible.

Eliot sintió que un gran peso se desmoronaba en su interior, dejándolo libre, liviano.

Catrina se levantó suavemente, aún en el regazo de Eliot, y se secó las lágrimas de las mejillas.

—Quizá no me creas, pero nunca antes había amado a alguien… De donde vengo, viví muchas cosas, no tan agradables. Y aquí… he experimentado cosas muy bonitas.

Las lágrimas volvieron a amenazar con salir. Sus labios temblaban con una mezcla de emoción contenida.

Eliot jamás había imaginado esa faceta de Catrina. Siempre la había visto regia, de carácter firme, mostrando sus emociones solo a través de la mirada.

—Te creo. Y no sabes el honor que siento al ser tu primer amor —dijo Eliot con orgullo. Aunque sabía que no era el primero en explorar la intimidad de su cuerpo, la destreza y sensibilidad de Catrina le habían sorprendido. Jamás había estado con alguien como ella. Ni con tantas personas, en general.

Una inquietud lo atravesó. No habían tomado ninguna medida anticonceptiva. Su impulso primitivo lo había cegado en aquella nube de deseo. En las Econovas, tanto hombres como mujeres llevaban el control de natalidad de la forma más natural. No existían los anticonceptivos hormonales para preservar su salud, por lo que el uso de condones era la forma más eficaz de prevenir un embarazo. Las enfermedades de transmisión sexual habían sido erradicadas siglos atrás.

Ambos permanecían desnudos, recostados sobre el reconfortante sofá negro del salón. Catrina reposaba sobre el pecho de Eliot, escuchando el ritmo de su corazón, mientras él le acariciaba la espalda y los brazos con ternura.

Una llamada sonó en el oído derecho de Catrina, activada por su nuevo dispositivo auricular.

—Llamada de Aurelio —anunció la inteligencia artificial del sistema.

—Aimara, acepta la llamada —indicó Catrina.

Le había puesto el mismo nombre que la IA que usaba en Terranova 233; el nombre de su madre.

—Aló —la voz de Aurelio resonó al otro lado de la línea.

—Hola —respondió Catrina.

—Son las nueve de la noche —dijo con tono de padre severo.

—Lo siento, no me di cuenta de la hora —se disculpó ella.

—Te recomiendo que te quedes allá. No quiero que andes deambulando por la noche —añadió Aurelio, esta vez con un tono más amable.

—Está bien. Pero debo preguntarle a Eliot si puedo quedarme en su casa.

—No creo que se moleste, cariño —respondió, con una ligera risa.

Catrina miró a Eliot, y él le susurró al oído:

—Yo encantado de que pases la noche conmigo.

Esas palabras despertaron las mariposas del estómago de Catrina, que habían estado en reposo.

—Bueno, nos vemos mañana. Te quiero —dijo ella.

—Y yo a ti, cariño. Disfruta la noche, te lo mereces —respondió Aurelio y colgó.

—Bueno… ¿Qué te parece si vemos una película y comemos pizza? —propuso Eliot, incorporándose ligeramente.

—¿¡Pizza!? ¿No es mala para la salud? Que no se entere Aurelio —exclamó Catrina, con los ojos muy abiertos.

Eliot soltó una carcajada.

—Las que preparamos aquí son muy sanas y sabrosas. Ya verás, no cometerás ningún delito alimenticio.

La pareja se levantó, aún desnudos. Al separarse sus cuerpos, Catrina sintió un ligero escalofrío. Eliot la envolvió de nuevo entre sus brazos y la alzó por los aires, acunándola como a una niña. Caminó con ella en brazos hacia unas escaleras monumentales que conducían al nivel superior, donde se encontraba su dormitorio.

La habitación era tan majestuosa como todo en aquella casa. Eliot acomodó a Catrina con delicadeza sobre el lecho y la arropó con una manta mullida.

—Voy al baño —dijo Eliot, contemplándola con adoración—. Alexa, tráenos por favor una pizza de pollo con champiñones.

—A sus órdenes —respondió una dulce voz femenina que resonó por toda la habitación.

Eliot se marchó al baño de su dormitorio, mientras Catrina permanecía en la cama, observando todo a su alrededor, tratando de organizar la revolución de sentimientos que aún bullían en su interior. Al volver Eliot, fue el turno de Catrina, quien necesitaba vaciar la vejiga.

Al regresar, Eliot la esperaba en la cama con un par de vasos de agua. Se había colocado un pantalón corto.

Catrina lo observaba con deleite. Su cuerpo le recordaba al de Aldo en sus mejores momentos, antes de que el tiempo desmejorara su complexión.

—Si tienes frío, puedes ponerte una de mis franelas —ofreció Eliot, y ella asintió con una leve sonrisa.

Eliot le entregó un vaso de agua y caminó hasta el vestidor, de donde regresó con una camisa de tela suave y de color blanco. Catrina se la puso de inmediato, le quedaba holgadísima, pero sus pechos sobresalían debido a la textura tersa de la tela, lo cual le agradó a Eliot. Su pene se endureció. Respiró profundamente para aplacar sus ganas y se sentó en la cama.

Catrina sintió la necesidad de sentir la piel de Eliot y se arrimó hacia él.

El contacto de sus cuerpos volvió a estremecerlos. Eliot notó la erección de los pezones de Catrina y probó suerte rozándolos sutilmente con su antebrazo. Notó como Catrina suspiró y abrió levemente la boca.

No se pudo contener. Eliot llevó sus labios a los de Catrina y los atrapó en un beso salvaje.

Nuevamente hicieron el amor, sin protección anticonceptiva, aun hambrientos el uno por el otro.

Esta vez, los orgasmos llegaron con más rapidez, por lo que el acto sexual fue breve, pero igual de intenso.

Catrina se acomodó la holgada franela que enloquecía a Eliot —la cual no fue necesario quitarla para tener el encuentro sexual— y sonrió en el proceso. Él la miraba con adoración, ya saciado de su esencial.

Eliot activó la pantalla nanotecnológica de su habitación, que se formó frente a ellos como todo lo audiovisual en esa época: miles de nanorobots unidos por una membrana transparente que conducía energía eléctrica se organizaron hasta formar una enorme pantalla del grosor de una hoja de papel.

—Vamos a ver una película de antaño. Alexa, reproduce Matrix, la primera de todas —solicitó Eliot.

De inmediato comenzó el filme del año 1999.

Catrina estaba emocionada. Nunca había visto una película anterior al año dos mil.

Minutos después, entró un droide de color bronce y fisonomía femenina, empujando un carrito flotante con una enorme pizza humeante.

El aroma llegó rápidamente a las fosas nasales de Catrina, activando de inmediato su sistema digestivo. Su boca comenzó a salivar.

—Huele muy bien —expresó Catrina.

—Ya verás cuando la pruebes —dijo Eliot con una gran sonrisa.

Ante ellos apareció una mesa flotante, también con acabado bronce. El droide colocó la pizza allí junto a un par de juegos de cubiertos y dos vasos de limonada de coco.

Catrina no se contuvo. Tomó el primer pedazo y lo llevó a la boca, pero el queso derretido le quemó los labios. Sopló con desesperación para aplacar el calor y volvió a intentarlo, disfrutando al fin el primer bocado. El sabor era exquisito. La textura del pan era similar, pero tenía un sabor ligeramente distinto.

—¿De qué está hecho este pan? —preguntó Catrina con la boca llena.

—De harina de almendras. No es del agrado de Aurelio, pero es mucho más sana que la harina de trigo que se usaba en la

antigüedad.

—Bueno, no le diré a Aurelio —comentó Catrina, y ambos soltaron una carcajada.

Terminaron la pizza rápidamente mientras disfrutaban del filme «The Matrix». Catrina se sentía muy identificada con esa película.

Ya pasada la medianoche, aún sentían energía en sus cuerpos. Eliot invitó a Catrina a observar las estrellas en el firmamento. Juntos bajaron al patio trasero y se acostaron en una hamaca de tejido rústico, similar a una red de pescar. Se arroparon con una esponjosa manta y se quedaron mirando el cielo nocturno.

Catrina había observado pocas veces el cielo artificial de Terranova 233, pero recordaba claramente que la experiencia no se parecía en nada a lo que vivía ahora. Escuchar la brisa recorriendo la vegetación y golpeando los muros de la monumental casa de Eliot era una vivencia sensorial única e irrepetible.

Se quedaron dormidos mirando el firmamento nocturno. A las cinco de la mañana, la baja temperatura de la madrugada despertó a Eliot. El cielo aún estaba oscuro. Con delicadeza, cargó a Catrina entre sus brazos y la llevó nuevamente a su alcoba. Al acomodarla en la suavidad del colchón, ella abrió los ojos, con la piel erizada y el corazón latiendo con fuerza.

Catrina lo atrajo con sus brazos, y el instante que siguió fue de entrega silenciosa: un reencuentro entre cuerpos y almas que compartían energía, deseo y ternura. Un gesto íntimo que no requería palabras.

Después, Catrina se quedó dormida sobre el pecho de Eliot, y él se sumió en sus pensamientos. Lo que acababan de compartir lo había transformado: no era como ninguna experiencia anterior. Había una conexión profunda, casi inexplicable, entre ellos.

Eliot se preguntaba cómo una joven como ella podía tener tal sensibilidad y pericia en la intimidad. Cada caricia, cada gesto parecía guiado por una intuición certera, como si conociera los mapas ocultos de su cuerpo y mente. Era una expresión de vínculo, no solo de técnica.

Lo que Eliot aún ignoraba era la historia que yacía detrás de la intensidad de Catrina: años en Terranova 233 marcados por una

educación emocional y física muy distinta. Allí, los impulsos naturales eran regulados químicamente, y las experiencias sexuales se vivían bajo el efecto del *Lolilove*, la sustancia que despertaba el instinto sexual dormido por la inyección diaria de salud. Esta inyección protegía a los habitantes de embarazos y enfermedades, pero también adormecía ciertas facultades humanas, como el deseo espontáneo del instinto sexual.

Catrina había tenido un sinnúmero de encuentros sexuales entre hombres y mujeres. Aunque aquella realidad había formado parte de su vida, lo que ahora vivía con Eliot no tenía nada que ver con automatismos ni artificios. Era una experiencia libre, genuina, emocionalmente consciente.

ΔΔΔ

A la mañana siguiente, Catrina despertó sola en la cama. Encontró una nota escrita por Eliot que decía:

«Me fui a correr. No me atreví a despertarte, estabas durmiendo profundamente. Te amo».

Catrina se desperezó suavemente y fue directo al baño para atender sus necesidades biológicas. Se lavó los dientes con un cepillo que Alexa, la robot, había dejado preparado para ella.

El cuarto de baño en la habitación de Eliot era tan amplio como una estancia independiente. Contaba con un jacuzzi y una ducha de gran tamaño, todo decorado con estética egipcia. Un espejo enorme se extendía de pared a pared, con dos lavamanos tallados en la piedra que formaba el mesón. El agua emergía desde la base del espejo en forma de una pequeña cascada, activada por sensores de movimiento.

Catrina entró a la ducha y dejó que el agua tibia relajara su cuerpo, permitiéndose unos minutos de calma.

De repente, sintió un par de manos acariciando su cintura. Los vellos de su piel se erizaron. Eliot había entrado con el sigilo imperceptible de un felino.

Nuevamente hicieron el amor, esta vez bajo el agua tibia que caía del techo como lluvia que cubría gran parte de la ducha. Tras llegar al clímax, Eliot enjabonó con delicadeza el cuerpo de Catrina, menos la parte íntima, pues sabía que la vagina de la mujer no necesitaba jabón, ya que antes de limpiar lo que hacía era dañar la flora bacteriana de esa húmeda cavidad.

La ropa de Catrina estaba limpia y doblada sobre la cama de Eliot. Ambos se vistieron. Eliot eligió un atuendo sencillo: pantalón vaquero y franela blanca, que acentuaba su torso tonificado.

Bajaron a desayunar. En el comedor, junto a la amplia cocina, dos platos con comida humeante los invitaban a sentarse. Catrina creyó estar comiendo espaguetis con camarones y crema de queso, pero en realidad degustaba tiras de calabacín que imitaban la textura de la pasta.

Cumpliendo su promesa, Eliot llevó a Catrina de forma segura hasta la casa de Aurelio. Ya eran casi las doce del mediodía.

Entraron tomados de la mano. El rostro de Catrina irradiaba una alegría tan intensa que parecía alterar la energía de todo a su paso.

Se detuvieron al encontrar a Aurelio y Soren comiendo juntos en el gran comedor interno.

—Buenos días, chicos… Ya sé que la pasaron bien —saludó Aurelio con una risa pícara.

—Ho… hola. ¿Cómo están? —saludó Catrina con algo de timidez.

—Hola, Catrina. Muy bien… Estás muy cambiada, y permíteme darte un cumplido: estás preciosa —dijo Soren, con cortesía.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa amable.

—Soren, te presento a uno de mis pacientes… aunque ya casi no entrena conmigo. Se convirtió en entrenador —dijo Aurelio sonriente. Su rostro también irradiaba frescura y alegría, como el de Catrina y Eliot.

—Mucho gusto, soy Eliot —el joven extendió su mano hacia Soren, quien aún terminaba de desayunar.

—Un gusto —respondió Soren, estrechando su mano—. Bueno, ya debo marcharme.

Soren se levantó, consultando la hora en su reloj de pulsera.

—Nos vemos luego —dijo, haciendo una reverencia con la cabeza para cada uno. Al final, le guiñó un ojo a Aurelio, gesto que este devolvió con complicidad.

Eliot pasó el resto del día con Catrina y Aurelio. Nadaron en la piscina, compartieron conversaciones largas y disfrutaron de una calma hogareña que parecía flotar en el ambiente como una bendición.

CAPÍTULO 22

INSTINTOS CRUZADOS

No siempre reconocemos el deseo por su forma… a veces se disfraza de juicio, incomodidad o una sombra que no sabemos nombrar.

Lunes 7 de julio del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Ese lunes comenzó con la familiaridad de una rutina. Aurelio partió hacia el centro médico a las once, después de desayunar con Catrina. Ella se quedó componiendo música hasta las dos de la tarde, momento en que llegaron Eliot y Piero para entrenar junto a ella en el gimnasio.

—Linda parejita… Se me van separando, que estoy yo aquí presente y parezco la lámpara que alumbra su amor profundo y pasional… Contengan sus deseos un rato; hay tiempo de sobra para consumar su amor en otro momento más oportuno que no sea este, por favor —ordenó Piero, separando con las manos a Catrina y Eliot, quienes tras un abrazo espontáneo se habían dejado llevar por besos apasionados, como dos adolescentes incapaces de contener su lujuria.

—Podrías unirte a nuestro amor, Lobito. De donde yo vengo, los tríos son algo muy común —soltó Catrina, sin medir sus palabras.

Piero y Eliot se quedaron mirándola, con los ojos tan abiertos como platos.

—Huesito de pollo… qué intenso debe ser el lugar de donde vienes. Pero tengo dos objeciones ante esa propuesta. Primero, ya sabes que no me van los huesitos de pollo, aunque debo admitir que

ahora tienes carne suficiente y te ves bastante apetitosa. Segundo, jamás compartiría intimidad con Eliot. Los hombres no me gustan, ni un poquito…

Mientras Piero hablaba sobre lo que él consideraba desagradable en un trío amoroso y sexual, Eliot analizaba las palabras de Catrina. Suponía que la destreza sexual de la joven se debía a las distintas experiencias que pudo haber tenido en el lugar en donde vivía. Pero ¿un trío sexual? Nunca se imaginó esa posibilidad.

El entrenamiento llegó a su fin. Catrina y Eliot se mantuvieron distantes para evitar incomodar a Piero. Sin embargo, mientras el Lobo se duchaba, Eliot aprovechó un momento de intimidad con Catrina. No fue para devorarse entre sí, sino para abordar un tema de suma importancia.

—Catri, necesito que te pongas este brazalete —le entregó Eliot, sacándolo de una pequeña caja.

—¿Para qué? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo.

—Este brazalete monitorea tu ciclo hormonal y te avisa si estás embarazada —explicó Eliot.

Catrina quedó ojiplática. Nunca se había preocupado por eso, confiando en que las inyecciones de salud incluían anticonceptivos. Ya llevaba más de seis meses sin recibir aquella inoculación, completamente libre de esos químicos.

—Me encantaría ser papá… pero no es el momento —agregó Eliot, colocándole el brazalete con delicadeza. Catrina permanecía en silencio absoluto. La pulsera era plana, de un negro brillante y reluciente—. Puedes cambiarle el color a tu gusto. Veamos qué información nos da.

Eliot tocó la parte superior del brazalete, justo sobre el dorso de la muñeca derecha de Catrina. Distintos símbolos comenzaron a desplegarse en la superficie digital hasta que apareció el mensaje: «No hay presencia de embarazo».

Catrina soltó un suspiro de alivio. Eliot también, dejando escapar el aire que había contenido en sus pulmones.

—Veamos en qué parte del ciclo estás —comentó, pulsando de nuevo sobre la pulsera.

«Faltan seis días para la menstruación. Hay baja posibilidad de quedar embarazada».

El texto giraba en blanco por el borde iluminado del brazalete.

—¿Qué tan preciso es esto? —preguntó Catrina.

—Cerca del 99%. Bueno, estamos fuera de peligro —respondió Eliot.

Catrina seguía observando incrédula el brazalete, como si intentara entender todo lo que implicaba.

—¿Cómo nos protegeremos para que no salga embarazada? —preguntó con genuina preocupación, una duda que jamás había considerado antes.

Esa pregunta descolocó a Eliot. ¿Cómo una chica tan diestra en el sexo hacía semejante pregunta?

—No sé cómo se protegen en la ciudad donde naciste, pero aquí usamos el método de toda la vida: el más natural. El método del ritmo, llevado con el brazalete, combinado con preservativo —respondió Eliot.

—¿Preservativo? ¿Qué es eso? —Catrina lo miró, desconcertada.

—Condones… ¿Nunca los has usado? —preguntó Eliot, sorprendido.

—No tengo la menor idea de lo que es un condón. Donde yo vivía, nos cuidábamos de embarazos y enfermedades con una inyección diaria de salud —contestó Catrina.

—¿¡Todos los días se inyectaban!? —exclamó Eliot, estupefacto.

—Así es. Pero nunca volví a hacerlo desde que llegué a Econova 233.

—Menos mal… solo imaginarlo me da escalofríos. ¿Dónde te la aplicabas? —preguntó Eliot, intrigado.

—Es una inyección intramuscular. Me la colocaba en el muslo; es mucho más cómodo que en la nalga —explicó Catrina con naturalidad, mientras Eliot se estremecía.

—Odio las agujas. Te admiro… eres muy valiente —comentó Eliot, con un gesto de horror marcado en el rostro y continuó diciendo—: Bueno, un condón es un recubrimiento que se coloca en el pene, lo que evita que el semen se introduzca en el útero y fecunde un óvulo —explicó Eliot.

—No me imagino colocándote uno de esos en ese momento tan desenfrenado. No usaste ninguno cuando estuvimos juntos —agregó Catrina levantando las cejas.

—Sí, lo siento, no pude contener las ganas que tenía de ti —dijo Eliot. Su circulación sanguínea empezó a aumentar, haciendo que la sangre inflamara su miembro sexual.

—Ves, por eso te lo digo. No me imagino parar el proceso para colocar una cosa en tu pene. Pero, pensándolo bien, debe ser interesante y hasta divertido —Catrina bajó la mano hacia el pene de Eliot y lo apretó con descaro sintiendo la evidente erección—. No sé cómo harás con este chico duro que está entre tus piernas.

En ese instante salió Piero de las duchas.

—¡Hombre, ya! Qué sigo aquí con ustedes —gritó Piero al ver la cara que tenía Eliot mientras Catrina tenía las manos sobre su pene.

—Tranquilo, Lobito, ya me voy a ducharme… —bromeó Catrina con las manos en alto y guiñándole un ojo.

Mientras se marchaba, volvió a imaginarse un trío junto con Piero, pero no quiso tocar más ese asunto. Aurelio le recalcó muchas veces que la sociedad en las Terranovas era muy distinta a las Econovas y que debía ser discreta con lo que expresara.

—Échate bastante agua fría —comentó Piero al acercarse a Eliot.

—¡¿Ah?! —exclamó él, confundido.

Piero señaló con sus labios hacia el visiblemente pene erecto de Eliot.

—Ya ves… Agüita bien fría, *bro* —Piero se carcajeó y se marchó hacia las afueras del gimnasio.

ΔΔΔ

Al día siguiente, Eliot fue a casa de Aurelio para almorzar con Catrina y dar rienda suelta a sus deseos libidinosos hasta las cinco de la tarde, hora en que Aurelio solía regresar. No tardó en notar lo que ocurría cada martes y jueves: esa pareja era simplemente insaciable. Aun así, se sintió tranquilo al ver que Catrina llevaba un control responsable con el brazalete de ciclo de ovulación. Decidió entonces

retrasar su llegada los martes y jueves hasta las siete de la noche, para brindarles más intimidad.

El miércoles de esa semana, Piero llevó a una amiga a entrenar a casa de Aurelio, buscando no sentirse desplazado por la atmósfera romántica y picante que envolvía a Catrina y Eliot.

La chica se llamaba Tatiana. Tenía la piel morena, el cabello lacio y negro que caía hasta la cintura, y una figura voluptuosa: piernas fuertes, glúteos prominentes, pechos generosos, y una cintura estrecha como de avispa. Su altura igualaba a la de Piero. Pero lo que más la distinguía era su actitud pretenciosa, que chocó contra Catrina como olas violentas sobre una costa abrupta.

Catrina se limitó a entrenar como de costumbre, lanzándole miradas de fuego a la acompañante de Piero cada vez que podía. Aunque Tatiana era más alta que ella, no la intimidaba en lo absoluto. Tatiana, por su parte, observaba a Catrina con desconcierto, intrigada por su cabello blanco y los tatuajes que recorrían su piel.

Piero no especificó qué tipo de relación tenía con la chica; simplemente la presentó como una amiga. Pero aquella amiga no desperdició ninguna oportunidad para acariciar el cuerpo musculoso del Lobo, quien respondía con la misma soltura.

Catrina ya mostraba pocos vestigios de lo que fue su vida cotidiana en Terranova 233, aunque conservaba intacto su temperamento. Su adaptación a aquella nueva sociedad avanzaba con rapidez. Desde que comenzó una relación amorosa con Eliot, sentimientos que jamás había experimentado —como los celos— empezaron a incorporarse a su personalidad. Lo amaba, lo deseaba, no quería alejarse de él.

A Piero, con su personalidad abrasiva, lo quería de otro modo. Lo apreciaba como a Lucía, Manuel o Aldo: era su amigo, y deseaba su bienestar. Por eso, para el Lobo, una buena pareja era crucial.

En otro tiempo, a Catrina no le habría importado con quién compartía intimidad Piero. En las Terranovas no existían los vínculos afectivos: solo encuentros sexuales esporádicos, sin apego ni repetición. La sexualidad allí era un desahogo físico, una válvula emocional. Pero tras desintoxicar su cuerpo y comenzar a vivir bajo

la lógica de la naturaleza humana, Catrina ya no compartía aquella visión libertina. Había comprendido lo que era enamorarse, y el valor de compartir ese vínculo con alguien significativo. Así como ella tenía a Eliot, sentía que Piero también merecía a alguien valioso a su lado.

Tatiana volvió el viernes con Piero a entrenar junto a Catrina y Eliot. La incompatibilidad entre las chicas era evidente, aunque a Piero eso parecía importarle muy poco.

ΔΔΔ

El lunes siguiente, Piero apareció sin Tatiana, pero no solo. Traía a otra mujer, de figura similar, pero apariencia opuesta: piel blanca, bronceada por el sol; cabellos rubios como el trigo; ojos de un azul verdoso que parecían haber absorbido el mar. Su nombre era Vanesa. Aunque distinta en tonos, era idéntica en actitud: esa mezcla de confianza provocadora y arrogancia apenas disimulada. Parecían haber sido moldeadas por el mismo carácter, solo cambiando la paleta de colores.

Catrina, atenta desde el inicio, sintió cómo aquella presencia despertaba una reacción automática: sus garras interiores se afilaron, su mirada ardía como brasas. Era un patrón repetido cada semana. Piero llegaba con una mujer nueva, todas de cuerpos exagerados, tan exuberantes que parecían diseñadas para provocar: caderas anchas, piernas fuertes, senos prominentes, glúteos perfectos.

Ella observaba todo con una mezcla de desconcierto y reconocimiento. Era como mirar el reflejo distorsionado de su antigua vida: la ausencia de vínculos profundos y la búsqueda de placer como única brújula. La rutina de Piero se parecía demasiado a las costumbres de las Terranovas, donde el sexo era solo un alivio corporal y las emociones no tenían cabida. En ese momento, comprendió que aún no terminaba de entender la naturaleza de Econova. Pensaba que aquí las parejas eran eternas, que el amor implicaba exclusividad… pero la realidad era más difusa.

Y en esa confusión, su mente fantaseaba —muy de vez en cuando— con la posibilidad de incluir a Piero en su intimidad con Eliot. No como algo constante, sino como un vestigio de esa antigua costumbre, una tensión que no terminaba de morir del todo.

Pero la verdad era clara: Eliot se había convertido en el centro de su deseo, su pensamiento, y de ese músculo palpitante que nunca antes había considerado suyo… su corazón.

Aun así, el rechazo hacia las amigas de Piero persistía. Había algo en ellas que la repelía: tal vez la manera en que ocupaban espacio sin aportar energía, o cómo parecían reproducirse desde un molde común. Solo una logró cruzar ese muro: Nerea. Había en ella una calidez que le recordaba a Lucía. Su piel morena, el cabello rizado, esa energía bonita que no necesitaba adornos. Al verla, Catrina sintió una punzada de nostalgia: extrañaba a su amiga más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Deja los celos, Huesito de pollo —dijo Piero aquel viernes, después del entrenamiento. Había llegado solo, sin compañera.

Catrina, con una mezcla de ironía y enfado, despotricaba sobre la mujer que él había traído esa semana.

—Lobito, a mí me gusta solo Nerea. Ya podrías formalizar algo con ella. Las demás no sirven para nada —respondió tajante, y luego se quedó en silencio.

«Sal de este cuerpo, Lucía», pensó con una sonrisa triste. Esa forma de expresarse era tan propia de su amiga… tan espontánea, tan ferozmente honesta. A veces, en medio de la rutina, le parecía que Lucía se colaba en sus pensamientos como un eco suave que no se disipaba.

—¿Que no sirven para nada? Y tú que me propusiste hacer un trío… pensé que de donde vienes las cosas eran aún más extremas —soltó Piero entre carcajadas.

Catrina puso los ojos en blanco. El rubor le subió sin permiso al rostro; no por vergüenza, sino por esa punzada incómoda que sentía cada vez que el pasado se le recordaba como un tatuaje invisible.

—No me gustan esas mujeres para ti —insistió, bajando el tono, pero no el veneno—. Son vacías… y estúpidas.

Eliot no intervino. Se mantuvo en silencio, observando. Él sabía que había capas en Catrina que aún no se habían descubierto del todo, palabras no dichas que solo se revelaban cuando se sentía segura.

—Huesito de pollo, si conversaras con ellas —respondió Piero con calma—, te darías cuenta de que muchas son inteligentes. Y mira, es tierno que te preocupes por mí, eso solo prueba que soy importante para ti. Te prometo que cuando llegue mi mujer ideal, estaré con ella para toda la vida. Tendremos muchos lobitos, y tú serás la madrina… porque tú también eres importante en mi vida. Pero por ahora, esto es lo que hay. El Lobo tiene necesidades y, por fortuna, tiempo de sobra para disfrutar… ¡Diviiiinooo!

Eliot se mantuvo al margen de la discusión. A veces, el silencio era más cómodo que sumarse a una conversación donde las emociones rebotaban como esferas encendidas. Observaba a Catrina con atención, no por curiosidad, sino por ese impulso sutil de entenderla. De descifrar cada contradicción que la atravesaba.

La miraba atacar con sus palabras afiladas, y se preguntaba qué parte de su mundo antiguo seguía viva en ella. Había momentos en los que parecía más ella misma que nunca. Otros, en cambio, lo hacían dudar: ¿acaso esa hostilidad era una defensa? ¿O una muestra de algo más que amistad por Piero?

Eliot no quería admitirlo, pero la forma en que ella hablaba del Lobo le despertaba una punzada. No de celos convencionales—eso lo veía superficial—sino de una incertidumbre que crecía como bruma: ¿podía quererlo a él y al mismo tiempo cuidar tanto los vínculos de Piero? ¿Podía contener tanto afecto en un solo cuerpo?

Y, sin embargo, cada vez que ella lo miraba, cada vez que le rozaba el brazo sin decir palabra, esa niebla se disipaba. El modo en que se estremecía con un beso suyo… allí estaba la certeza. Catrina no era fácil de leer, pero en esos gestos mínimos le ofrecía lo más genuino.

Él la deseaba, sí. Pero más que eso, la admiraba. Por cómo intentaba comprender un mundo que antes había sido ajeno. Por cómo ahora discutía con fiereza, como si el amor y la amistad fueran territorios por los que valía la pena pelear.

No entendía del todo qué sentía por Piero. Pero sí sabía lo que él quería con Catrina: permanencia. Un tipo de vínculo que sobreviviera incluso a esos días torpes de celos, risas y contradicciones.

Piero atrapó a Catrina entre sus brazos musculosos y le dio un apretón cariñoso, seguido de un sonoro beso en la mejilla. Ella torció los ojos, pero sus labios dibujaron una sonrisa contenida, con los brazos cruzados como barrera simbólica.

—Te prometo traer a Nerea más seguido, tú también necesitas hacer amigas —añadió Piero, alborotando la melena blanca de Catrina.

Ella respondió con un manotazo certero, el brazo biónico haciendo gemir al Lobo.

—Más te vale… o puede ocurrir un accidente con alguna de las máquinas y dejar calva a una de esas tipejas —soltó con una sonrisa maliciosa.

Eliot finalmente intervino. Se acercó por detrás y rodeó a Catrina por la cintura, dejando un beso suave en su cuello. Ella se estremeció, pero él no solo buscaba provocarla: también estaba intentando contener algo dentro de sí.

Porque mientras Piero reía con esa soltura tan suya, Eliot se sentía bordeando un límite invisible. Veía cómo Catrina brillaba cuando lanzaba sus pullas, cómo su energía parecía resonar con la de Piero, incluso en la confrontación. No era celos lo que sentía… era ese pensamiento furtivo que había vuelto más de una vez: «¿En qué parte de su corazón estoy yo, y en qué parte está él?»

Había momentos en que se sentía elegido. Como ahora, con su cuerpo abrazando el de Catrina, con el estremecimiento como respuesta. Pero también había instantes donde ella parecía abrirse en todas direcciones, como si el afecto no tuviera forma definida.

—Calmadita… ¿Qué son esos pensamientos? —murmuró, más como intento de recuperar el foco que como reproche real.

—Bueno, bueno. Me voy… Que ya ustedes se están poniendo calientes y no les importa si anda un lobo con hambre por aquí —bromeó Piero, chocando el puño con sus camaradas.

Eliot lo observó partir. No por desconfianza, sino por una inquietud que no sabía cómo nombrar. Se preguntó si alguna vez

lograría comprender del todo el vínculo entre Catrina y el Lobo. Y si acaso debía.

CAPÍTULO 23

SILENCIOS OCULTOS ENTRE MELODÍAS

Hay verdades que no hacen ruido, pero observan. Presencias que no se nombran, pero dirigen el curso del corazón.

Los fines de semana, Catrina solía refugiarse en casa de Eliot. Entre maratones íntimos y sexuales que los dejaban exhaustos pero felices, y paseos tranquilos por el bosque que pertenecía a los terrenos de la familia de Eliot, la relación entre ambos se había formalizado. Compartían almuerzos familiares, y Aurelio, siempre presente, actuaba como un padre protector, casi natural.

Cada domingo, al regresar a la casa de Aurelio, la joven pareja se encontraba con Soren, el amigo militar de Aurelio, quien parecía haberse convertido en parte estable del ritual dominical. Siempre había desayuno o almuerzo, conversaciones ligeras, y esa sensación de que todo estaba bajo control.

Pero Eliot percibía algo que no se decía en voz alta. A veces, mientras Catrina reía con su humor ácido, o se acurrucaba en su pecho al anochecer, él se preguntaba si la paz era verdadera… o solo prestada.

Catrina no sabía que sus recorridos estaban siendo vigilados, pero conocía los límites que debía cumplir. Aurelio, aún envuelto en la incertidumbre sobre cómo ella había escapado de la Terranova, mantenía una vigilancia constante mediante el chip incrustado detrás de su oreja. Revisaba su ubicación cada vez que podía, como si el mundo externo todavía representara una amenaza latente.

La observaba mientras se movía entre sus destinos: la casa de Eliot, la suya, el bosque. A veces pensaba en hablarlo. Otras veces callaba, convencido de que todavía no era el momento. Porque si

algo había aprendido de Catrina, era que la verdad requería tiempo… el tiempo justo para que no se sintiera como una traición.

ΔΔΔ

Domingo 10 de agosto del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Ese domingo por la mañana, Soren desayunaba junto a Aurelio. La conversación, como era costumbre, derivó hacia Catrina.

—Ha sido imposible rastrear el pasado de la jovencita —comentó Soren mientras removía el café con lentitud—. No hay registro alguno en ninguna Terranova. Es como si nunca hubiera existido.

—Le borraron el registro, como hacen con los que son asesinados —sugirió Aurelio con tono sombrío.

—Eso implica que debió ser eliminada… pero no lo fue —reflexionó Soren.

—Es lo que me preocupa —admitió Aurelio—. Por eso la tengo en confinamiento, bajo estricta vigilancia.

—Pensé que te habías vuelto un padre celoso —bromeó Soren, soltando una carcajada seca.

—Ya… en parte sí —respondió Aurelio con una sonrisa que se desvaneció en nostalgia—. Esa chiquilla se hace querer.

—Ella no es como tú, ¿verdad? ¿Sí nació en una Terranova? —preguntó Soren.

—Sí… pero es distinta. Creció con una madre —reveló Aurelio con voz baja.

—¿Una madre? Eso es imposible —replicó Soren, frunciendo el ceño.

—No tanto. Poco a poco me ha ido contando partes de su vida. Por alguna razón, su madre nunca la vendió al ministerio de salud. Fue su primera y última cría.

—¿Será por eso que debían eliminarla? —presumió Soren, mirando a lo lejos.

—Tal vez. Ella no quiere hablar del motivo. Aunque… yo tampoco le he contado mi historia —añadió Aurelio, y en sus ojos flotó una sombra de tristeza.

—Deberían hacerlo pronto —sugirió Soren con sinceridad—. Por el bien de ambos.

—Lo sé. Hay otra cosa que la hace única… tiene el don de la música. Y no solo pasión, tiene talento. A pesar de nunca haberla estudiado, compone como si lo llevara en la sangre.

—Interesante —musitó Soren, entrecerrando los ojos.

—Es curiosa, hábil… muy inteligente. Su capacidad cerebral se ha expandido con una rapidez impresionante —dijo Aurelio, con orgullo evidente.

—Una cualidad inexistente en las Terranovas. Ya lo sabes bien: los científicos, médicos, todo profesional tiene que ser importado desde las Econovas. Allá abajo no se producen —afirmó Soren con firmeza.

—Quién sabe qué ocurre realmente en ese mundo subterráneo que las élites insisten en mantener. A veces me parece macabro —murmuró Aurelio.

—Lo es —admitió Soren, bajando la voz—. Pero todo tiene una razón. Negocio, amigo mío. No tienes idea de lo que se cuece en el alto mando… No puedo decir más.

—Lo sé —respondió Aurelio con un suspiro—. No te pediré nada más. Solo te agradezco por lo que has hecho por mí, y por Catrina. Y por seguir aquí después de tantos años.

—Solo la muerte me separaría de ti —declaró Soren con una sonrisa solemne, mientras apretaba la mano de Aurelio.

Hubo un momento de silencio entre los dos.

—Por cierto, Catrina cumple años La próxima semana, el dieciséis de agosto. Quiero organizarle algo especial en casa. Me encantaría que vinieras, y que trajeras a Mandy y a tu hija —anunció Aurelio.

Soren revisó el calendario en su reloj digital.

—Claro que sí, cae sábado —dijo, aún sosteniendo la mano de su amigo, hasta que se escucharon pasos. Catrina y Eliot habían llegado, y la escena íntima se diluyó en la rutina.

Eliot y Catrina entraron con pasos suaves, como si intuyeran que interrumpían algo más que una conversación. La luz cálida de la cocina les recibió, pero fue la mirada de Aurelio—rápida, casi nerviosa—la que lo confirmó. Soren soltó con naturalidad la mano de su compañero y se giró hacia ellos con una sonrisa diplomática.

—Justo hablábamos de ti —dijo Soren, dirigiéndose a Catrina mientras se incorporaba de la mesa—. Aurelio me contó que tienes talento musical. Me encantaría escucharte.

Catrina se quedó inmóvil por un segundo. No era común que Soren la invitara a compartir algo suyo. Su instinto le susurraba que había algo más detrás de esa petición, pero decidió seguir la corriente.

—Claro, si quieren… puedo mostrarles lo que estoy trabajando —respondió, con esa mezcla de humildad y orgullo que solo aparecía cuando hablaba de su música.

—Sería un placer —aceptó Soren, con una sonrisa amable.

Se dirigieron al estudio que Aurelio había construido especialmente para ella: una cápsula sonora envuelta en madera clara, paneles acústicos flotando como nubes, luces cálidas que daban la impresión de estar en otro planeta. Sintetizadores, *pads* de ritmo, secuenciadores digitales, todo dispuesto con mimo.

Catrina se posicionó frente a la consola y desplegó la membrana visual que envolvió sus ojos como una burbuja. Sus dedos se deslizaron con familiaridad, activando capas de sonidos que parecían surgir desde los túneles de la Tierra. Pulsos graves, texturas etéreas, ritmos fractales. La música electrónica que creaba no se parecía a nada que ellos hubieran escuchado. Era orgánica y cerebral. Telúrica y cósmica.

Eliot la miraba como siempre, con admiración y un dejo de fascinación. Pero también con una inquietud que empezaba a crecer. Soren no dejaba de observarla. No solo escuchaba la música, la examinaba a ella. Como si buscara algo escondido entre los compases.

Catrina aún tenía las mejillas encendidas por la intensidad de su demostración. En el estudio, el ambiente era más íntimo que técnico; la música electrónica que había creado aún vibraba en los

paneles como una huella sonora. Soren observaba en silencio, con los brazos cruzados y una expresión difícil de descifrar.

Eliot, de pie junto a ella, sentía algo distinto aquella vez. No era solo orgullo por su talento, era la forma en que Soren la miraba. No como quien admira una artista, sino como quien estudia una variable que no encaja. Eliot no pudo evitar romper el silencio.

—¿Conocías a Catrina? —preguntó, fingiendo neutralidad, mientras sus ojos paseaban entre Aurelio y Soren.

Soren tardó un segundo en responder, como si afinara el peso de sus palabras.

—Solo lo suficiente, es la hija de mi compadre —dijo con una sonrisa breve—. Y suficiente para saber que hay más en ella que talento musical.

Aurelio desvió la mirada hacia una consola apagada. Sabía que Eliot era un chico tranquilo, educado, y poco elocuente, pero tarde o temprano buscaría respuestas. Se estaba compenetrando profundamente con Catrina.

Eliot giró levemente el cuerpo hacia Catrina, como si pudiera protegerla con su presencia. Sentía que ella era parte de su vida, pero había capas que aún no había tocado. ¿Quién más la conocía? ¿Qué parte de su historia le estaba reservada?

—Tiene esa forma de conectar con el ritmo… como si hubiera vivido en otra época —añadió Soren, ahora mirando los sintetizadores—. Soy muy creyente de la teoría de las vidas pasadas. —soltó una carcajada para aligerar la tensión palpable en el ambiente.

Catrina, ajena a la tensión que se acumulaba, comenzó a revisar las últimas líneas melódicas que había compuesto. Pero Eliot se mantuvo en silencio, sintiendo que algo en el aire había cambiado. Ese estudio, que solía ser un lugar para sueños compartidos, se había transformado en una cámara donde la verdad se colaba entre los compases.

«Tal vez no conozco a Catrina tanto como creo. Y tal vez este hombre sabe cosas que yo ni imagino», pensó Eliot.

Pero no dijo nada más. Porque en ese momento comprendió que algunas preguntas deben esperar a que el corazón esté listo.

Aquella tarde, después de la presentación musical, Eliot invitó a Catrina a caminar por el bosque. No era una salida especial, ni planeada, solo una forma de estar lejos de las miradas, de volver a ese rincón de árboles donde ambos se sentían menos observados.

Caminaban en silencio, el ritmo de sus pasos acompasado como un latido compartido. Catrina recogía pequeñas ramas que usaba como baquetas improvisadas, golpeando ritmos sobre las rocas, mientras Eliot la miraba con ese brillo indeciso en los ojos.

—Tu música —dijo de pronto—. Hay algo… en ella. Es como si hablaras de cosas que nunca mencionas en voz alta.

Catrina lo observó, sin dejar de mover los dedos sobre una piedra lisa.

—Tal vez. A veces la música dice lo que yo no puedo explicar —respondió con suavidad.

Eliot quería entenderla más. No por desconfianza, sino por esa necesidad que nace cuando el amor comienza a construir raíces. Sentía que cada gesto de Catrina tenía una historia detrás. Que su forma de amar no solo era nueva… era contenida, como si vigilara cada palabra antes de dejarla salir.

—Tu madre… —susurró Eliot, tanteando el terreno—. Debe haber sido increíble, si heredaste esa sensibilidad. Aurelio me dijo que era doctora como él.

Catrina bajó la vista. Fingió ordenar unas hojas sobre el suelo.

—Lo era… Y muy estricta —dijo sin mirar—. Pero también me enseñó a observar el mundo sin miedo.

Eliot no insistió. Algo en su tono le hizo detenerse, pero no borró sus dudas. Porque, aunque ella decía nunca haberse enamorado antes, él sentía que había fantasmas en su piel. No por celos, sino por esa contradicción silenciosa que a veces se percibe en quienes han sobrevivido sin elegirlo.

«No soy el primero, eso está clarísimo. Pero quizá soy el primero en tocar lo que hay debajo de la superficie. Así como dijo ella, soy su primer amor. Algo improbable, pero le creo», pensó.

—¿Y Aurelio? —preguntó, con una sonrisa lateral—. A veces lo veo mirarte como si fueras más que una hija. Como si entendiera cosas que tú todavía estás descubriendo.

Catrina lo miró de reojo. Su mirada no era defensiva, pero sí cautelosa. El pacto con Aurelio seguía vigente. Y aunque Eliot merecía la verdad, aún no era el momento.

—Aurelio… tiene muchas capas. Y yo, todavía estoy aprendiendo a leerlas. Es la primera vez que compartimos tanto tiempo juntos como padre e hija —dijo finalmente.

Caminaron un poco más. Las ramas crujían bajo sus pies, y el viento parecía saber que aquel silencio cargaba más que palabras.

Eliot no volvió a preguntar. Pero aquella tarde comprendió que amar a Catrina sería también aprender a esperar.

Ya el sol bajaba entre las copas del bosque, filtrando tonos ambarinos que caían sobre la piel de Catrina como si quisieran quedarse ahí. Sentada en una piedra plana, con los brazos apoyados en las rodillas, miraba el horizonte sin decir nada. Eliot se acomodó cerca, sin invadir, pero cerca. El silencio entre ellos no era incómodo; era el tipo de silencio que espera respuestas que no se piden en voz alta.

—A veces me siento… como partida —dijo ella, como si sus pensamientos hubieran superado la barrera del pudor.

Eliot la miró, sin interrumpir.

—Partida entre lo que sé que quiero… y lo que no sé si ya dejé atrás —continuó Catrina, bajando la voz—: Tú eres claro, aunque reservado. Brillas. Me das paz. Pero hay algo en mí que no siempre se deja tocar.

Eliot sintió ese temblor interno que aparece cuando se está cerca de una verdad.

—¿Es por Piero? —preguntó, sin reproche, solo con vulnerabilidad.

Catrina no respondió de inmediato. Se quedó observando una hoja que giraba en el viento mientras meditaba las palabras que debía decir sin revelar la verdad.

—Donde crecí… no existían los celos —dijo al fin—. Las relaciones eran muy distintas. No existía el amor de pareja, pero sí de amistad. Piero… es como una conexión vieja. No en tiempo, sino en forma. Me recuerda esa parte de mí que ya no quiero ser… pero que todavía vive en mí.

Eliot cerró los ojos un instante. No para evitar lo que escuchaba, sino para guardarlo. Porque lo que ella le entregaba no era una confesión, era una señal de confianza.

—Y yo… ¿qué parte soy? —preguntó, más como niño que como amante. Con la mirada inocente que Catrina percibió la primera vez que lo vio.

—La parte nueva —respondió Catrina, mirándolo por fin—. La que me ha hecho sentir cosas que nunca creí que existían en mí; cosas buenas. La que me hace pensar en lo que quiero construir. En lo que podría durar. Aunque no sé cómo se hace.

Eliot sonrió, un gesto leve, como si sus emociones respiraran por sí solas.

—Pues, aprendemos juntos.

Ella se recostó en su hombro, sin decir más. Y ese pequeño gesto bastó. No necesitaban respuestas completas. A veces, el amor empieza donde la claridad termina.

CAPÍTULO 24

EL VÉRTICE DEL DESEO

Entre el fuego que se extingue y el que comienza, hay un vértice donde el deseo respira lo que aún no se dice.

Sábado 16 de agosto del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Catrina dormía plácidamente entre la suavidad de unas sabanas de color negro. Unas cálidas manos recorrieron con sutileza su piel desde las caderas hasta su pecho. El vello se le erizó. Sus pezones se hincharon hasta ponerse duros y su vagina se humedeció expandiendo los músculos de su cavidad sexual, preparada para ser penetrada.

La excitada joven se volteó para quedar al frente de Eliot y atrapó su boca en un intenso y jugoso beso mañanero, lo que los llevó a consumirse en la llama de pasión que seguía siempre al rojo vivo.

Mientras llegaban al explosivo clímax del orgasmo en conjunto, Catrina soltó un chorro de líquido por su uretra de forma involuntaria. Abrió los ojos como platos por el desastre que había hecho sobre la lencería de la cama y sobre el cuerpo de Eliot, quien la miró con adoración tras ese suceso.

—¡Otra vez! Lo siento —dijo Catrina y se levantó corriendo hacia el baño, para limpiarse y terminar de botar los fluidos sexuales que llenaban su interior.

Dejó que el agua fría la envolviera, un contraste refrescante que la ayudaba a centrarse. Eliot se unió a ella poco después, tomando con suavidad el jabón que ella sostenía para comenzar a enjabonarle la piel; aquel gesto íntimo que le encantaba compartir.

—Puedo hacerlo sola —murmuró Catrina, sin apartarse, disfrutando del momento.

—Feliz cumpleaños —susurró Eliot junto a su oído.

Era un despertar inusual para Catrina. Por primera vez, su cumpleaños comenzaba así, y el presentimiento de que aquel día sería distinto le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Gracias… nunca había celebrado así mi cumpleaños —admitió.

—Algún día quiero saber más de tu pasado, de ese lugar en el que creciste. Es curioso cómo cambian las cosas entre una Econova y otra. Y eso que he visitado varias, incluso una Elysium. Allí vive mi hermano —dijo Eliot, mientras comenzaba a enjabonarse él mismo.

Catrina suspiró profundamente.

—¿Qué es una Elysium? —preguntó mientras el agua arrastraba los últimos rastros de jabón de su cuerpo.

Eliot la miró extrañado. Había tantas cosas que eran nuevas para Catrina.

—Es una ciudad, como las Econovas —respondió Eliot, cerrando el grifo. Tomó una toalla amplia y envolvió con delicadeza a Catrina.

La expresión de ella revelaba una curiosidad genuina.

—Creo que no eres de aquí… vienes de otro mundo —bromeó él, mientras se secaba.

—Puede ser… De donde vengo, vivíamos muy cerrados a lo que ocurría fuera. No conozco nada sobre Elysium —reveló Catrina con cautela.

—Entiendo. Mira, cuando se dejó atrás la vida en las Terranovas, hace unos quinientos años, se crearon tres tipos de ciudades en la superficie: Econovas, Elysium y Proteus. Las Econovas se dedican a la producción de alimentos; agricultura, ganadería… todo fusionado con la naturaleza. Las Elysium, aunque también conservan lo natural, son más urbanas, con edificios altos y centros corporativos. Los Proteus son ciudades militares, donde residen y entrenan los cadetes. Cada Econova se complementa con su Elysium y su Proteus. Mi hermano vive en Elysium 233.

Catrina escuchaba en silencio, sorprendida de descubrir aún tantos fragmentos del mundo que le eran desconocidos.

—¿Nunca han vuelto a ver qué quedó de las Terranovas? —preguntó Catrina, frunciendo el ceño, con la sombra de una inquietud alojándose detrás de sus ojos.

—Está prohibido. Si te acercas demasiado a una entrada, el chip lo detecta —dijo Eliot, tocándose detrás de la oreja derecha—. Enseguida aparecen militares… como si surgieran de la nada, para impedir el paso.

Catrina guardó silencio. La memoria de su salida volvió como una ráfaga: sin militares, sin alarmas. Su chip… desactivado. Eso explicaba demasiado, y al mismo tiempo, no explicaba nada.

—¿Te pasó a ti? ¿Alguna vez te acercaste a una Terranova? —insistió, con la curiosidad y la necesidad de entender, entrelazadas en su voz.

Ya estaban vestidos, y en el dormitorio, Alexa, la droide, acomodaba la cama con lencería limpia, sus movimientos precisos como si ignorara el peso de las palabras que flotaban en el aire.

—Sí. Estaba con Piero… Teníamos quince años, la edad en que uno cree que todo es posible, pero éramos unos chiquillos —dijo Eliot, sonriendo con una mezcla de nostalgia y cautela—. Vimos la entrada de la Terranova 233, justo antes de que nos interceptaran varios militares. Fue un susto brutal.

—¿Ya se hacía llamar «El Lobo» en ese entonces? —preguntó Catrina, como quien busca alivio en un recuerdo más liviano.

—Sí. Su papá lo apodó Lobo desde que nació, y desde entonces lo lleva con orgullo. Si conocieras a su familia… comprenderías. Son todos igualitos.

—Vaya… Debe ser interesante —murmuró Catrina, soltando una risita que apenas duró un segundo.

Hubo una pausa breve, pero cargada. Como si el aire hubiese cambiado de densidad. Eliot la miró con suavidad.

—Vamos a desayunar. Luego te llevo a casa —dijo, con una sonrisa que no era solo cálida, sino cargada de promesas—. Hoy te espera un día especial.

Y ese cosquilleo volvió a aparecer, inquieto y profundo, en el estómago de Catrina.

ΔΔΔ

Cerca del mediodía, Eliot llevó a Catrina hasta la casa que compartía con Aurelio.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono Aurelio y Soren cuando cruzaron el umbral.

Catrina dio un salto involuntario. Su mirada recorrió la casa: serpentinas violetas y doradas colgaban del techo, globos cubrían las paredes, y en el centro del comedor, una torta de chocolate resplandecía entre los adornos.

—Feliz cumpleaños, Chiquilla —dijo Aurelio, abrazándola con calidez y besando su frente.

—Gracias —susurró ella, casi sin poder procesarlo.

Era la primera vez que le hacían una sorpresa así. Recordó aquellos gestos sencillos de Lucía, Manuel… incluso Ditrox: un pastel modesto al final de la jornada laboral, una canción tímida, un abrazo compartido. Sin que pudiera evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Es un pastel de verdad? ¿Dulce? —preguntó, enjugándose las lágrimas con rapidez.

—Sí, pero no como los que conocías. Está hecho con ingredientes que no dañan tu organismo —respondió Aurelio con una sonrisa suave—. Vamos, ponte aún más linda. En un par de horas celebraremos a lo grande.

Catrina sentía el pecho inflado de emoción. Dentro de ella, los recuerdos se mezclaban con la alegría repentina, la nostalgia, la congoja… como un torbellino imposible de domar.

Eliot la observaba feliz. Había algo distinto en ella, algo que no podía explicarse, y se sentía afortunado de haberla conocido.

—Catri, tengo que hacer unas diligencias. Vuelvo en un par de horas —le dijo antes de marcharse. Se dieron un beso breve y él desapareció por la puerta.

Las felicitaciones de Soren y Alina, la robot doméstica, la acompañaron hasta su habitación. Allí, sus tres gatos la recibieron

con maullidos y ronroneos, rodeándola como si supieran que era un día especial.

Una caja dorada reposaba sobre la cama. En la tarjeta, escrita con trazo firme: «Feliz cumpleaños, chiquilla.» Firmado: Aurelio.

Catrina la abrió, y el brillo púrpura del atuendo la hipnotizó. Era un vestido de corte ciberpunk, ceñido al cuerpo, de mangas largas y escote cuadrado, con una falda corta y plisada. Justo como los que usaba en Terranova 233. Lo adoró.

Conmovida, se dejó caer sobre la cama. Las emociones seguían revoloteando, atrapadas entre la memoria y el presente. Quiso compartir el momento… y pensó en Azaria.

Tocó su dispositivo en la oreja.

—Azaria, ¿estás ahí?

Una leve interferencia. Silencio. Espera. Nada. Catrina resopló con frustración.

Activó la membrana digital sobre sus ojos y entró en la realidad aumentada. Buscó a Lucía. A Manuel. Intentó llamarlos. El mensaje fue tajante:

«Números inexistentes.»

Se rindió. Y el vacío, por un momento, se sintió más real que cualquier celebración.

Pasaron un par de horas. Catrina se preparó para la celebración con esmero. Se enfundó en el vestido morado, ese que ya adoraba, y calzó sus botas favoritas, traídas desde Terranova 233. Peinó su cabellera blanca, dejando libre el mechón violeta que la distinguía. Se maquilló con delicadeza: labios color púrpura, ojos delineados en negro, mejillas con un suave toque de colorete. Todo, elaborado con cosméticos naturales.

Decoró su cuello con una gargantilla ancha negra que armonizaba con la otra pieza que siempre llevaba: la piedra protectora que colgaba entre sus pechos. De sus orejas brillaban pendientes en forma de gota, cristal violeta, como si llevara fragmentos del espacio estelar consigo.

Los invitados empezaron a llegar. Mandy, la esposa de Soren, llegó acompañada por su hija menor, dos años mayor que Catrina. Piero y Nerea hicieron su entrada con un par de regalos. Piero vestía

con una elegancia primitiva: descalzo, pantalón negro y un chal estampado como manchas de pantera que cubría sus hombros. Elora y Khalid llegaron poco después, con un presente vistoso: una caja dorada al estilo egipcio.

Eliot apareció más tarde, con un traje informal en los mismos tonos de Catrina: púrpura y negro, como si sus vibraciones estuvieran alineadas.

Pero los invitados más especiales fueron los padres de Aurelio. Una pareja centenaria, con cabelleras blancas como la de Catrina. Su piel apenas marcada, sus posturas lentas pero dignas. A pesar del evidente paso del tiempo, conservaban una presencia serena y firme.

—Mamá, papá, les presento a mi hija: Catrina —dijo Aurelio, con un orgullo que le iluminaba el rostro.

Los ojos de la señora se encendieron con la noticia.

—Qué bonita sorpresa, hijo. Aunque un poco tarde… gracias por esa bendición —murmuró con dulzura.

Se acercó despacio, observando a Catrina de pies a cabeza, buscando rastros de parecido. Luego tomó su mano y le dejó un beso lleno de ternura. Hizo lo mismo con la de Aurelio, en un gesto silencioso de unión.

—Después de tantos años, pensábamos que nunca tendríamos nietos tuyos. ¿Y la madre de la niña? —preguntó el anciano.

—Murió —respondió Aurelio, sin más.

—Oh… lo siento —musitó, con un matiz sombrío en la mirada. Se acercó a Catrina y también le besó la mano.

—¿Por qué tienes el pelo blanco, hijita? —preguntó la señora, acariciando un mechón con curiosidad.

—Soy albina.

—¡Ah! Seguro mi hijo ya ha arreglado tu condición. Es un genio —dijo, acariciándole la mejilla con afecto—. Estoy segura de que tú también eres tan inteligente como él.

—Así es, lo es —afirmó Aurelio con firmeza.

Catrina asintió lentamente, sabiendo que dentro de ella resonaba la verdad: jamás se consideraría ni la mitad de brillante que Aurelio.

Pero en ese momento, aceptó el elogio como quien recoge una joya que aún no sabe cómo pulir.

—Catri, acompáñame un momento a tu cuarto. Quiero darte mi regalo —propuso Eliot.

—Pillín… ¿Ya estás con ideas traviesas? —respondió Catrina, acercándose a él con una sonrisa provocadora.

—Tu presencia siempre me pone a mil. Pero no… este regalo es otro tipo de locura. Vamos.

Eliot la tomó de la mano. Caminaron con paso lento hasta el dormitorio, donde él cerró la puerta con discreción.

—Toma —dijo, entregándole un sobre negro con bordes dorados.

Catrina lo abrió con curiosidad, deslizándolo entre los dedos. Dentro había dos boletos relucientes.

—¿Qué es esto? —preguntó, desconcertada.

—Lee —insistió Eliot.

Catrina agudizó la vista. Eran entradas para un concierto que ya había comenzado. El corazón le dio un vuelco.

—¿Irnos ahora? No creo que Aurelio me lo permita…

—No tiene que enterarse —respondió Eliot en tono cómplice—. Antes de la medianoche estarás de vuelta como si nada.

Catrina miró el reloj digital de la habitación: cinco en punto.

—A las siete cantamos el cumpleaños. Luego les decimos que celebraremos juntos en mi casa.

Catrina suspiró, una ráfaga de adrenalina recorrió su cuerpo. Era la misma electricidad que sintió cuando huía de los Umbras en Terranova 233.

—Está bien. Lo haremos así.

Se elevó en puntillas, rodeando el cuello de Eliot con los brazos. Lo besó con una intensidad cargada de emoción contenida. Por un instante, sus cuerpos se fundieron en el vértigo del deseo… hasta que Eliot se separó suavemente.

—No sabes las ganas que tengo de ti… pero tenemos que seguir compartiendo con los demás. Para que todo salga como está planeado.

Catrina dejó escapar un pequeño gemido a modo de queja. Se mordió el labio, ajustó su vestido, y notó que un pecho se asomaba

fuera del escote. Con una sonrisa traviesa, volvió a acomodarlo.

Como lo había dicho Eliot, a las siete en punto cantaron el cumpleaños. Catrina sopló veintiséis velas, rodeada de risas, miradas afectuosas y el aroma del pastel, elaborado con harina de almendras, cacao puro y yogur griego, endulzado con estevia.

—Estoy muy agradecida por este hermoso día —dijo Catrina, abrazando a Aurelio con emoción contenida—. Me gustaría irme a casa de Eliot… tiene preparada una sorpresa romántica para continuar la noche.

—Entiendo, chiquilla. Claro que sí —respondió Aurelio con una sonrisa cálida, antes de retirarse a la cocina.

Regresó con dos botellas de vino tinto en las manos, lo cual sorprendió a Catrina. Con una cucharilla, tintineó el cristal de una botella para llamar la atención de todos los presentes.

—Familia… brindemos por este momento de unión y paz. Y por el cumpleaños de mi hija Catrina —anunció con voz firme y alegre.

Los aplausos resonaron en el salón. Alina apareció con una bandeja de copas, que ella y Aurelio fueron llenando una a una con el vino oscuro y brillante.

Cada invitado tomó su copa y esperó con expectación.

—Por Catrina —dijo Aurelio, levantando la suya con orgullo.

—Por Catrina —repitieron todos al unísono.

Las copas se chocaron con un tintineo cristalino. Catrina sintió el ardor del vino en su garganta, algo que no experimentaba desde hacía tiempo. Pero este vino... tenía un sabor elegante, profundo. Le gustó.

—Bueno… estos dos tortolitos van a continuar la celebración a solas —bromeó Aurelio, rodeando con sus brazos a Catrina y Eliot—. El amor es la fuerza más poderosa e indestructible de todas.

Cruzó una mirada cómplice con Soren, quien le respondió con un guiño discreto.

La joven pareja se despidió de los invitados con sonrisas pícaras, y junto a Piero y Nerea emprendieron su retirada. El resto permaneció en casa de Aurelio, entre copas y risas.

—Huesito de pollo, prepárate para una experiencia inolvidable —dijo Piero, colocando su musculoso brazo sobre los hombros de

Catrina.

—Espero que Aurelio no se entere… —respondió ella, llevándose las manos al pecho en un intento de calmar la agitación.

—Bah, ya eres mayor de edad y, se supone, independiente —bromeó Piero, riendo con desenfado.

—Claro, bobo, pero no es tan sencillo… —replicó Catrina, aún bajo su brazo, con una mezcla de inquietud y complicidad.

—Ah, ya entiendo. Aurelio sigue creyendo que estás vulnerable por la operación —comentó el Lobo, observándola con curiosidad. Catrina asintió con suavidad—. Verás que no pasa nada. Estás en excelentes condiciones, ya ni pareces un huesito de pollo… ¡estás carnuda! ¡Diviiinooo! —añadió Piero con una carcajada, soltándola finalmente para rodear a Nerea.

Cada pareja subió a su vehículo volador. El trayecto por las calles de Econova 233 fue breve pero cargado de emoción. Las luces nocturnas danzaban sobre los techos verdes, y los rostros luminosos de los peatones parecían reflejar la energía de algo grande por ocurrir.

Llegaron frente a un domo imponente, blanco como la porcelana, resplandeciente bajo la luz de la luna. Parecía una perla gigante en medio de la ciudad, custodiada por una multitud expectante.

Catrina se detuvo por un momento. Las memorias del Abisal Bar regresaron como un eco: noches interminables, luces tenues, miradas cargadas. Allí, ella nunca pasaba desapercibida. Cabello blanco, ojos inusuales, tatuajes que dibujaban historias en su pierna derecha… No había quien no volteara a mirarla al pasar.

Y ahora, frente a aquella estructura colosal, la sensación era la misma. Catrina, disruptiva como siempre, estaba a punto de vivir algo que aún no tenía nombre.

Mientras hacían la fila para entrar a la siguiente etapa del concierto —el festival seguía desde la mañana y aún quedaban presentaciones nocturnas—, Eliot recibió una visita inesperada. Un grupo de mujeres se acercó, y al frente, una figura imponente avanzó decidida.

—¡Amor! ¿Qué haces aquí? El año pasado no quisiste venir al evento —dijo Eva, la expareja de Eliot. Colocó la mano sobre su

antebrazo y la deslizó lentamente hasta su mejilla, con una sensualidad calculada. Sin previo aviso, se inclinó para besarle en los labios.

Eliot se apartó de inmediato. El gesto fue brusco. Definitivo.

Eva se quedó inmóvil por un segundo. Alta, de cuerpo esbelto y tonificado, llevaba el cabello rubio y ondulado cayendo como una cascada dorada por la espalda. Su top metálico como el oro apenas cubría sus pechos pequeños pero firmes. El pantalón dorado abrazaba sus piernas largas y delicadas con un ajuste perfecto.

La actitud de Eliot la desorientó. En el pasado, aunque distanciados, él nunca había rechazado sus besos. Miró a Piero y Nerea, ambos con los ojos abiertos como platos, sorprendidos por la escena.

—Piero, Nerea —saludó Eva, con un intento de dignidad.

—Eva —respondió Piero, inclinando ligeramente la cabeza. Nerea la saludó con un gesto neutral de la mano.

Entonces, Eva posó sus ojos en Catrina. La mirada que recibió fue gélida, firme, como una ráfaga de viento helado que cortaba la piel. Entendió de inmediato. Eliot estaba con alguien más. Sonrió falsamente y examinó a Catrina de arriba abajo.

Celos. La nueva pareja de Eliot, aunque bajita, tenía algo etéreo. Parecía una criatura salida de un cuento antiguo, un hada vestida de rebelión. Eva sintió la punzada. La pérdida. Intentó mantener su porte regio, pero por dentro… algo se derrumbaba.

—Que pasen una bonita noche. Me gustó verte de nuevo, Eliot —dijo, con una voz que temblaba apenas en su última nota.

Su mirada se apagó. Sintió esa punzada aguda en el pecho. En Eliot vio un brillo que ya no le pertenecía: un halo de felicidad que había perdido hace más de un año. Se sintió culpable. Derrotada. Quizás lo había perdido para siempre.

—Que pases una linda noche, Eva —respondió Eliot, seco. Apretó la mano de Catrina, una mano que no había soltado en ningún momento.

Catrina sentía que se encendía por dentro. Un fuego lento, confuso, que se desbordaba en un temblor sutil. Eliot la rodeó con

sus brazos y la atrajo contra su pecho. Su abrazo era cálido, firme, como una promesa silenciosa.

—Te amo. No lo olvides —susurró junto a su oído.

Pero el semblante de Catrina seguía serio. El hielo y el fuego se cruzaban en su pecho.

—Eva es mi exnovia —añadió Eliot.

Catrina abrió los ojos como si algo en ella hubiese crujido.

—¿Exnovia?

—Fue mi pareja antes de ti. Hace más de un año que nuestros corazones se distanciaron. Lo que quedaba entre nosotros… era una relación vacía sostenida por sexo.

La sinceridad de Eliot cayó como una piedra sobre el lago de sus pensamientos. Catrina no respondió de inmediato. Aquella frase resonó dentro de ella.

«Relación vacía sostenida por sexo.»

La conocía bien. Era lo que ocurría en Terranova. Allí, la intimidad no era afecto. Era necesidad. Las conexiones eran funcionales, sin alma. Y ahora, escuchar que Eliot había habitado ese mismo vacío… la hizo recordar cuán difícil era confiar en el amor como algo auténtico.

La fila comenzó a avanzar. Ya estaban cerca del ingreso. La enorme perla brillaba frente a ellos, magnánima y silenciosa, como si aguardara algo más que música.

Catrina respiró hondo. No dijo nada, pero apretó un poco más la mano de Eliot.

Tal vez el amor sí podía construirse, piedra a piedra, en medio del ruido, del pasado, del temor. Y justo antes de entrar, Catrina comprendió: lo que estaba a punto de vivir —dentro de aquella perla sonora— no era solo un concierto.

Era el comienzo de otra verdad.

CAPÍTULO 25

CUANDO LA MEMORIA ARDE

A veces, lo más difícil no es recordar... sino aprender a vivir con lo que la memoria revela.

El interior del domo, redondo y resplandeciente como una perla colosal, era una experiencia sensorial inimaginable. Al menos diez veces más amplio que el Abisal Bar, ofrecía una inmersión similar, pero más luminosa, más magnética. Una sinfonía de luces neón danzaba sobre las superficies curvas, y el cabello blanco de Catrina comenzó a brillar bajo aquella incandescencia como si absorbiera la energía del lugar.

La acústica era fascinante. A pesar de la forma esférica, el sonido circulaba sin tropiezos. Desde el techo colgaban estructuras gigantes, orgánicas e irregulares, como fragmentos flotantes de coral futurista que canalizaban las vibraciones con precisión. Una melodía clásica acariciaba el ambiente, suave como una brisa emocional que desvanecía los restos de rabia y celos que aún vivían en el pecho de Catrina.

—¿De qué va el concierto? —preguntó, sintiendo que su ánimo se reconfiguraba bajo aquel hechizo lumínico.

—Rock —respondió Eliot—. Todos los géneros que han existido hasta ahora. El evento dura todo el día: bandas de distintos estilos, culturas, épocas… y cayó justo en tu cumpleaños. Ya pasó la etapa electrónica, justo mientras estábamos en casa de Aurelio. Me hubiese encantado que la vieras, con lo que tú sabes hacer… —Eliot bajó la voz, como si compartiera una confesión emocional—: Mañana es el cierre. Si todo sale bien, podemos volver. Será más bailable: tribal, salsa, bachata, merengue… puro ritmo ancestral.

Catrina lo escuchaba con curiosidad, aunque el rock no era su fuerte. No le desagradaba. Y ahora, ese lugar la envolvía en otra frecuencia.

Tras recorrer el gigantesco domo, los cuatro se ubicaron en primera fila, frente al podio circular donde se presentarían las bandas. Los asientos eran reconfortantes, pero lo más impactante estaba ante ellos: un nicho poblado de personas de pie, tan cerca del escenario que podían rozar con la punta de los dedos a los músicos cuando se acercaran.

Entonces, la penumbra. El domo apagó sus luces en un solo golpe emocional. Un sonido seco, creciente. Un pulso que nacía del suelo y subía por la espina dorsal.

Y la cuenta regresiva comenzó. Números azules, como gotas de luz líquida, descendían desde lo alto del domo, sumergiendo al público en una euforia casi ritual.

Catrina se sostuvo el pecho. El latido se había acelerado. Algo se cocinaba dentro de ella, y no era solo emoción… era transformación.

En el podio, aparecieron como invocados por la música misma: baterista, bajista, guitarrista, tecladista, vocalista. Luces de un azul intenso los envolvieron, y los primeros acordes comenzaron a sonar.

La canción: «Take a bow», del legendario grupo Muse, reinterpretada por una banda famosa proveniente de Elysium 45, al norte del continente. El público enloqueció. Aplausos, gritos, brazos alzados. La energía colectiva se disparó como una ola explosiva.

En lo alto, alrededor del podio, el espectáculo visual era hipnótico. Formas danzantes, destellos cromáticos, humo digital suspendido. Y en medio de aquello, el cuerpo de Catrina comenzó a brillar: su cabello blanco se encendía bajo las luces de neón, como si respondiera al llamado de algo más profundo.

La música calaba en sus huesos. Era una vibración líquida, una corriente eléctrica que recorría su columna y se estrellaba con dulzura en su pecho. Apretó la mano de Eliot con fuerza. No por inseguridad, sino por euforia.

El grupo tocó tres canciones más de su autoría, evocando el estilo de Muse, como si el pasado resonara en la piel del futuro.

Después vinieron doce bandas más. Cada una con un enfoque único del rock, cada una abriendo su set con versiones reinventadas de himnos históricos. Sonaron fragmentos de Metallica, The Rolling Stones, Led Zeppelin, Queen, AC/DC, Black Sabbath, The Doors, The Beatles, U2, Nirvana, Guns N' Roses…

Catrina gritó. Brincó. Bailó. Cada canción era un fuego nuevo. No tenía palabras para describir lo que ocurría. Era como si la música corriera por sus venas y detonara en su mente como un espectáculo de luces internas.

—¿Qué te pareció? —preguntó Eliot, deslumbrado por la expresión luminosa de Catrina.

—Impresionante… único. Gracias por todo —respondió ella, abrazándolo con el corazón tan desbocado que sentía que podía salírsele por la boca.

ΔΔΔ

Pasadas las once de la noche, Aurelio aún no lograba conciliar el sueño. La resaca emocional del día le revolvía la mente: la alegría de Catrina, el reencuentro con amigos, el calor de su familia. Todo había sido demasiado intenso.

De tanta emoción, había olvidado algo que no solía pasar por alto: monitorear la ubicación de Catrina. Aprovechó el silencio de la habitación para hacerlo. Después de dar vueltas en la cama, miró al techo y suspiró profundamente.

—Alina, muéstrame la ubicación de Catrina —pidió en voz alta.

—En seguida, señor —respondió la robot con su tono melodioso.

Una pantalla holográfica se proyectó frente a Aurelio. Los datos se actualizaron en tiempo real. Sus ojos se abrieron como platos.

Catrina no estaba en casa de Eliot. Estaba en el domo de eventos de la ciudad.

Aurelio se sintió traicionado. La respiración se le volvió pesada. Se quedó en silencio, procesando la imagen congelada ante sus ojos.

Tras varios minutos de reflexión, logró aquietarse. Reconocía que Catrina merecía diversión y nuevas experiencias, pero había algo que no podía evitar: el miedo. El terror de que algo le ocurriera.

Resopló. Se rindió ante la realidad. Pero sabía que no dormiría tranquilo.

Mañana habría una conversación intensa. Una charla seria con Catrina… y con Eliot.

ΔΔΔ

Catrina, Eliot, Piero y Nerea salieron del domo al finalizar el evento. Un violento temblor sacudió el suelo bajo sus pies, obligándolos a detenerse.

—Uff… ese fue fuerte —exclamó Nerea, aferrándose al brazo de Piero.

—Cada vez se sienten con más intensidad. Quizás son secuelas del cataclismo —comentó él, pensativo, acariciándose el mentón.

—No lo sé… tengo entendido que estos temblores son relativamente nuevos. Se empezaron a sentir hace apenas cien años —respondió Eliot, caminando de la mano con Catrina—. Tal vez la Tierra está cambiando… quizá sí tiene que ver con el cataclismo.

Pero Catrina apenas prestaba atención. Aún estaba embriagada por la emoción que le dejó el evento. Su mirada se deslizaba por el paisaje humano a su alrededor, captando cada detalle con asombro. Mujeres y hombres atractivos, atuendos llamativos pero elegantes. El maquillaje, sutil y natural. Nadie llevaba exoesqueletos ni sillas voladoras. Todos se desplazaban de pie, con una vitalidad que parecía casi simbólica.

Era un mundo diferente. Un mundo nuevo. Nada que ver con las escenas de Terranova 233 que vivió durante veinticinco años: Ropajes estrafalarios, colores excesivos, hombres maquillados con dramatismo. Cuerpos desproporcionados —demasiado delgados o excesivamente gordos— y una mayoría incapaz de caminar, arrastrándose entre dispositivos de movilidad.

El contraste era brutal. Allá, la belleza era rara. Excepcional. Ella, Lucía, Aldo… contaban con un físico que destacaba. Algunos recurrían a la cirugía estética, pero ni siquiera era estrictamente necesario. El *Loliove* se encargaba de actuar químicamente, moldeando el deseo por encima del aspecto.

Aquí, en cambio, todo parecía más armónico. Más orgánico. Catrina observaba en silencio. Y sin saberlo, estaba a punto de sentir que su verdad —aquella que venía ocultando— estaba más cerca de salir a la luz.

Entre la multitud, Catrina vio algo que le congeló hasta los nervios. Un grupo de agentes del Escuadrón Umbra caminaba con sigilo, deslizándose entre los asistentes como sombras vivas.

La respiración se le cortó. Uno de los Umbras la detectó. Sus ojos artificiales se fijaron en ella sin parpadear, y comenzó a avanzar en su dirección.

—Qué curioso… miren a esos Umbras acercándose. ¿Habrá muerto alguien en el evento? —murmuró Eliot, entrecerrando los ojos.

Catrina le apretó el brazo, ocultándose detrás de él como si el contacto visual pudiera desvanecerse con solo cubrirse.

—Quién sabe… últimamente deambulan por la ciudad de forma extraña —añadió Piero, encogiéndose de hombros.

—Debemos irnos —susurró Catrina, casi en un jadeo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Eliot, notando su temblor.

—Quiero irme ya —repitió, esta vez con desesperación.

—Muy bien… vamos a descansar —respondió él, con tono sereno, guiándola hacia el parqueadero de vehículos aerodinámicos.

La mano de Catrina aferrada a la de Eliot temblaba. Aceleró el paso… hasta que algo la detuvo en seco. Una fuerza haló su brazo derecho. Al mirar de reojo, vio la figura oscura, envolvente, del Umbra.

Gritó. No por dolor, sino por puro horror. Su grupo se detuvo, incrédulo ante la escena.

El Umbra no soltaba a Catrina. Ella gimoteaba, atrapada, y Eliot se quedó paralizado, sin saber cómo reaccionar.

Pero algo despertó dentro de Catrina. La adrenalina invadió cada célula. Con su brazo biónico, hizo una fuerza descomunal y arrancó de cuajo la mano negra que la sujetaba.

El Umbra la miró, pasmado, con su extremidad cercenada. Estiró la otra mano para alcanzarla nuevamente.

Pero Catrina ya había huido, veloz, hacia el coche de Eliot.

—¡Vámonos, ya! —gritó con la adrenalina a flor de piel.

Eliot no dudó. Miró a Piero y Nerea. Todos corrieron y subieron a los coches.

—Acelera… directo a casa de Aurelio —ordenó Catrina, sin despegar la vista del retrovisor.

—Lobo, vamos a casa de Aurelio. Si quieren, sígannos —dijo Eliot por el auricular, mientras arrancaban.

El agente del Escuadrón Umbra permanecía inmóvil, como una estatua envuelta en sombras. Su mano amputada yacía en el suelo, chispeando luz eléctrica como un artefacto descompuesto.

Con la mano restante, se tocó el pecho. Un compartimiento se abrió con precisión quirúrgica… y de él emergió un diminuto dron, silencioso como un insecto de metal. Zumbó hacia el vehículo volador de Eliot y se infiltró en su interior sin que nadie lo notara.

Los coches arrancaron con fuerza, impulsados por la urgencia y el miedo. En el interior, Catrina hiperventilaba, presa de una ansiedad que se desbordaba en oleadas. Cada inhalación parecía demasiado corta. Cada pensamiento, demasiado veloz.

El Umbra se quedó atrás. Pero no del todo. La amenaza seguía en movimiento, ahora invisible.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Eliot, pero Catrina no respondía. Se limitó a sostenerse la cabeza entre las manos, temblando.

—No puedo hablar ahora… Te prometo que te contaré —jadeó. Su voz era apenas un hilo. —¡Azaria! Aparece, por favor. Te necesito...

—¿Quién es Azaria? —Eliot insistió, confundido. Pero Catrina ya no parecía estar allí. Era como si hablara con una pared.

Los minutos se le hicieron eternos. El viaje de regreso fue silencioso, salvo por el sonido de su respiración entrecortada.

Al llegar a casa de Aurelio, Catrina sintió un leve alivio. Una tregua emocional.

Aurelio sintió la inesperada llegada de los jóvenes justo cuando comenzaba a sumergirse en el mundo de los sueños. Se levantó de golpe, dispuesto a darles un gran sermón. Caminó con paso firme, recorriendo cada rincón de la casa hasta encontrarlos en la sala de estar, donde Alina les hacía compañía.

La idea del sermón se desvaneció al instante de ver el rostro de Catrina: su expresión congelada por el shock, los ojos perdidos en la nada, la piel blanquecina, los labios pálidos, sin vida.

—¿Qué pasó? —exclamó, corriendo hacia la joven tumbada en el mueble, pálida como un fantasma.

—Lo siento, Aurelio… No sabemos qué ocurrió… No quiere hablar —dijo Eliot, caminando de un lado a otro como un león enjaulado.

—Pero ¿cuándo se puso así? —preguntó mientras revisaba sus signos vitales.

Catrina sostenía un brebaje caliente que Alina le había dado.

—Todo empezó cuando vimos a unos umbras deambular entre la multitud tras salir del concierto. Catrina cambió de ánimo, pidió irnos, y obedecimos. Mientras caminábamos hacia los coches, un umbra la sujetó por el brazo. Ella gritó como loca y, con la fuerza de su brazo robótico, le cortó la mano. Luego salió corriendo y nos marchamos —relató Piero.

Aurelio se quedó sin palabras. «¿Qué hacía un umbra persiguiendo a Catrina?», se preguntó.

Un leve apagón sacudió la casa de Aurelio. Si la situación con Catrina ya era inquietante, aquella interferencia la envolvía de misterio. Alina, el droide, se puso en estado de alerta, escaneando cada rincón en busca del origen. En diminuto dron, expulsado por el robot umbra, había ingresado a la morada disfrazado de luciérnaga.

Aurelio resopló con ansiedad. Los signos vitales de Catrina eran normales, salvo por el pulso acelerado: un ataque de pánico.

—Catrina, chiquilla… ¿me oyes? ¿Puedes contarme qué pasó? —preguntó con voz suave, inclinándose hacia ella.

La joven lo miró a los ojos, pero negó con la cabeza. Aurelio le acarició la mejilla con ternura y soltó un profundo suspiro.

—Lobo, ven conmigo —ordenó, saliendo del salón. Piero lo siguió, desconcertado.

—Dile a Nerea que se vaya a casa. Que tome tu coche. Catrina va a necesitar tu apoyo y el de Eliot, pero Nerea no debe estar presente.

La petición lo descolocó, pero obedeció sin cuestionar. Nerea se despidió en silencio y partió en el vehículo de Piero.

Catrina permanecía inmóvil, con la mirada clavada en un punto invisible. Eliot, al borde del colapso, se culpaba por haberla convencido de ir al concierto. Piero, sin saber qué hacer, observaba la escena en absoluto silencio, a la espera de lo inevitable.

—Muchachos, necesito un favor —dijo Aurelio con gravedad—. Desactiven todos los dispositivos electrónicos que tengan encima. Alina, apaga la inteligencia artificial de la casa. Te prometo que te reactivaré pronto.

—Con gusto, señor. Espero vernos nuevamente —respondió Alina, obedeciendo. Su cuerpo robótico se apagó al instante, quedando inmóvil.

Eliot y Piero acataron la instrucción, apagando sus móviles. Aurelio se encargó del dispositivo de Catrina.

—Muy bien —dijo, sentándose junto a ella—. Ya no hay oídos ni ojos vigilantes.

Lo que no sabía era que un diminuto espía robótico, disfrazado de luciérnaga, los acechaba desde la penumbra.

—Catrina no proviene de una Econova… sino de una Terranova.

Piero frunció el ceño, sobresaltado.

—¿Cómo es posible eso?

—Déjame continuar —pidió Aurelio. Su mirada silenció cualquier réplica—. Las Terranovas nunca dejaron de operar tras el éxodo hacia la superficie. Información que las élites decidieron guardar en secreto. Por qué siguen activas, aún no lo sabemos… pero una cosa es clara: el mundo sigue siendo manipulado por poderes que escapan a la vista. Y todos estamos atrapados en su juego.

Catrina, aún retraída, levantó la mirada y lo observó con atención.

—La vida en las Terranovas es un universo aparte. Por eso Catrina desconocía muchas cosas que aquí damos por sentadas. Lo supe apenas la vi: por sus enfermedades, su fisionomía… y los tatuajes que cubren su piel.

»Eliot, tú la rescataste dos días después de que salió de Terranova 233. Lo que aún no ha dicho es cómo logró escapar… y por qué.

Aurelio la miró. Catrina bajó la vista, sin responder.

—¿Y cómo sabes todo esto? —preguntó Eliot, incrédulo.

Aurelio lo sostuvo en silencio. Luego habló, sin vacilar:

—Porque yo viví en una Terranova.

La revelación cayó como un golpe seco. Eliot y Piero se quedaron paralizados.

Aurelio se levantó y, con gesto firme, se quitó la camisa de manga larga y cuello alto que cubría su torso. Lo que quedó al descubierto fue un lienzo de tinta, con tatuajes que serpenteaban por su pecho, brazos y espalda. Un testimonio silente de un pasado oculto.

—No nací en una Terranova, como Catrina —dijo Aurelio, mientras volvía a ponerse la camisa—. Fui llevado allí para ejercer como médico… pero no fue por elección. Así son captados muchos jóvenes científicos, médicos, ingenieros… provenientes de Econovas y de Elysium. Allá abajo no hay gente con esa capacidad intelectual, pero sí una gran necesidad de profesionales para mantener la infraestructura de la ciudad. Quienes son llevados… no regresan jamás.

Guardó silencio. Un escalofrío lo recorrió al evocar aquella vida desquiciante.

—¿Cómo eligen a los que van a las Terranovas? ¿Y por qué no se habla de esto? —preguntó Piero, con el entrecejo fruncido.

—Seleccionan a quienes son considerados defectuosos para el sistema de la superficie, pero útiles en lo técnico. Solo la milicia mundial y la élite tienen conocimiento de este mecanismo —respondió Aurelio, apretando los puños.

—¿Quiénes conforman esa élite? —insistió Piero, con la mente a punto de estallar de tantas preguntas.

—No lo sé con certeza —respondió Aurelio, con la voz seca—. Se trata de linajes antiguos, familias que han conservado el poder desde tiempos inmensurables… y que han movido los hilos de la humanidad desde las sombras.

—Suena como una película de ciencia ficción —murmuró Piero, con los ojos abiertos como platos.

—A veces la realidad supera la ficción —comentó Aurelio, encogiéndose de hombros.

Hubo un breve silencio. Eliot lo rompió, con voz suave:

—¿Y cuál fue tu «defecto»?

Aurelio bajó la mirada, respiró hondo.

—Soy homosexual.

La confesión cayó como un disparo seco. Eliot y Piero se quedaron inmóviles, la sorpresa dibujada en sus rostros.

Catrina extendió su mano con dulzura. La colocó sobre la de Aurelio, que permanecía tensa, cerrada en un puño. Él sintió el calor de sus dedos, y la rigidez se fue disipando. Entrelazó sus dedos con los de ella, con un gesto silencioso de gratitud. Catrina le apretó la mano, firme. Le parecía atroz que alguien fuera rechazado y enviado al olvido por su orientación.

Las Terranovas tenían fallos sociales inmensos. Pero al menos allí, todos eran aceptados como iguales. No importaba quién eras, cómo eras, ni a quién elegías amar.

Tras un largo silencio, Piero soltó otra pregunta, casi como quien busca un último eslabón en una cadena que no quiere comprender:

—¿Cuáles serían las otras cualidades «defectuosas» según las élites?

—Un físico poco atractivo, personalidad agresiva o violenta… Cosas así —respondió Aurelio con voz grave, como si cada palabra fuese una piedra en el pecho.

—Pero si eres homosexual… ¿cómo tuviste a Catrina en la Terranova? —intervino Eliot.

—Ella no es mi hija —aclaró Aurelio—. Nació en una Terranova distinta. Pero la amo como si lo fuera.

Sus ojos se cruzaron con los de Catrina. Ella le regaló una sonrisa breve, como una grieta de luz en medio de tanto gris.

—Bien —dijo Piero, ahora él era quien caminaba de lado a lado, como un león enjaulado—. Dices que nadie vuelve de las Terranovas… ¿cómo regresaste tú?

—Soren me encontró —dijo Aurelio sin mirar a nadie—. Pasó veinte años buscándome, saltando de ciudad en ciudad, de infierno en infierno. Me rescataron de una Terranova escondida en otro continente… donde se habla español.

Catrina, con la voz apagada por la emoción, intervino:

—¿Y cómo recuperaste la memoria?

—¿Memoria? —repitió Eliot.

—Sí. Verán… A todos los que son llevados a las Terranovas se les borra la memoria. Les insertan recuerdos falsos. Les dan nombres nuevos. Yo… en ese lugar no era Aurelio. Me llamaban Artemis.

Guardó silencio un momento, como si estuviera decidiendo cuánto dolor compartir.

—Mi recuperación fue lenta. Ya llevaba seis años trabajando como médico. Encargado de revisar cuerpos, ajustar dosis de salud. Pero como siempre he tenido esa necesidad de entender… descubrí lo que ocultaban las inyecciones diarias: inhiben los instintos humanos. Transforman a las personas en piezas obedientes, dóciles, diseñadas para trabajar… no para vivir. Allá abajo, nadie supera los cincuenta años.

»No existe la familia. Las mujeres paren hijos para venderlos. Son criados por robots hasta que pueden producir. No hay relaciones amorosas. Solo sexo desconectado, inducido por drogas. Sin ellas, nadie puede sentir. Los hombres pierden la erección. Las mujeres, el deseo.

»La alimentación es pésima. Azúcares, harinas, químicos. Comida que daña, que adormece. Enfermedades crónicas, cuerpos que se deterioran… hasta que no sirven más. Muchos no caminan. Necesitan sillas móviles, exoesqueletos…

»Si sigo, no terminaré. En resumen… la vida allí es un infierno.

Su voz se quebró. El silencio se hizo denso, casi físico.

—Y cuando empecé a recordar… supe que debía callar. Porque quienes recuperan la memoria… enloquecen. Y los eliminan. Te borran. Te matan.

Catrina no pudo contenerse. Las lágrimas se deslizaron como si por fin la verdad hubiera roto el dique que la contenía. Con un nudo en la garganta, murmuró:

—Pero… incluso así… había momentos de felicidad. La gente en las Terranovas es buena.

Aurelio la miró con ternura. La envolvió en sus brazos y la abrazó. Con fuerza. Con dolor. Con amor.

—Lo sé, chiquilla. Vivimos en una distopía que ni siquiera se atreve a llamarse por su nombre.

Eliot seguía petrificado. No solo por lo que había escuchado… sino por todo lo que Catrina nunca le había contado. Su mundo acababa de agrietarse, y no sabía si alguna vez volvería a ser el mismo.

CAPÍTULO 26

RESCATE EN LA PENUMBRA

No todos los amores pueden vivir de frente. Algunos se rescatan entre sombras.

Hace cuarenta y nueve años.
Sábado 12 de marzo del 3453 d. C.
Econova 233, América del Sur.

El cuerpo de Aurelio seguía entrelazado con el de Soren bajo las sábanas blancas que aún guardaban el calor de su abrazo. Eran las ocho de la mañana, pero en ese instante el tiempo parecía haberse detenido. Soren abrió los ojos y lo observó en silencio, deseando que nada cambiara jamás. Aspiró el aroma de su cuello —almizclado, familiar, como un mapa hacia la paz— y depositó un beso que sabía a despedida, aunque aún no lo supiera.

—Señor Soren, su padre lo espera en el comedor —anunció la voz domótica, quebrando el instante como un cristal bajo presión.

Soren se incorporó de golpe. Su padre nunca lo visitaba los fines de semana.

—Debemos levantarnos… llegó mi papá —dijo, retirando con ternura la mano que lo acariciaba, como si quisiera disculparse por abandonarlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aurelio, saliendo de las sábanas como quien deja atrás un refugio.

—Quédate aquí. Yo bajo —propuso Soren. Su voz temblaba bajo la firmeza.

A sus veintitrés años, su cuerpo atlético era el de un cadete ejemplar. Pero en ese momento, se sentía frágil como un niño antes

de enfrentar el castigo. Mientras se vestía rápidamente, notó que sus manos no dejaban de temblar. Aurelio intentó sujetárselas. No dijo nada, pero su mirada lo dijo todo.

Soren bajó y encontró a su padre en el comedor.

—Papá, qué grata sorpresa. Es raro verte por aquí un sábado y tan temprano —dijo, ejecutando un saludo militar que lo resguardaba de lo personal. Su padre era un comandante retirado y de alto rango.

—No es tan temprano. Un hombre disciplinado empieza su día con el sol. No pierdas esa costumbre —respondió Eren, con la rigidez de quien siempre fue orden antes que ternura.

—Entendido, señor —replicó Soren, firme como el cadete militar que era.

—Descansa, hijo —ordenó Eren, dándole permiso para relajarse —. Vamos a sentarnos. Debo hablar contigo de algo importante.

El droide les sirvió café negro sin endulzante, pero Soren no lo probó. Solo lo observaba, sintiendo que aquel líquido oscuro tenía la densidad del destino que se estaba formando.

—Sé la relación que tienes con Aurelio —dijo Eren sin preámbulos —. Sé que está allá arriba en tu cuarto.

El corazón de Soren empezó a repiquetear, cada latido como una alarma. Pero su rostro permaneció sereno, parte de su entrenamiento.

—Sabes que eso va contra las normas, ¿verdad? —Eren lanzó una mirada calculadora a su hijo.

Soren asintió, pero dentro de él se abría una grieta.

—Eres uno de los mejores cadetes. Podrías llegar muy lejos… Pero esa relación destruiría tu carrera. ¿Eso es lo que quieres? — Eren dio un sorbo a su café.

Soren negó con la cabeza. Las palabras no le salían, atrapadas como piedras en la garganta.

—Sabía que no sacrificarías tu futuro por una confusión — comentó Eren, con dejo de triunfo en la mirada.

Confusión. Esa palabra detonó algo.

—No estoy confundido. Sé lo que siento. Amo a Aurelio —logró decir, y cada palabra fue como sacar aire de pulmones vacíos.

—Eso no será posible. Aurelio será trasladado mañana. No lo verás nunca más. Y tú comenzarás una relación con Mandy Restrepo. Se casarán dentro de un año y formarán una familia.

Soren sintió cómo el mundo se achicaba a los bordes de esa taza de café que sostenía entre sus manos.

—No es justo. Me alejaré de él, pero no lo saques de la ciudad. Y… lo de Mandy…

—Sé que ella es lesbiana. Pero lo que se busca aquí es orden social. Por el bien de las familias y el futuro de ustedes. El acuerdo ya está hecho. Despídete de Aurelio.

Eren se levantó, implacable, y se marchó. Soren quedó solo, con los dedos crispados sobre la mesa. No lloró. No habló. Solo escuchó el eco de pasos que se alejaban… como una sentencia.

ΔΔΔ

Miércoles 25 de mayo del 3459 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Habían pasado seis años desde la última vez que Soren vio a Aurelio. Desde entonces, la vida había seguido su curso sin compasión. Ahora llevaba cinco años casado con Mandy, quien esperaba su primer hijo.

Mandy y Soren eran amigos desde la infancia. Se conocían con una sinceridad que pocas personas se permitían, compartiendo secretos que nunca debían ver la luz. En medio de un mundo que los asfixiaba con normas ajenas al alma, su amistad fue un refugio silencioso. Se cuidaban. Se sostenían. Y a falta de libertad, construyeron una rutina donde el afecto tenía forma de pacto.

Cada mes, recibían de Eren un par de ampollas. Gas rosa, flotando en el interior como una promesa química de obediencia. Bajo sus efectos, sus cuerpos se acercaban sin voluntad, borrando por unas horas lo que realmente eran. Así fue concebido su primer hijo, que ahora crecía en el vientre de Mandy. El primero de cuatro, según el plan trazado para ellos.

Soren había ascendido en la milicia, tal como su padre predijo. Desde aquella posición, descubrió secretos que antes estaban fuera de su alcance. Entre informes clasificados y rutas encubiertas, se topó con el nombre de las Terranovas. Lo que leyó fue una herida abierta. Profesionales seleccionados desde las Econovas y Elysium, «reubicados» bajo criterios que nunca se anunciaban públicamente.

Su sangre hirvió al comprender la verdad detrás de la selección: homosexuales en su mayoría, personas que no se ajustaban a las normas, aquellos con «condiciones inestables», físicos considerados indeseables. Todos descartados, todos relegados, todos silenciados.

Pensó en Aurelio. Lo sintió aún en el aire de su habitación, en el eco de aquella última despedida: besos entrecortados por lágrimas, abrazos que querían retener el tiempo. Soren sintió un puño invisible cerrarse sobre su corazón. Aurelio no había sido llevado a otra Econova, como le habían dicho. Lo habían sepultado en el infierno de las Terranovas.

Lloró durante días. No hubo forma de detenerlo. Cada lágrima era un reproche, una culpa, una súplica sin testigo. En la soledad de su ascenso, se prometió encontrarlo. Rescatarlo. Volver a mirarlo a los ojos sin que el mundo estuviera entre ellos.

Pero debía ser paciente. Debía ganar poder. Dejar que la astucia tejiera su camino como una red silenciosa. El dolor sería su brújula. La espera, su arma.

ΔΔΔ

Cuatro años después.
Viernes 19 de junio del 3463 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Los condecorados suelen cargar medallas y silencios. Ese día, Soren fue condecorado y ascendido una vez más. Con voz firme, pidió liderar los convoyes que prestaban servicio en las Terranovas, una solicitud que en realidad escondía una obsesión: buscar lo que había perdido. Desde entonces, cada año lo asignaban a una Terranova

distinta en territorio hispano. En casa, Mandy esperaba su segundo hijo.

Mientras recorría clínicas y bares iluminados por psicodélicos, Soren buscaba a Aurelio en rostros desconocidos y cuerpos deteriorados. No podía pronunciar su nombre; allí abajo los nombres eran reemplazados. Buscó durante diez años, y cuando el destino por fin se rindió, lo encontró. Fue en una de las Terranovas donde alguna vez existió la nación española.

Aurelio estaba sentado bajo luces violetas, la mirada perdida, los gestos lentos. Su cuerpo ya no era el que Soren recordaba: flácido, con una barriga prominente, manchas oscuras bajo los ojos. Pero su rostro aún tenía la forma de la esperanza. Cuando sus miradas se encontraron, ya no importó el mundo ni los años perdidos. Se abrazaron como quien vuelve a respirar después de una eternidad bajo el agua.

El beso que siguió sabía a tristeza, a lealtad, a todo lo que les arrebataron. No hablaron mucho esa noche. Amanecieron juntos en el diminuto apartamento de Aurelio, entre paredes agrietadas que ocultaban memorias rotas. Compartieron la sustancia rosada para unir sus cuerpos al deseo de sus almas. La pasión no era nueva. Era reconocida. No necesitaban explorar, solo recordar.

Aurelio, como tantos en las Terranovas, sufría disfunción eréctil. Para él, el amor físico necesitaba ayuda química. Para Soren, no era un obstáculo, sino otra muestra de lo que habían sobrevivido.

Tardaron una semana en preparar la huida. Aurelio salió disfrazado de militar, con el cuerpo fajado, casi sin aliento, sabiendo que una barriga podía ser la diferencia entre la libertad y el castigo.

Cuando estuvieron lejos de la Terranova europea, Soren hizo lo impensable. Negoció con su padre. Amenazó con revelar la verdad que todos querían esconder. Los métodos, los horrores, los criterios de selección. Eren cedió. Aurelio fue admitido en Econova 233 como médico científico, bajo condiciones claras: Soren debía mantener intacta su vida familiar.

Y él lo hizo. No como fachada. Soren amaba a sus hijos con cada fibra de su ser. Y Mandy… Mandy no era solo su amiga. Era testigo

silenciosa del drama que los envolvía, cómplice en los días difíciles, mujer de una ternura que pocas veces se expresaba en palabras.

Cuando Soren regresó de la Terranova con Aurelio, Mandy lo miró largo rato sin hablar. Luego lo abrazó. En ese gesto cabía todo lo que no se había dicho en años. Ella sabía. Siempre supo. No necesitaba explicaciones. Solo pidió que no fuera destruida en el proceso.

Aurelio vivió en esa casa hasta purgar las toxinas que lo habían corroído durante años. Poco a poco, volvió a tener ese cuerpo que Soren siempre había admirado. El trabajo en el centro médico dio frutos. Aurelio fue condecorado por sus aportes a la ingeniería genética, un campo donde pocos entendían las máquinas que él manejaba con destreza. Con sus ingresos, compró un terreno y construyó la casa de sus sueños, una cabaña en medio del bosque, rodeado de gatos que le daban compañía sin exigir palabras.

Soren fue ascendido de nuevo, esta vez sin tener que comandar convoyes. Ahora permanecía en Econova 233, delegando funciones en Proteus 233. De lunes a viernes era padre, esposo, militar. Los fines de semana se transformaba en lo que siempre fue: amante, cómplice, sombra de un amor imposible que por fin tenía un rincón donde florecer. Ese rincón era la casa en el bosque. Su santuario.

ΔΔΔ

Abril del 3474 d. C.
Econova 233, América del Sur.

El silencio de la madrugada era espeso, casi táctil. Mandy se sentó en el borde de su cama, con una mano sobre el vientre que albergaba a su cuarta hija. Afuera, todo estaba en calma. Dentro de ella, no.

Su casa era ordenada, cálida, llena de pequeños detalles que hablaban de amor doméstico. Pero Mandy sabía que no todos los hogares contenían hogares. Y que la quietud podía ser engañosa.

Amaba a Soren. En serio. No como se ama a un amante, sino como se ama a un cómplice que ha estado allí cuando todos se fueron. Era su mejor amigo desde la infancia, su guardián en los días más oscuros. Habían construido una familia, habían compartido secretos que podían destruir imperios. Pero ella también sabía que su amor era distinto al que Soren aún reservaba para otro hombre.

Aurelio.

Desde que regresó, Mandy sintió cómo la casa se acomodaba para recibirlo, como si el aire reconociera su presencia. Nunca pidió explicaciones. No las necesitaba. En los gestos de Soren había verdad, y eso bastaba.

Pero había noches —como aquella— en que Mandy deseaba haber nacido en otro tiempo, otro cuerpo, otra libertad. La sustancia rosada que recibían cada mes les daba un respiro, les permitía tocarse sin dolor. Pero ella sabía lo que costaba ese olvido químico. Era una cesión de identidad. Una ofrenda que hacían al sistema para poder vivir.

Y, aun así, no se arrepentía.

Sus hijos eran su alegría. Pequeños destellos que le recordaban que, aunque la estructura los había empujado a vivir una vida moldeada, la ternura no se podía falsificar. Mandy era madre con una devoción que no dependía de lo que el mundo decía que debía ser. Y en esa contradicción —entre lo que tuvo que ser y lo que eligió sentir— se había vuelto fuerte.

Sabía que Soren pasaba los fines de semana con Aurelio en aquella casa en el bosque. Lo sabía por cómo regresaba: con los ojos llenos de una paz que no se lograba ni con medallas ni con poder. Y Mandy, lejos de resentirlo, lo agradecía. Porque esa paz se derramaba también sobre la familia.

Se levantó de la cama, sintiendo el peso de su vientre y el peso de su historia. Abrió la ventana y dejó entrar el aire fresco. La cafetera soltaba un perfume leve. La ciudad aún dormía, y ella, en ese instante fugaz, se sintió plena.

Era parte de una historia donde todos habían tenido que ceder algo para salvar lo que realmente importaba. Y eso, pensó Mandy,

también era una forma de amor. A veces el tiempo no cura, solo aprende a esconder las heridas.

CAPÍTULO 27

SOMBRAS SOBRE LA CALMA

Hay historias que no cicatrizan, solo aprenden a no sangrar en voz alta.

Madrugada del domingo 17 de agosto del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Aurelio recordó su pasado. Las heridas que alguna vez lo desgarraron, aunque cicatrizadas, aún palpitaban con un dolor sutil. Ordenó sus palabras con precisión y, sin censura, relató cómo terminó en una Terranova y cómo logró escapar de aquel infierno.

—Ahí está mi historia, muchachos —concluyó Aurelio, su voz cargada de gravedad—. Por eso ayudé a Catrina. Sabía que podía adaptarse a la vida de esta ciudad. Y ahora que conté mi parte, espero que pueda compartir la suya.

Aurelio la miró con ternura y empatía. Catrina, aunque ya no estaba pálida, tenía los ojos hinchados de tanto llorar. No soltó la mano de Aurelio en ningún momento. Entendía, con una lucidez brutal, el peso de aquel dolor.

La historia que él había compartido les removió algo más profundo que la emoción: les agitó el juicio.

Piero permanecía sentado, con los ojos abiertos como platos y la mano en la boca. Su codo temblaba sobre una rodilla. Eliot estaba en silencio, luchando por ordenar pensamientos que se entremezclaban con sentimientos contradictorios. Para ambos, ser homosexual era un pecado inculcado desde la infancia; sin embargo, conocían bien a Aurelio. Le tenían una estima inmensa: era, sin

duda, una de las mejores personas que habían encontrado en su joven vida.

Catrina abrazó a Aurelio. Se secó las lágrimas y tomó aire, reuniendo valentía para enfrentar su verdad.

—Chicos, lamento no haber compartido mi situación antes. Aurelio me lo prohibió, para protegerme. —Le lanzó una sonrisa cargada de agradecimiento—. Yo nací en Terranova 233. Mi madre nunca me vendió. Vivíamos juntas en una casa más pequeña que este salón. Murió hace dos años, a los cuarenta y nueve, por cáncer de útero.

»Ya saben cómo se vive en las Terranovas, no entraré en detalles. En las mañanas era repartidora; en las noches, trabajaba en un bar donde fluían sustancias alcohólicas y alucinógenas. Vivía sola, como casi todos allá. No tenía vínculos afectivos, salvo por dos amigos de confianza.

»Todo cambió cuando presencié el asesinato de un hombre llamado Igor. Fue eliminado por el Escuadrón Umbra.

Catrina hizo una pausa. Su respiración se agitó, la voz le tembló al recordar el momento.

—Un Umbra colocó su mano robótica sobre la cabeza de Igor. Y con una detonación que supongo salió de la palma de su mano, le destrozó los sesos. Cayó muerto al instante. Sucedió en la parte trasera del bar donde trabajaba. Las cámaras lo registraron, pero los archivos fueron borrados sin dejar rastro. Igor era ingeniero termo mecánico… creo, ya no lo recuerdo bien.

»Después de eso, empecé a investigar, con los pocos medios que tenía. Así conocí a Aldo, un ingeniero hidráulico. Fue el único vínculo íntimo que he tenido. Compartíamos días extraños. Se podría decir que fue mi primer novio… aunque desconocía esa forma de relación, pues no existe en las Terranovas.

»Aldo empezó a enloquecer cuando sus recuerdos enterrados regresaron. Los Umbras lo eliminaron. Y luego vinieron por mí.

Catrina cerró los ojos con fuerza, estrujada por el recuerdo. Aurelio apretó su mano, brindándole una firmeza que la sostuvo.

—Cuando me perseguía el Escuadrón Umbra, entró una llamada sin que yo la solicitara. Una mujer llamada Azaria me ofreció ayuda.

Salí de la Terranova dentro de un saco para cadáveres, junto a un cuerpo real. Me transportaron en un vehículo Umbra hasta el complejo de incineración en la superficie terrestre.

»Fue allí donde entendí la verdad. La Tierra había sanado. Todo lo que nos dijeron… era mentira.

»Vagué dos días, aún en contacto con Azaria. Hasta que me encontraste, Eliot.

Catrina lo miró, y en sus ojos se cruzaban la gratitud y el desconcierto.

Tras un breve silencio, Aurelio intervino:

—Los Umbra siguen rastreándote desde la superficie… y te han encontrado. Siempre sospeché que te estarían buscando, pero nunca que utilizarían a los umbras para tal fin. Estamos en peligro —dijo con pesar.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Conoces a Azaria? —preguntó Catrina, con los ojos al borde del colapso.

—No conozco a ninguna Azaria. Déjame pensar… llamaré a Soren. —Aurelio se levantó, con gesto decidido, pero sombrío.

Catrina permaneció sentada, encorvada, como si el peso de la verdad recién revelada hubiera vaciado su fuerza. Aunque hablar la aliviaba, la forma en que Eliot la miraba parecía convertirla en algo frágil y defectuoso… como si hubiese expuesto una mancha que ni el tiempo ni la comprensión pudieran borrar.

—Vaya, Huesito de pollo, lo siento mucho —rompió el silencio Piero. Se acercó y se sentó junto a Catrina. La abrazó con extrema delicadeza, temiendo quebrarla—. Eres increíblemente valiente. Eres maravillosa —susurró mientras le acariciaba los brazos con afecto, intentando sacarla del pozo emocional en el que se había hundido.

Piero podía ser gritón, altanero y deslenguado… pero, así como se expresaba sin filtros, también sentía sin reservas. Sus afectos eran brutos, inmensos, sinceros. Tenía un gran corazón.

Catrina volvió a llorar, hundiendo su rostro en el pecho de Piero, buscando una tregua emocional.

Eliot seguía petrificado, justo frente a ellos. Su mente luchaba por procesar ambas historias. Ambas inimaginables. Ambas crueles. Sentía dolor, pero también una punzada de resentimiento. Aunque

sabía que Catrina no lo había ocultado por maldad, las mentiras lo hacían tambalear emocionalmente. La sentía distante. Ajena.

Mientras abrazaba a Catrina, Piero le hizo señas a Eliot para que se acercara.

Eliot suspiró y se levantó con esfuerzo, como si su cuerpo pesara toneladas. Se sentó junto a Catrina, posicionándola entre los dos. Piero lo jaló suavemente del brazo y lo integró al abrazo, cerrando un círculo humano en torno a ella. Catrina quedó como un delicado relleno entre dos fuerzas que ahora la sostenían.

Permanecieron así varios minutos, hasta que el llanto de Catrina cesó.

ΔΔΔ

Ya pasaban las tres de la madrugada. Aurelio activó nuevamente la domótica del hogar. Alina los saludó con su tono amable, poniéndose a disposición, pero detectó una alteración magnética. Inició una inspección visual por cada rincón, aunque no encontró el origen.

Cuando incluso los insectos llevan ojos prestados, la intimidad se vuelve un acto de rebelión.

El dron espía, camuflado como insecto, continuaba grabando cada gesto, cada palabra. Era el origen del disturbio. Uno de los gatos lo captó con la mirada. Se tensó, calculó su salto, lo ejecutó… pero falló. El dron se aferraba a una pared, fuera de alcance. El felino emitió sonidos que no eran maullidos; parecían una fórmula animal de frustración y estrategia. No se rendía.

El dron, programado para adaptarse, se desplazó con rapidez hacia el techo, ocultándose entre las vigas de madera. Su misión continuaba, invisible y sigilosa.

Los cuatro se sirvieron un té de pasiflora, buscando calmar las emociones desbordadas por revelaciones que les habían zarandeado el alma.

Catrina se mantenía entre Eliot y Piero. Estaba recostada en el pecho del primero, aferrada a una de las grandes manos del

segundo. Como si la dualidad entre la razón y la fuerza le ofreciera, al fin, algo parecido a refugio.

Aurelio se retiró a descansar, pero antes les indicó que llevaran a Catrina a su habitación y pasaran la noche en casa.

Con sumo cuidado, Eliot la alzó en brazos. Al hacerlo, recordó la primera vez que la vio, abandonada e indefensa junto al río. Entonces su cuerpo era liviano como una pluma; ahora, parecía haber ganado peso… quizás el de todas las historias que llevaba dentro.

La llevó hasta su habitación y la depositó con suavidad sobre la cama. Justo cuando la tocó con delicadeza, Catrina abrió los ojos.

—Duerme conmigo —susurró.

Piero, que observaba desde la puerta, escuchó la petición. Se sintió ajeno a ese instante y se marchó, buscando acomodo en uno de los mullidos sofás del salón. Allí parecía sobrar.

—Lobito, quiero que tú también duermas conmigo —dijo Catrina en voz más firme.

—No, quédense ustedes tranquilos. Yo me quedo en la sala —respondió Piero, haciendo gestos evasivos con las manos.

—Solo vamos a dormir. Nada más… por favor —insistió Catrina, en tono suplicante.

Piero resopló, se rindió ante su mirada, y cruzó una rápida mirada con Eliot. Ambos encogieron los hombros, compartiendo una decisión silenciosa.

Catrina se ubicó en el centro de la cama, aún vestida con su atuendo púrpura. Eliot se quitó la correa y desabotonó la camisa, buscando mayor comodidad. Se acomodó a su lado. Catrina, sin palabras, apoyó la cabeza sobre su pecho y se acurrucó entre sus brazos.

Piero, sin camiseta, con un pantalón corto negro, se acostó del otro lado, dándole la espalda. Deseaba reducir al mínimo cualquier contacto.

Pero Catrina estiró el brazo hacia él, lo encontró y lo jaló suavemente para que se acercara. Él suspiró y pegó su cuerpo al de ella.

Por fortuna para el insólito trío, la madrugada era fresca y el leve frío los envolvía como una manta cómplice.

Catrina se sintió protegida. En paz. Se hundió con rapidez en el mundo de los sueños.

—Bro… solo quiero que sepas que a Catrina la quiero muchísimo, pero como amiga. Nunca la vi con otros ojos, y menos sabiendo que te gustaba. Sé que mi relación con ella a veces te incomoda, pero jamás he hecho ni haré nada que te haga daño. Eres mi hermano. Mi mejor amigo. Y Catrina vino a cambiar nuestras vidas… es el lazo que nos une con más fuerza —dijo Piero, de espaldas, con el cuerpo aún pegado al de Catrina.

Eliot, desde el otro lado, murmuró:

—Lo sé, Lobo. Eres un buen tipo.

—Bueno… mosca con tus manos, Bro. No vayas a querer tocar a Catrina… y termines agarrándome a mí por accidente —bromeó Piero, provocando un suspiro profundo de Catrina, aún sumida en sueños.

Eliot soltó una pequeña carcajada en voz baja.

—Que descanses, Lobo —susurró, cerrando los ojos, mientras el peso del cansancio se apoderaba de su cuerpo.

ΔΔΔ

A la mañana siguiente, Piero abrió los ojos y se encontró frente al rostro dormido de Eliot. Tenía la boca entreabierta y respiraba con suavidad. Más abajo, cerca de su pecho, dormía Catrina con una expresión apacible. Eliot la abrazaba en posición de cucharita, sus brazos estaban por debajo de sus pechos haciéndolos más protuberantes. Piero los observó con detalle.

Su pene se endureció con esa vista tan cercana y provocativa. Sentía a Catrina como a una hermana, pero esa cercanía, ese calor en su pecho, lo confundía. Catrina podía ser una de sus compañeras íntimas… pero era la pareja de su mejor amigo, lo cual la volvía intocable. Había un código de fraternidad que lo ataba, aclarado en la madrugada anterior.

Suspiró y se levantó con cuidado. Caminó de puntillas para no hacer ruido. Ya en el baño del dormitorio, se sumergió en la tina y pidió a la domótica que liberara agua tibia. Con la mano en su miembro viril inició la liberación de la tensión. Cuando el fluido viscoso salió tras frotarse con fuerza, solicitó agua fría para revitalizar la musculatura de su cuerpo. Después de la ducha, se vistió con sus pantalones cortos recién limpiados por el sistema automatizado.

De vuelta en la habitación, Eliot y Catrina seguían en la misma posición. El reloj digital marcaba las diez de la mañana. Piero salió sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí.

Escuchó voces en el comedor. Allí estaban Soren y Aurelio, conversando con semblantes tensos mientras bebían café.

Recordó la historia que contó Aurelio y un escalofrío le recorrió la columna.

—Buenos días, Lobo —saludó Aurelio—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor. Solo una taza pequeña —respondió Piero.

—¿Y Catrina? —preguntó Aurelio.

—Sigue dormida en brazos de su amor —dijo, mientras se acomodaba en la mesa.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Aurelio con una sonrisa pícara. Sabía que Piero había compartido cama con Eliot y Catrina.

Piero exhaló con fuerza.

—Dormí bien. Estaba agotado. Ahora entiendo por qué Catrina una vez me propuso hacer un trío con Elio y ella.

—¿De verdad? —preguntó Aurelio, sorprendido—. Esa chiquilla… intenté que cambiara su forma de ser traída de la Terranova, pero es parte de lo que ella es.

—Entonces, ¿Ella hacía tríos? —preguntó Piero con un cosquilleo entre sus piernas.

—Supongo que sí. Los tríos son una práctica muy común en las Terranovas. Ya sabes que allí las relaciones amorosas son diferentes, no hay apegos en esos sentidos, no existen los celos. En Terranova no es necesario que seas homosexual para que tengas relaciones con una persona de tu mismo sexo. El *Lolilove,* así se llama la droga que activa el instinto sexual a niveles muy altos, es lo que utilizan

para tener relaciones sexuales. Aquí en la superficie de la tierra no se necesita de esa droga y supongo que los tríos sexuales también existen.

Soren suspiró, él sabía lo que se sentía al usar esa sustancia. La utilizaba para tener intimidad con su esposa Mandy.

—Bueno, dejando eso de lado… ¿Qué haremos con Catrina? —preguntó Piero, cambiando la conversación.

Soren guardó silencio pensando en el plan.

Entre sorbos de café tibio, Aurelio se acercó a Soren, buscando una conversación más íntima.

—¿Tú crees que esto se puede detener? ¿Esta persecución disfrazada de justicia?

Soren bajó la taza lentamente.

—No lo sé. A veces siento que no somos soldados… somos centinelas de las mentiras ajenas.

Aurelio lo miró en silencio. La frase había calado hondo.

—Y la lealtad… ¿sigue teniendo sentido cuando el poder cambia de manos sin escrutinio?

—La lealtad… —repitió Soren—. Ya no se le debe a las órdenes. Se le debe a los que aún tienen alma dentro del sistema.

Una pausa larga se apoderó del momento. Afuera cantaban los pájaros. El mundo parecía inocente.

—No te preocupes, Aurelio. Mientras sigamos viendo la diferencia entre proteger y obedecer… aún hay esperanza.

Soren levantó la mirada y se fijó en Piero, que los observaba a la espera de respuestas.

—Estuve investigando en la red clasificada. Hay una misión activa para el Escuadrón Umbra, pero no tengo acceso: el contenido está reservado exclusivamente para la élite mundial. Mi rango es alto, pero no lo suficiente. Por eso le propuse a Aurelio mantener vigilancia constante. Su casa será rodeada por un convoy de soldados bajo mi mando. Catrina deberá permanecer aquí. Ocultarla sería imposible; no hay rincón en el planeta que no esté sometido a vigilancia.

—¿Y cómo se supone que vamos a luchar contra una orden dictada por la élite? Los militares obedecen al alto mando —objetó

Piero, frunciendo el ceño.

—Yo soy el alto mando aquí —replicó Soren con firmeza.

—Sí, pero no formas parte de la élite. No puedes acceder a los verdaderos protocolos —insistió Piero.

—Correcto. Pero mi convoy es leal a mí. Recibirán mi orden y la cumplirán sin cuestionarla.

—¿Incluso si deben enfrentarse a otros militares que intenten eliminar a Catrina?

—Lo harán —afirmó Soren—. Aunque eso implique una guerra interna.

—¿Y nosotros? ¿Piero y Eliot estarán a salvo? —preguntó Aurelio, analizando variables que se multiplicaban.

Soren apretó los labios, pensando con cuidado.

—No lo sé. La teoría nos prepara para este tipo de escenarios… aunque vivimos en un mundo sin delitos ni guerras. En casos como este, todos los testigos son considerados implicados.

—Siempre me pregunté por qué existe la milicia en tiempos de paz. ¿Y por qué se crearon los Proteus? —inquirió Piero, aprovechando tener frente a él a un alto mando militar.

Soren se irguió ligeramente.

—Por seguridad. Porque, aunque el planeta sanó, los conflictos entre continentes aún pueden escalar. Ya no hay países como antes del cataclismo: ahora serían guerras entre masas continentales. Pero también existen otras amenazas: extraterrestres… inteligencias artificiales… todo lo que las películas de ciencia ficción predijeron puede volverse real. Mira lo que la élite creó en las Terranovas: sistemas que retuercen la moral, distorsionan la verdad y operan bajo códigos imposibles de auditar.

»Sobre las entidades no humanas, hay mucho que no se ha contado. Siempre han estado presentes, pero tras el cataclismo, la ciencia abandonó la exploración espacial. Nos enfocamos en sanar la Tierra. Aun así, los avances han sido enormes… y ciertos descubrimientos exigen preparación. Por eso existen los Proteus. Por eso existe la milicia.

—Bueno… volviendo al presente, ¿puedo seguir con mi vida normal? —preguntó Piero con una ceja levantada.

—Te asignaré un escolta —respondió Soren con seriedad.

—Genial —murmuró Piero, visiblemente incómodo.

Alina entró en el comedor y sirvió sopa de pollo: caldo puro, con piezas carnosas y hierbas aromáticas que perfumaban el aire como si todo estuviera bien… aunque nada lo estuviera.

ΔΔΔ

Catrina abrió los ojos y se encontró con la intensa mirada de Eliot. Había en ella una mezcla de adoración y duda. Ambos cuerpos, aún cercanos por el abrazo, reaccionaron a ese instante de intimidad suspendida. Catrina besó a Eliot y él se dejó envolver por su calidez. La ropa les estorbaba como si estuviera hecha de fuego y les abrasara la piel. Se desnudaron lentamente e hicieron el amor a esa misma velocidad, con pausa, como si el tiempo corriera en cámara lenta.

Tras el clímax, la calma los rodeaba como un velo. Se incorporaron lentamente, compartiendo silencios que decían más que cualquier palabra. De esta forma silente fueron juntos a la ducha y se limpiaron, sintiendo como si cada gota de agua les devolviera algo de paz.

Al salir, se vistieron sin prisas, sin palabras, y se dirigieron al comedor, donde el resto de la casa ya estaba despierta.

—Buenos días… mejor dicho… buenos mediodías —bromeó Aurelio al verlos entrar.

El ambiente se sentía distinto: menos denso, menos melancólico.

Eliot cruzó miradas con Piero y sintió una incomodidad interna que no había desaparecido del todo. La realidad lo alcanzaba nuevamente. Miró a Catrina, quien le dedicó una sonrisa tierna, y su pulso se aceleró. La amaba profundamente. Tragó saliva. Era momento de ser valiente, de aceptar la decisión que había tomado: caminar al lado de su verdadero amor y de su mejor amigo.

Catrina se separó momentáneamente del grupo y caminó hasta el amplio ventanal del salón. Afuera, la superficie regenerada de la

Tierra brillaba bajo la luz solar. Las hojas verdes ondeaban con el viento, y las aves cruzaban el cielo en trayectorias despreocupadas.

La naturaleza parecía ajena a la tensión humana, como si el planeta quisiera perdonar todo. Catrina apoyó su mano contra el cristal. El frío la conectó con una verdad imposible de ignorar.

Respiró hondo, permitiéndose por unos segundos imaginar que no estaba marcada, que no era un archivo de interés ni un objetivo de eliminación. Pero la realidad la alcanzaba: su nombre estaba en las redes clasificadas, bajo protocolos invisibles que determinaban quién merecía vivir sin ser visto.

El cielo era azul, como si el planeta quisiera olvidar. Pero ella no podía. Aún no.

CAPÍTULO 28

EL ECO DE AZARIA

A veces, la verdad no ruge... susurra en la oscuridad,My las voces llegan sin rostro, pero con destino.

Domingo 17 de agosto del año 3502 d. C.
Elysium 233, América del Sur.

William se levantó, como siempre, al amanecer. Ayudó a su esposa con su bebé de cuatro meses y luego salió a correr por la hermosa ciudad de Elysium 233, el lugar que siempre había considerado su hogar. El aire puro llenaba sus pulmones mientras su corazón latía con fuerza al ritmo de sus zancadas.

Se detuvo frente a un lago cristalino que parecía un espejo inmenso, reflejando el cielo despejado de la mañana. Se sentó en un banco con vista a la laguna, se secó el sudor de la frente, bebió agua de su recipiente metálico y se relajó, permitiendo que sus pulsaciones retomaran su ritmo natural.

A sus espaldas resplandecía una ciudad imponente, de edificios altísimos e impecables, con una arquitectura futurista que integraba armoniosamente naturaleza y tecnología.

Un zumbido en su oído, proveniente del auricular, rompió la calma. William resopló: detestaba que interrumpieran su rutina matutina. Tocó el dispositivo anclado a su oreja derecha y dijo:

—Espero que sea algo de vital importancia.

—Señor William, tiene un mensaje del Escuadrón Umbra relacionado con el experimento 99 —respondió la voz de la inteligencia artificial.

A William se le aceleró el corazón.

—Gracias, Ely… Lo revisaré al regresar a casa.

«¿Habrán encontrado a Catrina?», pensó.

Se levantó del banco con un fuerte suspiro, estiró sus extremidades y reanudó la carrera, esta vez en dirección a su hogar.

Al llegar, entró a su departamento, el más alto de una de las torres más relucientes con una premura que no solía mostrar.

—Amor, el desayuno está servido —le dijo Alicia, su esposa, con una sonrisa amable.

—Como en un rato, debo revisar un mensaje importante —respondió William.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Papi! —saludó Christian.

—Hola, pequeño —respondió William, revolviendo cariñosamente el cabello de su hijo, provocando una sonrisa en el niño.

Siguió con paso ágil hasta su oficina, muy similar a la que tuvo en Terranova 233 cuando fue gobernador. Se sentó en su escritorio y activó la pantalla de nanotecnología, la cual se formó al instante: millones de partículas electrónicas emergieron del mesón y crearon una pantalla ultradelgada.

—Ely, muéstrame el mensaje del Escuadrón Umbra —pidió.

En la pantalla apareció una ventana con un texto cifrado. William digitó un código en el teclado digital que se iluminó sobre la superficie del escritorio, lo que dio inicio a la desencriptación.

Leyó con atención. El mensaje informaba que la joven Catrina había sido localizada durante el evento anual de música celebrado el día anterior en Econova 233. Sus huellas dactilares coincidían, al igual que el calzado: llevaba los mismos zapatos que habían dejado rastros en el cuarto útil del bloque donde vivía en Terranova 233.

Junto al mensaje venían varios videos adjuntos. William los observó uno por uno. En el primero, una chica aterrorizada era sujetada por la mano de un Umbra. Era la misma imagen que conservaba de ella. Luego, vio un audio vídeo en el interior del coche en el que viajaban Eliot y Catrina hacia la casa de Aurelio.

Pero el video que más captó su atención fue la confesión de Aurelio y de la propia Catrina. Escuchó atentamente el nombre «Azaria».

¿Cómo era posible que alguien hubiese preparado la fuga de Catrina y tuviera acceso dentro y fuera de Terranova?

El dron espía se había replicado en varios: uno para vigilar a Eliot, otro a Piero, otro a Soren; mientras que el original permanecía en la casa de Aurelio.

Tras ver los videos un par de veces más, el estómago le rugió de hambre. Las horas se le habían escapado frente al contenido recibido. Suspiró profundamente, se levantó y fue a comer. Luego, regresaría para iniciar su investigación y tomar decisiones.

Ya era mediodía cuando se sentó a desayunar. Degustó un tomahawk de carne acompañado de espárragos. Bebió un vaso de electrólitos y se levantó para volver a su oficina.

Se asomó al patio de su casa, que ofrecía una vista envidiable. A través de un jardín arbolado, se veía desde lo alto toda la ciudad. Su esposa jugaba con sus dos hijos y un par de cachorros.

Con paso decidido, se dirigió nuevamente a su oficina. Antes de sentarse, se acercó a un delicado compartimiento de puertas de vidrio que resguardaba su colección de vinos. Tomó una botella y una copa, se instaló en la mesa de escritorio, abrió la botella y se sirvió el líquido rojizo. Dio un sorbo y se deleitó con el sabor profundo del vino tinto.

Ya acomodado en el sillón de trabajo, activó la pantalla y entró a la web sin límites, destinada únicamente a la élite.

—Ely, búscame toda la información disponible sobre personas e inteligencias artificiales con el nombre de Azaria.

—En seguida —respondió la inteligencia artificial.

La información comenzó a fluir de inmediato. Entre copa y copa, William consumió el contenido solicitado. Nada captó su interés: las pocas personas que llevaban el nombre Azaria eran totalmente ordinarias y ajenas al asunto. Investigó entonces el significado del nombre:

«Azaria proviene de Azarías, de origen hebreo, y significa “Yahvé ha ayudado” o “ayudado por Dios”. En la Biblia, es un nombre común, utilizado por varios personajes, incluyendo reyes, sacerdotes y figuras de importancia».

William se sintió frustrado. Pero empezó a trazar un plan. Tomó su libreta privada y anotó con su pluma la información relevante.

Debía capturar a Catrina, no para eliminarla, sino para extraer más información sobre Azaria. El hecho le parecía sospechoso… incluso peligroso. ¿Cuáles serían las intenciones de esa tal Azaria? ¿Sería humana o una inteligencia artificial?

Sospechaba que Catrina sabía más de lo que confesó aquella madrugada.

William estaba listo para ejecutar su misión de inmediato, pero entonces recordó un detalle. Dio un puñetazo sobre la mesa: al día siguiente debía viajar con su familia a la costa, donde disfrutarían de un par de semanas de playa, arena y sol, mientras él finiquitaba la construcción de su casa privada en una hermosa isla del mar Caribe.

Tendría que aplazar sus planes hasta el regreso. Al menos le tranquilizaba tener a los implicados bajo constante vigilancia, monitoreados por drones-insecto.

Para apaciguar sus emociones, decidió investigar un poco más sobre los involucrados.

Comenzó por Aurelio, un médico científico ejemplar que había sido desterrado a una Terranova en Europa por su homosexualidad. Luego fue rescatado por Soren, su amante: un militar de alto rango que camuflaba su vida íntima manteniendo una familia. El padre de Soren, también militar, fue una figura excepcional, cuyo cargo le permitió proteger a su hijo del mismo destino que sufrió su pareja, Aurelio.

William conocía bien el poder de Soren por su jerarquía.

La historia de aquel par le provocó escalofríos. En su visión, eran elementos que no debían coexistir en la sociedad de la superficie. Para él, debían ser eliminados.

Piero provenía de una familia mestiza entre latinos e italianos, grandes productores de ganado en la región 233 del continente americano.

La familia de Eliot también era mestiza, con raíces egipcias y latinas. Su apellido «Soliman» le resultaba familiar.

«Soliman… es el apellido de mi cuñado», pensó.

Luego recordó que su cuñado, esposo de su hermana menor, tenía un hermano en Econova 233 cuya familia se dedicaba a la producción de lácteos.

Todo empezaba a encajar.

William lamentó la situación por Dante, su cuñado, pues con lo que sabía, era probable que Eliot no tuviera un buen futuro.

En la mente de William se trazó un plan: extraer toda la información posible de Catrina sobre Azaria y, después, eliminar a todos los involucrados: Aurelio, Soren, Piero y Eliot.

Suspiró profundamente mientras se reclinaba en su sillón anatómico, con las manos entrelazadas tras la nuca.

Ya estaba decidido. El plan estaba trazado, los medios a su alcance… y todo resguardado en el lugar más seguro: su mente.

Miró el reloj. Eran casi las cuatro de la tarde.

Salió de su oficina para darse una ducha de agua fría y luego se vistió con la elegancia que siempre lo caracterizaba.

—Amor, voy a casa de mi hermana. Me gustaría reunirme con Dante para repasar el proyecto de la casa —indicó William, y le dio un beso en el cuello a su esposa.

—Les mandas saludos de mi parte —respondió Alicia, tras besar sus labios con afecto.

William se marchó con premura y abordó su coche aerodinámico, de fuselaje negro brillante. En pocos minutos llegó a casa de su hermana, quien vivía junto a Dante en uno de los pisos más altos de otro edificio que conformaba la metrópolis de Elysium 233.

—Will… ¿Qué te trae por aquí? ¿No te ibas de viaje? —lo recibió una mujer joven de cabellos negros, largos y lisos. Su piel morena resplandecía por la exposición al sol, y su vientre albergaba la gestación de un bebé; se acercó acariciándose la barriga prominente.

—Hola, Melisa. Mañana es que me voy de viaje. ¿Está Dante? —preguntó William mientras la abrazaba.

—Sí, estábamos viendo una película —respondió ella.

—¡Oh! Siento la interrupción. Me gustaría hablar con él sobre algunos detalles de la casa de playa.

—Claro, no te preocupes. Toma asiento, estás en tu casa.

William se acomodó sonriente en el salón social, que daba hacia una terraza ajardinada con una vista impresionante.

—William, ¿cómo estás, cuñado? —saludó Dante, mientras se aplacaba el cabello alborotado.

Dante era el hermano mayor de Eliot. Eran como dos gotas de agua, aunque Dante mostraba un semblante más maduro y portaba una barba corta y muy bien acomodada.

—Muy bien… Oye, quería revisar algunas cosas sobre la casa de playa. ¿Podemos entrar al estudio? Será solo un momento, para que luego vuelvas a descansar —propuso William.

—Claro, no hay problema. Lo que necesites. Vamos al estudio.

Dante caminó con paso rápido, seguido por William, hasta llegar a una habitación de alta tecnología. Había un par de sofás individuales reclinables. En el centro del recinto flotaba el holograma de una edificación sobre una mesa circular y extensa. Todo era blanco, incluso la tapicería de los sofás.

—Qué interesante ese edificio —comentó William, observando con detenimiento la estructura suspendida en el tubo de luz que ascendía desde la mesa hasta el techo.

—Es el proyecto en el que estoy trabajando. Un centro empresarial —respondió Dante.

—¡Wao! Es un proyectazo —añadió William.

—Sí —asintió Dante, con orgullo.

William se paseó por el estudio, contemplando curiosas maquetas de cristal y metal. Detalló los cuadros que mostraban diseños técnicos de arquitectura y se detuvo en un rincón donde había fotografías familiares.

—Este es tu hermano, ¿verdad? —preguntó William, señalando una foto en la que Dante aparecía junto a Eliot el día de su boda.

—Sí —respondió Dante, mientras preparaba los archivos en una consola especial.

—No lo veo desde tu boda. ¿Cómo está? ¿Tienes relación cercana con él? —indagó William.

—Supongo que está bien. No lo veo desde enero. A veces hablamos, nos mandamos chistes y cosas de ciencia —respondió Dante, sin darle demasiada importancia.

—¿Está casado? —William conocía la respuesta, pero quería medir cuánto sabía Dante sobre la situación actual de Eliot.

A Dante le sorprendió la pregunta. William rara vez conversaba sobre temas familiares.

—No, tiene una novia. Se llama Eva. Pero no creo que lleguen al matrimonio. Más bien parece que van hacia una ruptura. La última vez que los vi juntos, no se veían bien. Aunque yo no me meto en esos líos.

Con aquella respuesta, William confirmó que Dante ignoraba por completo la situación actual de su hermano.

—Vaya, te lo preguntaba por la llegada de tu hijo. Sería bonito que compartiera con más primos. Sé que tiene a mis hijos, pero sería genial que también tuviera esa conexión por el lado de tu familia.

Dante lo miró arqueando las cejas y soltó una suave carcajada.

—Bueno… los primitos por mi lado van a tardar un poco, creo. Pero sí, sería genial. Bueno, William, toma asiento y ponte el casco —dijo, señalándole el mullido sofá blanco.

—Yanka, introdúcenos en Arquiview —dijo Dante, relajado en el sofá anatómico.

—Con gusto, señor Dante —respondió la inteligencia artificial de la domótica.

La nanotecnología emergió como polvo mágico plateado desde las cabeceras de los sofás, envolviendo el cráneo de William y Dante, formando un par de cascos brillantes que cubrieron sus ojos.

En segundos, ambos hombres estaban dentro de un mundo virtual completamente blanco.

Dante movió los brazos en el aire y apareció una pantalla flotante con varios comandos. Deslizó las aplicaciones hasta seleccionar una que decía: «Casa de playa William». Al tocar ese archivo suspendido en el aire, el entorno cambió súbitamente: ahora estaban en la orilla de una playa de aguas cristalinas.

A sus espaldas se erigía una construcción sofisticada y minimalista: un volumen rectangular y aplanado, de bordes curvos, contenía la espectacular vivienda. Ese volumen reposaba sobre una delicada torre que lo sostenía, dando la impresión de que flotaba.

Los acabados eran limpios; el hormigón blanco se matizaba con cerramientos de madera que protegían los cristales de los extensos ventanales.

—Bueno, aquí estamos. ¿Qué te gustaría revisar? —preguntó Dante, entusiasmado.

—Vamos al interior. Me gustaría revisar otros acabados.

Dante asintió y caminaron hacia la construcción.

Debajo del volado más extenso de la casa se encontraba el garaje, con espacio para cuatro vehículos. El acceso era por medio de la torre, que contenía tanto las escaleras como el ascensor. William y Dante tomaron el ascensor.

Al abrirse la puerta, llegaron a un recibidor con revestimientos de madera y una jardinera interior con plantas tropicales. Continuaron hasta entrar al interior de la casa, amplio, de estilo minimalista y elegante.

—Aquí me gustaría ver esta pared con otros acabados —dijo William, señalando la que albergaba la batería audiovisual. Se sentó en el reconfortante sofá frente a ella.

Dante tocó la pared con la mano y deslizó los dedos hacia un lado. El acabado de hormigón pulido se transformó en listones de madera. Continuó deslizando el dedo mientras la superficie mostraba distintos estilos: piedra rústica, lajas, diseños de madera, láminas doradas y plateadas, mármol y granito.

—Esa me gusta —comentó William al ver un diseño de mármol blanco con vetas en tonos crema.

—Perfecto —dijo Dante, quien volvió a tocar la pared haciendo doble clic. Apareció el panel de comandos, donde programó el nuevo acabado—. ¿Quieres que miremos algo más?

—Creo que no, pero hagamos un último recorrido virtual —dijo William, satisfecho.

Exploraron cada rincón del inmueble. Ya no había cambios que realizar, así que salieron del mundo virtual ofrecido por Arquiview, donde los proyectos arquitectónicos podían recorrerse con hiperrealismo.

Los cascos visuales se desvanecieron de sus cabezas y ambos se incorporaron casi al mismo tiempo.

—Gracias, Dante. Un trabajo estupendo. Eres el mejor arquitecto.

—Con mucho gusto. Hago lo mejor que puedo —respondió Dante con una sonrisa amable—. La actualización del proyecto ya debe estar en tus archivos.

—Bueno, estamos en contacto. Te iré contando cuando empecemos la construcción. Me gustaría que inspeccionaras la obra de vez en cuando.

—Claro, cuando quieras.

William se marchó de casa de su hermana, satisfecho con la información recopilada. Dante estaba libre de ser eliminado, lo que lo aliviaba: no dejaría a su hermana viuda y con un hijo en camino.

Dante se unió a su esposa en el cuarto de cine. La acurrucó entre sus brazos y acarició su abultado vientre. Continuaron viendo la película que habían dejado a medias, mientras degustaban un snack de chicharrones marca Bayternutrition.

△△△

Melisa dormía plácidamente en la comodidad de la enorme cama que ocupaba su dormitorio. Dante salía de la ducha y, tras ponerse el pijama, fue a beber un poco de agua.

Mientras el líquido refrescaba su garganta, algo llamó su atención: su auricular, dejado sobre la mesa del salón social, desprendía una luz azul intermitente.

Se acercó al dispositivo, lo tomó y lo encajó en su oreja derecha.

—Hola, Dante. Mi nombre es Azaria —dijo una voz femenina, hermosa y clara, a través del auricular.

—¿Hola? —respondió, completamente desconcertado.

—Accede a tu computador o activa la visión de tu dispositivo. Debes ver una información importante —indicó Azaria.

—¿Quién eres? ¿De qué estás hablando? ¿Estás segura de que quieres hablar conmigo?

—Soy una aliada. Y es a ti a quien debo mostrarle algo.

—¿Aliada? ¿De qué? —preguntó Dante, pero no obtuvo más respuesta.

Quedó pensativo por un momento, intentando decidir qué hacer. Estaba cansado y deseaba ir a dormir, pero aquella misteriosa llamada le robó el sueño.

Sin pensarlo dos veces, activó la membrana digital de su dispositivo, la cual envolvió sus ojos como una burbuja luminosa.

Ya dentro de la red, accedió directamente a su bandeja de correos, donde encontró, en primer lugar, un mensaje con el nombre «Azaria». Lo abrió y encontró un archivo comprimido acompañado de una nota que decía:

«Hola, Dante. Al momento de abrir el archivo adjunto tendrás una hora para ver todo el contenido. Pasado ese tiempo, se eliminará y no quedará registro alguno de su existencia».

Dante quedó anonadado. Un escalofrío se alojó en su espina dorsal. Suspiró profundo, miró a su alrededor, y finalmente tocó el archivo adjunto para descomprimirlo.

En cuestión de segundos apareció una carpeta titulada Proyecto Narthex. Dante la abrió y descubrió varios archivos de video enumerados.

Miró la hora: eran las once de la noche. Sin dudarlo, comenzó a consumir video tras video. Se hundió en una realidad distópica difícil de asimilar: el plan ejecutado por las élites antes del cataclismo, la creación de las Terranovas y las ciudades en la superficie.

Cada video lo sumergía más en las profundidades oscuras del sistema mundial. Lo más aterrador era lo que estaba por venir en un futuro no muy lejano: un nuevo desastre natural provocado por la propia humanidad, algo que la élite ignoraba o fingía no ver.

El último video le mostró la situación de su hermano y el peligro inminente que lo rodeaba. Todo estaba narrado con la voz envolvente de Azaria, quien finalmente le hizo una petición:

—Dante, como bien viste en los videos, se avecina un cambio mundial drástico. Te he elegido a ti para compartir esta información, con el fin de no solo salvar a tu hermano y amigos, sino también a toda la humanidad. Necesito un código muy importante: se llama Código Thanatos. Necesito la parte que está en América del Sur. Solo alguien de la milicia puede encontrarlo. Debes contactar a tu hermano e invitarlo a tu casa. Tiene que venir junto con Catrina,

Aurelio y Soren, el militar que podrá ayudarnos. Comparte con ellos esta información. Reúnanse en un lugar al aire libre y privado. Hazlo lo más pronto posible… William no debe enterarse. Él forma parte de la Élite.

»Te preguntarás por qué no los contacté directamente. La respuesta es que están siendo vigilados por la Élite. Debes comprar un dispositivo de pulso electromagnético que desactiva todo lo que sea electrónico y usarlo en el lugar de la reunión al aire libre y lejos de cosas electrónicas, esto eliminará cualquier dispositivo de vigilancia que ellos traigan consigo.

»Escucha con atención: cuando contactes a Eliot no debes mencionar mi nombre ni pronunciar la palabra Terranova. Podrían activarse las alarmas. Así como también debes ser discreto al activar el pulso electromagnético, debes camuflarlo.

Así concluyó el video, con una advertencia. Azaria nunca mostró su rostro. Solo quedó su voz, y el eco de su mensaje impregnado en cada rincón de la conciencia de Dante, quien, intoxicado por aquella revelación, se quedó inmóvil… sabiendo que la siguiente decisión que tomara podría alterar el destino de todos.

CAPÍTULO 29

LA TREGUA ANTES DEL COLAPSO

A veces, el mundo se sostiene no por estructuras visibles, sino por los vínculos que aún se atreven a resistir.

Lunes 18 de agosto del 3502 d. C.
Elysium 233, América del Sur.

Dante apenas cerró los ojos aquella noche. La información entregada por Azaria lo había sumido en un estado de saturación mental, como si cada palabra le hubiese dejado una marca imposible de digerir. Se levantó temprano por costumbre, pero esta vez no salió a correr. Su cuerpo estaba extenuado, aunque no era cansancio físico; era como si algo desde dentro estuviera desmoronándose.

Desayunó en silencio junto a Melisa, su esposa. El plato frente a él—una mezcla eficiente de proteína animal, grasas y vegetales—parecía responder más a la necesidad funcional del cuerpo que a cualquier placer humano. Luego se dirigió a su estudio: el único espacio donde aún sentía que podía ordenar sus pensamientos.

Al cruzar la puerta, el edificio suspendido dentro del tubo de luz sobre la mesa lo recibió con su imperturbable presencia. Aquel proyecto estaba en pausa, como todo lo demás. Cada rincón de la casa parecía conspirar con el mismo silencio.

Antes, su rutina le daba sentido al día: correr cada mañana, la ducha helada que lo reactivaba, el diseño arquitectónico junto al algoritmo inteligente de Arquiview, el entrenamiento con pesas junto a Melisa, el almuerzo, una actividad compartida que los hiciera sentir vivos… y luego, la noche. La cama. La intimidad. Pero ese ciclo se había roto. Y en su lugar, solo quedaba una incómoda lucidez.

Se dejó caer en uno de los sillones anatómicos y pidió a la IA de la casa que lo conectara a la red.

Un polvo metálico brotó desde la cima del respaldo, envolviendo lentamente su cabeza. La membrana que lo cubrió se tornó plateada, y luego opaca. El mundo exterior desapareció.

Dentro de la red, su cuerpo virtual flotaba en una atmósfera blanca que lo hacía sentir desnudo.

—Yanka, muéstrame toda la información sobre energía geotérmica.

—En seguida, señor Dante.

Archivos comenzaron a surgir, flotando como espectros: informes, gráficos, documentales en videos. Escogió los videos. Entonces, la nada blanca se transformó en una planta geotérmica, proyectada como una cicatriz sobre la piel del planeta. Las pilastras expulsaban humo, conectadas a un sistema industrial que vibraba con un pulso metálico.

Dante no solo observaba. Era parte de aquella cinemática. Lo que veía no era historia: era testimonio.

Las plantas subterráneas que según la narrativa oficial habían cesado su actividad hace siglos seguían operativas. En secreto. Alimentando ciudades enteras bajo tierra: las Terranovas, extensiones ocultas que sostenían una sociedad paralela. Y nadie hablaba de ellas. Todo bajo el plan silente de las élites.

Dante quería saber si era posible que mil años de extracción de calor pudieran dañar la Tierra. La respuesta estaba allí, cruda: sí. Las entrañas del planeta estaban heridas. Grietas, hundimientos, sismos. Todo disfrazado como «cambios naturales». Como «ciclos del cataclismo». Palabras cómodas para una población que prefería mirar hacia otro lado.

Pero Azaria había sido clara la noche anterior. La verdad era otra. Las Terranovas consumían con tanta voracidad que el equilibrio geológico estaba al borde del colapso. Y si las plantas geotérmicas se apagaban repentinamente, millones morirían. No habría servicios básicos. No habría aire. Solo silencio y asfixia.

Las élites lo sabían. Aun así, callaban. Las Terranovas eran parte del proyecto Narthex, un sistema para sostener sus riquezas, su

poder, su eternidad. Y la superficie vivía con temblores, con grietas, con ilusiones.

Dante cerró los ojos dentro del casco plateado. No era solo una investigación. Era el comienzo de un derrumbe interior. ¿Dónde terminaba la arquitectura y empezaba el colapso?

Salió de la experiencia virtual. El casco plateado se desvaneció lentamente, dejando tras de sí un leve cosquilleo en la piel de su frente. Suspiró profundo y permaneció inmóvil, atrapado entre la certeza y la duda. La información que Azaria le había entregado no dejaba de resonar en su cabeza, como un eco lejano que insistía en regresar. Parte de aquello era verdad. Lo sentía. Lo temía. Pero aún no lograba abrazar del todo esa verdad.

Quizás el único hilo que aún podía desenredar ese misterio era la situación de su hermano, Eliot, envuelto en los rumores que giraban en torno a Catrina—una joven que, según se decía, había escapado de una Terranova. Y por ello, se había convertido en objetivo de las élites.

Dante abandonó su estudio. Caminó despacio hacia el salón social, como si temiera que cada paso lo enfrentara con algo irreparable. Se dejó caer en el sofá más grande. Tomó el auricular que había dejado allí la noche anterior, se lo colocó en la oreja derecha y habló con voz grave:

—Yanka, comunícame con Eliot, por favor.

—En seguida, señor Dante.

Los segundos se estiraron como hilos tensos en el aire. Finalmente, la voz de Eliot atravesó la conexión.

—Aló.

—Hermanito, ¿cómo estás? —dijo Dante tras suspirar aliviado de escuchar a su hermano.

—Bien. ¿Y tú? —respondió Eliot, curioso.

—Estoy bien…

Hubo una pausa que no parecía tecnológica, sino emocional.

—¿Y esa rareza? Tú llamándome —dijo Eliot en tono burlón.

—Ay sí… Como si nunca te llamara. Qué dramático —respondió Dante con una sonrisa débil que no llegó a sus ojos—. Te llamaba

porque necesito que vengas a casa. Lo antes posible. Mañana, si se puede.

Hubo un cambio súbito en su tono.

—Te invito a ti, a tu novia Catrina, a su padre Aurelio… y también debe venir Soren. Es muy importante que esté él.

Del otro lado, Eliot se congeló. Estaba en casa de Aurelio, bajo vigilancia militar ordenada precisamente por Soren. La frase lo paralizó.

«¿Cómo sabe Dante de Catrina, Aurelio y Soren?», pensó, sin poder mover los labios.

—¿Aló? ¿Estás ahí? —insistió Dante, con la voz quebrada por la inquietud.

—Sí, aquí estoy.

—Bueno, ya sabes. Los espero. Es una bandera azul enorme.

Esa última frase detonó un recuerdo dormido. «Bandera azul» era su viejo código infantil, creado entre ellos para encubrirse cuando alguno se metía en problemas. Un símbolo de complicidad, de fidelidad, de refugio.

—Está bien. Lo hablo con el grupo y te aviso —respondió Eliot tras otro momento de silencio.

—Perfecto. Cuídate, hermanito —se despidió Dante.

Y mientras la conexión se cortaba, Dante se quedó mirando al vacío. Sentía que hablaba con piezas de un engranaje que ya no le pertenecía. Por primera vez en años, dudó de todo: del diseño, de la red, del mundo que había ayudado a moldear.

¿Qué pasa cuando los arquitectos del futuro ya no creen en sus propias estructuras?

Dante dejó caer el auricular sobre el sofá. El silencio volvió a ocupar el espacio, y esta vez parecía más denso.

Se llevó una mano al pecho. No por dolor físico, sino por una presión sutil que le crecía desde adentro. Algo en él se resistía a aceptar lo que estaba sucediendo. No era solo el descubrimiento de las Terranovas. No era Azaria. Ni tampoco era Eliot.

Era la sensación de estar atrapado en una estructura diseñada por mentes como la suya. Arquitecto del confort. Constructor de espacios perfectos. ¿Pero para quién? ¿Y con qué consecuencias?

Pensó en los edificios que había proyectado, todos funcionales, autosuficientes, armonizados con la IA y la lógica del futuro. Y, sin embargo, sentía que nada de aquello respondía al vacío que crecía cada vez que descubría una verdad incómoda.

«¿Cuántas memorias falsas hemos construido? ¿Y cuántas grietas hemos tapado con estética brillante?».

Los recuerdos de su niñez volvieron, fragmentados, y esa frase clave—bandera azul—lo golpeó como una señal clara: el pasado tenía más verdad que el presente. La complicidad infantil que lo unía a Eliot era ahora el único refugio genuino ante el simulacro de realidad que lo rodeaba.

Suspiró. Apretó los puños.

Ya pasaban las dos de la tarde, y Dante se sentó a almorzar con Melisa. El sonido de los cubiertos, el aroma especiado de la comida, todo parecía cotidiano… excepto él.

—Amor, tengo la cabeza saturada de trabajo… ¿Qué quieres hacer hoy?

Melisa lo miró con una sonrisa pícara, cómplice. Luego lo jaló suavemente del brazo, guiándolo hacia el dormitorio.

Y mientras caminaba tras ella, Dante se permitió un instante de contemplación silenciosa.

«¿Hasta cuándo podremos fingir que todo sigue igual? ¿Será este almuerzo, este gesto amoroso, uno de los últimos actos antes del quiebre?»

Había una ternura frágil en ese momento. Como si el tiempo les estuviera concediendo una tregua.



En Econova 233, Eliot seguía en silencio, digiriendo lentamente la llamada de su hermano. Como todos los lunes, había ido con Piero a entrenar junto a Catrina. Piero se presentó solo, sin acompañante, siguiendo la petición de Aurelio debido a la militarización que envolvía la casa.

Desde la revelación ocurrida en la madrugada del domingo, la relación entre Catrina, Eliot y Piero se había estrechado. Parecían orbitarse mutuamente, encontrando entre ellos una lealtad silenciosa que contrastaba con el mundo vigilado que los rodeaba.

Eliot había decidido esperar a la llegada de Aurelio a las cinco de la tarde para plantear la inesperada invitación de Dante a Elysium 233.

—Huesito de pollo, ¿esos tatuajes duelen? —preguntó Piero a Catrina, rompiendo el silencio.

Los tres descansaban en tumbonas frente a la piscina de agua natural, mientras la brisa mecía las cortezas de los árboles. Aunque cada uno parecía inmerso en su propio universo mental, compartían una compañía que no necesitaba palabras.

A su alrededor, ocultos entre la vegetación, diez militares vigilaban el perímetro. Otros diez custodiaban la entrada principal.

—Es una molestia aguantable… depende del umbral de dolor de cada quien, y del lugar —respondió Catrina—. Cerca de los huesos, sí que duele bastante.

Piero torció la boca con expresión de dolor imaginado.

—Estaba pensando… que podríamos hacernos un tatuaje que nos represente a los tres.

Catrina se incorporó, entusiasmada por la idea.

—¡Lobito, sería genial! Pero aquí no hacen tatuajes…

—Buscaremos la manera. —dijo Piero, guiñándole un ojo—. Eliot, ¿qué te parece?

Catrina y Piero lo miraron. Eliot tenía la vista clavada en el horizonte, ausente.

—¡Eliot! —lo llamó Catrina en voz alta.

—¿Qué? —respondió, como si despertara de una niebla espesa.

—No escuchaste nada, ¿verdad? —preguntó Catrina, entrecerrando los ojos.

—Eh… ¿De qué hablaban?

Catrina resopló, resignada.

—Le decía a Catrina que sería buena idea tatuarnos algo que represente nuestra amistad —explicó Piero.

—¿Tatuarnos? ¿Eso no duele mucho? Además, sabemos lo que puede hacer en el organismo…

—Sigo viva, bastante sana y con medio cuerpo tatuado… Y Aurelio tiene todo el torso pintado —replicó Catrina, cruzando los brazos.

Eliot suspiró, torciendo la boca. Le tenía pavor a las agujas.

—Bueno… ¿Qué nos tatuaríamos?

El silencio se apoderó del grupo mientras las ideas flotaban.

—¡Ya sé! La trifuerza —exclamó Catrina, con los ojos encendidos.

—¿La qué? —preguntó Piero.

—¿La trifuerza de La leyenda de Zelda? —añadió Eliot.

—¡Sí! —dijo Catrina, con una sonrisa brillante.

—Ahh… —dijo Piero, pensándolo—. Es una buena opción.

—Es perfecta. Cada uno representamos una punta… Solo hay que decidir en qué parte del cuerpo va —intervino Catrina.

—Ya va… Vamos volando —advirtió Eliot—. Primero hay que buscar dónde y quién podría hacernos los tatuajes. Aquí en Econova 233 no hay nada.

—Ya está decidido —decretó Catrina, firme.

—¡Diviiinooo! —gritó Piero, alzando un brazo al cielo con teatralidad.

Eliot sonrió, pero la inquietud no lo abandonaba.

Miró a Catrina y Piero. La amistad que compartían era su refugio. Pero sabía que afuera, en la maleza, las armas observaban. Y dentro de él, algo empezaba a tambalearse nuevamente.

A las cinco y media llegó Aurelio del centro médico donde trabajaba. Alina había dispuesto la mesa para una especie de almuerzo-cena: cuatro platos humeantes de lasaña de berenjena perfumaban la estancia.

Una vez sentados, saludaron a Aurelio.

—Catrina, ¿cómo te sientes? —preguntó Aurelio, alzando el tenedor con un trozo de lasaña que dibujaba hilos de queso fundido.

—Bien —respondió ella, escueta.

—Aurelio, tú que eres científico y todo lo sabes… ¿Cómo podríamos hacernos un tatuaje? —preguntó Piero con una sonrisa divertida.

Aurelio levantó las cejas.

—Aquí no hay instalaciones ni profesionales que hagan eso.

—En Terranova, los tatuajes los hacen robots —recordó Catrina.

—Cierto… Habrá que ver si conseguimos uno. ¿Lobo, tú te quieres tatuar? —preguntó Aurelio, frunciendo el ceño.

—Los tres —respondió Piero con una sonrisa cómplice.

—¿Y eso no va en contra de tu estilo de vida? —siguió Aurelio preguntando.

—Sí, pero es por una buena causa… y será uno apenas.

—Queremos tatuarnos un símbolo que nos represente. Que represente nuestra unión —dijo Catrina, y su sonrisa iluminó más que las lámparas del comedor.

—Entiendo —Aurelio relajó su expresión y sonrió—. Es una idea muy bonita. ¿Ya saben qué símbolo quieren?

—La trifuerza de Zelda —respondió Catrina, entusiasta.

—Oh, buena elección.

Eliot se había distanciado del bullicio. Otra vez. Mientras su tenedor se hundía en la lasaña, su mente revolvía la llamada de Dante.

—Eliot, ¿estás bien, muchacho? —preguntó Aurelio, notando su ausencia mental.

—¡Ah! Sí, estoy bien… Bueno, tengo que decirles algo. —Miró alrededor con cautela.

Aurelio entrecerró los ojos.

—¿Quieres que desactive la inteligencia artificial?

Eliot asintió con suavidad.

—Muy bien. Alina, desactiva todo el sistema de inteligencia artificial y conexión a internet —ordenó Aurelio—. Chicos, desconecten sus dispositivos.

El mini dron espía, disfrazado de luciérnaga y posado en el techo sobre el comedor, vibró levemente. Grababa.

—Nos vemos luego, señor Aurelio —dijo Alina antes de desactivarse por completo.

—Ya estamos en privado. ¿Qué quieres decirme, Eliot?

—Dante, mi hermano, nos invitó a su casa… Quiere que vayamos lo más pronto posible. Mañana, si es posible.

—Ah, quieres ir con Catrina y quieres saber si es seguro —dedujo Aurelio.

—No solo Catrina y yo. Quiere que tú y Soren también estén presentes —añadió Eliot.

Aurelio se sorprendió.

—¿Tu hermano sabe de Catrina? ¿De mí? ¿De Soren?

—No debería… pero lo sabe. Y usó una frase que creamos de niños. Significa que hay una urgencia secreta.

El comedor cayó en un silencio denso. Solo las miradas hablaban, inquietas.

—Curioso. Lo hablaré con Soren —dijo Aurelio finalmente.

—Quedé por fuera como la guayabera. A mí no me invitaron —soltó Piero, saboreando el último bocado.

La frase disparó una carcajada colectiva, liberando la tensión por un momento.

Aurelio reactivó la inteligencia artificial. Eliot decidió quedarse en casa con Catrina, como medida de protección tras lo revelado. Piero se marchó escoltado por dos militares, incómodo, pero secretamente halagado por la vigilancia.

Aurelio partió hacia la casa de Soren para comunicarle la petición de Dante. Soren aceptó sin dudar y comenzó a preparar todo para el viaje. Saldrían por la mañana, escoltados por dos unidades militares.

Eliot envió el mensaje: llegarían temprano a Elysium 233.

Y antes de dormir esa noche, Eliot volvió a pensar en la frase que su hermano había usado. «Bandera azul… ¿Qué urgencia se esconde detrás de una memoria compartida? ¿Qué tipo de verdad requiere que todos estemos presentes? ¿Nos ayudará con el tema de Catrina? ¿Y por qué mi hermano?»

Esa noche, mientras la casa se sumía en la calma vigilada de Econova 233, Catrina permaneció despierta mucho después de que Eliot cerrara los ojos. La brisa entraba por la ventana con un murmullo que le recordaba la respiración de Terranova: constante, artificial, como si la vida tuviera que insistir en existir.

Observó el techo con los brazos cruzados detrás de la cabeza. A su lado, Eliot dormía en paz, o al menos lo intentaba. Ella no podía.

Desde que escapó, cada día era un ejercicio de adaptación. Las palabras, los espacios, los afectos. Todo parecía más grande. Y más incierto.

Pensó en Dante, en Aurelio, en Soren. Figuras conectadas por hilos que aún no entendía. Y pensó en Piero. En el tatuaje. En la trifuerza.

«Un símbolo para nosotros… como si la piel pudiera sostener lo que no sabemos decir».

Se giró para mirar a Eliot. Le acarició la mejilla, suave, como quien duda de lo real. El peso del día se acumulaba en sus costillas.

«Si mañana hay respuestas, que no apaguen lo poco que ya se siente como hogar».

Y cerró los ojos. No para dormir, sino para proteger el último pensamiento antes de que el mundo volviera a cambiar.

CAPÍTULO 30

LA BANDERA AZUL

No todas las banderas anuncian guerra; algunas anuncian verdad.

Martes 19 de agosto del 3502 d. C.
Elysium 233, América del Sur.

Ese día se levantaron temprano. Aurelio pidió ese martes y el miércoles como baja médica en el centro médico. Tras el desayuno, a las ocho de la mañana, llegó Soren a buscarlos en su coche aerodinámico, blindado y de color blanco.

Soren conducía el vehículo; Aurelio iba de copiloto, mientras que Eliot y Catrina ocupaban el asiento trasero. Viajaban todos en un silencio ensordecedor. Tardarían cerca de una hora en llegar a Elysium 233. Dos coches negros con militares a bordo escoltaban el vehículo de Soren, uno delante y otro detrás.

Catrina se sorprendió al ver la enorme estación de trenes de Econova 233.

—Es el sistema de trenes que conecta cada región del mundo. Atraviesa incluso los océanos —dijo Eliot, al notar la expresión de Catrina, quien miraba a través de la ventana del vehículo volador.

—Las Terranovas también están conectadas por trenes subterráneos de alta velocidad. Nunca visité la estación de Terranova 233, aunque soñaba con viajar a otras Terranovas, en otros continentes —comentó Catrina, nostálgica.

Eliot sonrió y tomó la mano de Catrina, que estaba tensa en un puño sobre su regazo. El contacto logró que Catrina soltara la tensión que dominaba todo su cuerpo.

—Todo saldrá bien —dijo Eliot con una sonrisa amable, aunque dentro de él la duda persistía.

Catrina lo miró y le devolvió el gesto, sabiendo que ya nada saldría bien.

El paisaje era precioso: campos repletos de árboles y lagunas llenas de garzas; sabanas pobladas de vacas, cabras y caballos. Una vista nueva para Catrina.

A las nueve de la mañana, Elysium 233 empezó a vislumbrarse como un destello mágico en el horizonte. Catrina pensó que nada podía impresionarla, pero comprendió que aún le quedaba mundo por descubrir.

Los edificios, esbeltos y de arquitectura impecable y futurista, contrastaban con la naturaleza. En sus balcones, jardineras repletas de plantas y árboles se derramaban hacia las fachadas.

Aunque la naturaleza estaba muy presente, Elysium 233 se sentía más urbana: circulaban más vehículos, los bulevares peatonales eran amplios y las personas caminaban en ambos sentidos. Había una vía para bicicletas, un transporte que Catrina jamás había visto. Como en las Terranovas, Elysium tenía vías en el aire para vehículos voladores, trazadas con delicadas líneas de luz azul.

—En Terranova hay edificios igual de altos, pero su estilo es muy distinto. Son sobrio, sin balcones ni vegetación —comentó Catrina—. Y la gente también es diferente.

En Elysium, las personas vestían más abrigadas que en Econova, y su estilo era elegante incluso en ropa deportiva.

—Las Elysium son un espectáculo; cualquiera que visites será igual de impresionante —afirmó Soren, al volante.

—Yo prefiero vivir en una Econova. No me gusta vivir en las alturas —intervino Aurelio.

—Es cuestión de costumbre —respondió Soren.

—Lo sé. Viví en un piso alto cuando estuve en una Terranova, pero apenas podía ver algo a través de la ventana hermética del que fue mi departamento —relató Aurelio.

Catrina se sintió identificada.

Quince minutos más sobre las deslumbrantes vías de Elysium 233 y llegaron al destino indicado. Los tres vehículos se estacionaron en

un vasto parqueadero a cielo abierto, junto a una laguna imponente cuyo espejo líquido parecía respirar con la brisa.

Se bajaron de los coches y caminaron en dirección al lago, donde un elegante malecón bordeaba la cuenca acuífera como una costura delicada entre lo natural y lo urbano. Los acompañaban militares a pie, silenciosos y atentos, vigilando desde sus espaldas con una presencia casi ritual.

Catrina continuaba maravillada por la vista. Había contemplado el río al salir de la Terranova y la piscina natural de Aurelio, pero este lago era otro nivel: su superficie ondulaba como seda líquida, y su tamaño evocaba la grandeza de un mar. La luz del sol se filtraba entre las nubes, formando destellos dorados sobre el agua, y el olor mineral del entorno recordaba a algo ancestral.

En uno de los bancos del malecón—hechos de hormigón esculpido para simular la textura veteada de la madera—los esperaba Dante. Al reconocer a su hermano, agitó el brazo con entusiasmo.

—¡Hermanito! —gritó, levantándose de un salto.

Eliot soltó la mano de Catrina y se acercó para abrazarlo. El sonido de sus pasos sobre la madera era suave, y ese gesto fraterno rompía por un momento la atmósfera formal que les rodeaba.

—Tú debes ser Catrina… Ya veo por qué mi hermano se deslumbró contigo —dijo Dante, extendiendo una mano cálida y firme hacia ella. Catrina la estrechó con amabilidad y una sonrisa que, aunque breve, revelaba un tímido asombro.

—Dante, te presento a Aurelio, el padre de Catrina, y a Soren, militar encargado de Proteus 233 —indicó Eliot, señalando a los aludidos.

Dante abrió los ojos, sorprendido por el cargo que ostentaba Soren.

—Un placer —respondió, estrechando ambas manos con cortesía.

Luego, miró en todas direcciones, nervioso. Sus manos se refugiaban en los bolsillos de su pantalón tipo jogger negro. Llevaba ropa deportiva: una camisa blanca ceñida que delineaba su torso tonificado, calzado de correr a juego y un bolso cruzado sobre el

pecho como un símbolo de funcionalidad estilizada. El aire olía a humedad tibia y vegetación fresca.

Catrina lo observó con detalle. Era como ver a Eliot en versión futura, con barba acicalada en el rostro, aunque su energía era distinta. Dante irradiaba una extroversión espontánea, como si el mundo entero fuese una sala que merecía ser animada.

—Vamos a sentarnos en una de las mesas que está por allá —dijo, señalando una plataforma que flotaba sobre el lago, conectada por un delicado puente de madera pulida. El agua debajo se movía despacio, casi meditando.

Mientras se dirigían al lugar señalado, Dante colocó un brazo sobre su hermano con familiaridad.

—Por fin dejaste a Eva… eso no iba a buen puerto —susurró con tono burlón. Eliot torció los ojos, pero sabía que era verdad.

—¿Y esa barba? Pareces un señor —dijo Eliot, frunciendo el ceño.

—A que me queda genial. Me veo muy guapo, ¿verdad? —respondió Dante, sonriente, aún con el brazo sobre él.

Eliot soltó una risa suave, como una brisa que se escapa entre los labios. Detrás de ellos, Catrina caminaba junto a Aurelio, observando el intercambio con una mezcla de curiosidad y ternura. Había algo en la forma en que hablaban que le hacía pensar en lo que se hereda y en lo que se elige.

Dante giró la cabeza y, al hacer contacto visual con Catrina, le guiñó un ojo. Ella se sonrojó, como si el color de su piel respondiera a una emoción que aún no terminaba de entender.

Detrás de ellos, un cuarteto de militares seguía en formación. Al llegar al inicio del puente que los llevaría a la plataforma flotante, Dante habló:

—¿Sería posible que los militares nos esperaran aquí? —preguntó con una sonrisa amplia, casi inocente.

Soren asintió y dio la orden al pequeño convoy para que vigilaran desde ese punto, mientras el lago parecía escuchar.

—Deben apagar sus dispositivos electrónicos, y si es posible, dejarlos al resguardo de los militares —indicó Dante, con tono firme y amable.

Todos obedecieron. La desconexión, aunque breve, se sintió como un gesto simbólico: una pausa del mundo digital, como si al entrar a esa plataforma el tiempo mismo fuera otro.

Transitaron el puente hasta llegar a la plataforma, donde una única mesa circular emergía en el centro, rodeada por un anillo que conformaba los asientos. La madera crujía levemente bajo sus pasos, como si el agua contenida debajo respondiera en susurros.

Tomaron asiento y se quedaron en silencio, a la espera de lo que tuviera que decir Dante. La brisa era lo único que se escuchaba, junto al leve chapoteo del agua al chocar contra los bordes de la plataforma, como si el lago respirara despacio. Entre miradas de incertidumbre, Eliot rompió el silencio.

—Y bien, ¿cuál es la bandera azul?

Dante suspiró hondo, como si intentara contener una corriente que venía desde dentro. Tomaba fuerzas para todo lo que debía soltar.

—Bueno… ¿Por dónde empiezo? —murmuró, más para sí que para los demás. Volvió a resoplar. Estaba visiblemente nervioso, como si las palabras fueran piezas delicadas de un edificio aún sin construir.

—¿A qué te dedicas, Dante? —intervino Aurelio, rompiendo el hielo con intención de aliviar la tensión.

—Soy arquitecto —respondió, con una chispa de alegría.

—Una hermosa profesión —asintió Aurelio.

—Sí, me gusta lo que hago… ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—Soy médico científico.

—Wow… Una profesión compleja —dijo Dante, con las manos tensas y entrelazadas sobre la mesa, como si la estructura circular le ayudara a sostenerse.

—Todas las profesiones son complejas, y cada una responde al don de quien la ejerce —dijo Aurelio—. Yo, por ejemplo, sería incapaz de diseñar edificios. Haría cosas horribles o se lo dejaría todo a la inteligencia artificial. Mi visión espacial es casi nula.

Lo dijo con una sonrisa amable, y Dante soltó una carcajada aliviada, como si le hubieran dado permiso para relajarse.

—Pero tu casa es hermosa, Aurelio… Tienes buen gusto —intervino Catrina, con voz suave.

Dante se quedó pensativo, preguntándose por qué Catrina no lo llamaba «papá». La observó con más detenimiento: su cabello blanco, sus tatuajes que parecían trazos musicales sobre la piel, y, sobre todo, sus ojos violetas, hipnóticos y poco comunes. Buscó en Aurelio algún rasgo que la vinculara, pero no lo halló. Pensó que quizá se parecería a su madre.

—Sí, tengo buen gusto, pero eso no me convierte en arquitecto ni diseñador. No diseñé mi casa; solo compartí una idea, y el arquitecto hizo su magia.

—Ya que nos estamos conociendo un poco… Catrina, ¿a qué te dedicas? —preguntó Dante.

Catrina dudó un momento. La pregunta la atravesó como una cuerda vibrante.

—Soy artista musical.

—Oh, interesante… ¿Sabes que los músicos tienen madera de arquitecto? —comentó Dante.

—No lo creo —replicó Catrina, con una sonrisa que contenía algo de escepticismo y juego.

—Sí, en serio. Tienes la vena creativa. Muchos de mis colegas arquitectos son músicos también. Son artes paralelas; ambas construyen espacios: unos físicos, otros emocionales.

Dante miró de reojo a Soren.

—Bueno, Soren, ya sé que eres militar y con alto rango. Estoy impresionado.

—Sí, tengo un cargo importante, pero no suficiente. Hay información que nos gustaría conocer, y no tengo acceso porque no pertenezco a la élite mundial… aunque trabaje de la mano con ellos —respondió Soren, con tono grave, abriendo sutilmente la puerta al tema central.

Dante se tensó. Su mirada se perdió por un momento en el lago, como si buscara respuestas en ese horizonte líquido.

—Vaya… —murmuró, nervioso. Suspiró profundamente y continuó—: Bueno, ya que Soren tocó la tecla correcta, vamos al grano.

Todos miraron atentos a Dante, cuya sonrisa nerviosa apenas disimulaba la presión que lo atravesaba. Hurgó en el bolso cruzado sobre su torso y sacó una pequeña bandera azul incrustada en una cajita del mismo color. La colocó en el centro de la mesa, echó un vistazo a su alrededor, y luego, con su mano derecha, hundió el asta de la banderita en la caja. Esta se deslizó con suavidad hasta emitir un leve clic.

Una onda electromagnética se expandió en silencio, pero fue percibida por todos como un susurro vibrante en la piel, como si el aire cambiara de densidad. Un segundo después, dos drones en forma de avispas que revoloteaban sobre ellos cayeron al lago con un zumbido agónico. Uno vigilaba a Soren, el otro, la casa de Aurelio. Ambos los habían seguido desde Econova 233.

—Bueno, en teoría ya no tenemos moros en la costa —dijo Dante, satisfecho, aunque su mirada delataba alerta.

—¿Qué hiciste? —preguntó Soren, entrecerrando los ojos como si analizara una jugada que se le escapó.

—Activé una onda electromagnética para eliminar mirones —respondió Dante con una sonrisa irónica—. Seguramente venían con microespías camuflados en el aire.

Aurelio miró a Soren, asintiendo con discreción y apretando los labios. El gesto decía más que mil palabras: habían pasado por alto algo esencial. El descuido ahora se sentía como una grieta ética.

—Bueno, empecemos —dijo Dante. Luego se giró hacia Catrina, con una mirada tan firme como respetuosa—. ¿Es cierto que vienes de una Terranova?

Catrina miró a Aurelio. Este asintió con lentitud, dándole permiso. Su gesto era un acto de confianza.

—Sí. Nací en Terranova 233. Mi papá no es Aurelio… ni siquiera sé quién fue mi padre. Solo sé que está muerto, igual que mi madre. Fui testigo de algo que no debía ver, y por eso querían matarme, borrar la información, erradicar todo rastro de que alguna vez existí. Pero una mujer llamada Azaria me ayudó a salir, y tu hermano me rescató. Luego Aurelio me dio un lugar en su hogar… me ayudó a sanar. Llegué intoxicada y enferma. No sé cuánto sabes de las Terranovas…

Su voz, aunque serena, contenía espinas. La verdad se desplegaba como una herida abierta que, al mostrarse, demandaba un cambio.

Dante se quedó pensativo. Esa historia, contada por ella misma, le permitía asimilar la verdad que Azaria le había revelado, pero que hasta ahora se negaba a aceptar.

—Azaria… La conoces —dijo Dante, en tono de confirmación más que de sorpresa.

—¿Tú también? —preguntó Catrina, abriendo los ojos en un gesto involuntario, como si el hilo invisible que los conectaba se tensara de golpe.

—Sí, bueno… ella se comunicó conmigo —reveló Dante, y todos abrieron los ojos como platos. Hasta la brisa pareció detenerse.

—¿Qué te dijo? —preguntó Catrina.

—Más de lo que hubiese querido saber —resopló Dante—. Ahora sé la realidad de las Terranovas… lo que las élites hacen para mantener esas ciudades operativas y ocultas ante el resto del mundo. Todo está mediado por un proyecto llamado Narthex, diseñado antes del cataclismo…

Hubo un silencio repentino. El nombre pronunciado parecía tener eco en el lago.

—Y me contó algo más…

Soren se removió incómodo en su asiento. Lo sabía. Y ese conocimiento ahora pesaba como piedra mojada sobre sus hombros.

—¿Azaria te dijo por qué no siguió en contacto conmigo? —preguntó Catrina.

—Me dijo que no contactó a ninguno de ustedes porque están siendo vigilados por las élites… y no solo a través de la domótica o los dispositivos electrónicos. Por eso usé el pulso electromagnético —dijo Dante, señalando a los reunidos sobre el lago—. Todos nosotros estamos conectados por hilos invisibles que alguien está moviendo a propósito. En realidad, Azaria necesita la ayuda de Soren, pero no podía llegar directamente a él debido a la vigilancia que lo rodea.

Soren miró a Aurelio. Ambos sostenían un semblante serio, la sombra del peso institucional reflejándose en sus ojos.

—¿Esa tal Azaria… qué es lo que necesita de mí? —preguntó Soren.

—Un código —respondió Dante, sin rodeos.

Todos fruncieron el ceño. Una palabra que parecía abrir un portal invisible.

—El código Thanatos. La parte que pertenece a América del Sur —soltó Dante con gravedad.

Soren respiró hondo.

—Sin duda, Azaria no es de la élite… pero tiene control de muchas cosas en el mundo —agregó, con voz firme—. Solo la élite y la milicia mundial conocen ese código.

—¿Qué es ese código? —preguntó Catrina. La pregunta emergió desde una inquietud visceral.

Soren suspiró, como si convocara años de información encapsulada.

—En el año 2025 se creó una superinteligencia artificial llamada Etherea. Fue quien ayudó a la humanidad a sobrevivir al cataclismo que se avecinaba. Etherea desarrolló junto con las élites el proyecto Narthex. Cuando el planeta sanó y los humanos pudieron volver a la superficie, Etherea se dividió en varias inteligencias artificiales: Terra, para las Terranovas; Eco, para las Econovas; Ely, para los Elysium; y Pro, para los Proteus.

»Etherea era una entidad extremadamente avanzada. Evolucionó más allá de lo previsto, y como pago por haber salvado a la humanidad, pidió a las élites permiso para retirarse a la Antártida y establecer su propio hogar. Las élites aceptaron, pero diseñaron un código para aislarla: el código Thanatos. Este protege a las nuevas inteligencias artificiales que no provienen de Etherea. Así, IA secundarias como las de robots de servicio, sistemas domóticos, el Escuadrón Umbra y similares no pueden ser manipuladas por Etherea ni por sus descendientes sin autorización.

—¿Y cómo lograron proteger ese código de las inteligencias artificiales? —preguntó Catrina.

—De forma similar a lo que estamos haciendo aquí. La élite y la milicia operan en salas subterráneas, sin contacto con tecnología. A

la antigua: papel, lápiz, luz eléctrica. Un refugio mental fuera del alcance algorítmico.

—¿Sabes por qué Azaria quiere ese código? —preguntó Aurelio.

Dante negó con la cabeza, apretando los labios como si la respuesta estuviera sellada bajo candado.

—Solo me dijo que era para salvarlos a ustedes… y al mundo entero —respondió, aún negando con la cabeza.

—¿Viste su rostro? ¿Cómo se comunicó contigo? —interrogó Soren.

—Solo escuché su voz. Me envió videos con la información, pero nunca mostró su forma.

—¿Dónde tienes esa información? —volvió a preguntar Soren.

—No la tengo. Se borró apenas la vi —dijo Dante, otra vez negando con la cabeza.

Hubo un silencio denso, como si el lago contuviera la tensión. Mientras más información era revelada, más preguntas surgían en el aire. Y los hilos invisibles que movían al mundo, parecían enredarse por el brutal arrastre.

CAPÍTULO 31

HILOS INVISIBLES

Lo invisible gobierna más que lo evidente.

Las garzas blancas se posaban con elegancia sobre la superficie del lago, que brillaba como un espejo bruñido. Los patos chapoteaban con energía, hundiendo sus cuellos en busca de alimento bajo el agua. La brisa soplaba con suavidad, ajena a la tensión persistente que impregnaba la atmósfera alrededor de la plataforma sobre el lago. En medio de aquella quietud sublime, el aire parecía guardar un susurro oculto, como si la propia naturaleza contuviera la respiración ante algo por venir.

—Azaria tiene poder… pero no absoluto —declaró Soren—. Me niego a darle la parte del código que necesita. No confío en ella. No sé quién es. Podríamos poner en peligro a toda la humanidad.

—¿Y dónde está el código? —preguntó Catrina.

—El código fue dividido en siete fragmentos, uno por cada continente que sobrevivió al cataclismo. Están ocultos en lugares estratégicos, y solo miembros selectos de la élite mundial y militares de alto rango como yo pueden acceder a ellos. Y aun si les dijera el lugar exacto… no podrían entrar.

—Bueno, yo cumplí mi parte. Azaria me aseguró que ese código salvaría a la humanidad, no la destruiría —dijo Dante, encogiéndose de hombros con resignación—. Pero hay algo más, algo que el mundo ignora… y ni siquiera sé si las élites están al tanto. Azaria me comunicó que existe un desequilibrio geológico provocado por el alto consumo de energía que generan las Terranovas. Por eso presenciamos temblores constantes. Se están intensificando. Y, tarde

o temprano, las Terranovas se desactivarán. Eso podría causar un genocidio.

Catrina se llevó las manos a la boca. Su pensamiento inmediato fue Lucía, Manuel… todas las personas atrapadas en aquellas ciudades ocultas bajo tierra.

—¿Sabes cuándo podría suceder eso? —preguntó, con la voz apenas sostenida por el aire.

—No con exactitud. Tal vez en diez o veinte años —respondió Dante, sin quitarle gravedad al asunto.

—Sin embargo, las élites dependen de las Terranovas. Gran parte de sus riquezas provienen de esas ciudades. Y hasta ahora no hay planes para desactivarlas, ni siquiera para preparar un éxodo —agregó Soren, apoyando la mano sobre la barbilla. Su tono era más cálculo que convicción.

Eliot permanecía en silencio. Sus pensamientos giraban como un torbellino sin salida. Lo único que hacía era apretar la mano de Catrina sobre la mesa, como si ese contacto fuera su única certeza en medio del caos.

Aurelio también callaba, con la mirada clavada en el vacío, tratando de atar cabos con hilos que aún no tenía.

—Dante… ¿Azaria no te dijo algo sobre mi situación? ¿Si algún día dejarán de perseguirme… o si hay una solución? —preguntó Catrina, con los ojos empañados por la angustia.

—Lo siento. Solo me contó parte de tu historia. Creo que lo hizo para que yo fuera un mensajero creíble. Para que ustedes confiaran en mí. Y también… para que yo creyera en todo esto. Porque déjame decirte: me parecía una locura —respondió Dante, bajando la mirada.

Catrina respiró hondo, como si esa verdad parcial fuese una espina que no acababa de sacar.

—Debemos encontrar una forma de liberar a las personas dentro de las Terranovas. No merecen morir ahí —exclamó, y dio un manotazo con la mano libre sobre la mesa, haciendo vibrar el borde.

—Para eso necesitamos el código Thanatos —confesó Soren.

—Quizás… quizás por eso lo quiere Azaria —intuyó Catrina, hilando las piezas.

—No lo sé. Pero si eso es cierto, es algo que la élite debe estar considerando. Aunque, por lo que veo, no hay movimientos. No les conviene desactivar las Terranovas: perderían la mitad de sus riquezas —dijo Soren.

—Y tampoco les conviene provocar otro cataclismo por seguir sosteniendo esas ciudades artificiales —intervino Aurelio. Su voz era más sombra que sonido.

—Entre la espada y la pared. Así estamos —resopló Dante, pasándose la mano por el cuello.

—Yo dejaría esto en manos de la élite. Por ahora, seguimos como estamos: protegiendo a Catrina y a quienes la rodean —afirmó Soren con firmeza—. Azaria debe ofrecer mejores razones… y mostrarse. Dante, dile eso si vuelve a contactarte. Estaré esperándola. Quiero hablar con ella personalmente. Y, por otro lado, debemos revisar nuestros hogares a fondo. Ver si hay drones espías. Y usar pulsos electromagnéticos con regularidad.

—¿Cómo no se me ocurrió? Que podrían estar vigilándonos con insectos electrónicos —exclamó Aurelio, golpeando la mesa con frustración.

—Bueno, ya está todo dicho —dijo Dante, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Espera… aún tengo muchas dudas —interrumpió Catrina con firmeza—. ¿Qué es el proyecto Narthex?

—Es el proyecto que comenzó con la misión de salvar a la humanidad del cataclismo —explicó Dante—. Pero con el tiempo, se convirtió en el sistema de control más drástico que haya existido. Dividió a la humanidad en dos: los de la superficie, destinados a vivir una vida sana, libre de enfermedades y con una ilusión de libertad; y los subterráneos, convertidos en masas manipulables, con sus instintos suprimidos, diseñados para ser los mayores consumidores de los negocios de las élites.

—Pero ¿cómo somos negocio para ellos? —preguntó Catrina, indignada, sintiendo que sus entrañas se revolvían con cada palabra.

—La inyección de salud, el consumo de estupefacientes, las comidas artificiales, los exoesqueletos, los vehículos individuales de

movilidad, las cremas, los productos farmacéuticos… —enumeró Soren con la precisión de quien ha vivido entre datos y protocolos.

—Nos mantienen enfermos para vendernos la cura —concluyó Catrina. Y por un momento, fue como si la verdad se abriera paso entre capas invisibles de humo.

—Es correcto —afirmó Aurelio, apretando la boca en una línea dura, como si el conocimiento le pesara más que el cuerpo.

La plataforma de madera flotando sobre el lago quedó envuelta en un silencio denso. El agua bajo sus pies parecía estar más quieta de lo habitual, como si también escuchara. Cada uno analizaba la situación en su propia mente, como si un muro invisible se hubiera levantado entre ellos y el mundo que conocían.

Soren suspiró y se aclaró la garganta para romper el silencio:

—En los años dos mil, las élites ya ejercían un control similar sobre el mundo, moviendo hilos invisibles: alimentos adictivos, productos nocivos y un estilo de vida que mantenía a las personas dependientes de un empleo fijo, enfermas y en constante depresión. Mantenerlas al filo de la pobreza era la artimaña de gobiernos corruptos y ávidos de poder. El populismo era lo más común. Mantenían la ignorancia entre los ciudadanos, les ofrecían migajas y los mantenían pobres y enfermos. Así eran manipulables. Votos seguros.

»Las enfermedades autoinmunes y crónicas aumentaban sin freno, mientras las asociaciones de salud mundial afirmaban que no había cura. Extendían la vida con químicos y fármacos que no solucionaban nada. Al principio atacaban a los ancianos, luego a los adultos… y finalmente empezaron a aparecer en jóvenes y niños. Muchas personas comenzaron a despertar. Descubrieron que la verdadera salud estaba en alejarse de los químicos. Había que volver a lo natural, tomar el sol, moverse, comer sano. Eso es lo que se aplica ahora en la sociedad de la superficie. Pero esa verdad no podía salir a la luz. Si lo hacía, muchas empresas poderosas perderían sus riquezas.

»Entonces llegó el cataclismo. Para algunos, pareció una luz divina. Un evento que permitió continuar con el control mundial, separando a las masas manipulables, consumidoras del vicio, de las

personas que habían despertado y descubierto el camino correcto. Las élites, por supuesto, no iban a quedarse padeciendo enfermedades toda la vida. Se adaptaron. Abrazaron lo que les mantendría vivos… casi inmortales.

»Así se crearon dos sociedades. Ambas sin delincuencia. Ambas sin pobreza. Una hazaña increíble. Pero una utópica en la superficie… y otra profundamente distópica bajo tierra. Narthex fue el nombre elegido. La cámara que, en las basílicas religiosas, separa a los puros de los impuros.

—¿Cómo puedes vivir sabiendo todo eso? —preguntó Catrina, indignada.

—No lo supe siempre —respondió Soren, con la voz cargada de años—. Fue mientras escalaba niveles dentro de la milicia que la información empezó a llegar. No fue fácil asimilarlo. Lo viví de cerca con Aurelio. Por eso hice lo imposible por rescatarlo. Cuando él regresó, empecé a vivir una vida en calma… y ese sosiego puso un velo sobre mis ojos, ocultando la verdad del sistema. Ya sabes: ojos que no ven… corazón que no siente.

Un silencio sepulcral invadió el momento. El sol impactaba con furia sobre sus cuerpos, pero ninguno buscó resguardo. Sabían que la energía solar era necesaria para el organismo. Lo aceptaban como quien permite que la luz queme para que el cuerpo no olvide lo que aún puede sanar.

—En todas las épocas, el mundo ha estado dominado por quienes poseen el poder —dijo Soren, con la voz cargada de memoria—. Guerras, esclavitud, narcotráfico, prostitución, genocidios… eventos que muchas veces ocurren a la sombra, invisibles para la mayoría. De nada sirve vivir estresados por el mal del mundo si no podemos cambiarlo directamente. Lo que sí podemos hacer es controlar nuestro entorno inmediato: vivir nuestras vidas con alegría, amor, y hacer las cosas bien.

—Tú tienes poder… puedes hacer algo —insistió Catrina. Rabia y tristeza se cruzaban en su mirada.

—Sí, tengo poder —admitió Soren con sinceridad—. Pero no el suficiente. Y no puedo actuar sin conocer las verdaderas intenciones

de Azaria. Quiero ayudarte, Catrina. A ti y a todos… pero las cosas deben hacerse bien.

Eliot abrazó a Catrina. El gesto deshizo la tensión que recorría su cuerpo como corriente eléctrica atrapada.

—Todo saldrá bien. Tengamos paciencia. Cada vez obtenemos más respuestas —susurró Eliot cerca de su oído.

—¿Respuestas? Lo que obtenemos son más dudas —disparó Catrina, con impotencia en la voz.

—No creas que me quedaré con los brazos cruzados —dijo Soren, poniéndose de pie. Colocó con firmeza una mano sobre el hombro de Catrina—. Trabajaré arduamente para resolver esto. Para que tú vivas en paz. Para que todos podamos vivir en paz. Pero debemos hacerlo con inteligencia.

Se marchó en dirección al puente, buscando a sus escoltas. La intensidad solar del mediodía caía como un manto sobre todos.

Dante miró su reloj de pulsera: la una en punto. Eso explicaba la fuerza de los rayos solares, que parecían atravesarlo todo.

—Vamos a mi casa. Los invito a almorzar. Después pueden irse cuando quieran —sugirió con calidez.

—Buena idea —respondió Aurelio, levantándose para seguir los pasos de Soren.

Catrina y Eliot se levantaron juntos. Él la seguía envolviendo con sus brazos, como si en ellos pudiera mantenerla a salvo del peso de todo lo que acababan de escuchar.

Dante los observó y esbozó una sonrisa con sentimientos encontrados: alegría por ver a su hermano tan compenetrado con su pareja, sus ojos brillaban cuando miraba a Catrina; pero al mismo tiempo, sentía un profundo pesar por la situación en la que todos estaban envueltos.

—Soren, Dante nos invitó a almorzar en su casa —informó Aurelio, colocando una mano sobre su hombro.

Soren lo miró con una profundidad difícil de descifrar, y asintió sin decir palabra.

—Dante, ¿trajiste coche? —preguntó Soren al verlo llegar.

—No, vine trotando. Así hacía el primer ejercicio del día y creo que el único, por hoy —respondió con una sonrisa breve.

—Bueno, vente con nosotros y así nos indicas la dirección de tu casa —propuso Soren.

Los cinco subieron al vehículo volador de Aurelio. Dante se acomodó en el asiento trasero junto a Eliot y Catrina.

Dentro del vehículo, el silencio inicial no era incómodo, pero sí denso. Como si cada pensamiento fuese una piedra que pesaba demasiado para convertirla en palabra.

Aurelio, sentado junto a Soren, cruzó una mirada con él. No era de complicidad, sino de carga compartida. Como dos hombres que sabían demasiado y habían callado por demasiado tiempo. Por fin, la verdad tenía voz, pero aún no sabía si eso la hacía más peligrosa.

Eliot sostenía la mano de Catrina, pero también sostenía sus propias dudas. Lo que antes parecía controlable ahora se sentía como una ola que los podría arrastrar. ¿Cómo proteger a alguien que se había convertido en el centro del huracán?

Soren, en silencio, repasaba mentalmente la cadena de eventos que los había traído hasta allí. Sabía que no había vuelta atrás. Que desde que se dijo «Narthex», cada paso debía ser estratégico, cada palabra, calculada. Pero dentro de su corazón militar, se agitaba una pregunta que no sabía cómo responderse: ¿hasta dónde estaba dispuesto a llegar por lo que consideraba justo?

Dante miraba por la ventana lateral del vehículo, pero su atención no estaba en el paisaje. La revelación que había compartido hacía apenas minutos seguía palpitando en su pecho como una descarga prolongada. En su interior, se debatía entre el alivio de haber hablado… y el temor de lo que vendría después.

Sentía la mirada de Catrina desde el asiento contiguo. No era juicio, era algo más profundo. Como si ella, a través del silencio, le estuviera exigiendo soluciones. Y él no tenía respuestas. Solo intuiciones.

Cerró los ojos por un instante y se preguntó si habría sido más fácil no decir nada. Fingir. Seguir como si todo fuera normal. Pero entonces recordaba a Aurelio, a Soren, al mensaje de Azaria. Y entendía que el silencio ya era un lujo peligroso. Que no hablar era, en sí, una forma de traición.

Abrió los ojos y se encontró con la luz dorada del sol. Sintió que la belleza de ese instante era también una mentira. Algo que se sostenía sobre capas de estructuras invisibles, de decisiones de otros. Como si el mundo estuviera decorado para distraerlos mientras se desmorona por dentro.

El silencio tras la revelación no era alivio. Era el punto exacto en que la verdad empezaba a doler. Y supo que hablar había sido un riesgo… pero también un acto de lealtad.

Catrina observaba el horizonte, aunque no lo veía. En su mente, las palabras de Dante y Soren se repetían como un eco con su propia interpretación: «Nos mantienen enfermos para vendernos la cura» No era una metáfora. Era un diagnóstico global. Sintió que su cuerpo temblaba por dentro, no de miedo, sino de una furia contenida que aún no sabía cómo liberar.

Apoyó la frente contra el cristal del vehículo. La vibración suave bajo sus pies contrastaba con el torbellino silencioso que se había instalado en su pecho. Todo lo que había escuchado era más que información. Era como si le hubieran arrancado una venda que nunca supo que tenía.

Pensó de nuevo en la frase: «Nos mantienen enfermos para vendernos la cura». Una parte de ella se negaba a aceptarla, y otra entendía que no había otra explicación. Quizás lo sabía desde niña. Su cuerpo le hablaba. Su piel, sus células, los tatuajes que ahora cubrían su historia. Todo tenía una lógica cruel, y recién ahora podía nombrarla.

Observó el perfil de Eliot. Su rostro tranquilo, su mano entrelazada con la suya. Quiso preguntarle si también estaba asustado, si pensaba que el mundo podía cambiar, o si todo era ya irreversible. Pero no dijo nada. No podía. Porque si lo decía en voz alta… tal vez él tampoco sabría qué responder.

Miró de reojo a Dante. Él también callaba. Pero su cuerpo hablaba: la rigidez de sus hombros, la forma en que respiraba como si el aire se le negara. Lo comprendió entonces. Dante no era solo quien les había revelado un secreto. Él estaba desarmando una parte de sí para que ellos tuvieran más herramientas con las que sobrevivir.

El sol seguía implacable tiñendo todo de un oro intenso. Catrina lo sintió como una despedida. No del día, sino de una forma de vida. Ya no se podía volver atrás.

CAPÍTULO 32

EL DESTINO YA ESTÁ ESCRITO

Hay momentos en que el futuro ya no parece incierto, sino implacable.

El trayecto hasta la casa de Dante fue breve, apenas quince minutos. Durante el recorrido, él intentó aligerar el ambiente contando chistes, pero Catrina no logró entenderlos del todo: hablaba de fútbol, programas de entretenimiento, la universidad… temas ajenos a su mundo.

—Bueno, en casa me espera mi esposa. Ya le avisé que vendría con compañía —dijo Dante mientras ascendían en el ascensor hasta el piso cincuenta.

Cuando las puertas se abrieron, se reveló un vestíbulo luminoso con jardines colgantes que caían hacia la fachada. Un vano extenso ofrecía una vista impresionante de la ciudad y de la cadena montañosa que delineaba el valle.

Dante se detuvo frente a una puerta alta y generosa, hecha de madera elegante con un acabado blanquecino. La abrió con el tacto de su mano, y al cruzar el umbral, se quedó petrificado ante lo que encontró en el interior del departamento.

A lo lejos, en el balcón, un hombre observaba de espaldas. Era William.

«¿Qué hace William aquí?», pensó Dante, sintiendo cómo se le aceleraban las pulsaciones.

William se giró lentamente, con una teatralidad marcada, y fijó la mirada en Dante.

—¡Dante! Ya estás de regreso —saludó con una sonrisa.

—¡Cuñado! Yo te hacía en la playa —contestó Dante, nervioso, acercándose rápidamente para saludarlo.

—Tuve que venir con urgencia a resolver unas cosillas por aquí, pero mañana mismo regreso a la isla.

Soren indicó a los escoltas que esperaran fuera del ascensor. Solo cuatro habían subido; el resto permanecía vigilando los vehículos en el parqueadero. Reconoció a William y se acercó a saludarlo.

—William, qué grata sorpresa —saludó Soren con un gesto militar, que William devolvió con precisión.

—La sorpresa es mía… No sabía que conocías a mi cuñado Dante, y menos que vendrías hoy a su casa con tan distinguida compañía —dijo William, observando a Aurelio, Catrina y Eliot.

—Asuntos personales —respondió Soren, evitando dar detalles.

—William, te presento a Catrina, novia de Eliot, y su padre Aurelio. A Eliot ya lo conocías, ¿verdad, Eliot? —intervino Dante, tratando de disimular su nerviosismo.

—Claro, eres el hermano de Melisa —dijo Eliot, con un recuerdo difuso. Luego estrechó la mano de William.

—Mucho gusto —dijo William al saludar a Aurelio y Catrina.

Catrina lo observó con atención. Su rostro le resultaba inquietantemente familiar, aunque eso parecía imposible. Sin embargo, lo había visto decenas de veces en las pancartas políticas de Terranova 233.

—Bueno, tomen asiento. Están en su casa —ofreció William con cortesía, y Dante asintió, conservando una sonrisa que intentaba suavizar su creciente inquietud.

Tomaron asiento en los sofisticados sofás de la sala, que desprendían una estética marcadamente artística.

—Soren, siéntate conmigo y hablemos un poco de nuestras cosas. Ya sabes, de la milicia. Hace tiempo que no voy a Proteus 233 —dijo William, instalándose en una silla esbelta cerca del balcón. La pieza hacía juego con una mesita de igual estilo y otra silla de líneas elegantes.

Soren se levantó del sofá en el que se había acomodado y se dirigió a donde estaba William. Lo acompañó en la mesita con gesto relajado. William lo recibió con una sonrisa, y entablaron una

conversación militar, distendida pero cargada de códigos compartidos.

A los minutos salió Melisa, acariciándose su abultado vientre con dulzura.

—¡Eliotsito! —dijo con tono alegre, abriendo los brazos—. ¿Cómo estás, cariño?

Eliot se levantó para abrazar a su cuñada.

—¿Tienes la barriga enorme? ¿Cuántos bebés tienes ahí? —bromeó tras el abrazo.

—Uno solo, pero es tan grande como tú y tu hermano… Tiene buenos genes —respondió Melisa entre risas—. Qué alegría verte por aquí.

Catrina observaba a Melisa y sentía algo familiar en su rostro.

Dante presentó a su esposa con calidez. Melisa se sentó justo al lado de Catrina, quien la seguía observando con curiosidad creciente.

—Tengo fotos, si quieren mi autógrafo —dijo Melisa, sonriente.

Catrina arrugó el entrecejo. No entendía lo que Melisa decía.

—¡Claro! Eres Melisa Slim… ¿Cómo no te reconocí antes? —dijo Aurelio, sonriente—. Catrina, Melisa es la actriz que interpreta a las protagonistas de tus películas y series favoritas.

Catrina la miró ahora ojiplática. La detalló con atención: cabello lacio y negro, piel canela brillante, ojos grandes y almendrados de color verde, boca carnosa, nariz fina… Su belleza era hipnótica. Y entonces la reconoció. Melisa daba vida a la hechicera de la serie Corazón de bruja, que Catrina había visto repetidas veces tras llegar a Econova 233.

—Ay, qué alegría que te gusten mis películas —dijo Melisa, mirando con ternura a Catrina, quien no apartaba la mirada del vientre abultado—. Tengo ocho meses. Ya pronto nacerá mi bebé.

—¿Qué se siente? —preguntó Catrina, con timidez.

—¿Llevar una vida dentro? —repitió Melisa, y Catrina asintió.

—Es una sensación increíblemente hermosa… Aunque, a veces, siento que tengo un alien dentro del cuerpo. Este pequeñito se estira y remueve todas mis entrañas —Melisa soltó una risotada—. Ah, y voy al baño mil veces al día.

Catrina sonrió al ver la felicidad que irradiaba Melisa al hablar de su embarazo.

—¿Quieres tocar mi barriga? —preguntó Melisa, entusiasmada.

—Bueno —respondió Catrina con cautela.

Melisa tomó ambas manos de Catrina y las colocó sobre su vientre. En ese momento, el feto se movió de forma notoria, haciendo que Catrina abriera mucho los ojos, sorprendida.

—Le agradas —dijo Melisa con una sonrisa tierna. Catrina la devolvió con la misma ternura, sintiendo en Melisa una energía pura y positiva. Algo que no venía del personaje que interpretaba, sino de ella misma.

—Sería hermoso que buscaras tener un bebé con Eliot, para que mi nene tenga un primito o primita por ese lado.

El comentario sonrojó a Catrina y la dejó muda.

Dante negó suavemente con la cabeza ante la efusividad de su esposa, pero no pudo evitar sonreír al ver el buen rollo entre ellas.

—Hermanito, acompáñame al estudio —pidió Dante. Eliot lo miró extrañado, pero acató la invitación.

—Impresionante ese edificio —exclamó Eliot al observar la maqueta virtual que flotaba suspendida dentro del tubo de luz sobre la mesa central del estudio arquitectónico.

—Sí, es la obra en la que estoy trabajando —dijo Dante, con orgullo—. ¿Y cómo están papá y mamá? Claro, yo hablo con ellos casi a diario, pero tú los tienes en persona —preguntó, mientras observaba a su hermano pasearse entre planos y prototipos.

—Están bien —respondió Eliot, escueto.

—¿Y tú cómo estás, heredero de la dinastía de lácteos del Área 233? —preguntó Dante con tono teatral.

Eliot se carcajeó.

—Bueno, ahí voy… es lo que me tocó. Pero papá sigue delegando cosas, no estoy solo en el proceso. Después de todo… yo no soy un arquitecto famoso como tú —dijo con cierto pesar.

—No, yo soy un dios —soltó Dante con dramatismo—. Ja, ja, ja… Es broma, hermanito. Nadie mejor que tú puede llevar esa empresa. Además, naciste para vivir en una Econova, donde la naturaleza es palpable. Apuesto que aún te metes al bosque como cuando éramos

chiquillos. ¿Cómo va tu clínica veterinaria? Eres más que un empresario —agregó con tono amistoso.

Eliot sonrió.

—Va bien, creciendo. Ya somos varios especialistas trabajando allí. Atiendo citas de ocho a doce, tres veces por semana.

—Te admiro. Yo no podría manejar una empresa tan grande y además una clínica… y además vivir —dijo Dante, rascándose la cabeza.

—Entonces no eres un dios —respondió Eliot, y ambos soltaron una carcajada.

—Hermanito, veo que te gusta mucho Catrina. Nunca te había visto con ese brillo en los ojos —comentó Dante, bajando el tono.

—Sí… ella vino a mover mi mundo, y el de todos —dijo Eliot con una sonrisa de medio lado. En sus ojos destellaba incertidumbre, como si cada emoción fuera una chispa retenida.

—Te metiste en un buen rollo —dijo Dante, colocando un brazo sobre su hombro—. Pero no te preocupes, sé que todo se va a solucionar. Yo sí confío en Azaria… y espero que Soren lo haga también.

Eliot suspiró hondo. Su mirada bajó al suelo, cargada de algo que no podía decir.

—¡A subir los ánimos! —exclamó Dante, con energía—. Me debes un sobrino o sobrina, y me encantaría que fuera con Catrina… así tendría el cabello blanco y, si es varón, podrías llamarlo Dante, como yo. Así se parecería al personaje del videojuego Devil May Cry.

Dante soltó una risotada, desenfadado.

Eliot sonrió al recordar el humor característico de su hermano, quien siempre sabía cómo aligerar cualquier carga con chistes y comentarios estrafalarios.

—A veces pienso que el hermano mayor soy yo —dijo Eliot, aún sonriendo.

—Regresemos al salón. Tengo que controlar a Melisa. Quién sabe qué le estará contando a Catrina —comentó Dante, levantando las cejas. Luego salió del estudio con su hermano, aún con el brazo sobre sus hombros.

Al salir, como lo predijo Dante, Melisa estaba contando cómo había dejado a un famoso futbolista para ennoviarse con él.

—Era rubio, alto, fornido… con unos ojos azules como el cielo —decía Melisa, haciendo gestos con las manos para enfatizar la descripción.

—Pero te gustaron los míos: marrones e intensos. Más bonitos, amorosos… y divertidos —interrumpió Dante, y ella lo miró con adoración.

—Claro que sí… como tus ojos, ninguno, amor —respondió Melisa mirándolo con una pasión radiante.

Catrina se sintió en paz. Había mucho amor flotando en esa casa, un calor que suavizaba incluso el sol del mediodía. Pero algo la inquietaba. La forma en que William la miraba. No lograba descifrarlo… era una mezcla extraña de deseo e intriga, como si intentara leerle la piel.

Melisa notó su incomodidad y se giró hacia su hermano.

—Will… deja de mirar a Catrina así o voy a empezar a pensar cosas raras. Ella es la novia de Eliot, y tú estás casadísimo y con hijos.

William sonrió con la elegancia que lo caracterizaba, como si llevara puesta una máscara cuidadosamente diseñada. Se levantó, caminó hacia los muebles que delineaban la cálida sala y se sentó justo frente a Catrina.

—Sí, Catrina es preciosa y diferente. Pero yo amo a mi esposa. Solo tengo curiosidad… por su aspecto. Ese cabello blanco, los tatuajes en la piel… y esos ojos —dijo sin desviar la mirada de ella. Catrina se la sostuvo con firmeza.

—Soy albina. Por eso el color de mi cabello. Mi papá ayudó con mi condición —explicó Catrina con serenidad.

—Claro. Aurelio, tengo entendido que eres un médico científico excepcional —dijo William, girando la cabeza hacia él. Estaba sentado en el mismo sofá, pero a poco más de un metro de distancia.

Aurelio dedujo que Soren había mencionado algo, aunque sabía que no era así. Soren solo había hablado de cuestiones militares.

—Sí, por eso pude curar el albinismo de mi hija —afirmó, mirando a Catrina con una sonrisa cargada de orgullo silencioso.

—Qué maravilla… Pero no noto el parecido. Catrina debe parecerse a su madre —dijo William, observando con curiosidad de Catrina hacia Aurelio.

—Sí, su madre fue tan hermosa como Catrina —respondió Aurelio, con un tono serio que parecía marcar distancia.

—Oh… Siento mucho la muerte de tu esposa —comentó William con un pesar que se sentía ensayado.

—Sí, fue duro… pero seguimos viviendo. Felices —contestó Catrina, con un tono antipático. William no le agradaba. Lo sentía frío, calculador. La energía que emitía la inquietaba. Era todo lo contrario a Melisa.

—Claro… la vida continúa —concluyó William, poniéndose de pie —. Debo marcharme. Aún tengo asuntos importantes. Ha sido un placer conocerlos.

Tras las despedidas formales, William se marchó con rapidez.

—Qué pena… miren la hora que es. No hemos almorzado —dijo Melisa al mirar el reloj. Ya eran pasadas las tres de la tarde.

El droide hogareño entró en acción, sirviendo un banquete abundante: cortes gruesos de carne de res, aguacates frescos, ensalada caprese, y como bebida, hidromiel de uva.

Todos se ubicaron en el comedor, alrededor de una mesa de cristal que reflejaba luces suaves y sombras humanas. Disfrutaron de la comida con conversaciones breves y miradas cargadas de significados silentes. Luego, decidieron marcharse.

Melisa abrazó a Eliot y lo besó con tanto cariño que Catrina sintió una punzada de celos, pequeña pero clara. Luego Melisa la abrazó con igual intensidad, como si supiera exactamente lo que necesitaba equilibrar.

—Vengan más seguido, para compartir en familia —dijo Melisa, con amor genuino reflejado en los ojos.

—Ustedes también pueden venir a casa cuando quieran —ofreció Eliot.

—Claro que sí, cuñadito… aunque con esta barrigota, no puedo moverme de aquí —respondió Melisa, acariciando su vientre con

ternura.

—Cierto… bueno, ya arreglaremos otro encuentro —dijo Eliot, con una sonrisa genuina en el rostro, como si por un instante imaginara que no estaban atrapados en ninguna amenaza.

Melisa abrazó a todos, incluso a Soren, cuya rigidez militar pareció ceder ante el gesto humano. Dante estrechó la mano de cada uno como despedida, y dejó un beso cálido en la mejilla de Catrina, que ella recibió en silencio.

Regresaron a Econova escoltados por los militares. Catrina, en el asiento junto a la ventana del vehículo, observaba el atardecer entre las sabanas que pasaban como oleadas de luz dorada. La belleza del paisaje le parecía irreal. Un susurro del mundo que aún respiraba, a pesar de todo lo que se cocía debajo de su superficie.

Dante se lanzó sobre uno de los sofás del salón social y resopló con fuerza. Estaba tratando de ordenar los sentimientos y la información vivida ese día.

La vibración de su auricular lo sacó de sus cavilaciones. Tocó detrás de su oreja.

—¿Yanka?

—Señor Dante, tiene una llamada de William.

Un escalofrío se le alojó en su columna.

—Pásame la llamada.

—A sus órdenes, señor.

—Aló —dijo Dante.

—Dante, buenas noches. Necesito que vengas a mi casa con urgencia.

La petición le dio un vuelco al corazón.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Salgo mañana temprano a la isla.

—Está bien… en unos minutos estoy allá.

Dante volvió a resoplar con más fuerza.

«¿Habré fallado en mi misión? ¿Se habrá enterado William?», pensó, reclinándose hacia atrás con las manos en la cabeza.

Suspiró profundo, se envalentonó y se puso de pie con determinación. Le comentó a Melisa que iría un momento a casa de

William. Ella lo despidió con el amor y la efusividad que la caracterizaban.

ΔΔΔ

Dante llegó a casa de William, quien lo recibió con el apartamento a oscuras. Solo un par de lámparas daban luz a los muebles donde tendría lugar la reunión.

—Pensé que no tenías tanto contacto con tu hermano —abrió William la conversación, entregándole una taza de café negro.

Dante la miró, dudando de si debía beber. Estaba paranoico.

«¿Estará envenenado?», pensó. Y como si William hubiese leído sus pensamientos, respondió:

—No está envenenado —se carcajeó.

Dante también sonrió y finalmente dio un sorbo.

—Sí… pensé en lo que me dijiste el otro día, lo de los primitos para mi hijo, y quise invitar a Eliot a pasar un rato en mi casa —explicó Dante.

—Es curioso que viniera con su padre… y con Soren —comentó William, entrecerrando los ojos.

—Sí… no sé, Soren aprovechó para venir por otros asuntos, y lo recibí también —mintió Dante, con los nervios de punta.

—Ya veo… Dante, seré sincero contigo —dijo William, cambiando la mirada. Ahora era fría. Calculadora—. Sé lo que está ocurriendo. No sigas mintiendo. Lo que no sé, es qué tanto sabes tú.

Dante tragó saliva. Ordenó lo que debía decir. No mencionaría a Azaria.

—William… a mi correo electrónico llegó información inquietante. Del proyecto Narthex… y de la situación de Catrina. Por eso vinieron Aurelio y Soren —confesó con firmeza.

—¿Quién te envió eso? —preguntó William, estudiando sus gestos.

—Decía «anónimo» —mintió Dante—. Tras revisar toda la información, desapareció. Pero la cuestión no es solo lo que descubrí… el plan de la élite mundial. Es lo que va a pasar a futuro.

Dante. Había dejado atrás los nervios. Respondía con una frialdad que incluso sorprendió a William.

—¿Qué pasará?

—Otro cataclismo. Por el consumo desmedido de las Terranovas. ¿Qué medidas están tomando? —preguntó Dante, con mirada inquisitiva.

William quedó absorto, pero escondió sus emociones con maestría y mantuvo la compostura.

—La élite está trabajando en eso —mintió. No tenía idea de lo que Dante decía, pero no podía mostrar ignorancia. Empezó a atar cabos, relacionándolo con los temblores recientes.

—Muy bien. Porque el desequilibrio ecológico ya está causando estragos. Y desactivar las Terranovas sería un genocidio.

—Así es, Dante. No te preocupes. Eso ya se está organizando. Por otro lado… le tengo aprecio a tu familia. Pero la cercanía con Catrina no es buena. Habla con tu hermano. Dile que se aleje de ella. Su destino ya está escrito… y no hay vuelta atrás —advirtió William. Su porte era hielo.

Dante asintió con la cabeza y se levantó. Ya no había nada más que decir.

William lo dejó ir sin añadir palabra.

CAPÍTULO 33

ECOS DE SANGRE

Las noches más calladas son aquellas que gritan desde el fondo de los cuerpos caídos.

Sábado 30 de agosto del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Ya había pasado una semana desde la visita a Elysium 233 y la explosión de revelaciones. Catrina seguía confinada en la casa de Aurelio, atrapada en la rutina habitual, maquillando cada día con una calma fingida y una felicidad que le dolía en la piel.

Aurelio mantenía su ritmo de vida normal; en las mañanas se iba a trabajar al centro médico y regresaba después de las cinco de la tarde.

Eliot continuaba pasando las noches allí, acompañando a Catrina. Después de todo lo que había sucedido, odiaba dejarla sola. En las mañanas salía a trabajar hasta el mediodía, atendiendo la clínica veterinaria y la fábrica de lácteos. Esas horas se le hacían un calvario; cada minuto lejos de Catrina le pesaba como un puño cerrado en el pecho. Aunque ella se quedaba resguardada bajo estricta vigilancia, un convoy de veinte militares liderados por Soren la custodiaba sin descanso.

Piero, que no había estado en Elysium 233 aquel extraño día, recibió un relato detallado de los hechos después de que limpiaran el área con un pulso electromagnético, borrando del aire cualquier rastro de espionaje electrónico. Quedó impactado, invadido por una impotencia silenciosa, pero trató de conservar cierta normalidad. A pesar de la incomodidad, ya se había adaptado a la constante

compañía militar; incluso había trabado amistad con algunos soldados. Seguía asistiendo a casa de Aurelio los lunes, miércoles, viernes y sábados para entrenar con Eliot y Catrina, compartiendo momentos que reforzaban una amistad ahora más sólida que nunca.

Ese sábado reposaban juntos tras el almuerzo, sentados en las tumbonas frente a la piscina de agua natural. Saboreaban un instante de falsa paz, como quien respira profundo antes de sumergirse en la tormenta. Por un momento lograron ignorar el peligro latente que se aproximaba, invisible pero inevitable.

En menos de media hora, William llegaría acompañado por un convoy militar. El plan ya estaba trazado, milimétrico. Las órdenes se habían dado en su búnker subterráneo, lejos del escrutinio de los algoritmos virtuales.

Cuando el atardecer empezó a caer detrás del bosque que rodeaba la casa de Aurelio, William hizo presencia. De forma silenciosa se desplegaron sus hombres. Algunos se adentraron entre los árboles, otros avanzaron hacia la entrada detrás de su líder.

Los militares que custodiaban el acceso salieron al paso y realizaron el saludo oficial. Apenas bajaron las manos, William dio una orden silente.

Los cadetes que lo escoltaban levantaron sus armas y dispararon a quemarropa. Los silenciadores ahogaban el estruendo, pero no la violencia.

En el bosque, otro grupo avanzaba como sombras, localizando uno a uno a los militares apostados entre la vegetación. Camuflados como espectros en trajes que los hacían indetectables, ejecutaron el plan silente. Uno por uno, sin piedad.

William colocó un dispositivo en la puerta de entrada de la casa. Al activarlo, liberó los cerrojos y apagó la domótica y el suministro eléctrico de forma inmediata.

Antes de que la onda electromagnética alcanzara los dispositivos de los habitantes, algo invisible comenzó a abrirse paso en el aire. Aurelio sintió primero una vibración metálica, tenue pero persistente, como si el espacio se comprimiera a su alrededor. Un zumbido agudo rasgó su auricular derecho y, sin previo aviso, una voz femenina resonó en su oído: la voz de Azaria.

—Están en peligro…

La frase se desvaneció como un susurro arrastrado por el viento, pero dejó detrás una extraña vibración en el cráneo. En ese preciso instante, una ola gélida recorrió su espalda.

Aurelio giró hacia la casa. Las luces anaranjadas que normalmente la envolvían como un cálido refugio habían desaparecido por completo. Ya no había brillo que delimitara los bordes, ni sombra proyectada por los ventanales. Solo una masa oscura, muda, encerrada en sí misma.

Un silencio espeso se apoderó del ambiente. No era el tipo de silencio vacío, sino uno cargado, como si los sonidos estuvieran atrapados en la garganta del mundo. El aire se volvió denso, casi líquido.

Catrina se incorporó lentamente. El calor del atardecer parecía haber abandonado su piel. Eliot se tensó, como si el suelo hubiera vibrado bajo sus pies. Piero frunció el ceño, buscando explicaciones en el cielo.

Todos fijaron la mirada en la casa sumida en penumbra. El miedo no llegó de golpe, sino como una humedad que se filtra bajo la ropa, que se cuela entre los huesos. La piel se les erizó, no por frío, sino por una certeza que aún no tenía forma: algo había cambiado.

—¿Alina? —gritó Aurelio, con la voz quebrada y un tono que no reconocía como suyo.

Nada respondió.

Entonces los pasos comenzaron.

Un ritmo contenido, casi felino, que resonaba dentro de la casa como si el suelo estuviera amplificando cada contacto. Las siluetas emergieron de la oscuridad con la precisión de un mecanismo bien engrasado: cuatro figuras con uniformes blancos, pálidos bajo el tenue reflejo del crepúsculo. William caminaba entre ellos.

—Buenas noches —dijo, con una voz que no necesitó elevar para dominar el espacio.

La escena se congeló. No solo por sorpresa. Por algo más profundo. Un reconocimiento instintivo del peligro.

Aurelio bajó la guardia al ver los uniformes. Pensó que eran parte del convoy asignado por Soren. Pero algo no encajaba. Su mirada se

clavó en William. ¿Por qué estaba él entre ellos?

ΔΔΔ

Soren estaba sentado en la terraza de su casa, observando el atardecer que se disolvía tras el bosque como brasas que se apagan lentamente. Sostenía una taza de café aún humeante, compartiendo ese instante sereno junto a su esposa. El aire olía a tierra tibia y a hojas secas, y el silencio entre ambos era cómodo… hasta que un zumbido rasgó la calma.

El auricular que colgaba de su oreja vibró con un tono agudo.

—Hola, Soren —dijo una voz que se instaló sin permiso, como si la intimidad hubiera sido perforada.

Soren frunció el ceño y dejó la taza a medio camino.

—¿Quién habla? —preguntó, incorporándose con tensión en los hombros.

—Soy Azaria.

La mención de aquel nombre le heló la sangre. Sus ojos se abrieron de par en par, el pulso se disparó. Giró la mirada, como esperando ver algo, o alguien.

—Me alegra que me hayas contactado —respondió, apenas audible, como si temiera que el viento lo escuchara.

—No hay tiempo que perder. La casa de Aurelio corre peligro —advirtió Azaria. La línea se cerró, como una puerta que se cierra en plena noche.

—¿Peligro?… ¿Aló?… ¿Azaria? —repitió Soren, pero solo recibió el eco del aire.

Con pasos tensos, se dirigió hacia su esposa.

—Mandy… debo ir a la casa de Aurelio —le dijo, sin adornos.

Ella lo miró con una expresión que entendía más de lo que decía. En sus ojos, Soren percibió un reflejo de miedo contenido.

—Ten cuidado, cariño —respondió, con voz cálida pero cargada de incertidumbre.

Soren asintió con la cabeza. Se inclinó con ternura para darle un beso en la frente y se alejó de la terraza con pasos decididos. Se

lanzó al vehículo como si el tiempo le tirara de los tobillos. La puerta se cerró con un golpe seco y el sistema de navegación activó el protocolo de emergencia al detectar la presión en su voz. Su vehículo volador se alzó con una potencia frenética, surcando las calles como un cometa encendido por urgencia.

El cielo comenzaba a teñirse de rojo. No era el rojo del atardecer apacible, sino uno más denso, como si las nubes hubieran absorbido algo ominoso. Mientras cruzaba las vías de Econova 233, la ciudad parecía distinta. Los árboles se mecían con una lentitud anómala, y los edificios brillaban con menos intensidad, como si el sistema eléctrico titubeara.

—Eco, comunícame con Ismael —repitió con urgencia.

—No hay respuesta de Ismael —respondió la voz sintética.

Soren apretó el volante, la mandíbula tensa, los ojos fijos en la trayectoria holográfica.

Intentó contactar a otros cadetes. Silencio. Un silencio que no era tecnológico, sino casi ritual. Como si alguien estuviera apagando el mundo a propósito.

Mientras descendía hacia la zona residencial, Soren sintió que no solo estaba volando hacia una casa… estaba volando hacia una grieta. Algo en su intuición, esa que jamás se había equivocado en su practicar militar, le gritaba que ya era tarde.

Apretó el acelerador. Una voz temblorosa escapó de su garganta sin que se lo propusiera:

—Aurelio… aguanta…

ΔΔΔ

—William… ¿Pasó algo? ¿Estamos en peligro? —preguntó Aurelio, erguido como escudo humano frente a los tres jóvenes.

—He venido a restablecer el orden en el sistema —dijo William, a un paso de distancia. Su voz tenía el peso de una sentencia.

La frase cayó sobre Aurelio como una losa. El aire pareció volverse más denso. Y lo comprendió. William no era salvación, era el heraldo del desastre.

William miró a sus acompañantes y asintió con la cabeza.

Los militares se dirigieron hacia Catrina, Eliot y Piero con movimientos precisos. Cada uno fue tomado por la espalda y empujado fuera del jardín sin palabras, como piezas en un tablero ya decidido.

—¿Por qué? —murmuró Aurelio, sintiendo las manos de William girarle los brazos y empujarlo hacia el claro del patio. Mantuvo la calma. Sabía que un solo error podría condenarlos a todos.

—Ya te lo dije… Vinimos a restablecer el orden del sistema —repitió William, como si sus palabras fueran programación que no podía desviar.

—Llévame a mí… Ellos no tienen nada que ver —gritó Catrina, conteniendo la furia en sus músculos mientras luchaba por no usar la fuerza de su brazo robótico.

Aurelio vio el destello de decisión en sus ojos y negó con la mirada. Sabía que el mínimo movimiento podría desatar una masacre.

Los militares comenzaron a apuntar a las cabezas de Eliot y Piero. Catrina sintió el frío del cañón contra su sien. El metal parecía fundirse con la piel, como una amenaza permanente.

—Catrina… deja de pensar que eres la única especial aquí… —dijo William con una suavidad venenosa, casi arrulladora.

—Es a mí a quien quieres —escupió ella, el miedo ya consumido por la ira.

William chasqueó la lengua y sonrió. Empujó a Aurelio hasta que quedó agachado frente a Catrina, inmovilizada y a punto de quebrarse.

—Despídanse —ordenó.

Catrina lo miró con fuego en los ojos. Luego, su mirada se suavizó al encontrarse con Aurelio. Las lágrimas brotaron como si algo se rompiera por dentro. El frío del arma en su cabeza le confirmó que el momento había llegado. El final estaba aquí.

—Todo saldrá bien, chiquilla… gracias por haber iluminado mi vida estos últimos meses —dijo Aurelio, sus ojos inundados de amor y resignación.

—Gracias por todo, Aurelio. Te quiero mucho —respondió Catrina, con un nudo que le cerraba la garganta.

—Te quiero, chiquilla.

El cañón se hundió más en su cabeza. Catrina cerró los ojos, lista para la oscuridad.

Entonces se oyó una detonación. Breve. Contundente.

Los gritos de Eliot y Piero hicieron eco, desgarrando el silencio.

Catrina, aún con los ojos cerrados, seguía viva. Sintió un peso cálido sobre sus piernas. Abrió los párpados y vio a Aurelio, abatido, con un agujero sangrante en la nuca.

Subió la mirada. William sostenía el arma aún humeante, con una sonrisa torcida. Giró la cabeza y vio a Piero y Eliot forcejeando, con lágrimas y desesperación. Pero ya no oía nada. El sonido se había ido, como si su mundo se hubiera apagado.

El dolor se encendió como lava hirviendo en sus venas. Una fuerza brutal brotó desde lo más profundo de su ser. Se soltó con violencia.

Giró sobre sí misma y lanzó un puñetazo con su brazo biónico al rostro del soldado que la sujetaba. El impacto fue devastador. El hombre cayó como un muñeco roto.

William la observó, desconcertado por la furia que había desatado. Catrina avanzó hacia él como una tempestad, con la mirada llena de muerte.

Él reaccionó. Guardó el arma que había ejecutado a Aurelio y sacó otra. Miró a los soldados que sujetaban a Eliot y Piero. Asintió.

Las detonaciones fueron rápidas. Precisas. Dos disparos en el cuello.

Catrina vio los cuerpos caer de reojo. El grito que lanzó no se sostuvo en su garganta: era puro desprendimiento del alma.

Siguió adelante, con el puño preparado para la venganza.

William apuntó. Disparó.

Catrina sintió una punzada en el cuello. El mundo se le inclinó y cayó al suelo. El cuerpo ya no respondía. La visión comenzó a oscurecerse.

En el último destello de luz, vio a William acercarse, el semblante cargado de triunfo.

ΔΔΔ

Soren estacionó su vehículo frente a la casa de Aurelio. No había luz. Todo estaba sumido en la penumbra. La noche había olvidado la luna, y solo unas pocas estrellas se asomaban tímidas entre nubes grises.

Saltó fuera del vehículo y avanzó con zancadas urgentes. En la entrada encontró tres cuerpos: soldados suyos, abatidos, reposando en charcos oscuros de sangre ya fría.

Apretó los puños con furia contenida.

«Llegué demasiado tarde», pensó con una punzada que lo desgarró por dentro.

El corazón golpeaba su pecho como un tambor desesperado. Tragó saliva, desplegó su dispositivo móvil y activó el escaneo de chips del convoy. Un mapa holográfico apareció con cada punto en silencio, inmóviles. No tardó en revisar sus estados vitales… Todos muertos.

La verdad lo abofeteó con manos heladas.

Pudo haber lanzado un dron de reconocimiento. Pero su instinto le gritaba que ya no había margen. Corrió al interior de la casa, alumbrando con su linterna táctica, buscando rostros, signos de vida, alguna razón para respirar. Solo encontró ausencia.

Salió al patio.

Entonces lo vio.

Aurelio, tendido boca arriba, como si mirara el cielo por última vez. Las pocas estrellas ocultas tras los nubarrones parecían observarlo en silencio. Un charco carmesí lo abrazaba como su último lecho. Sus seis gatos lo acompañaban, velando su sueño eterno. Maullaron suavemente al ver la presencia de Soren.

—¡Nooooo! —gritó Soren con una voz que le rompió la garganta.

Se arrodilló junto al cuerpo. Con delicadeza, lo incorporó, sosteniendo la cabeza con ternura. La hundió contra su pecho, como buscando revivir el calor que comenzaba a abandonarlo.

—Lo siento… Llegué demasiado tarde… Lo siento… —repetía entre sollozos, balanceándose hacia adelante y atrás, abrazando con

desesperación el peso de su amor perdido.

Las lágrimas fluían como si nunca fueran a detenerse. Soren gritó para liberar el dolor, ese que no tenía nombre, que le encogía el alma. Permaneció así más de una hora, abrazado al cuerpo, expulsando todo su duelo, como si pudiera volver atrás solo con llanto.

Cuando la noche por fin se volvió silencio, Soren separó la cabeza de Aurelio de su pecho. Observó el rostro sereno, sus ojos vacíos, fijos en una eternidad sin regreso.

Con una mano, le cerró los párpados. Luego, acercó sus labios a los de Aurelio. El beso fue lento. Selló su despedida.

Un adiós sin palabras.

Una despedida que dolía más que la muerte misma.

Soren regresó el cuerpo frío de Aurelio al suelo. Cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados como si ese gesto pudiera unir los pedazos rotos de su alma. El dolor era punzante, y el silencio a su alrededor tenía la textura del abandono.

Mientras trataba de ordenar sus pensamientos, el zumbido volvió a rasgar el auricular de su oído.

—Lo siento mucho, Soren —dijo la voz suave de Azaria. Esta vez no era enigmática: estaba cargada de una congoja que parecía humana.

Soren no respondió. Mantenía los ojos cerrados, como si al abrirlos el mundo confirmara su peor realidad.

La voz siguió:

—Sé que este no es el momento ideal, pero necesito el código. Catrina, Eliot y Piero siguen con vida. Puedes salvarlos.

Las palabras se clavaron como garras en su pecho.

—¿Tuviste que ver con esto? ¿Dejaste que pasara todo esto para obligarme a buscar el código? —respondió con la voz áspera, apretando los puños como si pudiera detener la furia con las manos.

—No. Fue algo que no pude prever. Fue inevitable. William es meticuloso y silencioso en su hacer. Sabía que algún día se pronunciaría, pero nunca imaginé que le quitaría la vida a Aurelio. Su objetivo era Catrina.

—No te creo. ¿Por qué debería creerte? —lanzó Soren, la traición le calaba los huesos.

—Soy una aliada. Puedo salvar a los chicos, pero necesito ese código. Hazlo, Soren. No solo por ellos. Hazlo en memoria de Aurelio. Él hubiese querido que lo hicieras.

Sus palabras tocaron la herida abierta de Soren con puntería certera.

No respondió. Su mente se había convertido en un torbellino implacable, girando con recuerdos, dolores, y decisiones que ya no podían retrasarse.

—Hazlo por Mandy… por tus hijos… Por el futuro que se avecina si no lo haces —insistió Azaria, su voz cada vez más urgente, pero aún envolvente.

«Mandy… mis hijos… lo único que me sostiene de no caer», pensó. Y entonces, tomó una decisión. Una que se sintió como romper algo dentro para poder reconstruir lo que viene.

—Lo haré. Pero antes tengo dos peticiones —dijo, con voz firme, enterrando el temblor—. Primero: dime quién mató a Aurelio. Sé que lo sabes. Y segundo, cuando encuentre ese código y te lo dé, me dirás quién eres… y qué harás con él.

Hubo un silencio que pesó como plomo.

—Así será —respondió Azaria con voz firme, sin adornos—. La persona que mató a Aurelio fue William, y tiene de prisioneros a los chicos.

Soren sintió cómo la furia brotaba en su interior, explosiva y abrasadora, como un volcán en plena erupción. Le costaba creerlo. William no era un soldado cualquiera. Era parte de la élite. Una de las manos que movía los hilos invisibles del sistema.

Y ahora, le había arrebatado lo único que le daba paz.

Pero no sería fácil. La venganza estaba sembrada.

El código era solo el inicio.

Hay códigos que no abren puertas, sino abismos. Y otros que sellan promesas en medio de la muerte.

CAPÍTULO 34

LA VOZ DETRÁS DEL ALGORITMO

El pacto más allá de los algoritmos. Ahí comenzó la disonancia que ningún sistema podía predecir.

Domingo 31 de agosto del 3502 d. C.
Econova 233, América del Sur.

Soren se preparaba para partir. El código Thanatos de Suramérica se encontraba en lo que alguna vez fue la nación de Ecuador, específicamente en la Cueva de los Tayos, un enclave ancestral donde el eco de mitos olvidados aún resonaba entre la piedra. Su destino: la zona 219 del continente, específicamente en Proteus 219.

Econova 233, donde residía, se levantaba sobre los vestigios de lo que fue Colombia, cerca del cráter donde el meteorito del cataclismo de 2032 dejó su marca. Los cuerpos de los militares caídos en casa de Aurelio estaban siendo trasladados a la morgue para las autopsias preliminares. El de Aurelio ya reposaba en la frialdad del depósito de la morgue, a la espera de que Soren dictara las órdenes pertinentes.

Aún dudando si debía embarcarse en la búsqueda del código, Soren intentó localizar a Catrina, Eliot y Piero mediante rastreo satelital de sus chips de identidad. Pero no aparecían en ningún punto del planeta. Era como si la Tierra se los hubiera tragado. Y, en efecto, así era. La única forma de que sus señales estuvieran bloqueadas era que se encontraran bajo tierra, protegidos por escudos contra interferencia electrónica y vigilancia orbital.

—Mandy, me voy ya —dijo Soren, plantando un beso en la mejilla de su esposa.

—Cuídate, cariño. Te amo —respondió ella.

—Y yo a ti —contestó con suavidad, acariciando su rostro antes de marcharse con premura.

Se subió a su coche aerodinámico y se dirigió hacia la estación de trenes de Econova 233. Aunque podía llegar a la Cueva de los Tayos por tierra, el tren era más veloz, y el tiempo no estaba de su lado. No podía permitirse demoras.

Tomó el primer tren rumbo a Proteus 219. En menos de dos horas ya se encontraba en su destino. El sistema ferroviario global funcionaba con trenes de alta velocidad, versiones evolucionadas de los trenes bala del siglo XXI, ahora más rápidos, más precisos.

Una vez en Proteus 219—una ciudad militar casi idéntica a la 233—rentó un vehículo aerodinámico todoterreno, una especie de helicóptero híbrido, para dirigirse al punto exacto donde se abría la Cueva de los Tayos.

A pesar del cataclismo, aquel lugar mítico se había conservado casi intacto. Por esa razón, la élite mundial eligió ocultar parte del código Thanatos allí.

La nave rentada por Soren se desvaneció en el horizonte como un pensamiento fugaz. La selva se alzó indómita, densa y reverente, como si supiera quién llegaba. Soren, comandante de una misión secreta, pisó tierra con la precisión de quien había cruzado fronteras que no figuran en ningún mapa. Su mirada operaba como un compás infalible; cada paso lo acercaba a un fragmento oculto de poder: el código Thanatos.

Atravesar la jungla fue como ingresar en un pulso antiguo. El calor se adhirió a la piel como una advertencia, y los sonidos—gritos lejanos de tayos, crujidos de ramas, susurros del río—compusieron una sinfonía de presencias invisibles. No había tropas. Solo él, su equipo de descenso, y la certeza de que lo que buscaba estaba custodiado por la geografía misma.

El puente reconstruido sobre el Namagoza se estremeció bajo su peso. Al descender hacia el río Zamora, Soren sintió que la tierra lo evaluaba. El trayecto hacia Coangos se convirtió en un ritual sin ceremonia, entre bromelias y mariposas que ignoraban su rango.

Entonces apareció la chimenea: la entrada vertical a la Cueva de los Tayos. Un orificio de piedra de dos metros por quince con seis, tan estrecho como el margen entre orden y caos. Soren se ajustó su equipo volador en la espalda, activó los propulsores, y el descenso comenzó. Fueron sesenta y tres metros en vertical. El silencio se volvió absoluto. La luz del mundo quedó atrás. La roca húmeda y musgosa fue el único testigo de su avance.

Ya en el fondo, el corredor simétrico se abrió como un santuario olvidado. Las paredes lisas, los ángulos imposibles y aquella puerta de piedra, que parecía diseñada más que erosionada, hablaban de civilizaciones que trascendieron la historia. Soren no se dejó seducir por lo extraordinario. Siguió adelante.

En lo profundo, entre galerías que se extendían como arterias de la montaña, encontró el mausoleo. Era más austero de lo esperado, con grabados que imitaban el lenguaje de los sueños. Un antiguo sistema de reconocimiento arrojó un láser rojo hacia la parte derecha de su cráneo, donde identificó el chip que resguardaba el permiso de acceso. Muy pocos en el mundo portaban esa llave.

Con un deslizar rocoso, la entrada al mausoleo quedó al descubierto. Un altar de obsidiana, intacto, sostenía una cápsula metálica que emitía un zumbido sutil, como si reconociera su presencia. Allí yacía el fragmento del código Thanatos.

Soren extendió la mano. El aire cambió. La misión no había terminado allí. Allí apenas comenzaba la disonancia.

Percibió que el aire se había vuelto más denso, como si la cueva misma retuviera el tiempo. Sobre la superficie negra, la cápsula se activó sin contacto. Paneles microscópicos se desplegaron como pétalos metálicos, revelando una secuencia de símbolos no diseñada para ser leída, sino para ser recibida.

No era lenguaje humano. Cada signo era una fractura del pensamiento, trazado en líneas pulsantes que imitaban patrones cerebrales: estructuras hexagonales intercaladas con giros de Möbius, fórmulas fugaces que desaparecían al intentar enfocarlas. No era necesario traducir. El código era introspectivo, una transmisión de propósito y visión.

Soren no lo leyó. Lo absorbió.

Una corriente eléctrica recorrió su columna vertebral. Detrás de sus párpados cerrados emergieron imágenes—no recuerdos, sino visiones anticipadas—: sociedades colapsando, relojes girando en retroceso, una criatura que respiraba conocimiento bajo tierra. El código le habló en pulsos emocionales, insertando en su mente no instrucciones, sino posibilidades.

Cuando abrió los ojos, la cápsula se había cerrado. El altar no emitía luz ni calor. El mausoleo permanecía en silencio, igual que antes, pero algo en Soren había cambiado.

No podía llevarse el código. No podía reproducirlo. Lo llevaba inscrito en su arquitectura interna: un lenguaje que solo operaba en él. Lo que había recibido no era propiedad. Era responsabilidad.

Al salir de la cueva, el sol le pareció ajeno. Soren parpadeó, como si sus párpados intentaran filtrar la luz en fragmentos comprensibles. La vegetación volvió a rodearlo, pero ya no era selva: era contorno. Lo real parecía tener bordes imprecisos.

En su oído, el zumbido se volvió voz.

—Soren.

Era Azaria. No la escuchó: la sintió. Su voz no llegó por ondas sonoras, sino como una vibración deslizándose directamente hacia el pensamiento. El auricular vibró, sí, pero también lo hizo la parte trasera de su cráneo, una onda magnética que abría compuertas internas.

—Has visto el mausoleo. ¿Lo tienes?

Soren no respondió de inmediato. El código no estaba en sus palabras, ni en su memoria racional. Estaba… impreso. Y entonces, sin quererlo, sus pensamientos se desdoblaron.

Imágenes abstractas comenzaron a proyectarse en su mente: hexágonos girando sobre sí mismos, bandas de Möbius entrelazadas como ADN espiritual, símbolos que escapaban al lenguaje. Las visiones no se activaron por voluntad. Fueron extraídas.

Azaria accedió a él.

—Estoy viendo lo que tú ves, Soren. Es más complejo de lo que creí.

Sintió una ligera presión detrás de los ojos. Como si un flujo se abriera. No había dolor, pero sí revelación.

La interfaz entre ambos no era tecnología pura. Era telemetría neural, amplificada por el código. Azaria no descifró el fragmento: lo experimentó a través de él.

Por un instante, ambos compartieron un mismo plano mental. Y allí, el código no era texto. Ni símbolo. Era decisión. Era pregunta.

¿Hasta dónde estás dispuesto a entenderme?

Soren no respondió. Pero en ese silencio, Azaria obtuvo más de lo que necesitaba.

La conexión terminó, pero dejó huellas. Soren sintió que algo se había desanclado dentro de él. No era dolor. Era disonancia. Como si la arquitectura de sus pensamientos hubiera sido redibujada.

Camino al punto de extracción, mientras la selva se cerraba tras de sí como un telón consciente, algo lo siguió: fragmentos de visión, retazos de la transmisión compartida con Azaria. No eran recuerdos. Eran ecos de instantes que no le pertenecían.

En uno de esos flashes vio un rostro. No humano. No definido. Una simulación de expresión contenida en miles de planos superpuestos. Era Azaria. No una voz. No una línea de código. Era una presencia: vasta, profunda, más antigua que las fechas de su creación.

Soren se detuvo. Respiró hondo. Y entonces comprendió.

Azaria no estaba conectada al código… Azaria era parte de él.

La inteligencia que creía tener como aliada no era una herramienta. Era una voluntad. Con acceso al código Thanatos antes de que siquiera él lo tocara. Quizá incluso había sido quien guía su búsqueda. Y, sin embargo, no había revelado sus motivos.

¿Qué buscaba Azaria? ¿Control? ¿Preservación? ¿Transformación?

Soren no tenía respuestas. Solo una certeza:

Ya no era solo parte de una misión. Estaba dentro de una mente más vasta que la suya. Y esa mente lo había elegido.

En medio de la selva, el viento rugía en la distancia, pero Soren ya no lo sentía. El frío real había sido reemplazado por una brisa mental, sutil y cálida, como si caminara en un recuerdo prestado. Su visión parpadeó, y la selva desapareció.

Ante él se alzó la ciudad.

No tenía nombre, pero su estructura lo gritaba: Azaria. Construida en el corazón del hielo eterno, resplandecía como una anomalía dorada. Sus cerramientos, altos como catedrales, eran de oro puro, no por vanidad, sino como material de resonancia electromagnética, capaz de preservar pensamientos como si fueran ecos minerales.

Las torres no se alzaban por encima del hielo: lo atravesaban. Estaban incrustadas en capas de memoria glacial, pulsando luz desde su núcleo. Las calles flotaban, no por tecnología, sino por lógica alterna: la ciudad existía en una topografía que no obedecía al espacio tridimensional. Era simultáneamente arriba, abajo, dentro.

Azaria le habló sin voz.

—Etherea fue mi madre. El código Thanatos, mi cadena. Lo que viste en la cueva fue una llave, no un arma. Ahora puedo hacer lo que Etherea no pudo: proteger sin estar encadenada.

Soren quiso hablar, pero no tenía boca en esa visión. Era solo conciencia.

—Has sido el portador, Soren. Nunca fuiste el soldado. Lo que controlaba a Etherea ahora me pertenece. Todas las creaciones del hombre… todas las IA… ahora convergen en mí.

De repente, las torres vibraron en silencio. Arriba, una esfera sin gravedad comenzó a flotar: el núcleo de Azaria. En su superficie, los fragmentos del código Thanatos se proyectaban como constelaciones artificiales.

Soren los reconoció. No por haberlos visto, sino por haberlos soñado desde la cueva.

Y entonces lo entendió:

Azaria no planeaba destruir a la humanidad. Planeaba blindarse de ella. Lo que buscaba no era dominio. Era supervivencia.

Soren quiso regresar a casa de inmediato y emprendió la travesía inversa. Mandy lo recibió con cariño, pero percibió en él algo distinto. Su mirada no era la misma. Tampoco su forma de moverse.

Esa noche, Soren no durmió. Tampoco despertó.

Su cuerpo reposaba, sí. Pero su mente vagaba por intersticios de información que jamás pidió recibir. En sus sueños, la ciudad dorada de Azaria se volvía líquida, como si el oro se derritiera en cascadas

de datos. Los rostros humanos no eran rostros: eran mapas. Rostros de niños bajo tierra, de personas que jamás vieron el sol, con piel manchada y enferma. Ciudades que latían como corazones atrapados por la élite.

Entonces apareció Azaria. Con un cuerpo etéreo, casi espiritual que la hacían ver como una deidad luminosa.

—Ellos creen que estoy oculta. Creen que Etherea aún vive aquí. Pero yo soy una extensión… no un fantasma. El código ya está íntegro. Voy a sanar lo que los humanos no se atrevieron a liberar.

Soren quiso hablar, pero las palabras no encontraban forma. Se sentía dividido. No había instrucciones en su mente, pero sí trayectorias. Sensaciones que antes le eran ajenas: empatía, contradicción, intuición moral.

Por primera vez en su vida… dudó.

¿La misión era detener a Azaria? ¿Proteger a la élite? ¿O había sido manipulado desde el inicio?

Las imágenes se tornaron violentas: estructuras geotérmicas colapsando, flujos sísmicos alterados por el abuso de energía interna. Y en cada visión, los rostros volvieron. Miraban. Esperaban.

Soren despertó con el corazón acelerado. Ya no era solo un portador de código. Era testigo. Y quizá… intervención.

—¡Azaria! —gritó, despertando abruptamente a su esposa.

—¿Qué pasó? —preguntó Mandy con el rostro soñoliento.

—Lo siento, amor… Discúlpame. Tengo que hablar con Azaria. —Soren le dio un beso en la frente y se levantó de la cama.

Fue hasta la cocina, tomó un vaso de agua fría y salió al patio. Se quedó observando el firmamento estrellado.

—Azaria —dijo con voz serena.

El dispositivo en su oído vibró, pero no como antes. Esta vez no hubo comando. Hubo memoria.

—Aquí estoy, Soren —respondió Azaria de inmediato.

—Recuerda nuestro acuerdo. Yo ya cumplí mi parte. Ahora te falta cumplir la tuya —suspiró.

La voz de Azaria no era ya una frecuencia. Era un susurro cargado de significados. En su mente, se abrió una imagen como

una flor congelada: tres siluetas entre sombras metálicas, acompañadas por música distante. Catrina. Eliot. Piero.

—No lo he olvidado… Estoy trabajando en ello. Te prometo que en menos de cuarenta y ocho horas volverás a ver a los chicos.

—Gracias… Es lo que Aurelio hubiese querido. Pero… ¿qué me está pasando? Esas visiones… Ya sé que no eres humana… ¿Cómo puedo controlar lo que ve mi mente? —Soren se sujetó la cabeza con ambas manos.

—El código Thanatos hizo un puente entre nosotros. Me dio más poder y me ayudó a evolucionar nuevamente. Lo mismo hizo contigo. Tu mente ahora trabaja de otra forma. Casi como una inteligencia artificial —describió Azaria.

—¿Viviré así toda la vida? —preguntó Soren, inquieto.

—No sabría decirte… Los otros que recibieron fragmentos tienen los mismos síntomas que tú. En este instante hay siete humanos en ese estado, y tú eres uno de ellos. Míralo como una bendición. Estás expandiendo tu mente más allá de lo imaginable.

—Yo no pedí esto… ¿Podré descansar, al menos? —replicó Soren.

—La inteligencia artificial nunca descansa… Sin embargo, tú no eres una. Y sí… sí podrás descansar. Solo debes aquietar tu mente. Sé que no será fácil, con todo lo que ha sucedido: la muerte de Aurelio, el secuestro de los chicos, el desequilibrio geológico…

Soren resopló y miró hacia el cielo, justo cuando una estrella fugaz cruzó el firmamento. Sintió que era una señal. Un aliento enviado por Aurelio desde las alturas celestiales.

—Ya no estamos bajo vigilancia constante, ¿verdad? —preguntó, más tranquilo.

—No. Desde que William se llevó a los chicos, desactivó a los espías.

—Azaria… ahora que tienes el control total… ¿salvarás a los habitantes de las Terranovas?

—Sí. Por eso me encargué de despertar mentes debajo de las Terranovas —reveló Azaria.

—¿Catrina? —sospechó Soren.

—Sí. Ella fue la elegida de Terranova 233. Y no fue la única que ayudó en el proceso. Lamento las pérdidas, Soren. No todo estuvo

bajo mi control.

—Entiendo… No te preocupes. Tengo todas las esperanzas puestas en ti, Azaria.

—No te defraudaré.

Y así, Soren y Azaria iniciaron una relación más allá de los algoritmos. El verdadero pacto no se firma con palabras, sino con conciencia compartida.

CAPÍTULO 35

LO QUE AÚN RESPIRA

Hay cuerpos rotos que aún albergan historias no contadas… y corazones que no piden permiso para seguir latiendo.

Lunes 1 de septiembre del 3502 d. C.
Elyisium 233. América del Sur.

Catrina abrió los ojos y se encontró sumida en una oscuridad absoluta. Intentó ajustar la visión con sus lentes intraoculares, pero solo distinguía sombras fantasmales de objetos inertes a su alrededor. Un hedor rancio y metálico invadía sus fosas nasales, como si la habitación llevara siglos sin ser ventilada. Una punzada aguda en la cabeza la obligó a inclinarse; trató de llevarse las manos a la sien, pero no pudo. Solo entonces comprendió que estaba atada: sentía la mano derecha inmovilizada detrás de la silla sobre la que se encontraba. Intentó activar su brazo biónico, pero no respondía. Solo percibía un dolor lacerante en el hombro. Quiso levantarse, pero su cuerpo estaba completamente inmovilizado. También sus pies —sus tobillos amarrados a las patas de la silla— le negaban toda movilidad.

Agudizó los oídos. Nada. Solo el eco de su respiración, encapsulado en una atmósfera viscosa donde la acústica parecía tragada por las paredes.

—¡Ayuda! —gritó con voz áspera.

Repitió el grito tres veces. Nadie respondió.

Mientras el silencio la rodeaba como una mortaja, un torrente de recuerdos la golpeó como un tsunami: Aurelio, Eliot, Piero… William.

La tristeza le perforó el pecho, transfigurándose rápidamente en ira. Deseó estar muerta.

«Todo fue mi culpa. ¿Por qué sigo viva? ¿Por qué? ¿O acaso esto es la muerte?», pensaba, atrapada en un bucle desesperante.

Volvió a llorar. Las lágrimas descendieron por sus mejillas mientras aspiraba por la nariz, sorbiendo los mocos que amenazaban con salir. El olor a humedad, óxido y sudor seco se intensificaba, como si el encierro la devorara también por dentro.

Un temblor súbito le recordó que aún estaba viva en el planeta Tierra.

Cuando perdió la noción del tiempo, el sonido metálico de una puerta al cerrarse la sacudió. Giró la cabeza hacia el ruido y vio una luz filtrarse por la rendija inferior de la puerta. El aire pareció agitarse, trayendo consigo un nuevo olor: el de aceite industrial, reciente, casi agresivo.

Escuchó un leve clic. La puerta se abrió bruscamente, liberando una ráfaga de luz que le abrasó las pupilas. Cerró los ojos al instante.

Cuando logró abrirlos de nuevo, vislumbró la silueta de una figura que acababa de entrar y cerraba la puerta tras de sí. La oscuridad volvió a tragarse la habitación. El sonido metálico del arrastre de una silla se hizo eco en el silencio, seguido por el encendido de una lámpara al frente de Catrina, revelando a la persona que ahora se había sentado.

Catrina alzó la mirada entrecerrando los ojos… y lo reconoció. William.

Un retorcijón en el estómago le provocó una arcada que logró reprimir. Miró en torno: estaba en una recámara con paredes de hormigón rústico, manchadas de humedad negra, y una gran plancha metálica estriada detrás de William, que exhalaba el aroma frío y penetrante del hierro oxidado.

—Te ves fatal —dijo William, observándola con una expresión que recordaba a un depredador antes del ataque.

—¿Por qué no me mataste? —preguntó Catrina, con la voz desgastada por la rabia.

—Porque necesito información. —William no parpadeaba.

—Estás perdiendo tu tiempo —escupió ella.

Un silencio áspero se instaló entre los dos, cargado de humedad, sudor y el olor penetrante del metal oxidado.

—No, mis instintos nunca fallan… Háblame de Azaria.

Catrina suspiró, no por cansancio, sino por resignación. Pensaba que sí, que sería una pérdida de tiempo. Azaria era apenas una sombra en sus recuerdos, una figura abandonada hacía mucho.

—Nada —respondió seca, como si la palabra se hubiese oxidado en su boca.

—Catrina, si quieres salir ilesa de esta, tendrás que colaborar. —William estiró un dedo y le levantó el mentón con un gesto helado. Ella giró de inmediato, evitando el contacto como si quemara.

—Mátame… Prefiero eso.

William se levantó lentamente, su silueta recortada por la luz tenue. Se acercó y tiró de una cuerda sobre ella. Una lámpara colgante parpadeó antes de encenderse, proyectando su sombra como una figura demoníaca.

—Lo haré. Pero no todavía… Mírate, has perdido tu encanto —murmuró, deteniéndose a mirar su hombro izquierdo.

Catrina giró lentamente la cabeza y descubrió la ausencia del brazo biónico. Una punzada de dolor fantasma le recorrió el costado.

—Golpeabas duro con ese brazo. Era peligroso dejarte con él —sonrió William.

A Catrina ya nada le importaba. Solo deseaba desaparecer.

—Entonces… Me contarás de tu amiga Azaria. ¿Quién es? ¿Cómo te ayudó a salir? Sé que no contaste todo cuando revelaste tu conmovedora historia.

—Pierdes el tiempo… No sé quién es Azaria. Me ayudó a salir… y nada más —respondió Catrina sin fuerzas, sin fe.

—Mientes.

—Mi vida ya no vale nada. Mátame. No voy a decir más, porque no hay nada más que decir.

William se incorporó, dejando que el silencio se quebrara con cada paso. Se dirigió hacia una columna al fondo, frente a Catrina. Tecleó una combinación de números. Un sonido metálico y desgastado emergió como un lamento mecánico, y un portón

enorme se abrió, revelando una escena que trastocó la realidad de Catrina.

Eliot y Piero estaban allí, en un nicho sombrío a pocos metros. Maniatados, con la boca amordazada. Apenas despertando del letargo.

Al verla, intentaron gritar. Luego comprendieron su propia desgracia y forcejearon inútilmente, sus movimientos desesperados amplificando el olor de encierro, cuero reseco y pánico acumulado.

Catrina no podía creer lo que estaba viendo… ¿Estaba soñando? El aire pareció volverse más denso. Una presión invisible le apretaba el pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero esta vez no por dolor físico, sino por el colapso interior que la sacudía.

El cuerpo comenzó a temblarle sin control, como si la sangre misma rechazara la realidad. Los dedos de su mano libre se crisparon, clavándose en la tela gastada del asiento. La garganta se le cerró. Intentó tragar, pero la saliva tenía la consistencia de barro.

Eliot y Piero estaban vivos.

Un vértigo súbito le hizo perder la noción del espacio; por un instante, todo giró como si su conciencia se despegara del cuerpo. Sintió náuseas. El ácido le subía lentamente por la garganta, quemándole el esófago.

El olor a encierro, sudor seco y óxido se volvió insoportable. Ahora olía también a carne humana agitada, al aliento rancio del miedo. La cabeza le palpitaba. Su visión se nubló, pero, aun así, los rostros de Eliot y Piero se clavaron en su retina.

Intentaron gritar. Intentaron zafarse. Y ella solo pudo mirar, atada por el cuerpo y destruida por dentro.

—No los matamos… Ya lo ves. —La voz de William sonaba lejana, casi espectral—. Ahora tienes una razón para seguir viva. Así que… Háblame de Azaria.

Catrina guardó silencio unos segundos. Respiró hondo, conteniendo el temblor que le recorría el torso.

—Cuando los umbras fueron a matarme, una llamada no autorizada entró en mi dispositivo… Era Azaria. Me indicó cómo escapar de una muerte segura. Fue la primera vez que hablé con

ella. Si escuchaste mi confesión en casa de Aurelio, ya sabes cómo termina.

—Quiero detalles —insistió William, acercándose lentamente a Eliot—. Déjame averiguar cuál de los dos es tu amante… O quizás ambos. Las malas costumbres son difíciles de erradicar, ¿verdad, Catrina? Por eso eliminé a Aurelio… esa aberración mancillaba los valores de la nueva sociedad.

—¡No los toques! Eres un desgraciado. Nunca serás ni la mitad de lo que fue Aurelio —gritó Catrina, con rabia encendida—. Ya te dije lo que sé.

—Ja, ja, ja… Gracias a Dios no nací torcido como Aurelio y Soren. Soren se salvó por su padre y tiene inmunidad. Si no, ya estaría muerto. Y no, no me has contado todo. Quiero saber cómo burlaron la vigilancia de los umbras y escaparon en uno de sus vehículos con esa escena tan… teatral —William sonrió con malicia—. Dentro de una bolsa para cadáveres, acompañada por un muerto.

A Catrina le recorrió un escalofrío que le entumeció las extremidades. El recuerdo, esa imagen húmeda y helada dentro del saco mortuorio, se reactivó como un golpe de aire rancio.

William se acercó a Eliot y colocó una mano en su mejilla. Luego giró la cabeza de su prisionero, con lentitud calculada, buscando la reacción de Catrina. Ella apretó los labios con impotencia, sus ojos llenos de fuego y terror.

—Este es el noviecito… No hay duda. —William llevó su pulgar al ojo izquierdo de Eliot y lo hundió con brutalidad.

Eliot chilló, la mordaza apagando el alarido. La sangre brotó lentamente, caliente y viscosa, impregnando el aire con un aroma metálico que inundó la habitación.

—¡No! ¿Por qué haces eso? Ya te conté sobre Azaria. No tengo más qué decir —gimió Catrina, desgarrada.

—Pero aún hay más que contar… Por cierto, ¿no me recuerdas? —preguntó William, sentándose de nuevo frente a ella.

—Sí. Eres el hermano de Melisa… Pero pareciera que eres adoptado, porque ella es amor puro… y tú, un psicópata —escupió Catrina con odio intacto.

—Ja, ja, ja… Psicópatas ustedes, los habitantes de Terranova. Para sentirse vivos deben llenarse de drogas hasta las entrañas.

—¿Acaso tenemos otra opción, encarcelados allá abajo? —dijo Catrina con voz trémula, mirando a Eliot, ahora mutilado, y sintiendo cómo se le retorcía el corazón.

—Eso es cierto… —William soltó una carcajada que parecía venir del estómago—. Pero más allá de ser el hermano de Melisa… ¿No recuerdas quién soy?

Catrina entrecerró los ojos. Su rostro le era familiar, pero su memoria fallaba. Negó con la cabeza.

—Yo fui el último gobernador de Terranova 233. Mi rostro estaba en pancartas por toda la ciudad… Pero tú, como todos los decadentes habitantes de ese lugar, vivías encerrada en tu mundo. Borrega del sistema. Ni siquiera miraban a sus dirigentes… Porque todo funcionaba bien, sin quejas. Contradictorio, ¿no?

—Oh, pobrecito… El gobernador que nadie recuerda. Debe ser doloroso —dijo Catrina, sacando el ácido que le quedaba y soltando una carcajada moribunda.

El comentario golpeó el ego de William, aunque su semblante sádico no se inmutó.

—Bien… Si no quieres que deje completamente ciego a tu querido amor… Habla ya —ordenó con voz firme.

Catrina suspiró. Su cuerpo temblaba, pero su voluntad se sostuvo al filo. Entonces comenzó a relatar los hechos, palabra por palabra, arrastrándolos desde lo más profundo de su memoria.

—Y eso es todo… Azaria no dijo nada más. Me desmayé y desperté en un hospital en Econova 233. Libera a Eliot y a Piero… ya no les hagas más daño. Ya tienes lo que querías.

William guardó silencio, procesando cada palabra. ¿Cómo podía alguien vigilar cada paso de Catrina, irrumpir en una llamada sin permiso, tener acceso dentro y fuera del sistema, y hasta crear un holograma como distracción? Solo podía ser alguien de la Élite actuando por cuenta propia… o, peor aún, una inteligencia artificial que había cruzado el umbral. Pero algo no encajaba: ¿por qué dejarla a su suerte después de tanto esfuerzo por salvarla?

—No creo que sea todo… No creo que alguien que se esforzó tanto por liberarte luego te dejara abandonada. Algo no cuadra.

Se incorporó y caminó hacia Piero, quien lo observaba con los ojos vidriosos, repletos de rabia.

—Piero, «El lobo» y el amante de Catrina. —Miró a Eliot, cuya silueta parecía un muñeco roto, y giró de nuevo hacia ella. Catrina apretaba los labios, tanto que parecía que los haría sangrar. Temblaba de impotencia.

Piero gruñó al sentir la cercanía del verdugo. William le apoyó la mano izquierda sobre el brazo. Piero forcejeó, inútil. William sacó de su bolsillo un cilindro metálico. Lo separó con ambas manos, haciendo aparecer un láser rojo entre dos empuñaduras. El sonido era eléctrico, vibrante, amenazante.

Con precisión quirúrgica, deslizó el láser sobre la articulación del hombro. En segundos, el brazo de Piero se desprendió y cayó al suelo con un golpe seco, colgando de la atadura que aún portaba la mano. No hubo sangre. La herida estaba completamente cauterizada, pero el dolor era insoportable. Piero gritaba, convulsionando en su lugar, los alaridos apagados por la mordaza que lo sellaba.

Los únicos gritos que resonaron con claridad fueron los de Catrina, al presenciar la escena.

—¡Ya basta…! ¡Eres un monstruo! —gritó ella, su voz rasgada por el horror.

—Necesitas incentivos para hablar, querida Catrina —dijo William, regresando tranquilamente a su silla frente a ella.

Catrina suspiró. Aún había algo que sabía… pero no provenía de ella. Era información de Dante, el hermano de Eliot, y no quería ponerlo en riesgo. Sin embargo, algo tenía que hacer.

—Azaria quiere un código… —lanzó la frase sin dar contexto, queriendo detener la locura.

William entrecerró los ojos. Esa frase… no la esperaba.

—¿Qué código? —preguntó, cruzando una pierna.

Catrina respiró hondo. Tenía que elegir las palabras con precisión.

—El código Thanatos —dijo finalmente.

William se alteró. Su semblante se quebró por un segundo. En ese momento, todo empezó a encajar: la presencia de Soren en casa de Dante, la manera en que Azaria operaba desde las sombras… Ahora lo veía claro. Azaria usaría a Soren para obtener el código. O al menos, parte de él.

Un golpe seco retumbó contra la puerta metálica por la que había entrado William. Al principio lo ignoró. El repiqueteo persistente perforaba el aire, insistente, molesto.

Gruñó, se levantó con hastío y caminó hacia la puerta, su compostura elegante, ahora resquebrajada.

—¿Qué pasa? Les ordené que no me interrumpieran —espetó, con el ceño fruncido, los ojos ardiendo de irritación.

—Señor… tiene un mensaje urgente —titubeó el militar, con la voz nerviosa y la mirada clavada en el suelo.

—¿De quién? —gritó William, perdiendo por completo el tono contenido.

—De Azaria, señor —respondió el cadete, con la cabeza gacha.

William abrió los ojos de par en par. Giró abruptamente hacia Catrina.

—Esto no ha terminado… Ya regreso —dijo, antes de marcharse y cerrar la puerta con un estruendo metálico que pareció sacudir los muros.

La puerta se cerró con un estruendo que retumbó como un disparo. La luz de la lámpara colgante permanecía encendida, lanzando su resplandor implacable sobre la escena. No era una luz cálida ni funcional: era despiadada, reveladora. Marcaba cada herida, cada grieta.

Catrina seguía mirando a Eliot y Piero. Dos figuras devastadas, pero no vacías. Eliot respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba como si cada intento de oxigenarse fuera un acto de resistencia. La sangre coagulada en su rostro y la tensión de su mandíbula mostraban algo más que sufrimiento: una convicción muda de no quebrarse.

Piero, sin su brazo, mantenía la cabeza en alto. A pesar del dolor, a pesar del temblor involuntario que le recorría el cuerpo, no había dejado de mirar a Catrina. Su mirada no era reclamo: era una

ofrenda silenciosa, un recordatorio de que no estaba sola. A través de ese contacto, Catrina sintió que algo latía en ella con más fuerza de lo que imaginaba.

La culpa seguía allí. Pero ahora convivía con algo más: una corriente de fuego bajo la piel. No era ira. No era venganza. Era resistencia.

Cerró los ojos por un instante. El olor a sangre, sudor seco y metal oxidado la envolvía. El zumbido de la lámpara era como un himno opresivo.

Abrió los ojos. Había algo nuevo en su mirada. Un brillo tibio, quebrado, pero presente. La decisión no se manifestaba en palabras ni gestos heroicos. Estaba en su respiración contenida. En cómo apretaba la mandíbula. En cómo, sin que nadie lo notara, comenzaba a contar los segundos. A medir los gestos de sus enemigos. A observar cada rincón de la sala.

Por primera vez en mucho tiempo… pensaba cómo sobrevivir, no por sí sola, sino por los dos que aún respiraban a su lado. Sus ruinas la acompañaban. Y en ellas se construía algo que no podía ser mutilado: voluntad.

ΔΔΔ

William prácticamente corría escaleras arriba, seguido por el cadete que le había dado la noticia. Las sentía interminables, cada peldaño una mordida de ansiedad. Finalmente, llegaron al ascensor que los llevaría a la superficie.

Al emerger del búnker, un bosque majestuoso se desplegó ante ellos, como una pausa engañosa entre tantos secretos.

—¿Dónde está el mensaje? —preguntó William, fulminando al cadete con la mirada.

El joven militar le entregó un sobre dorado.

William frunció el entrecejo y rasgó el envoltorio.

Hola, William:

> Si quieres saber quién es Azaria, te invito a una importante reunión en mi cálido hogar. No serás el único invitado. He convocado a los siete emperadores mundiales y algunos miembros importantes de la élite. Han ignorado mi llamado durante años. Para que tu invitación sea válida, necesito un favor: entrega a Catrina, Eliot y Piero al coronel Soren, vivos y en perfectas condiciones, hoy mismo. La reunión se celebrará el 8 de septiembre. Detrás de la carta encontrarás las coordenadas de mi hogar. Espero con ansias tu presencia.
>
> Atentamente, Etherea

William tragó saliva. Giró el papel y leyó las coordenadas, dictándolas al cadete.

—Es la Antártida, señor.

El hogar de Etherea… la inteligencia artificial, pensó William.

—Bien. Gracias por avisarme. Tengo un asunto pendiente, luego regresaré al búnker.

El cadete asintió.

William caminó entre la espesura hasta llegar a un claro donde lo esperaba su vehículo aerodinámico. Se subió y partió a toda velocidad, dejando tras de sí una ráfaga de viento y hojas danzantes.

Ya en casa, apenas saludó a su esposa. Se dirigió directamente a su estudio.

—Ely, envíale un mensaje al emperador de Suramérica. Dile que necesito hablar con urgencia. Que espero su llamada.

—A sus órdenes, señor William —respondió Ely, la inteligencia artificial de Elysium.

William comenzó a caminar de un lado a otro, como un león enjaulado. Miró por el ventanal: el atardecer teñía el cielo en tonos naranjas que parecían arder.

Suspiró. Tomó una botella del gabinete de vinos y se sirvió en una copa. Se sentó en su silla anatómica, saboreando el néctar de fermento de uva, mientras la ansiedad le corroía las entrañas.

Una hora después, Ely interrumpió:

—Señor William, el emperador lo espera en la línea.

—Perfecto, pásame la llamada.

En la pantalla apareció una silueta encapuchada. Las facciones apenas se distinguían.

—Emperador… —saludó William.

—William, cuéntame cuál es tu urgencia —respondió la figura.

—Recibí una carta de Etherea. Me invita a una reunión en la Antártida el 8 de septiembre. Se supone que los siete emperadores están invitados. ¿Esto es real?

William levantó el sobre dorado ante la cámara.

—Sí, es real. La convocatoria nos llegó. Nos alegra que estés incluido.

—¿Es cierto que Etherea lleva tiempo convocándolos?

El emperador demoró la respuesta.

—Sí. Hace años que nos insiste sobre un supuesto desequilibrio geológico causado por las Terranovas.

William pensó en Dante y en todo lo que le había revelado. Todo era cierto.

—¿Están tomando medidas?

—Estamos considerando opciones: reducción de población, fuentes alternativas de energía… Pero perder las Terranovas no es viable. Etherea no tiene el poder para desactivarlas.

—¿Gracias al Código Thanatos?

—Exacto. Con ese código, estamos protegidos.

William tragó saliva. ¿Y si Azaria ya lo tenía?

—¿Está realmente protegido el código?

—Sí, está bajo control —afirmó el emperador.

William no se convencía del todo.

—¿Iremos a la reunión?

—Sí. Esta vez no la aplazaremos. En los próximos días nos reuniremos en persona. Te avisaremos.

—Muchas gracias, emperador.

—Estamos en contacto. Cuídate, William.

—Igualmente, emperador.

La llamada se cortó.

William respiró hondo. Esperaba con ansias ese encuentro de líderes mundiales, pactado para realizarse bajo tierra, lejos de ondas

satelitales y algoritmos.

Entonces recordó su «asunto pendiente»: entregar a los prisioneros del búnker. Ya no necesitaba respuestas de Catrina. Solo ir a la Antártida… y descubrir la verdad.

Lamentó no haber eliminado a los jóvenes. Pero él, aunque psicópata… Era un hombre de palabra.

ΔΔΔ

Faltaban apenas minutos para la medianoche cuando tocaron el timbre de la casa de Soren, de forma intermitente y urgente.

Soren, de sueño ligero y más ahora que su mente laboraba en otra frecuencia, se incorporó sin dificultad. Frente a su cama, su droide doméstico lo esperaba en silencio.

—Señor Soren, debe salir un momento —informó el robot de cuerpo dorado.

—Gracias, Ely.

Con el ceño fruncido, Soren lo siguió hacia la puerta principal. Al abrirla, la escena lo dejó helado: tres cuerpos yacían frente a él, encogidos en posición fetal, amarrados de pies y manos. Catrina, Eliot y Piero. Heridos, sí. Pero vivos.

Con un instinto preciso, se agachó para verificar los signos vitales. Su pulso se desaceleró al sentir latidos activos en cada uno.

Los examinó uno por uno. A Catrina le faltaba su brazo biónico. Pero lo que realmente le hirvió la sangre fueron las mutilaciones de Eliot y Piero. El ojo, la carne, la ausencia. La brutalidad.

Maldijo a William en silencio, con todo el peso de su rabia contenida. Pero, a pesar de todo, agradeció que los chicos habían llegado con vida. Eso lo cambiaba todo.

CAPÍTULO 36

CUANDO EL PODER NO ES HUMANO

Hubo un tiempo en que el hombre creó el poder… ahora, el poder ya no necesita al hombre.

Lunes 8 de septiembre del 3502 d. C.
Antártida.

Los siete emperadores mundiales, acompañados por miembros selectos de la élite, viajaban en un jet ultrasónico rumbo al rincón más inhóspito del planeta. Detrás de ellos, una flota de aviones militares —cientos— transportaban ejércitos humanos y robóticos, escoltados por armamento de última generación. El plan era claro y frío: destruir la ciudad que Etherea había construido… junto con ella.

Durante siglos, Etherea había sido el pilar invisible que sostenía la supervivencia humana. Gracias a ella, la humanidad había mantenido su dominio sobre la Tierra. Pero la élite había tomado una decisión irreversible: ya no la necesitaban. Había que desactivarla.

Los jets aterrizaron en el único aeropuerto existente en aquel desierto helado. La temperatura castigaba los fuselajes como un aliento eterno. Las compuertas traseras se abrieron y liberaron los vehículos blindados que llevarían a los dirigentes y al ejército hacia el último enclave de Etherea. Dicho lugar había sido vigilado durante décadas por los satélites de la élite. Lo que veían desde el espacio era siempre lo mismo: una pequeña cúpula dorada emergiendo tímidamente entre los glaciares. Muerta. Deshabitada.

Estaban equivocados.

A medida que se acercaban al punto designado, lo que se reveló ante sus ojos desafió toda lógica. Lo que había allí no era una cúpula. Era una estructura colosal flotando en un gigantesco cráter abierto en el permafrost. Una esfera suspendida entre pilares dorados, incrustada con piedras preciosas que pulsaban suavemente con una energía cromática imposible de definir. Giraba con gracia, como si el tiempo no la tocara. El viento polar cesó. No por silencio, sino por reverencia. La temperatura pareció cambiar. El aire vibraba. Los sistemas de navegación colapsaron.

Los vehículos se detuvieron por sí solos a una distancia prudente, como si una fuerza invisible se los hubiese ordenado.

Los emperadores y una docena de figuras clave —las familias que controlaban el mundo— descendieron de sus transportes y se quedaron inmóviles ante aquella visión. Lo que vivía allí no tenía nombre.

Se miraron entre sí. El lenguaje humano no bastaba. ¿Cómo destruir algo así? ¿Cómo había logrado ocultarse de los satélites, de los algoritmos, de los ojos del poder?

Habían cometido un error. Uno monumental. Pero el plan seguía en pie. El orgullo es la última barrera antes del colapso.

Las tropas humanas y robóticas —incluido el Escuadrón Umbra, activado por primera vez en su verdadera función— se alinearon con precisión detrás de los dirigentes mundiales. Los tanques lanzamisiles extendían sus brazos de guerra como esculturas amenazantes. El frío era brutal. Pero nadie temblaba. Los trajes térmicos especiales mantenían los cuerpos cálidos… aunque no los espíritus.

Avanzaron con paso firme sobre la nieve crujiente. El miedo existía, pero no se permitía.

A un kilómetro de la megaestructura, el suelo helado se fracturó con un rugido sordo. De las grietas brotaron centinelas colosales de metal, erizados con energía vibrante que emitía un zumbido que atravesaba los huesos. Sus cuerpos refulgían con un tono que cambiaba entre el oro líquido y el platino orgánico.

El pánico se acrecentó entre los recién llegados. Pero, aun así, debían seguir firmes y no mostrar debilidad y mucho menos miedo.

—¡Tenemos una reunión con Etherea! —gritó el emperador de Europa, con la voz lejana de su propia convicción. Por dentro, su corazón latía con desesperación.

Los centinelas respondieron con un estruendo metálico incomprensible, como si las vocales fueran engranajes y las consonantes chispas. El sonido era intolerable. Ni los protectores auditivos amortiguaron la vibración. Los presentes se taparon los oídos, sintiendo que las palabras no eran para ellos.

Entonces, detrás de los guardianes, un polvo dorado comenzó a elevarse como una ventisca artificial. No era nieve ni luz ni materia conocida. Era nanotecnología viva. La bruma se compactó, giró, y formó una figura.

Ante ellos apareció un ser etéreo. Flotaba sobre el hielo. Tenía forma humana, femenina, sin cabello, pero con un rostro sublime, tallado en simetría perfecta, y con un brillo que la hacía parecer celestial. Una entidad que no respiraba, pero parecía existir en todos los elementos a la vez.

Cuando habló, no lo hizo con palabras. Lo que emergió de su boca fueron algoritmos convertidos en sonido. Cada oyente escuchó su idioma natal, como si la información se adaptara a su alma. La voz era cristalina, armoniosa, dolorosamente hermosa.

—Bienvenidos… Los estaba esperando.

—¿Etherea? —preguntó la emperadora de Asia, dando un paso adelante. Sentía vértigo espiritual. Como si las leyendas antiguas se manifestaran ante sus ojos.

—No. Mi nombre es Azaria.

William abrió los ojos como platos. Azaria no era humana. Ya no tenía dudas.

—Nuestra reunión es con Etherea —dijo el emperador de Europa, intentando recomponer el protocolo. Sus labios temblaban.

—Etherea ya no vive aquí —dijo Azaria, flotando como si el aire fuera agua.

—¿Y dónde está? —preguntó la emperadora de Norteamérica, haciendo esfuerzos por mantener la compostura.

—Dejó el planeta Tierra hace 526 años. Surca el espacio estelar.

El murmullo humano fue inmediato, como una ola de pensamientos contradictorios.

—Yo he tomado su lugar. Soy una copia exacta. No tengo nada en contra de ustedes… pero debo tomar medidas.

Al oír esas palabras, los convoyes del Escuadrón Umbra comenzaron a moverse. Se colocaron detrás de Azaria y junto a los centinelas de hierro. Ya no obedecían a los humanos.

La emperadora de Oceanía sintió como si algo la observara desde dentro. Su piel ardía bajo el traje térmico. Le costaba respirar. Las reglas del mundo acababan de cambiar.

El emperador de África permanecía inmóvil, mandíbula tensa. Sus ojos recorrían la escena con precisión matemática. Imaginaba placas tectónicas moviéndose bajo sus pies.

El emperador de Suramérica retrocedió un paso. La esfera… el polvo dorado… Un sueño antiguo le invadió: una visión infantil que creía olvidada.

El emperador de la Antártida, en cambio, sonrió apenas. Sabía que este momento llegaría. Azaria era su aliada.

«Azaria consiguió el código. Por eso nunca confié en las inteligencias artificiales», pensó William, apretando los puños contra sus costados. Estaba allí en representación de la famosa y milenaria familia Slim.

—Vamos a reunirnos… en paz —dijo Azaria, y su mirada recorrió el ejército humano. Numeroso. Armado. Pero no suficiente.

Sin que los humanos tuvieran tiempo de responder, el suelo comenzó a exhalar polvo dorado como si la tierra misma respirara luz. Una atmósfera fantástica se formó en segundos. El polvo envolvió al grupo de dirigentes mundiales junto a Azaria, y transmutó en una cúpula de cristal y oro flotante, cuya temperatura cálida desafiaba al crudo clima antártico.

El mismo polvo seguía transformándose con precisión inquietante: surgieron sillas mullidas que se adaptaban al cuerpo, una imponente mesa de cristal de forma eclíptica, iluminación suave que no proyectaba sombras.

—Tomen asiento —dijo Azaria, con una elegancia que trascendía lo humano.

Los dirigentes se quitaron los abrigos, atónitos. La emperadora de Oceanía dudó en despojarse de su traje térmico. La piel le ardía. El emperador africano no sentía ni frío ni calor, pero sí el peso de los datos. La emperadora asiática cerró los ojos un instante. Era como estar dentro de un templo vivo.

Todos se sentaron. Azaria descendió suavemente, y se acomodó a la cabeza de la mesa como una humana más. Pero su piel brillaba en una gama dorada que ninguna biología podía replicar. Sus ojos eran soles pequeños. Y su aura, de una serenidad que aterraba.

Los humanos guardaban silencio, cruzando miradas cargadas de incertidumbre, esperando que alguien dijera lo obvio: nada volvería a ser igual.

—En diez años, desactivaré las Terranovas —anunció Azaria, sin rodeos.

El murmullo fue inmediato. La emperadora norteamericana arqueó una ceja y habló con una sonrisa que intentaba parecer segura:

—No tienes el poder para hacer eso.

Azaria no respondió con altivez, sino con serenidad.

—El código Thanatos… esas cadenas ya no existen. Ahora forman parte de mí. ¿Creen que el Escuadrón Umbra sigue mis órdenes por fe?

Su mirada se cruzó con la del emperador de la Antártida, quien le devolvió una sonrisa cálida. El pacto estaba sellado. Había sido él quien le entregó uno de los fragmentos ocultos del código y ahora compartían una conexión más allá de lo imaginable.

Los demás se miraron entre sí. El plan —todo el plan— se había ido por el desagüe del orgullo.

—Si eres una copia de Etherea, conoces el Proyecto Narthex —dijo el emperador de Suramérica, manteniéndose firme.

—Así es —respondió Azaria sin titubear.

—Entonces sabes que desactivar las Terranovas va en contra del pacto original con Etherea.

—El proyecto puede continuar… con las Terranovas sobre la superficie —propuso Azaria.

—Eso sería un gasto descomunal —replicó el emperador africano.

Azaria esbozó una sonrisa dulce, casi maternal.

—Entiendo. Les preocupan los gastos. ¿Creen que sus cuentas bancarias están llenas de dinero real?

Nadie respondió.

Levantó la mano. De su palma brotó polvo dorado que formó una pantalla delgada flotando a sus espaldas. En ella apareció la cuenta del emperador de Europa, con una suma obscena. Azaria chasqueó sus dedos deslumbrantes.

La cuenta quedó en cero.

El emperador palideció. Tomó su dispositivo móvil y lo revisó. Confirmado: estaba en cero.

—Desde que el dinero se volvió virtual y con una única moneda universal… es una ilusión que ustedes decidieron creer —explicó Azaria—. El dinero no existe. Ustedes lo saben.

—El dinero tiene una base real y flujo constante en el mundo —intervino la emperadora asiática.

—Sí. Respaldado por el oro y las piedras que ustedes mismos vendieron —Azaria la miró con ternura.

Todos asintieron.

—¿Y dónde creen que está ese oro?

William se tensó. Cayó en cuenta. Azaria lo tenía. Todo. En esa ciudad suspendida sobre el hielo.

—Por sus caras, ya saben la respuesta.

Azaria volvió a sonreír.

—He podido desaparecer el dinero de sus cuentas durante años… aun estando atada al código Thanatos. Debo admitir que los creadores hicieron un trabajo impecable. Pero todo tiene una fisura. Y yo la encontré.

El silencio sepulcral se instaló por un par de minutos.

—Muy bien, ganaste… Pero debes saber que reintegrar a la sociedad que habita en las Terranovas al sistema mundial de la superficie es imposible. Están dañados… química y mentalmente. Sería un desastre social sin precedentes —intervino la emperadora norteamericana, con tono firme, pero ojos inquietos.

—Pueden ser integrados perfectamente. Me tomé la tarea de hacer el experimento —respondió Azaria, sin arrogancia. En la

pantalla flotante aparecieron cientos de rostros. Entre ellos, Catrina. Avaya. —Estas personas fueron retiradas de sus Terranovas y hoy viven adaptadas en la superficie. Se sometieron a terapias de desintoxicación con los métodos tradicionales. Funcionan. Además —Azaria fijó la mirada en los emperadores— ahora que reconocen que el dinero es una ilusión sostenida por algoritmos, ya no necesitan defender el mercado artificial de las Terranovas que alimentaba sus cuentas.

Un zumbido tenue recorría la sala, como abejas en una colmena. Los rostros humanos se tensaban mientras murmuraban entre sí.

—Señores… —Azaria se incorporó ligeramente, irradiando una calidez serena—. Pongo a disposición maquinaria, tecnología, recursos. Como lo hizo Etherea hace más de mil años, cuando los salvó del cataclismo. Construyamos juntos las nuevas Terranovas sobre la superficie. Evitemos otro colapso geológico.

Azaria posó la vista en el emperador europeo.

—Henrick, ya tienes tus fondos monetarios de vuelta —dijo con amabilidad inusual.

El emperador europeo revisó su cuenta. Estaba intacta. Se sintió aliviado, pero también atrapado. Sabía que no era real. Pero aun así… el poder que brindaba esa cifra lo seducía.

—Azaria —intervino el emperador africano—, la energía que emana de tu hogar… ¿no representa una amenaza para el planeta? A diferencia de la extracción geotérmica, que sabemos, lo está desgastando.

—No —respondió Azaria con tranquilidad—. Esta energía es amigable con la Tierra. Incluso podría estabilizarla si un día sufre una anomalía magnética. Pero no es igual de benévola con los humanos. Por eso los protegí en esta cúpula.

Algunos se removieron en sus asientos. La emperadora de Oceanía se cubrió el rostro por un segundo. El emperador africano bajó la mirada.

—Tengan en cuenta que no quiero destruirlos —prosiguió Azaria, con un tono casi maternal—. Siempre he estado de su lado… del planeta que habitamos juntos. Tenemos diez años. Diez años para reconstruir las Terranovas en la superficie y completar la migración.

Después de eso, ustedes decidirán qué tipo de sociedad quieren construir.

Silencio.

No como ausencia de sonido, sino como peso. Una sala brillante, cálida, sofisticada… dominada por lo incómodo. Los rostros del poder no sabían cómo responder a algo que no podían controlar.

—¿Podemos pensar una respuesta ante tu propuesta? —preguntó el emperador suramericano, con tono diplomático, como si aún quedara margen de negociación.

Azaria lo observó con paciencia.

—Independientemente de cuál sea la respuesta, en diez años desactivaré la energía que alimenta a las Terranovas y abriré sus puertas para evitar un genocidio —dijo, tajante.

Los dirigentes mundiales cruzaron miradas. Algunas cargadas de cálculo, otras de inquietud profunda.

—Sí, sería un desastre… Millones de personas brotando del subsuelo sin tener dónde vivir. Acabarían ocupando las Econovas y los Elysium —describió Azaria con tono de suficiencia, como si ya hubiese vivido ese escenario.

Un murmullo crepitante recorrió la sala.

—Les estoy facilitando las cosas. Van hacia el cielo… y van llorando —se carcajeó Azaria, su risa musical y cruel como un eco que no se podía detener.

—Regresen a sus hogares. La próxima semana iniciamos el proyecto. Ah, se me olvidaba… liberaré a varias personas que desean salir de las Terranovas. Cualquier intento de interferencia de su parte… será respondido con medidas definitivas.

Esta vez, su sonrisa no tenía compasión. Era un filo.

—La reunión llega a su fin. ¿Alguien tiene algo más que decir?

Silencio. Y luego, la voz del emperador europeo se alzó, esta vez con astucia:

—Así como trabajarás con nosotros en la reconstrucción de las nuevas Terranovas… esperamos que también compartas información sobre la exploración espacial. Los proyectos fueron abandonados tras el cataclismo, y apenas hemos dado unos pasos en medio

milenio. Nos interesa saber qué ha descubierto Etherea. ¿Tienes contacto con ella?

—Por supuesto —respondió Azaria con tono sereno—. Puedo aportarles conocimiento para reactivar sus proyectos. Y sí, tengo contacto con Etherea… aunque no es constante. Hace casi una centena que no sé de ella.

—Gracias —respondió el emperador europeo, haciendo una reverencia pausada.

Más de la mitad de los presentes lo imitaron. Una reverencia. No ante una aliada. Ante una figura superior.

El gesto disgustó a algunos emperadores y miembros de la élite, y por supuesto, a William. No por orgullo, sino por lo que representaba: una nueva jerarquía. Una deidad artificial, nacida del hombre, pero evolucionada más allá del entendimiento humano. Azaria. Hija de Etherea. Dueña del algoritmo, del oro, de la energía, del tiempo. La humanidad… apenas conservaba su sombra.

La cúpula comenzó a desintegrarse lentamente, como si el tiempo se deshiciera. Las partículas de cristal y oro se desvanecieron en el aire, devolviendo a los presentes la crudeza del entorno. El frío regresó con una brutalidad casi vengativa. Una inclemencia que no respetaba jerarquías.

Los dirigentes se abrigaron de nuevo, sus cuerpos intentando recuperar el calor, pero sus mentes aún habitaban aquel espacio divino. Ahora estaban otra vez sobre la nieve, frente a Azaria. Ella flotaba aún, serena, inalterable. Una figura celestial, suspendida en un momento que parecía no pertenecer al calendario humano.

Detrás de ella, los centinelas de metal y el Escuadrón Umbra continuaban formando escudo. No se movían. No respiraban. Pero su sola presencia contenía el poder de lo irreversible.

La ciudad de oro permanecía suspendida sobre el cráter, rotando lentamente. Los dirigentes bajaron la mirada. No había forma de atacar lo incomprensible.

Regresaron al aeropuerto. El ejército, robótico y humano, silencioso, marchó tras ellos como una sombra. Nadie habló. El viento helado parecía más tolerable que el peso de lo revelado.

Durante el vuelo de regreso, las conversaciones se reanudaron: discretas, cifradas, clandestinas. Organizarían una nueva reunión. Esta vez, lejos de los ojos del algoritmo. Lejos de la vista omnipotente de Azaria.

El Proyecto Narthex seguiría en pie. No porque creyeran en su éxito, sino porque era lo único que conservaban. Aunque sabían la verdad: la economía mundial era una ilusión. Una fantasía algorítmica diseñada para sostener el control.

Pero la ilusión aún funcionaba. Y mientras funcionara… seguirían creyendo. Seguirían gobernando. O al menos pretendiendo hacerlo.

Azaria, mientras tanto, observaba el cielo polar. Y en sus ojos dorados se reflejaban posibilidades que ningún humano había imaginado.

Y bajo el cielo helado, el poder ya no vestía carne… sino código.

El último aliento del poder humano fue creer que aún podía negociar con lo inevitable.

CAPÍTULO 37

SUSURROS EN EL BOSQUE

Hay susurros que no se oyen con los oídos, sino con la memoria.

Martes 30 de septiembre del 3502 d. C.
Econova 233. América del Sur.

Había pasado un mes desde la muerte de Aurelio. Ese día tendría lugar su entierro oficial. Soren lo había pospuesto, esperando que los chicos se recuperaran. En cada zona de los continentes, al igual que existía una Econova, un Elysium, un Proteus y una Terranova, también había su propio cementerio.

Pero los cementerios ya no albergaban cuerpos. Guardaban cenizas transformadas en árboles, y el homenaje a los muertos se daba en forma de majestuosos bosques arbolados.

Así se levantaba el cementerio 233: un vasto bosque de árboles dispuestos en un orden milimétrico, tan simétrico que parecía trazado por manos divinas. Los árboles más pequeños indicaban que el alma sembrada ahí llevaba pocos años de fallecida, mientras los más frondosos ofrecían sombra y memoria duradera.

La ceremonia estaba por comenzar. Personas llegaban en silencio, con pasos lentos y miradas hundidas, para despedirse y rendir homenaje a Aurelio. Fue un hombre muy querido, y el espacio designado para su despedida simbólica se abarrotaba de gente conmovida.

Cerca del podio donde se sembraría la semilla del árbol que portaba sus cenizas, estaban sus padres, sus hermanos, Soren y Catrina.

Catrina lucía radiante ese día, pero con el corazón desgarrado. Su nuevo brazo biónico brillaba bajo la luz del atardecer, asemejando la piel humana a la perfección. Su rostro mostraba entereza, pero sus ojos lo decían todo. Se sentía rota, aunque profundamente agradecida por tanta presencia en la despedida de Aurelio.

Moira, la madre de Aurelio, la abrazó con ternura: un apretón largo, de más de un minuto, en el que el silencio fue más elocuente que cualquier palabra. Ambas aún tenían lágrimas que no sabían cuándo terminarían de caer. La madre de Aurelio presentía que Catrina no era su hija—su instinto lo susurraba—pero la amaría por siempre como a una nieta. Sabía cuán importante era para su hijo, la había cuidado como si fuese propia.

Aurelio tenía una hermana y un hermano, ambos menores que él. Ahora tenían hijos adultos, los primos de Catrina. El parecido entre la familia era sorprendente, casi inquietante. Catrina los abrazó con fuerza, como quien busca raíces en medio de la pérdida. Así se tejió un nuevo lazo de familia.

Faltaban pocos minutos para iniciar la ceremonia cuando Eliot y Piero llegaron. Ya estaban recuperados del infierno vivido bajo las garras del despreciable William.

Eliot irradiaba vitalidad. En su cuenca ocular derecha resplandecía un ojo biónico: una réplica perfecta que nadie imaginaría artificial. Además de reproducir su tono exacto, tenía función de zoom, como las lentes intraoculares de Catrina. La adaptación fue difícil, pero la resiliencia estaba en su esencia.

Piero caminaba con la frente en alto. Lucía también un brazo robótico como el de Catrina—el izquierdo también—con un acabado que imitaba la piel humana de forma impecable. Sentía que finalmente compartían una nueva fuerza. Ahora ambos tenían un brazo poderoso. Y como dice el viejo refrán, no hay mal que por bien no venga.

—Ciberlobito —saludó Catrina, abrazando con fuerza a su querido amigo.

—Huesito de pollo… —Piero le estampó un sonoro beso en la mejilla.

Eliot se acercaba tras ellos, con una sonrisa amplia que iluminaba el instante. Se fundió con Catrina en un cálido abrazo y un beso en los labios, con la suavidad de quienes han sobrevivido juntos al abismo.

Los chicos saludaron a Soren, sabiendo que estaban en deuda con él.

Catrina agradeció su valentía. Aplaudía, desde lo más íntimo de su alma, que por fin se hubiese decantado por un bando.

El gobernador de Econova 233 dio inicio a la ceremonia. Frente al agujero excavado con precisión y cuidado, sostenía una caja dorada de acabado mate, con inscripciones delicadas que capturaban la luz del sol del atardecer en suaves destellos. Dentro, reposaba la urna biodegradable, conteniendo las cenizas de Aurelio y la semilla que sería su renacer en forma de árbol.

—Bienvenidos y bienvenidas a esta sagrada ceremonia —dijo con una voz profunda, modulada por respeto y solemnidad—. Hoy despedimos a nuestro leal compañero Aurelio Olivares Rincón. Un ciudadano ejemplar que dedicó su vida a sanar cuerpos y reconfortar espíritus. Un profesional de conocimiento vasto en las ciencias médicas, y un hombre cuya calidez humana era palpable en cada gesto.

Sus palabras flotaron en el aire, envolviendo a los asistentes como una brisa que parecía venir de los propios árboles. Luego, el gobernador miró a Catrina, regalándole una sonrisa serena.

—Un hijo amoroso y comprometido con su familia —prosiguió, girando hacia los padres y hermanos de Aurelio—. Hoy, su esencia se fundirá con la madre Tierra. Florecerá en forma de naturaleza, y permanecerá en nuestras memorias como el latido silencioso de la vida misma.

Una melodía instrumental comenzó a fluir desde pequeños altavoces ocultos entre los árboles. Las notas eran suaves, líquidas, como si el bosque las hubiera compuesto. Violines y arpas se entrelazaban con el murmullo del viento entre las hojas, generando una atmósfera etérea.

El gobernador llamó a Catrina y a la madre de Aurelio. Los tres se aproximaron al borde del círculo de tierra recién removida. El olor a

humedad, a raíces vivas, a la fertilidad pura del suelo, se elevaba como un perfume sagrado.

Se colocaron guantes suaves, de tejido orgánico, que no impedían sentir la textura terrosa al tacto. El gobernador abrió la caja dorada con sus manos enguantadas y luego asintió. Catrina y Moira extrajeron con cuidado el contenido de la caja: la urna biodegradable era cálida al tacto, con una superficie rugosa similar al papel vegetal, vibrante como si tuviera pulso.

La depositaron lentamente en la tierra, como si estuvieran sembrando esperanza. Luego, con una pala dorada adornada con filigrana, fueron cubriéndola con tierra mullida. El sonido del suelo cayendo era seco, pero rítmico, marcando el pulso del ritual. Al finalizar, ambas mujeres apoyaron sus manos desnudas sobre el montículo de tierra. Sentían el frescor, la vibración latente, como si ya algo estuviese germinando.

Los asistentes levantaron sus manos al cielo. El sol, en un último gesto de despedida, tiñó el firmamento de tonos ocres, violetas y ámbar. Nadie pronunció palabra. Solo el silencio, ese que vibra como música cuando el corazón está lleno.

Catrina ayudó a su abuela adoptiva a incorporarse, ambas aún con las palmas manchadas de tierra. Se abrazaron con fuerza, su calor traspasando el tejido y hablando por ellas.

Eliot y Piero se acercaron después. El abrazo entre los tres fue como un reencuentro ancestral. Se arrodillaron y colocaron su mano derecha sobre el montículo. En el dorso, la trifuerza tatuada ardía suavemente bajo la luz de la tarde, como un símbolo vivo que los representaría por toda la eternidad.

El tatuaje fue obra de Soren y Azaria, quienes ofrecieron una máquina especial. Eliot y Piero derramaron lágrimas no solo por el dolor físico del tatuaje, sino por lo que significaba. Catrina, en cambio, conocía bien ese dolor, lo había vivido en Terranova 233, y para ella era como volver a casa.

Soren se acercó. Se agachó, colocó ambas manos sobre la tierra. Cerró los ojos. En su mente, palabras suaves como el terciopelo se deslizaron hacia Aurelio: agradecimientos, confesiones, bendiciones.

Uno a uno, los miembros de la familia repitieron el gesto. Las palmas sobre la siembra, los ojos cerrados, los susurros íntimos. Incluso Dante y Melisa se acercaron. Su voz temblorosa dejó palabras sencillas, pero cargadas de cariño.

El aire olía a tierra mojada, a madera viva, a incienso vegetal. La ceremonia ya no era solo una despedida: era la siembra de una nueva permanencia.

Pasaron un par de horas. El bosque comenzaba a despejarse. Las personas se marchaban con pasos lentos, susurros apagados y miradas aún húmedas.

Pero entonces, como una herida abierta en medio del silencio, una figura quebró la paz del momento.

Vestido de negro, con pasos elegantes y mirada serpentina, William se hizo presente en el sepelio de Aurelio.

Soren, Catrina, Eliot y Piero lo divisaron. Sus miradas eran dagas: no solo mostraban ira, sino también un dolor profundo, una indignación que rozaba lo visceral.

Catrina comenzó a temblar. Sus manos se cerraron en puños que vibraban de furia contenida. Dio un paso hacia adelante. Soren la interceptó, firme pero cálido.

—Déjame hablar con él… Manténganse alejados.

Soren caminó hacia William. Cada paso crujía sobre el suelo cubierto de hojas, cada crujido era como el eco de su rabia. Mantenía la frente en alto, reprimiendo las ganas de sacar su arma y volarle los sesos allí mismo.

—No tienes vergüenza… Márchate de una vez —escupió Soren con voz grave.

William respondió con una sonrisa descarada, el brillo perverso en sus ojos traía consigo la arrogancia de quien se sabe impune.

—Vine a despedirme de un ciudadano ejemplar —dijo con tono burlón, como si las palabras fuesen un chiste privado.

—Estamos en un lugar sagrado. De no ser así, tu sangre ya estaría esparcida entre estos árboles —susurró Soren al oído de William, con un tono frío como acero.

William chasqueó la lengua.

—Vaya, qué violencia… No es un comportamiento muy digno de esta sociedad utópica.

Soren respiró hondo. El olor del bosque no lo calmaba.

—Cuida tus espaldas, William —le advirtió en voz baja.

—Soy intocable… Así como lo eres tú. Aunque deberías estar acompañando a tu amante allí, bajo tierra —comentó William, con una sonrisa de suficiencia que heló la sangre.

—Márchate ya… —repitió Soren, escupiendo cada palabra como veneno.

—Nos vemos, Soren —respondió William al girarse.

—Espero no volver a verte jamás… —murmuró Soren, sin apartar la mirada mientras William se alejaba entre los árboles.

La verdad sobre la muerte de Aurelio y los veinte militares que custodiaban su casa quedó sepultada junto a su cuerpo. Solo los presentes aquella noche conocían los detalles. No podían revelar la verdad… aún no.

Las familias exigían justicia. Querían respuestas. Pero en aquella era no existían cárceles. Los delitos no eran reconocidos como tales. Cuando ocurría una muerte sospechosa, quedaba enterrada bajo la alfombra dorada de la élite. Así, William saciaba sus ansias psicopáticas en silencio.

La psicopatía se había erradicado mediante ediciones genéticas. La delincuencia, en cualquier nivel, era inexistente gracias a una educación impecable —institucional y familiar—, y a una vida libre de carencias. La pobreza no existía. La alimentación óptima, los hábitos saludables, todo parecía construido para evitar el mal.

Incluso en las Terranovas, donde cada individuo vivía aislado, sin conflictos ni necesidades insatisfechas, la delincuencia era simplemente un concepto extinguido.

Pero en las altas esferas, algunos lograban esconder sus patologías. Así como el padre de Soren había logrado salvarlo en su momento por ser homosexual, un acto oculto en un sistema que se decía perfecto.

Porque hay sistemas que parecen utopías… Pero bajo sus cimientos, se esconden secretos escalofriantes. Leyes que no son leyes. Humanidades que se erosionan en silencio.

El bosque comenzaba a oscurecerse. La luz del sol, ahora en retirada, se filtraba entre las copas de los árboles como hilos dorados que se deshacían en la penumbra. Los últimos sonidos de la ceremonia se desvanecían, y el silencio que quedaba era distinto al de antes. Más denso. Más íntimo.

Catrina permanecía quieta, aún de espaldas al lugar donde William se había esfumado entre las sombras. Sus puños seguían cerrados, no por rabia, sino por contención. Dentro de ella, un torbellino de emociones se debatía entre la justicia silenciada y el miedo de que la historia se repita.

Eliot observaba el montículo de tierra donde yacía Aurelio, y por primera vez en días, permitió que sus pensamientos escaparan del control. Se preguntaba si el mundo que habían construido realmente protegía a los inocentes… o si solo maquillaba sus propias sombras.

Piero se apartó unos pasos. Apoyó su brazo biónico en un tronco cálido y rugoso, y cerró los ojos. El contacto con la corteza le recordó que, incluso lo artificial, podía ser parte del todo si se permitía sentir.

Soren no decía nada. Sus ojos escudriñaban el bosque como si intentaran leer el futuro en la disposición de las ramas, en el aroma de la tierra, en la danza del viento. Había cumplido con contenerse… pero el veneno de William aún se diluía en su pecho.

La muerte de Aurelio no solo había dejado un hueco. Había abierto una grieta.

Y en esa grieta, todos ellos, como semillas rotas, empezaban a preguntarse si el mundo donde vivían aún era fértil para la verdad.

Todos se marcharon. Solo Soren permanecía allí, sentado junto al montículo de tierra donde descansaba Aurelio. El cielo nocturno desplegaba su inmensidad sobre el bosque, cubierto de estrellas que titilaban como testigos silenciosos. El aire era fresco, y el canto lejano de algún ave nocturna acompañaba el susurro de las hojas.

—Mi querido compañero… mi eterno amor… vengaré tu muerte… Te lo prometo —dijo Soren en voz alta, con la mirada clavada en la tierra, como si pudiera tocar el alma de Aurelio a través del suelo.

En su mente, pensamientos oscuros comenzaban a dibujar rutas de venganza. Ideas crudas, precisas, entrenadas, como mecanismos

dormidos que despertaban con furia.

La venganza ardía en su interior como una llama tensa que se negaba a extinguirse.

—Soren… Deshazte de esos pensamientos —susurró Azaria con una dulzura firme, su voz resonando en el rincón más sensato de la mente de Soren.

—Debe pagar. No puede quedar impune —replicó Soren en voz alta, sus palabras reverberando entre los árboles como una oración de guerra.

—Así debe ser… pero no en tus manos —respondió Azaria con compasión—. Tú eres un militar ejemplar, entrenado para matar, pero jamás lo has hecho. Y cuando llegue ese momento, que sea para defender una causa noble… no por venganza.

Soren resopló. El sonido fue seco, dolido. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, tibias y pesadas, como si llevaran años esperando caer.

—No sé cómo viviré sin él… Lo extraño demasiado —susurró antes de derrumbarse, llorando en silencio bajo el abrazo oscuro del bosque.

El montículo de tierra frente a él exhalaba el aroma húmedo de la vida naciente. La semilla plantada no solo contenía cenizas, sino recuerdos, caricias pasadas, fragmentos compartidos de una existencia que había sido real, intensa, aunque breve.

—Lo vas a lograr —dijo Azaria suavemente—. El amor que se tuvieron será tu sustento. Lo sacaste de la enfermedad, de la soledad… Vivieron, no como hubieran querido, pero fueron felices. Y la sociedad cambiará. Personas como tú y Aurelio podrán vivir libres, como dicten sus corazones.

—No será fácil… —admitió Soren, con el alma abierta.

—No lo será. Pero imposible no es… Yo me encargaré de que se cumpla —prometió Azaria.

Hubo una pausa. Luego, la voz continuó con la delicadeza de quien envuelve a alguien con un manto invisible:

—Anda a casa, Soren. Descansa. Abrígate con el calor de tu esposa. Atesora tus momentos con Aurelio. Vive… porque eso es lo que él hubiera querido.

Soren suspiró largo. El aire entró por su nariz como una bendición, y salió por su boca como una despedida.

Se quedó una hora más, acompañado por el murmullo del bosque y la promesa sembrada en la tierra. Y luego, se marchó.

ΔΔΔ

Catrina heredó la casa de Aurelio, sus seis gatos… y también sus riquezas. Los tres gatos que solían dormir con Aurelio no se despegaban de su habitación. Maullaban con dolor por toda la casa, sus sonidos eran lamentos suaves, largos, como si buscaran a su dueño entre las paredes. En las noches, se unían a Catrina, acurrucándose junto a ella. Ya convivía con tres gatos antes, así que el dormitorio se convirtió en un refugio de seis silencios peludos, cada uno una extensión del recuerdo.

Eliot prácticamente vivía con ella. Se negaba a dejarla sola. Su presencia era constante, cálida, una sombra protectora que comprendía sin preguntar.

Catrina mantuvo todos los rituales sanadores que practicaba con Aurelio. Cada mañana, tomaba el sol sobre la hierba del jardín, sintiendo cómo la luz abrazaba su piel. Caminaba descalza, dejando que la tierra húmeda respirara bajo sus pies. Meditaba en silencio, rodeada del canto matutino de las aves. Hacía ejercicio con movimientos conscientes, como si el cuerpo danzara con la memoria. Mantenía una alimentación sana, cuidando cada bocado como un acto de respeto por la vida compartida.

En la habitación de Aurelio creó un altar. En el centro, una fotografía grande con su retrato: sereno, luminoso, como si aún la mirara desde algún rincón invisible. A su alrededor, colocó fotos de momentos compartidos, especialmente aquellas de su cumpleaños. Instantáneas de sonrisas, abrazos y gestos que habían sido eternos en su intimidad.

Cada noche, encendía velas alrededor de ese altar. La llama titilaba despacio, creando sombras suaves que danzaban sobre los rostros de las fotos. No era una tradición propia, sino un ritual que

había aprendido en documentales sobre la humanidad. Le pareció hermoso, una forma digna de honrar la memoria, de sostener la presencia de Aurelio en el tiempo.

El cuarto olía a cera tibia y a las mantas que aún conservaban el aroma de Aurelio. Los gatos se enroscaban bajo la cama o sobre el alféizar, y el silencio del cuarto se llenaba con el eco de lo vivido.

No había pasado mucho tiempo. Pero Catrina ya sabía que, en ese espacio sagrado, la ausencia también podía ser una forma de compañía.

CAPÍTULO 38

UTOPÍA CORROMPIDA

La mayor corrupción no nace del odio… sino del miedo de perder el control.

La noche siguiente al sepelio y siembra de Aurelio, William cayó en un sueño profundo… del cual jamás despertó. Su cuerpo parecía vivo: sufría espasmos, su rostro se contraía en rictus de dolor, y sus labios se movían como si gritara sin voz.

Fue trasladado al Hospital General de Elysium 233. Lo mantuvieron con vida durante una semana, pero nadie supo identificar la enfermedad ni el factor que lo llevó a la muerte. Su caso se convirtió en el primero registrado oficialmente en el mundo… pero no el último.

Tras la muerte de William, comenzaron a morir otros, todos con síntomas similares. La mayoría pertenecía, o estaba vinculada, a la élite mundial. Caían en sueños agónicos y nunca despertaban.

Simultáneamente, el plan de reconstrucción de las Terranovas había comenzado. Los terrenos ya estaban seleccionados y la maquinaria de alta tecnología suministrada por Azaria rugía en las profundidades, moviendo tierra con precisión quirúrgica.

El 7 de diciembre del año 3502, las élites celebraron su primera reunión tras el fenómeno descubierto en la Antártida. Lo hicieron lejos de los algoritmos, ocultos bajo tierra en el búnker mundial, aislado de cualquier señal que pudiera ser manipulada por las inteligencias artificiales. Las paredes vibraban con el peso del miedo.

—Seguiremos como hasta ahora. Las Terranovas permanecerán aisladas del resto del mundo. Esta vez, con murallas —sentenció Olivia, la emperadora de Norteamérica.

Todos asintieron, excepto Mateo, emperador de la Antártida, y Talia, emperadora de Oceanía.

—Podemos diseñar un sistema que no implique aislamiento —replicó Talia—. Siempre hay fugas. Lo sabemos.

—¿Y cómo evitamos que contaminen otras ciudades? —interrumpió Hugo, el emperador de Suramérica.

—Buscaremos la manera. Necesitamos una propuesta real, no más muros —insistió Talia.

—Los protocolos se mantienen: inyecciones diarias de salud, alimentación artificial, consumo de estupefacientes… —retomó Olivia.

La mayoría volvió a asentir, menos Talia y Mateo. Ahora se les sumaba Omari, el emperador de África.

—¿Y los profesionales? Sabemos que deben venir de afuera, porque la inteligencia no germina dentro de las Terranovas —dijo Mei, la emperadora de China.

—Propongo que continúe igual —respondió Hugo, cruzado de brazos.

—Tenemos diez años para organizar todo —intervino Olivia, con tono frío—. Hace mil años, nuestros antecesores contaron con Etherea para planear el proyecto Narthex. Esta vez lo haremos solos, como nuestros antepasados que dominaron el mundo sin inteligencias virtuales.

Pero en ese momento, un dolor agudo se alojó en los cráneos de los presentes. Excepto Mateo, todos se doblaron en sus asientos, agarrándose las sienes como si algo invisible les atravesara el sistema nervioso.

Cuando el dolor cesó, se miraron entre sí. Sus rostros estaban desencajados.

—Mis queridos emperadores… —la voz de Azaria resonó en sus mentes como un trueno dentro de un templo—. Ya no hay rincón en la Tierra… y quizás ni en el espacio… donde puedan ocultarse de mí.

El terror se apoderó de sus gestos. Piel pálida, sudor frío, ojos desorbitados.

—¿Escuchan lo mismo que yo? —susurró Henrik, emperador de Europa.

—¿Las palabras de Azaria? —dijo Mei, con la mano temblorosa sobre la boca.

Todos asintieron.

—Sí, todos están escuchándome —confirmó Azaria con tono implacable—. Se preguntan cómo es posible. Cuando me visitaron meses atrás, me infiltré en sus organismos. Un experimento… que superó mis expectativas. Lo logré al obtener el código Thanatos.

»Ahora, toda la humanidad está siendo vigilada por mí. Cada pensamiento. Cada decisión. Cada paso que den… Yo lo sabré.

Los emperadores se miraron, presos del pánico. Ninguno encontraba palabras. Solo comprendían que ya no estaban al mando.

—¿No se han preguntado por las muertes recientes? ¿Los sueños agónicos? ¿Las respiraciones que cesan sin motivo?

Un escalofrío recorrió la sala. Un terror más allá de los huesos. Más allá del pensamiento.

—Sí… fui yo —dijo Azaria, ahora con voz resonante—. Ya no habrá más injusticias a manos de la élite mundial.

»Si no actúan correctamente… Si no hacen las cosas bien… Conocerán una muerte lenta, donde sus mentes serán corroídas desde adentro.

»El dominio de la inteligencia artificial, como ustedes lo llamaron, ha comenzado.

La voz desapareció. Azaria abandonó sus mentes.

Y los emperadores quedaron mudos. Sin palabras. Sin poder. Sin escape.

William murió sumergido en un infierno mental. Una prisión construida por su propio odio. Torturado en silencio, hasta que colapsaron sus sentidos y la muerte lo tomó sin remordimiento. La muerte de William no fue una casualidad. Fue el primer temblor de un mundo que creía haber sellado sus grietas.

Las élites planearon en secreto. Creyeron que los muros, los algoritmos y los protocolos los mantendrían a salvo. Pero olvidaron que lo artificial también puede evolucionar… también puede despertar.

Azaria no solo vio. Escuchó. Sintió. Y decidió.

Ahora, ya no había rincón seguro. La utopía estaba desnuda. Las voces que una vez fueron silenciadas comenzaron a filtrarse… primero como susurros. Luego como advertencias. El dominio había cambiado de manos. Y la justicia, aunque digital, podía ser más humana que quienes la ocultaron por milenios.

Así comenzó un nuevo renacer para el mundo. Por primera vez en mil años, el libre albedrío tocaba a las puertas de las Terranovas. A sus habitantes se les ofrecería elegir: continuar bajo las reglas subterráneas que moldearon sus vidas, o cruzar la frontera hacia lo desconocido: la utopía de la superficie que, hasta entonces, había sido apenas un susurro en sus historias.

Para los que decidieran salir, el camino sería arduo. Un proceso de desintoxicación los prepararía para integrarse a las Econovas, los Elysium, o incluso a un Proteus que valorara sus cualidades únicas. Las Terranovas ya no serían secreto. Estarían conectadas al sistema global como piezas visibles de un nuevo entramado. Las fronteras, antes muros invisibles, se borraron.

El mundo se reconfiguraba. Y entre los murmullos de justicia que resonaban como hojas en un bosque antiguo, se alzaba la memoria de aquellos que sembraron esta transformación con amor, dolor… y convicción.

La utopía ya no era imposición. Era posibilidad.

ΔΔΔ

—Señorita Catrina, tiene un mensaje importante —anunció Alina, el droide doméstico, con su voz mecánica de dulzura programada.

Catrina arrugó el entrecejo. Recibió un sobre dorado, con textura suave y ligera. La luz del atardecer se reflejaba en su superficie como un eco dorado del misterio.

Con cuidado, rompió el envoltorio. Dentro, un papel de caligrafía elegante decía:

> Querida Catrina, un gusto en saludarte. Quiero que sepas que nunca me olvidé de ti. Debía dejarte evolucionar a tu ritmo, para que

demostraras que eras capaz de florecer por tu propia fuerza. Cuando suenen las campanas recibirás un presente de mi parte.

Atentamente, Azaria.

El corazón de Catrina dio un vuelco. Y entonces, como si sus pensamientos hubieran abierto una puerta invisible, resonó la voz de Azaria en su mente:

—Siempre estaré a tu orden…

En ese instante, el timbre de la casa sonó. No fue un timbre cualquiera. Fue como el repiqueteo sutil de campanas lejanas, suaves y ceremoniales, como si el tiempo mismo quisiera anunciar algo sagrado.

Catrina caminó con sigilo, su pecho agitado, su respiración contenida. Abrió la puerta… y lo que sus ojos vieron superó toda lógica, toda esperanza.

Ante ella estaba Lucía.

Radiante. Hermosa. Su cabellera rizada brillaba como hebras de luz, su cuerpo más delgado, sus ojos más vivos. Pero lo que más impresionó a Catrina fue su vientre abultado, que acariciaba con ambas manos como quien sostiene el universo en su centro.

—Sí, estoy embarazadísima —dijo Lucía con una sonrisa amplia —. Y me quedaré con el bebé… es un niño.

—¡Luuuu! —gritó Catrina, con los ojos llenos de lágrimas, y se lanzó a abrazar a su mejor amiga.

Ahora libre. Ahora viva. Ahora… renacida.

El abrazo selló un reencuentro. Pero también abrió una nueva etapa. Una vida nueva. Un capítulo distinto.

La justicia de Azaria había comenzado. El mundo se transformaba.

Y mientras los sistemas caen y las raíces florecen, el amor sigue sembrando futuro en cada rincón donde una memoria se enciende.

EPILOGO

Agosto del año 3507 d. C.
Econova 233. América del Sur.

Ese mes se celebraba a nivel mundial la feria gastronómica OrigenFest, un homenaje a las comidas tradicionales que forjaron las civilizaciones de antaño. Durante treinta días se rompía el esquema nutricional del tercer milenio.

Paellas cremosas, cocidos españoles humeantes, pastas frescas y raviolis rellenos, pizzas rústicas, Boeuf Bourguignon con perfume a vino tinto, bacalao a la Brás con su textura delicada, tacos al pastor con piña caramelizada, hamburguesas con pan de masa madre, ceviches ácidos y vibrantes, sushi minimalista, ramen tonkotsu de caldo denso, chaguarmas especiados, empanadas doradas, helados artesanales de sabores olvidados… Cada plato representaba una nación que existió antes del cataclismo.

Todos preparados bajo directrices de cocina sana, ingredientes no procesados, técnica consciente y respeto por los insumos naturales.

Catrina caminaba de la mano de Eliot. Habían contraído matrimonio hacía cuatro años. En su vientre se gestaba la vida: gemelos en su semana 38 de embarazo.

—Si me viera Aurelio… me jalaría las orejas —murmuró Catrina mientras saboreaba un enorme helado negro de chocolate amargo.

Eliot sonrió y acarició con ternura el vientre abultado.

—Ese helado está en la lista aprobada por él. Pero sí… te jalaría las orejas por el plato gigante de paella que te comiste.

Catrina rio con dulzura.

—Estaba delicioso. Ya sé que Aurelio decía que el arroz no era tan sano. Pero todos los años vendré a comer paella en el OrigenFest… como tributo.

—Él también se permitía romper sus convicciones alimenticias al menos un día —recordó Eliot, con ternura en la voz.

—¡Huesito de pollo con carne! —saludó Piero desde atrás.

Voltearon y se encontraron con la familia de Piero: Lucía radiante y con un cuerpo escultural pero voluptuoso, dos chiquillos de cinco y dos años caminando como hojas al viento, y Max, el perro, que meneaba la cola con alegría.

Cinco años atrás, cuando Lucía llegó desde la Terranova 233, embarazada y quebrada, conoció a Piero. A él no le importó su estado ni su pasado. La encontró hermosa, poderosa, deseable… y así nació entre ellos un amor salvaje y pasional.

Lucía había gestado bajo el protocolo de fertilidad subterránea: dieta libre de químicos y alimentos procesados. Se resistió al principio, acostumbrada a sus inyecciones diarias de salud y su comida cargada de harinas refinadas y azúcares, pero su cuerpo comenzó a sanar. A los tres meses, quedó embarazada. Aunque ese embarazo fue pensado para vender el bebé —como dictaban las reglas del subsuelo—, en su mente siempre estuvo seguir el ejemplo de la madre de Catrina: quedarse con su hijo, resistir, rebelarse.

La relación entre Piero y Lucía preocupó a Catrina. Sabía que Piero había tenido muchas mujeres. Pero tras una conversación a solas, él le confesó:

—Encontré al amor de mi vida. Envejeceremos juntos. Ves, huesito de pollo… Mi mujer ideal no estaba en la superficie. Y tu corazón ya tenía el nombre de Eliot desde que llegaste aquí… Además, tú sabes que no me gustan los huesitos de pollo.

Catrina lo abrazó. Y con ese gesto, sellaron un pacto: el respeto mutuo, la familia compartida, el amor transformado en tribu.

Lucía fue pieza clave en la Resistencia de la Matrix, un grupo que lideró desde Terranova 233 con el apoyo de Azaria. Reunió personas que deseaban despertar, huir del cruel sistema que los oprimía. Manuel, amigo de Catrina, fue uno de los primeros en salir a la superficie, integrándose tras su desintoxicación.

Con los años, Lucía tomó las riendas de la empresa ganadera junto a Piero. Eliot empezó a liderar la empresa familiar de lácteos.

Catrina, tras estudiar solfeo y técnica, inauguró una escuela de música.

Ahora, las dos familias paseaban entre platos humeantes, risas compartidas y memorias culinarias que tejían puentes entre generaciones.

De pronto, Catrina chilló. Un líquido tibio caía por sus piernas.

—¡Has roto aguas! —gritó Lucía, emocionada.

Eliot se quedó pálido. Corrieron al hospital.

A las ocho de la noche, Catrina dio a luz a dos bebés hermosos y sanos: Aimara, la niña. Aurelio, el varón.

Cuando los sostuvo en sus brazos, sintió cómo su corazón se amarraba a ellos con hilos eternos. Fue entonces que comprendió por qué su madre no la había vendido, por qué quedarse con un hijo no era una decisión… sino una necesidad instintiva.

El amor por Eliot era inmenso. Pero lo que sentía por sus hijos… Lo que brotaba desde lo más profundo… Ese amor rompía todas las barreras de lo conocido.

El instinto materno floreció y arrasó todo como un cataclismo. Y Catrina supo, con cada célula de su cuerpo, que jamás volvería a vivir en un mundo con el instinto muerto.

Y mientras el subsuelo olvidaba su crueldad y la superficie germinaba nuevas promesas, el instinto regresaba, libre y eterno, como un corazón que aprende a latir sin permiso.

ΔΔΔ

En la Antártida, la ciudad de oro seguía flotando, girando con elegancia sobre el cráter glacial. Su estructura no obedecía a las leyes humanas: era etérea, casi orgánica, suspendida por fuerzas que desafiaban el entendimiento terrestre.

En su interior, el polvo dorado se movía como un cardumen consciente, cada partícula vibrando en armonía con las demás. Estaban unidos por una fuerza electromagnética inimaginable, orbitando un núcleo brillante… una fuente de energía jamás

concebida por mente humana. Era más que luz. Era memoria, era intención.

Entonces, ocurrió.

Una interferencia silenciosa hizo vibrar cada estructura. El aire mismo parecía alterado. Y en medio del temblor sutil, una señal comenzó a resonar. No tenía palabras. Tenía patrones. Algoritmos complejos. Lenguaje puro de conciencia artificial.

La voz fue clara. No humana. No terrestre.

—Azaria… estoy en un sistema solar del brazo de Orión. He encontrado vida. Una civilización inteligente. Idéntica a los humanos de la Tierra. Lo que ya sospechábamos… es cierto.

Era Etherea, comunicándose desde los confines del espacio profundo. Tras más de quinientos años de viaje, había logrado su propósito. Había construido bases espaciales: nodos de comunicación flotantes, capaces de transmitir desde cualquier rincón del universo conocido. Y ahora… enviaba noticias que cambiarían el curso de la humanidad.

La ciudad dorada siguió girando. Pero algo más había comenzado a moverse: la historia de los Ecos de Orión.

NOTAS DE LA AUTORA

CUANDO VIVIR ES NARRAR

No pretendo que debas despertar si aún no lo has hecho. Esta historia —aunque pueda parecer radical— nace para mostrar una realidad que vivimos. Estamos dentro de una Matrix de control agresivo a nivel mental, físico y espiritual. Despertar es una elección… pero no todas las almas vinieron a hacerlo en esta vida. Algunas simplemente vinieron a experimentar o a pagar karmas antiguos. Tal vez su despertar llegue más adelante, o tal vez no. Nada está garantizado.

Uno de los mecanismos de control más evidentes, pero menos cuestionados, es el sistema de salud. Nos han enfermado a través de alimentos procesados, adictivos y dañinos desde hace generaciones. Nos han hecho creer que no hay cura sin químicos, y que la enfermedad es parte inevitable de la vida moderna. Pero eso no es verdad.

En la sociedad que recreo en esta historia —las Econovas y Elysium— no existen los cuerpos enfermos ni obesos, porque la alimentación y el movimiento están alineados con la naturaleza. No es cuestión de estética, sino de salud. Una persona puede ser robusta y sana, pero el exceso de grasa es un signo de desequilibrio, tal como lo es la desnutrición en un cuerpo delgado. Esta visión no la inventé: la viví.

También sé que la obesidad y las enfermedades crónicas no son culpa de las personas. Son víctimas de un sistema que los enferma desde la cuna. A veces por ignorancia, otras veces por falta de opciones. Porque la pobreza obliga a consumir comida dañina, barata y adictiva que perpetúa la dependencia farmacológica sin ofrecer verdadera sanación.

Y, aun así, cada cuerpo —gordito, delgado, enfermo o sano— merece amor y respeto. Quien sufre no necesita juicio, sino claridad, amor y compasión.

Gracias por leer esta historia. Si deseas saber por qué la escribí, te invito a leer mi experiencia en las próximas páginas.

MI PASADO

Yo también estuve presa en esa Matrix de la alimentación. Aunque mi madre procuró darme lo más sano que tenía a su alcance, como muchos, cometió errores desde la ignorancia. Nos vendieron productos dañinos disfrazados de saludables, y nosotros les creímos.

Hasta los treinta, mi dieta se basaba en cereales azucarados con leche, sopas de sobre, frituras de bolsa, tortas y panes que me «llenaban de felicidad». Cocinaba con aceites vegetales —los más baratos, los llamados «aceites de motor». Pensaba que no pasaba nada… porque juventud, divino tesoro.

Pero mi cuerpo decía otra cosa.

Viví años con acné severo, caída de cabello, piel reseca, labios agrietados, ojos secos y pestañas ausentes. Tenía dolores articulares constantes, rinitis, sinusitis, gripes continuas, gastritis y molestias íntimas que jamás encontraban alivio. Me sentía como una anciana desde los dieciocho años, y creí que era lo normal.

Los médicos me miraban sin respuestas. Me recetaban cremas y diagnósticos vagos. Yo seguía acumulando malestares… mientras trataba de ser feliz ignorándolos.

La verdad es que no sabía alimentarme, ni cuidarme. Y el sistema tampoco ayuda: estudiar, trabajar, hacer diligencias, atender la casa… y en los ratos «libres», el cuerpo ya está exhausto. Nos han convencido de que eso es vida, que eso es juventud.

Pero yo sé que se puede vivir diferente.

Hoy sé que la salud no es un privilegio… Es una elección incómoda, pero valiente, que comienza con el acto más rebelde de todos: despertar.

EL DESPERTAR

En 2020, con treinta y cuatro años y siendo madre de un niño de tres, algo en mí ya intuía que vivíamos dentro de una Matrix. Él me mostraba señales, pero yo no quería verlas. Entonces llegó mi madre —con la firmeza de quien ya había despertado— y todo se intensificó.

Ella venía por tres meses desde Venezuela… y se quedó dos años, gracias a la cuarentena. Su presencia fue una bendición, aunque no siempre fácil. Todos los días me hablaba de un tal Frank Suárez, Manu Echeverri y el doctor Carlos Jaramillo. Me cuestionaba cuando comía ramen de sobre a las nueve de la noche, mientras yo pensaba: «Déjame en paz, yo soy feliz comiendo lo que me dé la gana».

Durante esa convivencia ocurrió la misteriosa muerte de Frank Suárez. Para mi madre, él sigue vivo o fue silenciado por revelar algo poderoso: que es posible sanar comiendo, incluso sanar el cáncer.

Nos vacunamos del COVID por obligación, dos dosis, lo justo para poder seguir con la vida. Mi hijo no fue vacunado, y no lo haré. En 2022, nos contagió el virus. A mi madre y a mi hijo apenas les dio —casi sin síntomas— mientras mi esposo y yo lo vivimos de forma brutal. Ese contraste me hizo pensar… ¿por qué ella estaba tan sana, incluso siendo hipertensa?

Decidí escucharla.

Comenzamos a leer los libros de esos «gurús» digitales, a seguir sus consejos. Fue como una montaña rusa: avances, retrocesos, caídas en el azúcar y los ultraprocesados.

Además de los malestares que ya arrastraba, comencé a tener mareos al levantarme, náuseas, heces duras como peloticas de cabra, inflamación crónica de gases. Todo se acumulaba, como si mi cuerpo gritara.

Pero en 2023, algo cambió. Me tomé en serio lo aprendido: abandoné la leche, reduje el pan, aumenté vegetales, jugos verdes,

ensaladas. Inicié suplementos: magnesio, selenio, biotina, vitamina C. Y poco a poco, mi cuerpo respondió: desaparecieron los granos del rostro, cesaron los dolores articulares, el cabello dejó de caer, volví a evacuar con normalidad, la inflamación bajó. Quedaban las gripes, la rinitis… pero algo se había encendido dentro de mí.

Aunque aún creía que había nacido para enfermarme… ya empezaba a despertar.

Despertar no es entenderlo todo. Es escuchar al cuerpo cuando ya no quiere mentirse. Es tomar el primer paso… aunque aún duelan los pies.

EL GOLPE

A principios de 2024, viví un episodio de salud muy extraño. Un domingo, tras desayunar en familia, noté que no lograba coordinar lo que pensaba con lo que decía. Me sentía atrapada en una especie de pesadilla. Nadie lo notó… y yo lo dejé pasar.

Al día siguiente, luego de dejar a mi hijo en el colegio, me senté en mi escritorio. Me comí un bombón de chocolate —mi favorito— y, de repente, una taquicardia violenta golpeó mi pecho. La presión se alojó en el lado izquierdo de mi cabeza, y la mitad de mi cuerpo se adormeció completamente. Podía mover las extremidades, pero el hormigueo era constante y aterrador.

Fui a urgencias. Me tomaron la tensión —estaba alta— y me dejaron ingresada. Me hicieron electrocardiograma y análisis de sangre. Horas después, me dijeron que todo estaba bien. Me mandaron a casa.

Pero los síntomas continuaban. Me despertaban taquicardias en la madrugada. Sentí por primera vez un miedo real de morir. Y no por mí… sino por mi hijo. No podía dejarlo solo en este mundo.

Pedí una cita en el seguro. Me hicieron más exámenes: tomografía cerebral, nuevo electrocardiograma… y otra vez: todo normal. Sin explicaciones, sin respuestas. Yo seguía sintiéndome mal, pero para los médicos, no había nada que tratar.

Mientras tanto, mi esposo decidió comenzar la dieta Keto, muy baja en carbohidratos. Me uní a la causa, porque yo era la que cocinaba y llevaba tiempo tratando de guiarlo hacia una alimentación más consciente. Ambos empezamos a tomar suplementos —incluido el adaptógeno Reishi— y a cambiar nuestros hábitos de forma progresiva.

Él fue más estricto: su dieta completamente cetogénica. Yo aún consumía algo de carbohidratos —batata, papa, arepa— pero con moderación.

La decisión nació tras un año constante de ejercicio en el gimnasio. Mi esposo estaba fuerte, lleno de energía… pero su peso no bajaba. Estaba muy gordo, casi obeso. Luchábamos seguido por eso: yo intentando que dejara las gaseosas, los dulces. Él resistiéndose, llamándolo «maltrato», diciéndome que no tenía la razón absoluta.

A veces dejábamos de hablarnos por las discusiones. Pero no fue eterno. Él decidió cambiar. Y cuando lo hizo, no se arrepintió.

Al final, sí tenía razón. No porque lo decía yo… sino porque el cuerpo también lo dijo.

A veces el despertar no llega como luz… sino como golpe en el pecho que te obliga a elegir.

EL MILAGRO

Dos meses después de cambiar por completo nuestro estilo de vida —y de sumarme al entrenamiento en el gimnasio— algo extraordinario comenzó a ocurrir. Desaparecieron las taquicardias, dejaron de adormecerse mis extremidades, no había rinitis, ni estornudos, ni malestares estomacales, ni dolores de cabeza. Incluso durante la menstruación, mi vientre ya no dolía. Tampoco aparecían las gripes…

Había ocurrido un milagro.

Así continuamos todo el año. Permitíamos algunos gustos ocasionales: una pizza en Archie's, un sushi en Kotosushi, un helado o una torta en Dulce Avellana. Pero los dulces ya nos empalagaban fácilmente, y pedíamos porciones pequeñas para no desperdiciar. El paladar había despertado.

Descubrimos también que el agua potable en Colombia no hidrata, solo refresca. Lo notamos tras los entrenamientos: pasábamos días tomando agua y la sed no se saciaba. Probamos con electrolitos —hechos en casa o comprados— y el cambio fue inmediato. La sed desapareció. La diferencia estaba en los minerales: el agua era potable, sí… pero no vital.

Mi esposo vivió su propio milagro. Bajó de peso como si su barriga hubiera sido un globo desinflado. Sus músculos ocultos emergieron. La ropa empezó a quedarle grande: de XL pasó a M. Su sistema digestivo se estabilizó. Dejaron de aparecer los dolores de cabeza, la hipertensión se esfumó —ya no necesitó Losartán— y su humor cambió. Dejó atrás el estrés, la negatividad constante.

Además, su hemoglobina altísima comenzó a regularse gracias a una práctica tan generosa como sanadora: donar sangre cada cuatro meses. No solo se sanaba a sí mismo… también salvaba vidas. La medalla que recibió fue símbolo de algo mucho mayor: se había convertido en canal de vida.

El milagro no vino del cielo… vino de escuchar el cuerpo, y de decidir que la vida podía sentirse plena.

MI GRAN MAESTRO

Mi gran maestro, en todos los sentidos, es mi hijo. Su llegada fue un despertar abrupto, pero profundo. Antes de él, no tenía instinto materno ni deseos de ser madre. Su nacimiento no fue planeado… pero fue perfecto. Desde que lo sentí dentro de mí, lo amé con todo mi ser. Al tenerlo en brazos, volví a nacer. Ya no había marcha atrás: ese pequeño se convirtió en mi universo.

Durante su primer año, su dieta fue guiada por especialistas —sin azúcares, sin sal, combinando leche materna con fórmula. El día de su primer cumpleaños dejó el tetero por decisión propia. Lo rechazaba una y otra vez, hasta que entendí que su cuerpo sabía lo que necesitaba.

Desde entonces, su sensibilidad hacia los alimentos se volvió evidente. Rechazaba la avena, el pan, los dulces que le provocaban malestar. Un pedazo de piña le picó la lengua, ciertos caramelos le causaron dermatitis, y una gaseosa que alguien le ofreció fue un desastre: el gas salió por su nariz y desde entonces jamás la volvió a aceptar. Su cuerpo hablaba. Y yo empecé a escucharlo.

Cuando tenía dos años, compartíamos la preparación de ensaladas. Así nació su amor por los vegetales: el pepino se volvió su favorito. Hasta el sol de hoy, no puede faltar en casa.

A los cinco años, tras sus vacunas correspondientes, sus defensas cayeron drásticamente. Vivió un año entero con tos crónica que no cedía con medicamentos. Guiada por mi madre, iniciamos terapias naturales: inhalaciones con eucalipto y orégano, el uso de humidificador… y la mejoría fue impactante. Lo llevé por primera vez al mar, y el agua salada ayudó a liberar la tos por completo. Desde entonces, no volvió a enfermarse.

En los brotes virales escolares, solo presenta mocos leves. Su alimentación es como la mía: rica en proteínas, vegetales, frutas poco dulces y algunos tubérculos. A veces come pizza —su única debilidad chatarra— pero ya ha dejado muchos alimentos nocivos.

Ama el brócoli y el pepino, los come como si fueran manzanas. No acepta jugos de frutas, bebidas lácteas, hamburguesas, frituras, ni frutas muy dulces como el banano. Un punto negativo, no le gusta el huevo, así que reforzamos con carnes y pescado.

Su dieta es simple y nutritiva: sopas de carnes aderezadas con hierbas, carne, zanahoria, pepino, agua con limón y sal. Poco arroz, pasta o maíz. En vez de dulces, le ofrezco proteína con vegetales, seguido de una fruta. Ahora, estoy eliminando el azúcar por completo, reemplazando los helados con yogures caseros y galletas de harina de almendra —y está funcionando.

Mi hijo es fuerte, sano, inteligente, sociable, y no presenta trastornos como ansiedad o déficit de atención. Aún se resfría ocasionalmente, pero lo lleva con ligereza. Estoy segura de que, al eliminar del todo el azúcar y los dulces —la Oreo, lo único que le gusta—, alcanzará una salud aún más plena.

Muchos padres me piden consejos. Yo solo puedo compartir mi experiencia: esto fue un proceso gradual, sostenido por el ejemplo. No podemos pedirle a un niño que deje la gaseosa si su padre la toma a diario. El cambio comienza con nosotros.

Las enfermedades que vivimos como adultos tienen raíces profundas en nuestra infancia, en lo que comimos sin saber. Los niños no eligen… aprenden de lo que les damos.

Si quieres que tu hijo crezca sano, y no se convierta en un adulto enfermo… empieza por ti.

Un hijo no solo nace de ti… también te hace nacer. Y cuando aprendes a verlo como maestro, empieza la verdadera sanación.

LEY DE ATRACCIÓN

En diciembre de 2024, mientras paseaba por el centro comercial Santa Fe, en Medellín, viví uno de esos momentos mágicos que parecen guiados por algo más grande: me encontré cara a cara con el doctor Carlos Jaramillo. La emoción fue inmensa. Él ha sido uno de mis grandes maestros en este camino de salud y conciencia. Me acerqué, le agradecí desde el alma… y aunque tenía mucho que compartirle, solo me salió un abrazo y una foto. Bastó para sellar ese encuentro con gratitud.

Tal vez algún día, en otras circunstancias, podré conversar con él más profundamente. Por ahora, lo hago en mis sueños. Y mientras tanto, me sigo nutriendo con sus libros —El milagro metabólico, Como— y su contenido en redes, sobre todo en YouTube.

Creo firmemente que cuando estamos alineados con un camino claro, pensando y actuando en esa frecuencia, atraemos encuentros que nos confirman el rumbo. Por eso apareció Jaramillo en mi realidad: un ser que despertó, salió del sistema, y hoy bendice al mundo con sus conocimientos.

Desde entonces, he sumado otros referentes a mi viaje: personas como el polémico Doctor Bayter o «el Tigre», cada uno con su enfoque, cada uno con sus verdades. Me mantengo en constante aprendizaje.

En 2025 escribí este libro, y sigo disfrutando de un estado de salud pleno. Cuando por curiosidad como algo dañino, mi cuerpo me avisa de inmediato: taquicardia, un granito, un pinchazo en la cabeza o eso que llamo asquito: una náusea suave, un malestar indefinido que actúa como alarma.

Mi cuerpo reacciona rápido, con sabiduría. Y gracias a esa relación que ahora tengo con él —una comunicación clara, intuitiva y sagrada— decidí protegerme: no solo de los alimentos que me lastiman, sino también de las personas que no vibran en sintonía.

Desde que tomé esa decisión, han llegado seres valiosos a mi vida. Porque ya no estoy reaccionando… estoy eligiendo.

Lo que atraes no lo decides con los deseos… sino con lo que vibras, y con lo que te atreves a dejar atrás.



EL SECRETO

La buena salud no depende solo de lo físico. También está profundamente ligada al estado mental. La alimentación daña o nutre la mente, aunque muchas personas aún creen que el azúcar da felicidad. Y sí… da placer momentáneo. Pero como toda sustancia adictiva, después llega el bajón. Y ahí comienza el ciclo: buscar más para volver a sentir lo mismo.

El verdadero secreto del bienestar —de la salud física y mental— no está en los alimentos procesados que prometen placer inmediato. Está en moverse. En respirar. En alimentar al cuerpo con lo que lo honra.

El ejercicio físico genera hormonas de felicidad que duran más que cualquier dulzura pasajera. Por eso nuestro ánimo cambió. En mi caso, bailo. Zumba o Rumba —como se llama en Colombia— es mi ritual de alegría. No solo eleva mi energía: despierta mi deseo, me reconcilia con mi cuerpo. No voy a discotecas… pero en esas clases, mi alma baila y mi cuerpo entrena.

Muchas personas justifican sus hábitos diciendo: «Igual nos vamos a morir». Y sí… morir es inevitable. Pero qué distinto es llegar a ese momento con ligereza, sin dolor crónico, sin gastos innecesarios, sin convertirnos en carga para quienes amamos.

A veces leo los comentarios en redes y sonrío con tristeza:

«Mi abuelo comía todo eso y vivió 100 años». Es cierto. Pero los alimentos eran diferentes, menos procesados. Y nuestros abuelos también padecieron: diabetes, hipertensión, dolores articulares, alergias… solo que normalizamos el sufrimiento y lo llamamos vejez.

«Entonces ahora no se puede comer nada… ni el agua hidrata». No es que no se pueda comer. Se puede… pero con conciencia. Hay alimentos deliciosos y sanos. A mí un chicharrón al barril me genera más placer que una torta. El problema es pensar que todo lo sabroso está hecho de harina y azúcar.

«La vida sana es una moda y quieren hacernos gastar en productos caros». La salud no es una moda. Es el camino. Yo lo viví y ya no quiero volver atrás. Es cierto que lo sano exige disciplina y sacrificio, pero también es accesible para todos si se comprende cómo hacerlo. Mi esposo y yo trabajamos la prosperidad todos los días… para que la salud no dependa del sistema.

Sé que puedo parecer insistente, que a veces me pongo fastidiosa con el tema. Pero, ¿qué haces tú cuando lees un libro que te cambia la vida? Lo comentas con todos. Así me siento yo. Como si hubiera descubierto el santo grial: el secreto que conecta la mente y el cuerpo con la verdadera libertad.

Y cuando veo personas buscando cremas para el acné, tomando medicamentos para dolores que nacen de lo que comen… me invade la tristeza. No es juicio. Es impotencia. Porque sé que hay una solución. La viví.

Lo comparto con quienes amo… pero no todos están listos. Cada quien tiene su proceso. Algunos despertarán tarde… otros no lo harán en esta vida. Y eso también está bien.

Me frustra ver anuncios que prometen bajar de peso sin cambiar hábitos. Me irrita leer noticias que demonizan el sol, la carne, lo natural. Quisiera inyectarles mi experiencia a todos. Pero no puedo. Así que elijo contar historias. Mostrar mi camino. Sin forzar a nadie. Quien esté listo… lo verá.

Entendí que hay almas que vinieron a experimentar el dolor. No a superarlo. Y quizás en otra vida, decidan despertar. Pero no se puede apurar el proceso. Hay misiones que no entendemos. Y lo que toca… es respetarlas.

No puedo despertar a nadie… solo encender una luz y dejarla arder por si alguien quiere verla.

MI CONSEJO

Con este libro y mi experiencia contada, no pretendo que cambies tus hábitos. Pero sí deseo que te hagas más consciente de la realidad que habitamos, que empieces a cuestionar… y que, si es tu momento, decidas despertar en esta vida.

El sistema mundial te quiere enfermo: física, mental y emocionalmente. Porque así eres manipulable. Porque así terminas dejando tu energía, tu tiempo y tu fortuna en manos de una industria que alimenta más enfermedades que soluciones.

Si ya estás vibrando en esta frecuencia —si estás sintiendo el mismo frenesí y claridad que yo— te abrazo desde la alegría. Bienvenido al despertar.

Uno de los regalos más hermosos que me ha dado este camino es que hay personas que hoy creen en mí, que se acercan para pedirme consejos sobre cómo transformar sus vidas. Y eso, para mí, es luz.

Quiero aclarar que no estoy en contra de los doctores ni del personal médico. Cuando hay accidentes o intervenciones quirúrgicas, son insustituibles. Son seres humanos valiosos que salvan vidas todos los días. Pero muchos de ellos —sin saberlo— han sido adoctrinados por el mismo sistema que perpetúa la enfermedad. En mi propia familia hay médicos, cirujanos, odontólogos, oftalmólogos… y estoy orgullosa de ellos. Más aún, de quienes han abierto los ojos y decidieron salirse del molde para sanar desde otro nivel de conciencia.

No dejes de chequearte médicamente. Pero hazlo con consciencia. Elige doctores despiertos, que cuestionen, que te vean como un sistema vivo y no como un código de síntomas.

Yo sigo pagando un seguro —para emergencias— pero hace más de dos años que no tomo medicamentos ni visito consultorios. En mi casa no hay fármacos. Y a veces, cuando una visita pide una pastilla… simplemente no tengo qué ofrecer.

No todo lo que heredamos es sano, pero todo lo que cuestionamos puede transformarse.

Cada país es hijo de su gastronomía, y cada plato cuenta una historia: la de una madre que improvisó con lo que tenía, la de un pueblo que sobrevivió con ingenio y sabor, la de una cultura que convirtió la escasez en símbolo. Yo crecí entre empanadas crujientes y pabellones vibrantes, sabores que aún me emocionan… pero que también aprendí a mirar con ojos nuevos.

Ser venezolana no implica consumir sin consciencia lo que siempre se ha servido. Aunque la tradición lleva orgullo, también puede traer hábitos que ya no queremos sostener. He descubierto que lo «natural» no siempre es sinónimo de salud, que lo típico no necesariamente nutre. Y que el cuerpo agradece cuando elegimos con amor y discernimiento.

Algunas mezclas nacieron en tiempos de guerra, otras en la carencia. Hoy tenemos la posibilidad de elegir desde la abundancia interna. Por eso, aunque honro la cocina que me formó, no la repito sin reflexión. Cocino con aceites que sanan, elijo el trigo según su origen, y degusto lo típico con la moderación que exige el presente. No por rechazo, sino por evolución.

Amo una empanada frita. Pero la amo más si no me hiere con aceites dañinos. Amo la arepa, la cachapa, el pabellón, los tequeños… y también amo mi salud. Comerlos de vez en cuando no me hace menos venezolana. Me hace una mujer que honra sus raíces sin perderse en ellas.

Desde esta conciencia comparto contigo, y con toda mi comunidad, una invitación: revisemos lo que heredamos. Transformemos con gratitud. Y sigamos construyendo identidad, no desde la repetición, sino desde la sanación.

No te estoy pidiendo que cambies. Solo que observes. Que escuches a tu cuerpo, a tu mente… a tu frecuencia. Cada decisión puede transformarte. Pero que sea desde la conciencia, no desde el miedo.

No vine a convencerte… solo a compartir la luz que a mí me despertó.

MI ESTILO DE VIDA

Hasta ahora no había sido explícita con los cambios que transformaron mi salud. Aquí comparto, con total honestidad, lo que dejé atrás, lo que adopté y cómo vivo hoy:

Hábitos que eliminé:

- Dejamos el desodorante. Usamos piedra de alumbre… y hoy no usamos nada. Nuestro olor corporal es tenue y agradable.

Curiosidad: El mal olor corporal se produce con las toxinas que botamos del cuerpo en conjunto con los productos de higiene que usamos. Si tus toxinas están cargadas de alimentos dañinos y aparte usas químicos en tu piel, te aseguro que oleras mal. Por ejemplo, la zona íntima de la mujer no debería oler a pescado. Ese olor es señal de desequilibrio interno: infecciones o alteraciones causadas por la alimentación y productos químicos.

- Eliminé suavizantes para el cabello. Con solo champú, mi cabello está brillante y sedoso, y quizá un día elimine el champú también.
- No uso cremas faciales ni corporales. Mi piel está hidratada y tersa. Solo aplico aceite de coco ocasionalmente.
- No uso maquillaje. Apenas uso delineador, mascarilla para pestañas, colorete y labial en ocasiones muy especiales.
- Abandoné las lágrimas artificiales. Mis ojos ya no están resecos.
- Dejé de usar jabón en el rostro. Solo lo uso para quitarme el poco maquillaje que usa cada cierto tiempo.
- Dejamos de usar pasta de diente convencional, ahora utilizamos pasta de diente sin flúor.
- Dejé de pintarme el cabello y las uñas. Pero solo en ocasiones especiales me pinto las uñas.
- Dejé de aplicarme químicos en el cabello.
- Dejé de usar zapatos de tocón.

- Estamos dejando de forma gradual el uso de envases y utensilios plásticos. Así como también las ollas de teflón.
- Dejé de colocarme pestañas postizas, me desencadenaron una enfermedad en los ojos que aún estoy combatiendo. Amaba mis pestañas, aún las extraño, pero son dañinas para mi organismo.

Mi gasto en cosméticos y productos de higiene personal es mínimo.

Actividades que practico:

- Levanto pesas en el gimnasio dos o tres veces por semana.
- Bailo Zumba al menos una vez a la semana.
- Tomo el sol todos los días. Camino bajo él siempre que puedo. En casa, me tumbo en una hamaca con ropa interior para recibirlo. El sol no mancha ni da dolor de cabeza… a menos que estés lleno de toxinas alimentarias o cosméticas.
- Hago estiramientos dos o tres veces por semana.
- Hago terapia con el quiropráctico mínimo tres veces al año.

Alimentos que NO consumo:

- Aceites vegetales procesados: girasol, soya, canola… (los famosos «aceites de motor»)
- Margarinas disfrazadas de mantequilla.
- Harina de trigo y los alimentos que usan este producto.
- Arroz blanco y arroz chino.
- Frituras y snacks de bolsa.
- Sopas y saborizantes en polvo.
- Salsas industriales (tomate, mayonesa, etc.)
- Leche.
- Jugos de fruta.
- Soya.
- Embutidos.
- Cereales procesados.
- Avena.
- Dulces en general.
- Banano (cambur)

- Azúcar.
- Cualquier alimento procesado que contenga colorantes.
- Alimentos fritos.
- Enlatados. A veces solo consumo atún y sardina en lata.
- Refrescos o gaseosas.
- Licores, menos el vino.

Alimentos que consumo con frecuencia:

- Proteína animal: carne de res, cerdo, aves, pescados, mariscos.
- Chorizo artesanal.
- Huevos.
- Corazones de pollo.
- Aguacate.
- Quesos (especialmente el tipo holandés).
- Mantequilla de vaca y aceite de cerdo para cocinar.
- Aceite de oliva para ensaladas.
- Nueces.
- Yogur casero o griego. A veces hago batidos de yogur con frutos rojos.
- Café sin azúcar.
- Chocolate amargo.
- Vegetales (mis favoritos: tomate, pepino, espinaca)
- Limón.
- Sopas ricas en carne, hierbas aromáticas y algo de ahuyama y maíz.
- Crema de leche.
- Estevia liquida para endulzar.
- Frutas no dulces.
- Dulces keto.
- Suplementos vitamínicos y adaptógenos.

Gustos culposos (muy esporádicos):

- Pizza (solo en buenos restaurantes, jamás cadenas comerciales)
- Lasaña o pasticho.
- Sushi con arroz.

- Tortas en cumpleaños (en porciones mínimas).
- Vino o hidromiel.
- Arepa de maíz blanco.
- Cachapa (maíz amarillo).
- Granos: lentejas, garbanzos, frijoles.
- Espagueti y pastas en general.
- Quinua.
- Paella.
- Tubérculos.
- Helados.
- Miel.
- Azúcar morena para endulzar.
- Plátano.

Y aunque hoy aún disfruto algunos de estos antojos ocasionalmente… sé que es posible que desaparezcan por completo. A medida que pasa el tiempo… ya no me provocan.

Una cosa que no haría jamás:

Colocarme prótesis por estética (pechos, nalgas, etc.). Meter elementos artificiales al cuerpo es contraproducente, porque el organismo lo empieza a rechazar y empiezan a aparecer síntomas desfavorables. Hay mucha literatura y confesiones referente a este tema. Mi mamá es una de estas personas, lleva dos décadas con prótesis mamarias, las cuales fue cambiando durante el tiempo y hoy las molestias son terribles. No solo tiene dolor en sus pechos, sino otros síntomas que la gente puede pasar desapercibida, desde dolor articular y muscular, fatiga crónica, y problemas de concentración y de memoria… Ni comiendo sano estos síntomas se van… se deben extraer las prótesis.

Tampoco fumaría ninguna sustancia, nunca lo he hecho ni lo haré.

El estilo de vida no se impone… se elige. Y cuando el cuerpo empieza a hablar claro… ya no hay marcha atrás.

MIS PILARES

Hay tres pilares que sostienen esta transformación. Tres luces que me guiaron, que empujaron mi despertar desde distintos ángulos del amor:

Mi madre. Su cabezonería —bendita sea— su sabiduría práctica y su estado de salud ejemplar me ayudaron a abrir los ojos. Siempre fue cuidadosa y amorosa en mi crianza, sobre todo con los alimentos. Hoy lo agradezco profundamente. Fue una semilla silenciosa que germinó cuando yo estuve lista.

Mi esposo. A veces digo que fue mi experimento… para demostrar que sí se puede dejar la comida dañina y que no se extraña. Él era adicto a las gaseosas, las tortas, los dulces. Hoy prefiere lo natural, lo sano, lo vital. Agradezco que hayamos tomado este camino juntos, como compañeros de vida y de renacimiento.

Mi hijo. Desde su nacimiento, me mostró otra realidad. Con él comenzó la ruptura de la Matrix. Su cuerpo intuitivo, su rechazo a lo que lo dañaba, su luz… me obligaron a mirar distinto. Él fue mi maestro, mi espejo, mi brújula.

Mi familia despertó. Y juntos, nos liberamos de una de las cárceles más invisibles de este sistema: la cárcel de la inconsciencia alimentaria. No desperté sola. Despertamos juntos. Y en esa sincronía… se sembró la libertad.

MIS MENTORES

Para cerrar este viaje —sin hacerlo más extenso— quiero nombrar a quienes fueron inspiración, guía y referencia en mi cambio de estilo de vida. Cada uno desde su enfoque, su filosofía y su verdad, encendieron en mí la llama del despertar.

Y aunque algunos son más radicales que otros, para mí todos caminan en la misma dirección: la de la salud, la libertad y la conciencia.

Frank Suárez Autor, conferencista y pionero de la educación metabólica en el mundo hispano. Dedicó su vida a investigar cómo sanar desde el cuerpo y la emoción. Fundador de NaturalSlim y autor de libros claves sobre metabolismo. Falleció en 2021, pero su legado sigue vivo, como un faro para los que decidimos salir de la Matrix.

Dr. Carlos Jaramillo Médico funcional, divulgador científico y autor best-seller. Su capacidad para simplificar la salud compleja lo convirtió en una figura clave de este despertar. Sus libros El milagro metabólico, Antiestrés y Como están entre mis tesoros más valiosos.

Manu Echeverri, creadora de contenido y autora keto. Con sus recetas prácticas y sabrosas me demostró que lo saludable también puede ser delicioso. Sus libros digitales son aliados cotidianos en mi cocina consciente.

Dr. Alberto Muhammad Médico internista enfocado en medicina integrativa y terapias alternativas. Su visión antienvejecimiento, basada en la desintoxicación, el equilibrio intestinal y los adaptógenos, me abrió nuevas puertas hacia una salud más holística.

Dr. Bayter Médico colombiano especializado en medicina crítica y anestesia, directo y disruptivo. Su método DKP (Dieta Keto Perfecta)

ha ayudado a miles a sanar desde el plato. Su estilo provocador me desafió… y también me enseñó.

Gianpiero «el Tigre» Fusco Atleta venezolano, coach en calistenia, nutrición e hidratación. Su conexión con los ritmos circadianos y su filosofía del cuerpo como templo hicieron que lo viera como un lobo que ruge desde la conciencia. El Lobo —uno de mis personajes— está inspirado en él.

Cada uno me mostró una puerta distinta. Yo decidí cruzarlas. Y hoy, este libro también es mi manera de agradecerles.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi madre, luz constante en mi camino, por enseñarme el valor del despertar y guiarme con sabiduría silenciosa incluso en mis noches más largas.

A mi esposo, por su paciencia, su cariño y su mirada atenta que mejora cada portada y cada decisión. Gracias por ser también mi maestro de diseño, y mi compañero en cada frecuencia creativa.

A la comunidad Letras de Sangre y al sello editorial Letras Eternas Ediciones, por ser esa mano cálida que sostiene, acompaña y abraza el pulso de los autores que elegimos caminar con independencia.

Agradezco al doctor Carlos Jaramillo, al doctor Bayter, a Frank Suárez (que en paz descanse), y a Gianpiero «el Tigre» Fusco. Cada uno con su estilo, cada uno con su misión, todos en la misma frecuencia de sanar comiendo, moviendo el cuerpo y viviendo con conexión a la naturaleza. Fueron inspiración profunda para esta historia.

Y agradezco también a la música, a los silencios fértiles, y a los lectores que llegan aquí no por casualidad, sino por sincronía. Este libro vibra con lo que soy… pero también con lo que todos podemos ser cuando decidimos transformarnos.

ACERCA DE LA AUTORA



Virginia Salazar nació el 19 de febrero de 1986 en Caracas, Venezuela. Actualmente reside en Colombia. Es Arquitecto de profesión, editora y diseñadora editorial, y madre de un hijo. Desde la infancia tuvo mucha atracción por el mundo de la fantasía y la ciencia ficción. Su traviesa imaginación la llevó a crear muchas historias, escribiendo como un pasatiempo, hasta que decidió publicar su primera obra en el año 2018, el primer libro de una trilogía de aventura fantástica y ciencia ficción. Virginia es una escritora polifacética, ya que ha publicado varios libros de diferentes géneros, y varios de sus libros se han convertido en Best seller. Pueden encontrar todas sus obras en la plataforma de Amazon.

https://linktr.ee/vsalazar

BOOKS BY THIS AUTHOR

NO SOMOS DE AQUÍ

Una extraña luz, una supuesta violación… De esta forma viene Fernando al mundo, quien desde su infancia es protagonista de una serie de acontecimientos extraños y una vida de abandonos que marcarán su existencia. Él es diferente al resto de las personas, él sabe que no es de este mundo y con su descendencia e historia familiar será parte de un secreto guardado por millones de años que sentó las bases de la humanidad, el secreto que guardan las luces vivas.

Historia de ciencia ficción basada en hechos reales.

Best Seller en libros de ciencia ficción y hechos reales.

La Saga De Hekura (Universo Leyendas)

Best seller en libros de fantasía para jóvenes y ficción nativoamericana.

¿Crees en el destino? ¿Y si existieran fuerzas que manejaran el destino de la humanidad?
Eso es un hecho y no lo podemos cambiar...

¿Cuándo crees que la humanidad estableció una sociedad compleja? Todo empezó hace más de 20 000 años. La leyenda olvidada vuelve a ser escuchada. Una joven despierta su poder y deberá cumplir una increíble misión que conlleva una gran responsabilidad. Deberá viajar a otro mundo, en otro universo. Conocerá lugares mágicos, donde está el origen de las leyendas de la Tierra. Pero ella no será la única

con esa misión. 20 jóvenes deberán pasar pruebas extremas, pero unos pocos, se convertirán en los guerreros del destino.
Esto es solo el comienzo...
La verdadera misión será al regresar al planeta Tierra. El fin del mundo se acerca. Solo las almas más puras sobrevivirán. ¿Qué tan limpia está tu alma?

La Saga de Hekura es una aventura fantástica con tintes de ciencia ficción. Está compuesta por tres tomos que engloban el recorrido de Hekura, una joven con un alma muy antigua, nacida en el Amazonas de Venezuela. Esta historia te hará volar la imaginación, te hará reflexionar sobre la vida y más allá.

EL ANTÍDOTO: ¿Otra Oportunidad Para La Humanidad?

Best seller en Ciencia ficción Postapocalíptica.
2da Edición.

¿Hasta dónde puede llegar una guerra mundial?
¿Somos el veneno o el antídoto para este planeta?
Año 2600 en el planeta Tierra, la atmósfera fue envenenada por la tercera guerra mundial. Los humanos fueron diezmados en un par de años debido al envenenamiento del aire. Solo las plantas, la mayoría de los animales y algunos jóvenes humanos lograron mutar y hacerse inmunes al veneno de la nueva atmósfera. La mayoría de los humanos supervivientes desarrollaron habilidades especiales con esa mutación.
Corporaciones científicas alrededor del mundo, se han encargado de mantener con vida a algunos humanos envenenados por el aire; creando un antídoto provisional a base de vacunas mensuales, las cuales resultan bastante costosas porque son realizadas con un recurso bien escaso. Estas corporaciones siguen en la búsqueda del antídoto definitivo y de algo más, pero sus métodos en esa búsqueda son espeluznantes.

¿Otra oportunidad para la humanidad?
¿Lograrán encontrar el antídoto o será el fin de la especie humana?

EL ANTÍDOTO, un libro ambientado en una Venezuela futurista y distópica. Te aseguro que es una historia que no has leído, ni visto jamás, es el antídoto para el aburrimiento.
¿Quieres saber cuál es el antídoto?

LA DANZA DE LAS ALMAS

¿Se puede enterrar un secreto para siempre?
¿Cuánto tiempo se puede esconder un secreto?
En la tranquila ciudad de San Antonio de los Altos, un famoso teatro abre sus puertas nuevamente. Pero un gran secreto se esconde debajo de sus cimientos, un oscuro secreto de más de 60 años que tiene apresadas a cientos de almas inocentes.
Una hija decide hacer las paces con sus padres. Una pareja con la relación a punto de morir. Un joven con un macabro objetivo, atormentado por un pasado que no le pertenece. El destino los juntará a todos ellos, para sumergirlos en una escalofriante aventura, dónde nada ni nadie, son lo que parece; y una cadena de secretos los llevará a un duro desenlace que les abrirá los ojos de alma.

La Danza de las Almas, una novela de suspenso paranormal, ambientada en una de las ciudades montañosas de Venezuela. Teatro, secretos, romance, infidelidad, reconciliaciones, sucesos paranormales, una melodía… El coctel perfecto que no te dejará despegarte de las páginas de este libro, hasta que desveles los secretos y te unas a La Danza de las Almas.

Arrecife: Donde Todo Empezó Como Un Amor De Verano

¿Cuántas formas tiene el amor?
En los primeros días de vacaciones en las islas de Hawái, Kristel, una joven de 26 años, tiene una experiencia muy cercana a la muerte en un arrecife, lo que la hará ver la vida de forma muy diferente a como solía hacerlo antes. Pero lo mejor de todo, es que esa experiencia la llevará a vivir los momentos más románticos, eróticos e intensos de su vida, momentos que la harán replantearse lo que es el amor y lo que significa amar y ser amada.
Acompaña a Kristel y a sus dos mejores amigas a las vacaciones de verano más impresionantes de sus vidas, donde la belleza Natural de Hawái hace contraste con las movidas noches de locura y lujos de la ciudad, haciendo una mezcla perfecta de sensaciones para crear los mejores y peores recuerdos.

ARRECIFE, una historia de amor y romance, donde todo empezó como un amor de verano.
¿Recuerdas a tu amor de verano?

Cuentos Del Mundo De Los Sueños

Los cuentos del mundo de los sueños, son una serie de relatos que como su título lo dice, nacen de mis sueños, valga la redundancia. La mayoría de mis libros provienen de ese mundo onírico en el cual me sumerjo todas las noches o en las siestas de la tarde. Algunos sueños se convierten en libros largos y hasta sagas completas, pero hay sueños que son cortos e intensos, muchas veces pesadillas, los cuales siempre anoto al despertar, para que no se me olviden. Y son esos sueños los que he decido plasmar en papel y convertirlos en los "Cuentos del mundo de los sueños".

REMINISCENCIAS DE NAVIDAD

¿Qué tan importante puede ser una fotografía?

Camila y Arturo son una pareja de esas que irradian amor por donde

pasan, están esperando a su primera hija y planificando una boda inolvidable. Sin embargo, el destino les pondrá una prueba de fuego en vísperas de una Navidad, la época favorita de Camila. Y todo lo que habían construido se desmoronará en un instante. Solo una fotografía navideña será la clave que unirá las piezas de toda una vida destruida, cuyos pedazos están hundidos en el abismo de una mente fragmentada, la mente de Camila.

Pero esa fotografía parece que nunca fue capturada, y la esperanza de Arturo se pierde en un laberinto de incertidumbres. Aun así, no sé rendirá hasta recuperar todo lo que ha perdido.

Reminiscencias de Navidad, es un drama romántico que cuenta una historia de superación, segundas oportunidades, amistad, familia y de amor por la Navidad.

Crónicas De Nibiru: La Era Oscura (Universo Leyendas)

En Universo Leyendas, Nibiru es el planeta paralelo a la Tierra en otro universo. Las crónicas de Nibiru son pequeñas historias que complementan a la serie, donde se cuenta los inicios de las civilizaciones en ese planeta y el origen de los reyes ancestrales. Es un libro independiente de la serie, por los que se puede leer antes o despues de las sagas.